



LA NIÑA DEL BOSQUE

BRIAN MCGILLOWAY

Lectulandia

Irlanda. En pleno invierno, una niña aparece caminando sin rumbo en el bosque nevado, sus manos cubiertas de sangre que no es suya. Una niña que se niega a hablar cuando la encuentran, que ni siquiera quiere revelar su nombre. ¿Quién puede ser? Lo que más extraña a la detective Lucy Black es que nadie ha denunciado la desaparición de ninguna niña en la zona.

Lucy comienza a unir el caso con el de otra desaparición, la de la hija de un magnate local que ha sido secuestrada días atrás. Lucy trata de ganarse la confianza de la chica mientras intenta solucionar su vida privada, marcada por un padre enfermo y cada vez más inestable y una madre intolerante... que resulta ser un alto cargo de la policía. A medida que avanza la investigación, la detective descubre una trama que se remonta años atrás, que tiene implicaciones que no sólo afectan a la historia de su propia familia, sino también a la de todo el país...

Lectulandia

Brian McGilloway

La niña del bosque

Lucy Black - 01

ePub r1.0

Titivillus 29.08.16

Título original: *Little Girl Lost*
Brian McGilloway, 2011
Traducción: Vicente Campos González
Imagen de cubierta: Deborah Rabinowitz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ben, Tom, David y Lucy

Algo se movía entre los árboles, no le cabía la menor duda. Hacía ya un rato que lo había entrevisto, por el rabillo del ojo, serpenteando entre los troncos negros que resaltaban verticales sobre el fondo nevado. Al principio, sumido en el efecto hipnótico que producía la incesante caída de copos de nieve a través del parabrisas, no le había prestado atención.

Cuando se acercó a la colina que llevaba a Prehen, Michael Mahon puso la palanca de marchas en primera. Pero en cuanto lo hizo, supo que se había equivocado. Notó que las ruedas de la furgoneta de reparto de leche giraban sin avanzar y vio que el morro del vehículo se desviaba hacia la cuneta. Levantó el pie del acelerador y pisó con fuerza los frenos en un intento de detener el inexorable movimiento lateral, pero todo en vano. Sabía que las ruedas se habían bloqueado, aunque la furgoneta siguió deslizándose hacia atrás por la carretera hasta topar finalmente contra la cuneta opuesta.

Apagó el motor y salió de la cabina maldiciendo. A su espalda quedaban las lindes del bosque viejo, que se extendía varios kilómetros desde Prehen hasta Gobnascale. La luz de las farolas se reflejaba en la nieve, iluminando la espesura del bosque más de lo que sería normal a aquellas horas de la noche. Las ramas negras de los árboles se combaban aquí y allá bajo el creciente peso de la nieve acumulada.

Temblando sin querer, Michael volvió a concentrarse en la furgoneta. Cogió la pala que llevaba siempre en la parte de atrás, por si surgía una emergencia. Al inclinarse para limpiar la nieve de las ruedas volvió a captar el movimiento entre los árboles, en la periferia de su campo visual.

Hacía frío, pero la rapidez con que se le erizó la piel de los brazos y la columna le sobresaltó. Blandiendo la pala con ambas manos, se dio la vuelta de nuevo para encarar el bosque mientras el pánico se abría paso en la boca de su estómago.

Una niña salió a la zona despejada, en la linde de los árboles. El pelo largo y moreno destacaba sobre el fondo blanco del terreno, parecía totalmente empapado y le caía lacio sobre los hombros. Tenía una cara redondeada y pálida. Llevaba puesto un pijama. En el pecho de la camisa había algo escrito. Iba descalza.

La niña se detuvo al verlo, se fijó en la pala que sostenía y luego lo miró con ojos desafiantes, sin apartar en ningún momento la vista de su cara; la luminiscencia de la nieve confería un tono azulado a su piel. Sólo cuando él empezó a acercársele, encorvado, con cautela y con la mano extendida como quien se aproxima a un animalillo, la pequeña se volvió y se perdió corriendo de nuevo entre los árboles.

Lucy Black sintió que había alguien en su habitación. Adormilada y algo aturdida, alargó una mano hacia la lámpara que estaba sobre la mesilla de noche y deslizó los dedos sobre su revólver reglamentario.

—¿Vienes o qué? —susurró la voz de su padre en la oscuridad.

Lucy soltó un reniego en voz baja, manoseó torpemente el interruptor de la lámpara y acabó tirándola de la mesilla.

—Vuélvete a la cama, papá —dijo.

La luz del techo chispeó al encenderse y la deslumbró. Cambió de postura en la cama y tiró del camisón para alisárselo.

—¿Vienes o qué? —repitió el anciano.

Estaba en la puerta del dormitorio, con la mano sobre el interruptor. Se había puesto un traje gris por encima del pijama, y llevaba los zapatos buenos, bien lustrados. En la mano sostenía una maleta, vacía, a juzgar por la facilidad con que la balanceaba y se golpeaba la pierna con ella. Pegotes blancos de espuma de afeitar le moteaban una mejilla. A lo largo de la mandíbula, una delgada línea de sangre se escurría de un corte de cuchilla y se estancaba en un mechón de barba cana que se le había pasado por alto.

—Son las cuatro y media de la madrugada, papá —dijo Lucy, soñolienta.

—Llega a las nueve, eso dijeron. Tenemos que ponernos en marcha. ¿Piensas vestirme o qué?

—¿Quién viene?

—El Papa —respondió él con tono exasperado—. Ya te dije que íbamos a verlo. Harás que lleguemos tarde.

—Vamos a llevarte de vuelta a la cama —dijo Lucy acercándose a su padre y cogiéndolo del brazo.

Él se apartó con brusquedad, y el gesto hizo que la maleta oscilara violentamente y golpear a Lucy en la espinilla.

—Llegaremos tarde —dijo él siseando—. Vístete —le ordenó entre dientes.

Lucy se quedó de pie ante su padre y se frotó los ojos para despejar las últimas brumas del sueño.

—¿Y dónde está? ¿Dónde está el Papa?

—En Drogheda —dijo el padre—. Va a decir misa en Drogheda.

—El papa estuvo en Drogheda hace treinta años, papá.

La mandíbula del anciano se crispó, y su pecho de pajarillo se hinchó ligeramente.

—Siempre me llevas la contraria. Viene hoy.

—Eso pasó en 1979, papá —dijo Lucy, con calma, casi suplicando, esperando que el tono quejumbroso de su voz fuera capaz de penetrar los confusos pensamientos de su progenitor.

Él la miró fijamente. La boca le temblaba, la dentadura postiza repicaba contra los pocos dientes que conservaba mientras reflexionaba sobre lo que su hija acababa de decirle. Aspiró y Lucy vio que las lágrimas empezaban a brillarle en los ojos, como si en alguna parte de su mente fuera consciente de su error.

—Todavía es muy temprano, papá —optó por decir Lucy—. No tenemos que salir hasta más tarde. ¿Por qué no aprovechas unas cuantas horas más de sueño?

El hombre la miró con cierto aire desafiante.

—Bueno, a lo mejor sí —dijo por fin—. Se lo diré a tu madre.

—No te molestes, ya la avisaré yo —dijo Lucy cogiendo con cautela el brazo de su padre—. Vamos a acostarte otra vez.

Lo acompañó a su habitación. El anciano había descorrido las cortinas y, cuando ella se disponía a cerrarlas de nuevo, atisbó las montañas de la vertiente más lejana del valle del Foyle, envueltas en la nieve. El reflejo de las luces de la ciudad sobre el agua le permitió distinguir también el río, zigzagueando a lo lejos, dividiendo en dos la ciudad de Derry.

Su padre se tumbó y le permitió que le quitara el traje. Ella lo cubrió con el edredón, se inclinó y lo besó en la frente, recibiendo una vaharada de aliento a tabaco como respuesta a su muestra de afecto.

—Buenas noches, Janet —le dijo él.

El hombre volvió la cabeza en la almohada. A la luz inmóvil de la habitación, las mejillas del anciano parecieron más hundidas, y su piel repentinamente tirante y cerosa.

—Lucy —susurró apenas a la oscuridad—. Soy Lucy.

Había vuelto a la cama y estaba a punto de quedarse dormida cuando sonó su móvil. Tuvo que correr a contestar la llamada para que no despertara a su padre.

—Sargento Black, soy el subcomisario Travers^[1].

—Sí, señor —dijo ella.

—La quiero en la calle. Creemos haber encontrado a Kate McLaughlin. Un lechero afirma haberla visto en el bosque, en Prehen. El hombre espera en la entrada sur, cerca del hotel. La nieve está dificultándonos el acceso a la zona y tengo entendido que usted vive cerca. Ya tenemos un equipo de respuesta en camino.

—Estaré allí en cuanto pueda —dijo—. La cuidadora de mi padre no llega hasta las...

—¡Póngase en marcha! —le espetó Travers.

Tardó quince minutos en salir de casa. Había tenido que dejar preparado el desayuno para su padre por si se despertaba antes de las nueve, hora en que llegaría la cuidadora, una mujer de mediana edad llamada Sarah King. Sarah tenía llave y su padre estaba familiarizado con ella.

Seguía nevando con fuerza. Lucy llevaba un suéter grueso por encima de la blusa, unos leotardos por debajo de los vaqueros para mantener el calor y un abrigo negro. Aun así, el gélido viento le cortaba la piel y le aguijoneaba los pulmones cada vez que inspiraba.

Los guantes se le habían empapado al quitar la nieve del parabrisas. Empezó camino a quince por hora, mientras utilizaba la palma desnuda de una mano para intentar en vano borrar los helechos de escarcha que su aliento formaba en el cristal.

Los neumáticos empezaron a perder agarre y Lucy notó que el vehículo resbalaba sobre la carretera. Rápidamente, se acordó de que tenía que derrapar un poco para mantener el control del coche. Hacía lo posible por que no la distrajeran el golpeteo silencioso de la nieve sobre el parabrisas ni la ominosa presencia del bosque, que se alzaba tenebroso tras la fosforescencia anaranjada de las farolas. El bosque se extendía más allá de la zona urbanizada de Prehen hasta New Buildings en una dirección y Gobnascale en la otra. Había varias entradas al bosque, una de ellas al final de la misma calle en que vivía Lucy, pero el comentario de Travers sobre la cercanía del hotel limitaba la zona donde el lechero aseguraba haber visto a la niña.

Cuando llegó a la entrada sur, se dio cuenta de que, pese a lo despacio que había ido, había llegado antes que el equipo de respuesta. Había una furgoneta de reparto de leche cruzada en diagonal, aparentemente abandonada, con los faros encendidos iluminando las lindes del bosque. Las sombras de los árboles se alargaban hasta perderse en la oscuridad.

Al salir del coche, un hombre bajó trabajosamente de la cabina de la furgoneta y se encaminó hacia ella.

—¡Hay alguien ahí! —le gritó—. Creo que es la chica de McLaughlin. He llamado a la policía.

—Pues ya ha llegado —respondió Lucy, agitando la linterna que sostenía en la mano—. Soy la sargento Black. ¿Es usted quien la vio?

El hombre había llegado ya a su altura, con las mejillas enrojecidas de frío.

—Me llamo Michael Mahon —dijo él, asintiendo en señal de respuesta—. Se fue por ahí —añadió apuntando hacia su derecha.

—¿Y no trató de detenerla? —preguntó Lucy, intentando inútilmente que no sonara como un reproche.

—Claro que sí —respondió él—. Pero se dio la vuelta y echó a correr.

Lucy hizo una pausa y reformuló la frase que estaba a punto de pronunciar.

—Era más sensato no entrar ahí solo tras ella —dijo por fin.

Él la miró un momento, acaso pensando que la sargento criticaría su actitud, pero luego asintió.

—¿Dónde están los demás agentes? —preguntó.

—Vienen de camino. Esta noche estamos muy ocupados, señor.

Mahon respondió con un gruñido, escupió en el suelo y pasó la punta del zapato por la nieve.

—Me pareció que era ella. Ya sabe, la pequeña Kate.

Lucy asintió.

—¿Y lo era?

El hombre esbozó una mueca de disculpa y se encogió de hombros.

—Apenas se detuvo un momento. Está tan oscuro que no podría asegurarlo.

—Comprensible, señor —dijo Lucy—. Lo sabremos muy pronto.

La sargento se llenó los mofletes de aire y se encaminó trabajosamente hacia el extremo del bosque. Sabía que debía esperar al equipo de respuesta, pero el mal tiempo podía retrasar su llegada al menos una hora. Para entonces, la niña ya no necesitaría ayuda.

—¡Nunca la encontrará ahí dentro usted sola! —gritó Mahon a su espalda.

—Pero no voy a entrar sola, ¿verdad? —respondió Lucy.

Cuando se internaron en el bosque, la nieve dispersó la luz de la linterna. Lucy barrió el suelo a los lados con el haz de luz, en busca de huellas o de la menor marca sobre la nieve que pudiera indicar por dónde había desaparecido la niña que había visto el lechero. Incluso en mitad de la intensa nevada, el aire parecía excepcionalmente frío, cortante, y desprendía un intenso olor a hojas muertas.

—Nada —dijo.

—¿Eh?

Mahon se encorvó levemente para evitar las ramas que colgaban a su alrededor.

—¿Está seguro de haber visto a alguien? —preguntó Lucy, volviendo sin querer la linterna hacia el hombre.

—Lo juro por Dios —dijo él con la mano derecha levantada ligeramente por delante de la cara para protegerse los ojos—. Creo que se perdió por aquí; pero este maldito bosque parece igual por todos lados. Sí que vi a alguien, no le quepa duda. A una niña.

Lucy se volvió de nuevo hacia el bosque. No veía más que hileras de troncos a izquierda y derecha y la nieve que se iba acumulando en el suelo a su alrededor con un susurro apenas audible. Por absurdo que pareciera, le recordó el gesto que había hecho al arropar a su padre echándole la manta sobre los hombros y murmurarle que se durmiera. Hacia el interior del bosque, los árboles desaparecían de la vista entre las gradaciones cada vez más intensas de oscuridad que se extendía fuera del alcance del haz de luz de su linterna.

—Puede que tal vez fuera un poco más abajo —dijo Mahon por delante de ella, dando unos pasos fatigosos y exagerados para poder avanzar a través de la gruesa capa de nieve amontonada a sus pies—. Se morirá de frío con este tiempo —comentó a continuación casi para sus adentros.

Caminaron a lo largo de la linde de árboles, pisando con cuidado para no borrar ninguna huella. A unos seiscientos metros al sur del punto de partida, Lucy vio por fin marcas en el suelo, leves hendiduras que ya se estaban rellenando de nieve. Las huellas parecían trazar círculos alrededor de los árboles, como si la pequeña caminara sin rumbo ni propósito. No le cupo duda de que las huellas correspondían a los pies de un niño.

—Ya se lo había dicho —dijo Mahon gesticulando hacia las marcas—. Sabía que había visto algo.

Lucy asintió con un gruñido, dio unos pisotones y la nieve crujió bajo sus pies. Siguió el rastro con el haz de la linterna mientras la punta de la lengua asomaba entre sus dientes, como una niña concentrada en unir los puntos de un dibujo. El rastro se retorció volviendo sobre sí mismo varias veces, avanzaba hasta el borde del bosque, desde donde probablemente la niña había visto al lechero, y luego volvía a retroceder y se perdía en diagonal hacia la izquierda.

—Por aquí —dijo Lucy, que empezó a alejarse, avanzando en paralelo a las huellas sobre la nieve, procurando no pisarlas por si tenían que volver sobre los pasos de la niña.

Las huellas rodeaban un árbol de cuyas ramas más bajas, aunque sin hojas, sobresalían numerosos vástagos sobre los que se había acumulado una buena cantidad de nieve. Algo, seguramente la niña, parecía haberla removido, porque parte de la nieve se había desprendido y se amontonaba como azúcar espolvoreado sobre el suelo.

—¿No debería llamarla? —sugirió Mahon mientras avanzaba fatigosamente tras ella.

—Podría asustarla —dijo Lucy—. Será mejor intentar un acercamiento más discreto.

El silencio de la nevada se quebró con el cercano ulular de las sirenas de los coches patrulla. Durante unos segundos, Lucy se sintió desorientada por la combinación de la nieve y el parpadeo elíptico y deslumbrante de las luces azules entre los árboles. Se planteó retroceder para ir en busca de sus colegas, de Travers, al que sin duda no le haría ninguna gracia que se hubiera internado en el bosque por su cuenta y riesgo. Por otro lado, una niña sola en esas condiciones era una prioridad que se anteponía a todo lo demás, pensó, así que siguió adentrándose en la espesura.

Respiraba con dificultad mientras avanzaba a través de la nieve acumulada, hasta que al final tuvo que apartarla a patadas para poder seguir caminando sin apenas

poder recuperar el aliento, aunque agradecía la sensación de calor que le producía el esfuerzo.

Cuando las sirenas se apagaron, la noche volvió a sumirse en el silencio. Sus colegas debían de haber llegado y seguirían las huellas que Lucy había dejado en el bosque, del mismo modo que ella había rastreado las de la niña.

Lucy conocía el bosque desde su infancia y seguía recordándolo lo bastante bien para ubicarse. Si la memoria no le fallaba, había una hondonada cerca junto a la que, según se rumoreaba cuando era niña, habían enterrado a un elefante muerto durante la actuación de un circo ambulante que visitaba la zona. La hondonada había ido haciéndose más profunda con el paso de los años, de modo que aquella historia parecía aún más creíble.

Pero no fue necesario llegar tan lejos. Tampoco era probable que el tiempo, que empeoraba por momentos, se lo hubiera permitido. Llevaba casi cinco minutos caminando cuando oyó algo por encima del silencio ensordecedor de la nevada. Avanzó más despacio, sosteniendo la linterna a poca altura para ampliar el alcance del haz, y de repente contuvo el aliento y aguzó el oído. Le pareció que el viento le traía el sonido de un jadeo. Durante unos instantes, Lucy no pudo ver gran cosa. El haz de la linterna sólo servía para iluminar la nieve que caía en su dirección. Pero, poco a poco, atisbó una figura sentada a los pies de un espino blanco a menos de cincuenta metros.

La niña se había acurrucado contra el tronco del árbol, con las rodillas pegadas al pecho y la fina tela de la camisa de su pijama tensa sobre las rótulas. El pelo se le pegaba a la cabeza, y los mechones lacios cubrían la piel de porcelana de su cara. Tenía los labios azulados y los dientes le castañeteaban audiblemente mientras intentaba compasar el ritmo de la respiración. Cuando se dio cuenta de que Lucy la había visto se encogió todavía más, crispándose contra el árbol, y apretó los labios con fuerza.

Lucy bajó la linterna y se acercó despacio, con la mano tendida y el cuerpo encorvado para ponerse a su altura.

—No pasa nada, cariño —dijo—. No voy a hacerte daño. Me llamo Lucy, ¿cómo te llamas tú?

La niña la miró agotada, con ojos centelleantes bajo los oscuros surcos de su frente. Se envolvió las rodillas con los brazos, ciñéndolas con fuerza, como si intentara empequeñecerse todavía más.

—No voy a hacerte daño —repitió Lucy.

Notaba la presencia de Mahon detrás de ella, a su derecha, pero no quería mirar para no atraer la atención de la niña hacia él.

—Debes de tener frío —dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo?

La pequeña negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

Lucy se acercó hasta casi tocar a la niña. Podía sentir el frío de su cuerpo y veía los rastros cristalinos de las lágrimas que se le habían helado en las mejillas.

—Ven conmigo, cariño —repitió una vez más tendiendo la mano, con la palma abierta frente a la criatura—. Coge mi mano y ven conmigo —insistió.

La niña no se movió, aunque un estremecimiento involuntario pareció recorrerle el cuerpo, y los músculos del cuello se le tensaron bajo la piel.

Al menos, Lucy ya estaba razonablemente segura de que no era Kate McLaughlin. Kate tenía dieciséis años, y esa niña debía de rondar los ocho o nueve.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lucy de nuevo.

La niña abrió la boca como si fuera a hablar, pero pareció incapaz de formar las palabras.

—Yo soy Lucy —dijo la sargento una vez más, aproximándose un poco y acercando también la mano, hasta que por fin las puntas de sus dedos rozaron el brazo helado de la niña.

Al principio la pequeña reaccionó con brusquedad al contacto, pero luego pareció relajarse y miró a Lucy. De repente, los ojos se le quedaron en blanco y se desplomó sobre el cojín de nieve a sus pies. Tumbada sobre el suelo, Lucy vio con nitidez la imagen que adornaba la camisa del pijama de la niña: un oso de peluche que abrazaba un gran corazón rojo sangre, bajo el que había un nombre escrito: «Alice».

Lucy miró a su alrededor en busca de ayuda. El lechero estaba paralizado observándola, boquiabierto, desde detrás de un árbol. Y entonces empezó a llamar a Travers a gritos.

El titilar de las linternas entre los troncos pelados anunció la llegada del grupo de agentes. El subcomisario Travers encabezaba una patrulla de policías uniformados, abriéndose paso toscamente entre la nieve sin que pareciera importarle conservar las huellas de la niña. Cuando llegó hasta Lucy, la encontró agachada en la nieve, junto a una niña. Se había quitado el abrigo para cubrir a la pequeña, que temblaba convulsivamente. Travers la iluminó con la linterna sin querer deslumbrarla, pero ansioso por comprobar su identidad.

Examinó sus rasgos y se fijó en el color de su pelo.

—¿Ha dicho algo?

Lucy negó con la cabeza, colocó el brazo alrededor de los hombros de la niña y sintió los temblores apagados que sacudían todo su cuerpo.

Travers levantó su radio y pulsó unas teclas para comunicarse con comisaría.

—No es ella —dijo con un leve tono de decepción—. No es Kate McLaughlin.

Lucy se dio cuenta de que, sin saber por qué, el tono del comentario hizo que abrazara a la pequeña todavía con más fuerza, apoyara la mejilla en su frente y le envolviera los dedos en el calor de sus propias manos.

Lucy esperaba sentada fuera de la sala en la que estaban examinando a Alice y escuchaba los familiares ruidos del hospital, mientras aguardaba la llegada de la asistente social de urgencias. A lo largo del mes anterior, desde su regreso a Derry, había estado entrando y saliendo de ese hospital con su padre con más frecuencia de la que le hubiera gustado recordar. Un día, el anciano se había caído al salir de la ducha y se había hecho daño en un brazo. Luego había tropezado por las escaleras. Cada incidente había requerido una noche de ingreso en el hospital, y Lucy se había pasado las horas velándolo.

Intentó evadirse de los ruidos, pero no pudo: el estrépito del instrumental médico, el chirrido de las ruedas de las camillas cuando las trasladaban arriba y abajo por la planta, las pisadas amortiguadas de los zapatos de los celadores, el eco de sus voces distantes. Y, por encima de todos ellos, los gritos intermitentes de la niña.

Cuando la pequeña se había despertado en el bosque, se había aferrado a Lucy mientras se dirigían hacia la ambulancia. No dejaba que nadie más que ella la tocara, de manera que, al final, fue Lucy quien tuvo que cargar con la niña entre los árboles. Sólo cuando le echó los brazos al cuello y pudo verle la cara, dejó que otros agentes ayudaran a la sargento a llevarla. El roce de sus brazos había helado el cuello de Lucy. La niña no había hablado ni mirado a nadie.

Vista la situación, Travers había sugerido que Lucy acompañara a la pequeña en la ambulancia y la sargento se había mostrado de acuerdo. La niña la aferraba con una fuerza casi salvaje. Cuando se supo que no se trataba de Kate McLaughlin, algunos de los agentes parecieron perder el interés. Travers había dicho que se pondría en contacto con el señor McLaughlin. Lucy se quedaría con la niña hasta que los Servicios Sociales se hicieran cargo de ella, y luego volvería a comisaría; mientras tanto, Travers hablaría con el equipo del CID^[2] que se encargaba del secuestro de Kate McLaughlin.

En la ambulancia, Alice había empezado a gemir, removiéndose con inquietud bajo la manta en la que la habían envuelto tras quitarle el abrigo de Lucy. Luego, cuando se acercaban al hospital, los gemidos habían cambiado de tono para convertirse en un lamento inarticulado. Ahora, la niña chillaba de angustia y cada aullido amedrentaba al resto de la planta y la sumía en el silencio. Algunos de los pacientes que ocupaban las habitaciones más alejadas habían salido al pasillo, aturcidos, entrecerrando los ojos bajo el intenso resplandor de los fluorescentes, buscando la fuente de aquellos gritos angustiados.

Finalmente, convencida de que algo no marchaba bien, Lucy se levantó y entró en la habitación. La niña estaba acuclillada en un rincón, con las rodillas pegadas al cuerpo, en la misma postura en que la había descubierto Lucy. La habían envuelto en una manta térmica metalizada de la que intentaba desprenderse, sin darse cuenta de

que estaba sentada sobre el borde.

La pediatra daba instrucciones a una de las enfermeras, que rebuscaba ruidosamente entre los cajones del carrito de farmacia.

—¿Por qué grita así? —preguntó Lucy.

La doctora, una india de aspecto agobiado, la miró para evaluar qué derecho tenía aquella mujer a plantearle esa pregunta.

—Está entrando en calor —le explicó—. A medida que su cuerpo se va calentando, la sangre fluye de nuevo a las extremidades. Cuando estaba helada su cuerpo no sentía el dolor, pero ahora lo está sintiendo con retraso.

—¿Y no puede darle nada?

La mujer le hizo un gesto con la cabeza a la enfermera, quien sostenía en alto una aguja hipodérmica que introdujo en un pequeño vial hasta llenar el cilindro de la jeringuilla. Después se la entregó a la doctora y aguardó junto con Lucy la señal para tratar de inmovilizar a la niña.

Lucy se acercó a Alice desde la izquierda; se sintió culpable cuando la niña alzó la mirada hacia ella, una mirada extrañamente vacía que apenas conseguía establecer contacto real con sus ojos. Le pasó el brazo alrededor de los hombros como si fuera a darle un fuerte abrazo y, durante un instante, Alice pareció relajarse, como si confiara en que el gesto de Lucy fuera afectuoso. Entonces vio acercarse a la doctora con la jeringuilla en la mano, y empezó a retorcerse y a dar patadas. Sus brazos, poco más que piel y huesos, se sacudieron contra el pecho de Lucy y torció la cabeza hacia ella con los ojos muy abiertos, desorbitados.

Lucy quería apartar la mirada, clavarla en el suelo, pero se sentía incapaz. Mantuvo la mirada de la niña, observando cómo sus pupilas se dilataban y luego parecían adormecerse; los párpados, repentinamente pesados, empezaron a caer con laxitud, el forcejeo se calmó y empezó a resbalar hacia el suelo. Lucy, abrazándola con fuerza por los hombros, dejó que reposara encima de ella.

La doctora se apartó el pelo de la cara y se secó la frente con la manga de la bata blanca, como si aquello le hubiera supuesto un esfuerzo agotador.

—Déjenla en la camilla —dijo.

Lucy y la enfermera alzaron a la niña del suelo y la depositaron sobre la camilla. Incluso dormida, la expresión de su rostro se contraía y los ojos se movían bajo los delgados velos de sus párpados. Su piel se notaba todavía fría al tacto, aunque los labios ya habían empezado a recuperar el color.

La doctora se acercó a la camilla al tiempo que se ponía un par de guantes de látex. Primero inspeccionó la cabeza de la niña y le despejó la cara para examinar las raíces del pelo y comprobar si tenía heridas en el cuero cabelludo. Después siguió con suavidad las líneas del cuello y de los hombros, y le examinó los brazos y las manos, los pies y las piernas antes de subirle la camisa del pijama y explorar el torso.

—Me temo que hay buenas y malas noticias —dijo la doctora cuando acabó el examen—. La niña no ha sufrido ningún traumatismo de importancia.

—¿Y las malas?

La doctora se quitó los guantes mientras respondía:

—Debido a la exposición a las bajas temperaturas, presenta un grado de hipotermia relativamente grave. Tendrá que pasar aquí algunos días. ¿Han localizado ya a los padres?

Lucy negó con la cabeza.

—Esperaba preguntarle a la niña cómo contactar con ellos.

La doctora frunció ligeramente el ceño.

—El efecto del sedante que le hemos administrado durará unas cuantas horas. Puede que no esté en condiciones de decir nada hasta bien avanzada la mañana.

El forense especialista de la policía científica^[3] llegó al hospital una media hora más tarde. Al tratarse de una niña y ante la posibilidad de que hubiera sido víctima de malos tratos, Alice era considerada la «escena del crimen» y sería sometida a un examen en presencia de la pediatra.

La asistente social de guardia, una mujer ruidosa y corpulenta que se presentó como Sylvia, llegó al mismo tiempo que el especialista. Tras dejar caer un bolso grande en el suelo, junto a la puerta, se acercó a mirar a la niña e inclinó ligeramente la cabeza para verle la cara.

Finalmente, un tanto decepcionada, se volvió cansinamente hacia Lucy.

—Creía que tal vez fuera ella. Ya sabe.

Lucy asintió.

—Pues no lo es.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Sylvia.

—La han sedado. Gritaba de dolor.

Sylvia asintió distraídamente.

—Sólo me ocuparé de ella hasta que empiece el turno de Robbie, a las nueve.

—Ya —dijo Lucy.

Estaba a punto de marcharse cuando cayó en la cuenta de que había llegado al hospital con la ambulancia; su coche seguía en el bosque. Cuando hubiera terminado, tendría que pedirle al forense de la científica que la llevara a la comisaría.

Sylvia gruñó en voz baja para sí, cogió el bolso y fue a sentarse en uno de los sillones cerca de la camilla, donde se acomodó para leer un tabloide.

El forense trabajaba silenciosamente, y sólo de vez en cuando intercambiaba algún comentario entre murmullos con la pediatra.

—Que Dios ayude a esa pobre familia —comentó Sylvia.

Lucy miró y vio la fotografía de Kate McLaughlin en primera plana.

—Y que ayude también a la de esta niña —dijo de repente, consciente de que sonaba un poco quisquillosa.

—Pero Kate sigue desaparecida. Al menos esta niña está de vuelta en casa —

aclaró Sylvia, haciendo crujir el periódico al pasar la página.

Lucy vio que la pequeña se agitaba inquieta pese al sedante. Estaba sola, sin padres ni amigos, sin nombre, sin voz, sin dignidad siquiera cuando el investigador forense y la doctora empezaron a desvestirla.

—Pues a mí no me da la impresión de que haya vuelto a casa —murmuró Lucy.

Tony Clarke, el forense de la científica, trabajó durante unos veinte minutos con Alice, junto con la doctora. Era un hombre fornido, al que Lucy le echó unos treinta y tantos. Cuando acabó, se mostró encantado de acercarse a Lucy a comisaría.

—No te había visto antes —comentó mientras caminaban hacia el aparcamiento—. ¿Novata?

—Llevo un mes aquí —dijo ella.

—Lo siento —dijo Clarke, interpretando su respuesta de un modo que ella no había pretendido—. Es un sitio grande; cuesta llegar a conocer a todo el mundo.

Lucy creyó que debía añadir algo, pero no sabía por dónde empezar. Así que preguntó:

—¿Cómo está la niña?

—No presenta signos visibles de maltrato —dijo Clarke—. Llevaré su ropa al laboratorio, pero tengo la impresión de que salió a caminar dormida, como una sonámbula. Cuando llegues a comisaría, sus padres seguramente ya habrán llamado para denunciar la desaparición.

—Eso espero —dijo Lucy.

De repente, sintió que iba a resbalar sobre el hielo compacto bajo la capa de nieve fresca y extendió la mano para recuperar el equilibrio y no caerse, pero Clarke la agarró antes de que llegara al suelo. Le cogió el brazo con una mano mientras con la otra le rodeaba la cintura. Ella se irguió y se ajustó el abrigo, dándole las gracias por impedir la caída.

El forense entrelazó su brazo con el de ella hasta que llegaron a su coche, y luego le abrió la puerta para que subiera mientras a Lucy le costaba decidir si tanta solicitud debería contrariarla.

Atravesaron el Waterside y cruzaron a la orilla oeste del Foyle por el Craigavon Bridge. Río arriba, Lucy distinguió los contornos de las casas de Prehen, apenas visibles a través de la brumosa nieve. En la margen del río se estaban formando láminas de hielo agrietadas. En el extremo más alejado del puente había una escultura en bronce de dos hombres con las manos extendidas el uno hacia el otro, en representación de las dos orillas de la ciudad y de las dos comunidades que vivían en ella. Algún gracioso había vestido a la pareja con bufandas y gorros de los dos equipos de fútbol locales, y se había tomado la molestia de mantener la rivalidad entre los colores del Celtic y los de los Rangers^[4].

Tras bordear el Foyle Embankment tomaron Strand Road, donde se ubicaba la sede del CID. Cuando llegó Lucy, varios miembros del departamento se habían congregado ya en una sala. Travers presidía la reunión. Se había cambiado de ropa y

ahora vestía un traje azul marino con una camisa blanca limpia y una corbata roja. Estaba de pie frente a un tablón de corcho lleno de mapas, anotaciones y gráficos, entre los que destacaba la misma fotografía de Kate McLaughlin que Lucy había visto en el periódico. Tara, otra sargento del equipo, la saludó a su llegada con una leve inclinación de cabeza; el resto de sus colegas le echaron apenas un vistazo y no le prestaron más atención.

Travers hizo una breve pausa para darle tiempo a sentarse y continuó:

—Hemos conseguido reconstruir los acontecimientos del viernes por la noche con un poco más de precisión. Sabemos que Kate estuvo en el cine con sus amigas hasta las nueve y media. Su padre había quedado en pasar a recogerla por casa de una de las chicas, Elaine Grant. Todo lo que sabemos es que Kate recibió un mensaje de texto que ella creyó que era de su padre diciéndole que la recogería en el aparcamiento de Victoria Market, a unos cuatrocientos metros del cine.

Travers señaló las localizaciones en el mapa sobre el tablón.

—¿Y no se dio cuenta de que el número no era el de su padre? —preguntó un agente uniformado sentado al lado de Lucy.

Uno de los veteranos del equipo del CID se dio la vuelta en la silla para ver quién había formulado la pregunta.

—Lo siento —se disculpó Travers levantando la mano—, debería haber mencionado que el señor McLaughlin perdió el móvil el viernes por la tarde.

Fue un trabajo muy bien organizado, pensó Lucy. Bien planeado y con un objetivo claro. Una dificultad añadida era que, hasta el momento, no se había recibido ninguna petición de rescate. La policía había abordado el caso como una desaparición hasta que llegó a oídos de uno de los periódicos; en cuanto descubrieron que el padre de la chica era Michael McLaughlin, presentaron la noticia como un secuestro.

McLaughlin era uno de los empresarios más ricos de Derry. Durante los últimos años de la década de los ochenta se había hecho un nombre realizando inversiones inteligentes, comprando inmensas parcelas y bienes inmuebles en los peores momentos de la última recesión, que vendió cuando el mercado se hubo recuperado. Su mayor triunfo también había sido, hasta el momento, el que le había salido más caro. Había comprado el edificio de un antiguo mercado en ruinas en los muelles, en la esquina del cual había un viejo bar de marineros. Su plan era remodelar toda la zona ribereña años antes de que a nadie se le ocurriera urbanizar la deteriorada zona portuaria. Sin embargo, durante uno de los periodos más prolongados de violencia en la ciudad, los *Troubles*^[5], el bar quedó destruido en un atentado cuyo objetivo era un convoy del ejército británico. La esposa de McLaughlin, Carol, que se encontraba dentro del local, murió a causa de la explosión. McLaughlin seguía siendo el dueño de los ahora privilegiados terrenos, pero no los había urbanizado.

—Al no haber recibido ninguna petición de rescate —empezó Travers—, en público seguiremos sin conceder demasiada credibilidad a la idea de que se trate de un secuestro. Sin embargo, extraoficialmente, ésa continúa siendo nuestra principal

hipótesis y debe guiar nuestras investigaciones. Puede que ahora sea un buen momento para que empiecen a preguntar por las calles, sobre todo a sus confidentes más fiables. He solicitado que un helicóptero sobrevuele la ciudad en cuanto amaine la nevada. La City Centre Initiative nos ha proporcionado las grabaciones de los circuitos cerrados de vigilancia en las que se ve a Kate saliendo del cine. Quiero un grupo que las revise a fondo. Según parece, la grabación del aparcamiento donde desapareció la chica es inservible; tanto la cámara como las farolas del aparcamiento fueron destrozadas durante las horas previas al secuestro. Vamos a hacer una reconstrucción de los últimos movimientos de Kate en Strand Road durante esa noche. Los quiero a todos ahí afuera tomando declaraciones.

El comentario fue recibido con un gruñido colectivo; sólo había una tarea peor que tomar declaración a gente bienintencionada: hacerlo con un tiempo tan inclemente.

—Ya lo sé —dijo Travers, esbozando una leve sonrisa y levantando las manos para apaciguarlos—. La comisario jefe ha aceptado pagar horas extraordinarias a todos los que trabajen en el caso.

Eso, al menos, atenuó los gruñidos, aunque no los acalló del todo.

—Sus respectivos jefes de equipo ya han sido informados de en qué quiero que se concentre hoy cada uno de ustedes; volveremos a reunirnos este misma tarde a las cuatro para ponernos al día. Sargento Black, quiero verla en mi despacho.

Dos de los hombres fingieron un gesto de agobio al pasar junto a Lucy, imaginando que tendría que dar explicaciones por haber llegado tarde a la reunión.

Tara le puso la mano en el brazo cuando salía de la sala y le susurró:

—Buena suerte. No dejes que cierre la puerta.

Lucy observó los andares de predador de Travers mientras el subcomisario avanzaba silenciosamente por el pasillo hacia ella. Se había arremangado la camisa dejando al descubierto unos antebrazos fibrosos marcados con borrones azules, un recuerdo de los tatuajes de los años que había pasado en el ejército. Su cara era enjuta y recia, con los ojos hundidos y ensombrecidos por unas gruesas cejas que ya encanecían. Al acercársele, se pasó la mano por el pelo y cambió el ritmo de sus pasos.

—¿Cómo está la niña?

—Se llama Alice. La han sedado, señor —dijo Lucy, deteniéndose cuando la interpeló.

—Pase —le indicó Travers.

El subcomisario abrió la puerta de su despacho de un empujón y la sujetó para que Lucy entrara, de modo que la sargento tuvo que pegarse a él para pasar.

—Siéntese.

Travers la adelantó para ocupar su lado del escritorio y, mientras lo hacía, le rozó suavemente el hombro para señalarle una silla.

El subcomisario juntó las manos sobre la mesa y sonrió, exhibiendo la dentadura. Lucy se fijó en su complexión, en la delgadez de sus brazos, en la tensión de los músculos bajo su piel. Ahora veía los tatuajes con claridad: un ancla de un azul difuminado, una pequeña rosa con un nombre, ilegible, debajo.

—¿Café? —preguntó, haciendo un gesto hacia una mesita a su izquierda en la que había una bandeja con un termo de café, tazas y platillos.

—No, gracias, señor —dijo Lucy.

—Menudo primer mes ha tenido —empezó Travers.

—Sí, señor —respondió Lucy entrelazando las manos sobre el regazo.

La mirada de Travers se fijó en su boca mientras hablaba y luego se desvió hacia el escote.

—Supongo que esto le habrá parecido muy distinto de Lisburn.

Lucy asintió, sin saber muy bien si ese «distinto» era peyorativo.

—No le costó conseguir el traslado al Distrito D. Nadie al que le asuste el trabajo se sentiría cómodo en este sitio.

—A mí no me asusta el trabajo, señor —dijo Lucy, sonriendo—. Estoy lista para arrimar el hombro.

—¿Cómo está su padre?

El brusco cambio de tema la desconcertó un tanto. ¿Estaba dando a entender que su trabajo se había visto afectado por la enfermedad de su padre?

—No demasiado bien, señor. Necesitaba tenerme más cerca de casa, señor. Por eso solicité el traslado.

Travers asintió y sonrió comprensivo.

—Es afortunado de tener una hija como usted.

—Gracias, señor.

—Esta mañana se metió en el bosque sin apoyo, Lucy —añadió él rápidamente.

Lucy se removió en la silla.

—Sabía que no debía hacerlo, señor. Pero consideré que lo mejor era encontrar a la niña lo antes posible.

Travers meneó un dedo huesudo hacia ella, que vio el dorso de sus manos cubierto de un vello cano.

—Ah, imaginó que se trataba de Kate, ¿verdad? Tal vez pensó que le vendría muy bien encontrarla. Pero no se preocupe —añadió alzando la mano para impedir las inevitables protestas de Lucy—. Yo habría hecho lo mismo. Es usted ambiciosa. Y eso me gusta.

Lucy sonrió como si admitiera la precisión y el acierto del comentario.

—Me gustaría que todos los sargentos tuvieran sus mismas ganas de impresionar.

—Quería empezar con buen pie, señor —dijo Lucy, suponiendo que eso era lo que él quería oír.

Sin embargo, por alguna razón que no entendió, la sonrisa de su superior se desdibujó y su expresión se tornó en un dolido y burdo remedo de pesar.

—Lo que hace que este cambio sea aún más desgraciado —dijo Travers.

La sonrisa de Lucy se congeló en un rictus. ¿Iba a apartarla del caso porque se había adentrado sola en el bosque para buscar a Alice?

—¿Qué cambio?

—La comisario jefe ha dado la orden de que, dado que encontró a Alice y la niña parece haber conectado con usted, se la asigne a la PPU, la Unidad de Protección Pública, durante un tiempo.

Lucy tuvo que hacer varios intentos antes de poder articular las palabras.

—Pero yo quiero estar en el CID.

—Y yo la quiero aquí, Lucy. Necesito savia joven en mi equipo.

—Gracias, señor —dijo Lucy sin estar segura de que el comentario justificara el agradecimiento.

—Bien, es una pena, pero ya no está en mis manos. Usted sería material de primera para el CID.

—Si he de serle sincera, preferiría quedarme aquí, señor. Trabajar con usted.

Poco faltó para que se le atragantaran las últimas palabras. ¿Lo notaría Travers? ¿Se daría cuenta de que lo estaba halagando? Si fue así, no delató la menor reacción.

—No le dé más vueltas —prosiguió Travers—. No dejaré que se vaya muy lejos. Tendré unas palabras con la comisario jefe y le diré lo mucho que me interesa retenerla en mi equipo.

—Gracias, señor —dijo Lucy.

—Además —añadió él—, Tom Fleming está al mando de esa unidad. Es un buen tipo. Le pediré que, como un favor personal, esté pendiente de usted y deje que nos eche una mano. En cualquier caso, la PPU también colabora en el caso de la

desaparición de Kate McLaughlin.

—Gracias, señor —repitió Lucy.

Travers se levantó, dejando claro que la reunión había concluido. Con todo, se acercó a ella, le estrechó la mano y se la retuvo unos segundos, recorriendo la piel de su muñeca con las puntas de los dedos.

—No se preocupe —dijo—. Haré todo lo posible para que esté de vuelta cuanto antes.

Su coche seguía aparcado en las lindes del bosque, en Prehen, así que Lucy tuvo que esperar a que un equipo de respuesta que había recibido una llamada de Strathfoyle la acercara a la comisaría de Maydown.

Desde su asiento de pasajero, tuvo tiempo de contemplar la ciudad a través de la ventanilla. Todavía le sorprendía lo mucho que había cambiado desde su marcha. Por aquel entonces parecía al borde de la destrucción: dos orillas, dos nombres, dos tribus. Un cisma tan amplio que, en un momento dado, un primer ministro británico se había planteado seriamente la posibilidad de establecer la frontera a lo largo del río Foyle, partiendo la ciudad por la mitad, para que el Cityside pasara a formar parte de la República de Irlanda y el Waterside se quedara en Irlanda del Norte.

Sin embargo, ahora la pequeña urbe parecía haber encontrado su sitio. Seguía abundando el ladrillo rojo, pero, uno tras otro, literal y metafóricamente, los puentes habían empezado a cruzar el río, acercando las dos orillas. La ciudad donde se habían originado los *Troubles* era ahora ejemplo de reconciliación para resolver la cuestión de los desfiles orangistas.

Estiró el cuello mientras pasaban por el Foley Bridge para ver la ciudad, que se extendía a ambos lados del ancho surco del río bañada por una luz todavía gris. Después giraron a la izquierda en la rotonda que había al final del puente y salieron hacia Maydown.

La comisaría de Maydown era un extenso recinto construido a varios kilómetros de la ciudad que alojaba a la mayoría de las principales unidades policiales, con la excepción de algunos equipos del CID que operaban desde comisarías de menor tamaño ubicadas en la propia Derry. Además, servía como centro de formación para los nuevos alumnos. El complejo estaba formado por veinte manzanas de ladrillo rojo y varias residencias.

Cuando el equipo la dejó delante de la comisaría, Lucy tuvo que preguntar la dirección de la sede de la PPU. El agente de guardia señaló el Edificio 5, más allá del patio, advirtiéndole que tuviera cuidado de no resbalar en el suelo. El hombre le sonrió y le guiñó un ojo cuando ella le dio las gracias, y después se frotó las manos y se las llevó a la espalda para aprovechar el calor de una estufa de gas. A Lucy no le cupo duda de que el agente pensaba observarla, tal vez incluso deseando que se cayera, aunque sólo fuera para sacudirse el aburrimiento de la guardia matinal.

La sargento cruzó el patio y se encaminó hacia el Edificio 5, al fondo del recinto. Arrastraba los pies cautelosamente por el aparcamiento, intentando, sin conseguirlo, no resbalar sobre el hielo, y tuvo que limpiarse dos veces la nieve y el hielo de las piernas y las posaderas mientras el guardia de la garita se tomaba cada vez menos molestias en ocultar su regocijo.

Lucy llegó por fin a la entrada de la unidad. Puesto que desconocía las claves de acceso, llamó al timbre y esperó. Al poco, a través del cristal reflectante de la puerta,

distinguió una figura que se acercaba sin prisas. Echó una mirada rápida a su reflejo y se apartó un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta con la caída. Tenía la cara más delgada de lo acostumbrado, algo que sentaba bien a sus rasgos menudos.

La puerta se abrió tras cinco pitidos electrónicos. El hombre que la miraba desde el umbral, con los ojos entornados para protegerse de la luz exterior, debía de medir en torno a un metro ochenta. Vestía unos pantalones de pana azul y una camisa blanca remetida por la cintura, lo que no contribuía a disimular su orondo vientre. Llevaba el pelo corto, tal vez para ocultar el avance de las entradas. Los hombros le caían ligeramente, como a un hombre derrotado. En una mano sostenía lo que parecía un bocadillo de salchicha.

—He venido a ver al inspector Fleming, señor —dijo Lucy tendiéndole la mano.

—Pues lo tiene ante usted —respondió el hombre.

Su apretón era cálido y fuerte. Sus ojos melancólicos sostuvieron la mirada de la sargento.

Ella pasó a su lado para que cerrara la puerta. Se quedaron mirándose, Lucy sonrió expectante y alzó las cejas como si le preguntara en silencio qué quería que hiciera.

Fleming le devolvió una leve sonrisa, todavía entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor de los fluorescentes del techo, cuyo suave zumbido era el único ruido que quebraba el silencio del edificio.

—¿En qué puedo servirle?

—Soy Lucy Black —dijo, suponiendo que el nombre tendría algún sentido para él.

La inexpresividad de su reacción le dejó claro que no era así.

—¿Y? —asintió con la cabeza animándola a seguir.

—Me han asignado a su unidad —dijo Lucy en tono algo irritado.

—¿Ah, sí? —preguntó Fleming enarcando las cejas, aunque sin dejar de sonreír —. Nadie me ha informado de ello.

—El subcomisario Travers me dijo que viniera. Encontré a la niña en el bosque esta mañana —añadió.

—Ahhh —dijo Fleming como si eso lo explicara todo—. Llamaré al subcomisario y veremos qué hago con usted, ¿le parece? Entre y siéntese.

Lucy detuvo a Fleming antes de que se volviera.

—Me preguntaba, señor, si podría hacer una llamada.

—Por supuesto —dijo Fleming—. Le buscaré un despacho vacío. Aquí no será difícil dar con uno.

El inspector la acompañó a una pequeña sala de la planta baja. A excepción de una mesa en la que había un teléfono, una lámpara y una vieja silla giratoria con la tapicería del asiento desgarrada, la habitación estaba vacía.

—Sírvase —dijo Fleming—. Volveré enseguida.

En cuanto Lucy se hubo sentado, la silla se inclinó a un lado y la ruedecilla de la

derecha se soltó del enganche y se escabulló rodando por el suelo de linóleo. Levantó el auricular y marcó.

—¿Papá?

Desde el otro extremo de la línea sólo le llegó el silencio. Entonces, al escuchar con más atención, Lucy captó el resuello de la respiración superficial de su padre, el roce de su barba contra el micrófono del aparato.

—¿Papá?

—¿Con quién hablo?

—Soy Lucy, papá. ¿Está ahí Sarah?

—¿Quién es Sarah?

—La señora que te atiende. ¿Está ahí, papá?

—Aquí no hay nadie. Estoy solo. Lucy tampoco está.

—Yo soy Lucy —repitió ella, exasperada.

—No he desayunado —dijo su padre.

—Te lo dejé preparado en la mesa, papá —dijo Lucy—. Ahí están tus cereales y tu cuenco favorito.

—Sé cómo alimentarme yo solo —le espetó repentinamente enfadado—. No soy ningún idiota.

—Ya lo sé, papá —dijo tragándose el comentario—. Llamaré a Sarah.

—¿A quién?

—Te quiero, papá.

Lucy esperó a oír el clic al otro extremo de la línea antes de colgar ella. Después, llamó a Sarah. La mujer respondió por fin al tercer intento. El mal tiempo hacía difícil llegar a Prehen, le explicó. Había tenido que aparcar en el hotel y, desde allí, ir a pie hasta la casa. En ese momento, mientras hablaba, caminaba por la cuesta de Sandringham Drive, y era obvio que le costaba subir la colina porque su conversación estaba salpicada de fatigosas inhalaciones y palabras inconclusas.

Más tranquila al saber que la asistente estaba de camino, Lucy colgó. Fleming la observaba desde la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí ni qué parte de la conversación había oído.

—¿Algún problema? —preguntó él.

—Mi padre no se encuentra bien —dijo Lucy.

—Lo siento —dijo él—. He hablado con Travers y va a pasar un tiempo aquí, según parece. ¿Té?

Lucy salió tras él del pequeño despacho y le siguió por el pasillo hasta una puerta que daba paso a la sala de interrogatorios. Le sorprendió la amplitud y la ventilación de aquel espacio, propiciadas en gran medida por las tres ventanas que se abrían en lo alto de una de las paredes. El mobiliario consistía en unas sillas mullidas y, pegado a una pared, un sofá naranja. A un lado había una mesa con un tren de juguete. Un puf se desparramaba en el suelo, bajo la mesa, y encima de él se veían unas muñecas manoseadas. En una estantería alta, separada de las demás, había unos muñecos con

detalles anatómicos que representaban a un niño y a una niña. Y debajo, se fijó Lucy, un trípode y una pequeña cámara de vídeo.

—Bonita sala —observó Lucy.

—Aquí es donde hablamos con los niños —explicó Fleming desde un apartado en el rincón en el que había una tetera y varias tazas de diversa procedencia—. Preferimos interrogarlos aquí en lugar de hacerlo en la comisaría principal. ¿Leche y azúcar?

—Los dos, por favor —dijo Lucy, asintiendo mientras recorría la sala con la mirada.

Notó que Fleming la estaba observando, aunque no con las mismas intenciones que Travers.

—Esto había sido la Unidad de Atención a las Víctimas, pero después fusionaron varias unidades. Nosotros nos ocupamos del maltrato doméstico, de los casos en los que hay menores implicados y de todo lo que tenga que ver con personas vulnerables, diría.

—Bien, ¿y qué quiere que haga?

Fleming la miró con expectación.

—El comisario Travers me ha dicho que debe seguir colaborando en el caso de Kate McLaughlin siempre que sea posible.

—Muy bien.

—Y que usted salvó a la niña esta mañana. Buen trabajo.

—No fue nada, señor.

—Necesitamos identificarla de inmediato. De modo que, mientras el subcomisario no me diga lo contrario, puede encargarse de eso.

Lucy levantó de nuevo las cejas.

—¿Y por dónde empiezo?

—Escuelas y hospitales —dijo Fleming—. Cuando se trata de niños, siempre empezamos por las escuelas.

A Lucy le asignaron un pequeño despacho en la primera planta del edificio. Una de las paredes estaba desnuda, con la pintura descascarillada allí donde habían arrancado los antiguos pegotes de masilla sin ningún cuidado. En el tablón de corcho que colgaba de la otra pared no había nada salvo unas cuantas chinchetas y un póster envejecido en el que se recomendaba arrancar la hierba de Santiago. El único mobiliario del despacho eran dos sillas de plástico, una a cada lado de una mesa sobre la que descansaba un viejo teléfono.

Lucy se sentó, sacó la lista de escuelas locales que le había dado Fleming y empezó a llamar. Había preparado una descripción de la niña: uno cuarenta de estatura, constitución frágil, unos treinta y ocho kilos, de rasgos marcados, pelo castaño y ojos azules.

Pidió hablar con la directora de la primera escuela de la lista y, cuando la mujer se puso al teléfono, le explicó que habían encontrado a una niña; le dio la descripción y le preguntó si alguna alumna que se ajustara a esas características había faltado a clase, o si la había reconocido en la descripción. Omitió el detalle del nombre que llevaba bordado en la camisa del pijama, pues hasta el momento no habían podido confirmar que la niña se llamara Alice.

—¿Puede mandarme una foto? —preguntó la mujer.

—Todavía no, señora —dijo Lucy. No se repartían fotografías hasta transcurridas las primeras veinticuatro horas.

—Pues poco puedo hacer con la información que me ha dado —dijo la mujer.

—Es todo lo que tenemos. ¿Falta hoy alguna niña que se ajuste a la descripción?

—¿Se ha asomado a la ventana? —preguntó la mujer—. Con este tiempo, falta la mitad de la escuela.

—¿Y la descripción le dice algo?

—Podría ajustarse a muchas de nuestras alumnas, agente —respondió la directora lacónicamente—. Pero no me recuerda a ninguna estudiante en particular. Pediré al personal docente que eche un vistazo; si averiguo algo, la informaré.

Lucy le agradeció la colaboración, tachó la escuela de la lista y pasó a la siguiente.

A la hora de comer ya había establecido una pauta. Se había puesto en contacto con la mitad de escuelas de la lista y, o bien estaban cerradas a causa del mal tiempo, o bien contaban con una baja asistencia debido a la misma razón y nadie podía ayudarla. Un par de directores le facilitaron posibles nombres que, a falta de más avances, habría que comprobar.

Lucy se levantó, se desperezó y miró la nieve que volvía a caer, cubriendo con un manto de humedad la barrera metálica que había al otro lado. Finalmente, levantó el aparato y marcó el número de la centralita.

—Con el despacho de la comisario jefe Wilson, por favor.

—Un momento.

Un clic. Luego tres timbrazos.

—Soy la asistente de la comisario jefe Wilson, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy la sargento detective Black —dijo Lucy—. Me gustaría acercarme para hablar con la comisario jefe Wilson, ¿es posible?

Lucy estaba casi segura de que la asistente había emitido un resoplido de burla. Ni siquiera en Belfast los rangos inferiores podían abordar a los mandos; debían seguir el canal reglamentario: el sargento al inspector, éste al inspector jefe y de ahí en adelante. Una sargento no hablaba nunca directamente con la comisario jefe del cuerpo.

—Disculpe, ¿quién ha dicho que era? —preguntó la asistente cuyo tono oscilaba bruscamente entre la irritación y la burla divertida.

—Dígale que su hija quiere verla —dijo Lucy.

El tono de la mujer cambió de repente.

Lucy cruzó de nuevo el patio, intentando no salirse de las roderas de los neumáticos para evitar una repetición de los resbalones previos. El agente de la garita había terminado su turno y el nuevo se limitó a echarle un distraído vistazo por encima del periódico antes de volver a bajar la mirada.

Subió en el ascensor hasta la última planta del edificio principal, salió a un pasillo y esperó ante una puerta de doble hoja. Desde el techo, una cámara de seguridad cambió ligeramente de ángulo y vio que la lente se retraía para enfocarla. Lucy alzó la mirada, reprimiendo las ganas de hacer algún gesto. No hacía falta que nadie le preguntara a quién quería ver porque en esa planta sólo una persona tenía despacho.

La comisaria Wilson había conservado su apellido después de casarse lo que, como Lucy le había dicho más de una vez, le había resultado muy práctico a la hora de divorciarse del padre de su hija hacía ya catorce años. Lucy, que tenía trece por entonces, se había quedado con su padre. En aquella época, había creído tomar esa decisión; ahora, había visto los suficientes casos de custodia para saber que, si su madre hubiera querido retenerla a su lado, lo habría hecho, independientemente de los deseos de Lucy. Que le hubiera permitido quedarse con su padre era todo cuanto necesitaba saber sobre aquella mujer y la relación que mantenían.

Una de las ventajas de llevar un apellido distinto del de su madre era que nadie la vinculaba a ella. Lucy suponía que, en un momento dado, alguien se enteraría y la noticia se propagaría, pero por ahora nadie sabía que eran familia. Se lo había contado a una colega en Belfast durante una velada de copas en el Empire. Más adelante, cuando consiguió el ascenso a sargento detective, el tema había vuelto a surgir. No era raro que la ascendieran. ¿No era su madre la comisario jefe?

No mencionó que, irónicamente, su madre era con toda seguridad la persona menos dispuesta a hacerle ningún favor.

Así que, tras instalarse en Derry, no le dijo a nadie que agradecía no tener que llevar el mismo apellido que su madre, ni cargar con el consecuente peso de la expectación que eso habría despertado.

Oyó que alguien introducía el código de acceso al otro lado de la puerta, la cual se abrió para descubrir una antesala. Una mujer de mediana edad, con el pelo rubio platino y unos grandes pendientes de aro volvía con un leve siseo del roce de su ropa a la mesa mientras indicaba con un gesto a Lucy que cruzara la pesada puerta de roble.

El interior del despacho de su madre era casi tan grande como el de la PPU entera al otro lado del patio. La sala parecía haber estado dividida en dos en el pasado, pero había sido remodelada en un único espacio diáfano. Al entrar, a la izquierda, Lucy vio una gran mesa de reuniones, alrededor de la cual había una docena de sillas de cuero; un dispensador de agua encajonado en un rincón, y una puerta entornada que, supuso, debía de ser un lavabo.

Su madre estaba sentada a una mesa de caoba. A su espalda había dos pequeñas ventanas, un vestigio de los *Troubles* en las comisarías: en caso de disparos de francotiradores, reducían la visibilidad de los objetivos, y, en caso de explosión, evitaban que los cristales salieran volando por los aires. En consecuencia, el despacho era bastante oscuro. Al otro lado de las ventanas, hacia el oeste, estaban empezando a formarse nubarrones gris pizarra.

—Así que ya has llegado —dijo su madre a modo de saludo. Una afirmación, no una pregunta.

Sin saber muy bien por dónde empezar y sin confiar plenamente en que pudiera manifestar sus inquietudes sin perder el control, Lucy se sentó en la silla destinada a las visitas. Su madre había envejecido desde la última vez; su pelo, de un rubio ceniza, era cada vez más gris y había cambiado la permanente por un peinado corto, masculino. Las mejillas se le habían hundido ligeramente, y la pérdida de visión se había impuesto por fin a su vanidad: ahora llevaba gafas, sujetas con una cadena alrededor del cuello. Por debajo de la mandíbula, la piel adoptaba pliegues propios de la edad.

Carecía de rasgos suaves, a diferencia de Lucy, que había heredado el físico de su padre. Su madre siempre había tenido un aspecto afilado: una nariz aguileña y delgada, labios finos, cejas arqueadas que no requerían el énfasis de los cosméticos. La tersura de la piel alrededor de la boca le confería cierto aire colérico. Aunque, bien mirado, como Lucy sabía, ese aire se correspondía con su temperamento.

—¿Por qué me has sacado del CID?

Le pareció el mejor modo de empezar.

—En tu solicitud señalaste que querías venir al Distrito D; no creí que importara a qué unidad se te asignara.

—Solicité el traslado al CID.

—Sigues siendo detective, Lucy.

—Eso no viene a cuento.

La piel de su madre se tensó un poco más.

—Ojo con esos modales, jovencita.

—¿Porque eres mi madre? —se burló Lucy.

Lucy creyó que había esbozado una mueca, casi imperceptible. Esperaba que sí. Fuera como fuese, la mujer prosiguió:

—Porque soy tu superior. Querías trasladarte y lo permití. Las necesidades operativas requieren a alguien en la PPU en este momento. Me pareció que la experiencia te beneficiaría.

—El inspector Fleming ni siquiera sabía que me habían asignado a la unidad. Este sitio está muerto. ¿En qué se supone que me beneficia eso? —dijo Lucy.

—Tengo entendido que tú encontraste a esa niña. Ése será un buen primer caso para ti, un caso que te permitirá trabajar en la ciudad.

A pesar de sus ganas de seguir en el caso de Alice, aunque sólo fuera para

averiguar por qué se permitió que una criatura saliera sola a la nieve en pijama, Lucy tenía la sensación de que la estaba marginando.

—Quiero trabajar en el CID. El caso de Kate McLaughlin requiere a todos los agentes que puedan trabajar en él.

—¿Y qué conocimientos aportarías tú que no tengan los cien agentes que se encargan ahora, si puede saberse? —preguntó su madre inclinándose hacia delante.

—No te parezco lo bastante buena, ¿verdad que no? —preguntó Lucy.

—No creo que tengas madera de detective para el CID. Al menos, no en el Distrito D.

—¿Por qué?

Su madre se quitó las gafas, cruzó los brazos intencionadamente y los apoyó sobre la mesa.

—Mira, conozco a Bill Travers. Ya me ha llamado, y está al tanto de la situación. Si se entera de que eres mi hija, bueno...

—Sé cuidar de mí misma —dijo Lucy—. Ése no es motivo para impedir mi ascenso.

—Yo no impido nada. Lo redirijo. Sigues siendo sargento detective.

—Pero yo quería ir al CID —dijo Lucy, levantando la voz.

—Escúchame, Lucy, me importa un carajo lo que quisieras —dijo su madre en voz baja y sibilante—. Yo me lo curré en el CID hasta llegar adonde he llegado. Durante los peores años de los *Troubles*. Me gané una reputación trabajando desde abajo para llegar aquí, a sentarme detrás de esta mesa.

—¿Tienes miedo de que arruine tu reputación? —preguntó Lucy con incredulidad.

Su madre frunció levemente los labios, como si le dijera que no había más que hablar.

—¿Así que no me crees capacitada?

Una vez más, su madre se mostró reticente a responder.

—Como tú misma has dicho, soy sargento detective.

—Designada por mí —dijo su madre—. Porque querías cuidar de tu padre.

—Como si a ti te importara.

El tono de su madre se suavizó levemente.

—¿Cómo se encuentra?

—No demasiado bien.

—Lo siento.

—No, no lo sientes —murmuró Lucy.

—¿Es que no te he acercado a casa?

—Porque alguien tenía que cuidar de papá.

—Tu padre puede disponer de otros asistentes, de otra gente que lo cuide —respondió ella, con un deje de resentimiento.

—Él se merece algo mejor que otra gente.

—No lo endioses sólo porque esté enfermo —respondió su madre—. Nadie es perfecto.

Lucy fijó la mirada en su madre, consciente de que había matices de la conversación que no llegaba a captar.

—Has sido asignada a la PPU, Lucy. Trabaja con Tom Fleming. Es un buen hombre y un policía honesto. De hecho, trabajó con tu padre.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Lucy.

—Yo no se lo he dicho. Eres tú quien debe decidir si quieres decírselo.

Lucy se levantó y empujó la silla contra la mesa.

—Pero no vuelvas a entrar aquí con esos modales nunca más, Lucy.

Lucy miró fijamente a su madre, que ya se había puesto las gafas e inclinado la cabeza sobre el papeleo que se acumulaba en su mesa.

—Sí, señora —dijo, se dio la vuelta y salió del despacho.

Lucy caminaba de vuelta al Edificio 5 con suma cautela cuando sonó su móvil.

—¿Sargento Black? Soy Tony Clarke.

—¿Quién?

—Estuve en el hospital contigo, esta mañana, con la niña. He encontrado algo que deberías ver.

Clarke, vestido con un mono de papel azul claro, estaba esperando para pulsar el timbre y dar acceso a Lucy a las instalaciones del departamento forense. Mientras la guiaba a través de una sucesión de pequeños laboratorios, le explicó cuánto le había costado dar con ella.

—Intenté localizarte —dijo por encima del hombro mientras caminaba—. Llamé al CID, pero me dijeron que no estabas. Tardé un buen rato en averiguar que te habían trasladado a la PPU.

—Yo misma me he enterado hoy.

—Ah, vale —dijo, a todas luces sin saber qué responder—. Encontré algo interesante en la ropa de la niña.

Mientras hablaba, tecleó un código en el panel de una puerta que daba a una habitación en penumbra, la abrió empujándola con el trasero y dio un paso atrás para que entrara Lucy.

Dentro, la sala estaba a oscuras, salvo por el tenue resplandor purpúreo de una lámpara ultravioleta. En la pared del fondo, distinguió la camisa del pijama de la niña clavada en una tabla sobre una mesa de trabajo. Una delicada niebla de puntos luminosos de color púrpura cubría la pechera; eran tan finos bajo el resplandor que la luz ultravioleta creaba en el tejido blanco que Lucy se vio obligada a entrecerrar los ojos para ver exactamente de qué se trataba.

—Sangre —dijo Clarke—. El pijama está cubierto de sangre.

—¿Es suya? Esta mañana, la doctora dijo que no estaba herida.

—No lo parece —dijo Clarke—. La he analizado y es del tipo O positivo. Llamé al hospital y pedí que revisaran las analíticas que le hicieron esta mañana. La niña es O negativo, según parece. He enviado una muestra para que efectúen una prueba de ADN, junto con algunos cabellos que saqué de la cabeza de la niña.

—¿No serán de ella? —preguntó Lucy.

Clarke se rio ante su confusión.

—El peine arrastró algunos cabellos que no eran suyos, cabellos rubios.

Lucy observó con más atención el dibujo sobre el pijama, las minúsculas burbujas púrpura atrapadas en las fibras de algodón, cada una formando parte de un arco fluorescente más amplio que cruzaba el pecho.

—¿Y de quién es, entonces?

—Eso es lo que tú tienes que averiguar —dijo Clarke levantando las cejas. A la luz de la lámpara, su piel parecía de un tono rojo escarlata y sus dientes centelleaban amarillos cuando hablaba—. Y tienes que hacerlo rápido.

—¿Por qué?

Lucy volvió la cabeza para mirar a Clarke y la desconcertó encontrárselo más cerca de lo que esperaba, con la cara vuelta hacia ella, sosteniéndole la mirada, pese a que el pijama era el tema de conversación.

—Quienquiera que sea, está herido —dijo sonriendo levemente—. Al dueño del dibujo nebulizado, me refiero.

Lucy volvió la mirada deliberadamente hacia el pijama, y señaló sin que hiciera falta el arco que se dibujaba para atraer la atención de Clarke hacia él.

—¿Qué lo causó?

Por fin, Clarke cambió de postura, cogió un lápiz de su mesa y señaló la salpicadura de sangre, siguiendo la dirección del movimiento mientras hablaba.

—El patrón de nebulización puede tener tres causas. En primer lugar, el retroceso del disparo de un arma, lo cual parece improbable en este caso; de todos modos, por cuestión de procedimiento, tendré que practicarle a la niña un test de residuos de arma de fuego en las manos. La segunda posibilidad es un traumatismo grave; si alguien te abre la cabeza con una barra o cualquier otro objeto contundente, soltarás sangre pulverizada, además de chorros más espesos.

—Pero aquí no se ven chorretones.

—Lo que nos lleva a la tercera y, en este caso, más probable causa. Sangre espirada.

—Pero no de la propia niña, ¿no?

Clarke negó con la cabeza.

—Alguien estaba respirando cerca de ella y su aliento despedía gotitas de sangre, como una bruma. En esta zona —añadió señalando un dibujo con forma de arcoíris cerca del dobladillo—, el trazo seguramente prosigue por las piernas de la niña. Tengo que examinarla otra vez para buscar rastros de sangre.

—¿No los habrías encontrado esta mañana? —se extrañó Lucy—. Yo no vi nada.

—La niña estuvo caminando por la nieve, y lo más probable es que ésta acabara lavando la sangre superficial de su piel. No tiene por qué verse, pero un test de luminol la revelará, si es que está ahí.

—Te acercaré —dijo Lucy, y entonces recordó que su coche seguía en Prehen—. O, mejor dicho, puedo gorronearte otro viaje.

Clarke volvió a sonreír, ahora más abiertamente.

—Encantado, sargento Black.

—Bien, ¿por qué se espira sangre? —preguntó Lucy, removiéndose en el asiento y apretando las rodillas con fuerza mientras Clarke tomaba otra curva y los neumáticos traseros del coche perdían por un instante el agarre.

—Podría deberse a varias razones: que se trate de una persona con una enfermedad pulmonar, razón por la cual también escupiría sangre; o de alguien que ha resultado herido en un accidente o ha recibido golpes en la cara y la cabeza, y expulsa sangre por la nariz o la boca; o de la víctima de una herida de arma blanca en los pulmones. Hay muchas posibilidades. Sea por la causa que sea, no puede ser nada bueno para el dueño de esa sangre.

Lucy asintió y miró por la ventanilla hacia la nieve sucia amontonada a ambos lados de la calle.

—Eso podría explicar qué hacía vagando por el bosque.

—Sí, podría —convino Clarke.

La niña estaba aovillada en la cama cuando entraron. En la habitación había un hombre y una mujer; el hombre, de aspecto juvenil, en vaqueros y camisa a cuadros, llevaba un par de deportivas Converse; la mujer, mayor, vestía un traje negro.

—Soy la sargento Black —dijo Lucy en respuesta a sus miradas.

El hombre de los vaqueros sonrió.

—Robbie McManus —se presentó.

La mujer la miró con irritación y volvió a concentrarse en la niña. Por su parte, Alice parecía desesperada por mantenerse alejada de ella.

Robbie hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y se dirigió a Lucy, cogiéndola por el codo y llevándola afuera.

—La doctora Matthews intenta hacer que hable —explicó en voz baja mientras cerraba la puerta, esbozando una mueca ante el clic apenas perceptible del pomo.

—¿Y quién es usted?

—Soy el asistente social al que han asignado a la niña —aclaró el joven.

Lucy lo observó con más atención. Tenía la cara delgada, bronceada, con arrugas que delataban su edad con más claridad que la ropa juvenil que vestía.

—Sylvia me dijo que usted llevaba el caso. Trabajaremos juntos.

Lucy asintió.

—Él es uno de nuestros forenses, Tony Clarke.

Clarke alzó la barbilla a modo de saludo, y levantó las bolsas con el equipo para que viera que le impedían estrecharle la mano.

—Tiene que volver a examinar a la niña —explicó Lucy—. Hemos encontrado sangre en su ropa.

Robbie sonrió con afabilidad y se metió las manos en los bolsillos traseros.

—¿No la han examinado ya esta mañana?

—Hemos encontrado sangre en su ropa —repitió Lucy.

Robbie asintió.

—Lo entiendo. Procuramos limitar el número de exámenes médicos a los que haya que someter a la niña.

—Yo también lo entiendo —dijo Lucy—, pero tenemos razones para creer que la sangre no es suya. Lo que significa que ha estado en contacto con una persona herida. Así que el agente Clarke la examinará otra vez. Ahora.

Robbie sonrió bajo el resplandor de la iluminación cenital y miró a Clarke.

—Tendrá que esperar a que la doctora Matthews termine. Si puede hacerla hablar, tal vez le cuente lo que quiere saber sin necesidad de más pruebas.

Se sentaron frente a la habitación sumidos en un silencio hostil durante los siguientes veinte minutos, mientras esperaban a que la doctora Matthews terminara y a que un médico acudiera para ayudar a Clarke con las pruebas. De vez en cuando, Lucy miraba a través del cristal de la puerta. Matthews parecía hablar mucho; la niña, nada. Finalmente, la mujer se levantó y salió silenciosamente de la habitación.

—Nada —dijo, negando con la cabeza hacia Robbie.

—Soy la sargento Black —se presentó Lucy tendiéndole la mano.

La doctora Matthews la aceptó y se la estrechó brevemente.

—Su interrupción no ha sido de mucha ayuda —la reprendió.

Lucy se mordió la lengua. Sus encuentros con los psiquiatras que trataban a su padre habían erosionado el mínimo respeto que tenía por ellos y su profesión. Con todo, no tenía sentido enfrentarse a Matthews sin necesidad.

—¿Qué opina? —preguntó Lucy.

—Evito etiquetar a los pacientes —dijo Matthews, arrugando ligeramente la nariz como si quisiera transmitir su disgusto ante la pregunta de Lucy—. Aun así, parece que la niña padece mutismo selectivo.

—¿Por qué?

—Sospecho que ha pasado por alguna experiencia desagradable —dijo Matthews—. Algo que le ha hecho optar por guardar silencio. No sufre ningún problema físico que le impida hablar.

—¿Alguna experiencia desagradable? —repitió Lucy como un eco.

—Sí —dijo Matthews—. El mutismo selectivo suele implicar algún tipo de trauma.

—¿El mal trago de perderse en el bosque sería suficiente para desencadenar una reacción así? —preguntó Robbie.

Matthews lo pensó un momento y asintió.

—Es posible. Cada persona tiene un umbral de resistencia distinto —explicó—. Lo que uno puede sobrellevar sin angustia resulta insoportable para otro.

—Creemos que hay restos de sangre en el cuerpo de la niña —dijo Lucy—. Pensamos que debe de haber estado en contacto con alguien que podría estar herido. ¿Calificaría eso como una experiencia desagradable?

—Me parece razonable suponer que sí —dijo Matthews.

La doctora india que Lucy había visto por la mañana avanzó por el pasillo y le hizo un gesto con la cabeza a Clarke, que se disculpó y entró en la habitación. Alice le lanzó una mirada hastiada desde la cama al verlo acercarse.

—Y bien —dijo entonces Lucy, volviendo la atención de nuevo a Matthews—, ¿cómo puede sacarla de ese estado?

—Yo no puedo —replicó la psiquiatra en tono cortante—. Saldrá ella sola cuando esté preparada.

—¿Y puede, al menos, acelerar el proceso?

La mirada de la mujer se desplazó por el rostro de Lucy sin decir palabra.

—Cuando la niña confíe en mí, hablará. No podemos precipitar su recuperación.

A su espalda, Clarke hacía gestos a Lucy para que entrara en la habitación.

—Pues tal vez nos veamos obligados a acelerarla —respondió Lucy.

A continuación, pasó por delante de Matthews y entró en la habitación.

Clarke estaba quitándose los guantes cuando Lucy se acercó. El forense la apartó de la cama de la niña antes de hablar.

—Tiene las manos cubiertas de sangre —susurró.

—¿Y cómo es posible que no lo vieras antes? —preguntó Lucy.

A pesar de su instintiva antipatía hacia Matthews, coincidía con ella y con Robbie en que se debía reducir al mínimo la cantidad de pruebas a las que sometían a la criatura.

—No era un rastro visible. La nieve debió de borrarla cuando se metió en el bosque, quizás al caerse. Pueden apreciarse trazas bajo el luminol; y esta vez es algo más que una salpicadura. Ha estado en contacto con alguien que sangraba abundantemente.

Lucy volvió la mirada hacia la niña, que seguía encorvada sobre la cama.

—Y bien, ¿quién es y dónde está ahora?

Lucy se pasó la hora siguiente revisando los registros de los pacientes que habían ingresado en el hospital con heridas sangrantes durante las doce horas anteriores. Ninguno de ellos tenía relación con la niña. Después se reunió con Robbie, quien, desde su despacho en la planta baja, se había puesto en contacto con otros departamentos de los Servicios Sociales para preparar un comunicado de prensa dirigido a los medios locales.

Sin más motivos para permanecer en el hospital, Lucy regresó a comisaría con Tony Clarke. Acababa de volver a la unidad y estaba calentándose las manos ante el radiador en el despacho que le habían asignado cuando Tom Fleming entró con un póliz amarillo en la mano.

—Un mensaje para usted —dijo—. De la directora de la escuela de primaria St. Mary.

Cuando Lucy oyó la voz de la mujer al teléfono, recordó la conversación previa que había mantenido con ella. La directora se había comprometido a echar un vistazo a las listas de asistencia de la jornada e informar a Lucy de si había faltado alguna alumna que se ajustara a la descripción que le había proporcionado.

—Hay una alumna que me preocupa —explicó la mujer—. Se llama Mary Quigg.

—¿Por qué le preocupa? —preguntó Lucy mientras anotaba el nombre de la niña en un cuaderno.

—Es una niña pequeña para su edad. Ha cumplido los once, pero aparenta nueve. Alta y delgada, pelo castaño.

—Se ajusta a la descripción —convino Lucy—. ¿Y hoy no ha ido a la escuela?

—No —respondió la mujer—. También faltó algunos días de la semana pasada. Yo estaba en Londres para asistir a una ceremonia de entrega de premios de tecnologías de la información y la comunicación, y por eso no me habían informado. Mary es un encanto de niña, pero...

Lucy aguardó en silencio, sabedora de que la mujer acabaría la frase.

—No quiero parecer clasista, pero Mary a menudo no viene muy... bueno, ha habido algún problema de higiene —dijo por fin—. Sus blusas siempre están mugrientas, se presenta por las mañanas sin haberse lavado la cara ni las manos. Su profesora de gimnasia ha hablado con ella sobre higiene personal, pero ni siquiera cuando hace deporte trae jabón o una toalla a la escuela.

—¿Ha informado de ello a los Servicios Sociales? —preguntó Lucy.

—No —dijo la mujer—. No lo he hecho. Hemos comentado el caso con el funcionario de Bienestar Escolar, pero no puede considerarse que un niño esté en una situación de riesgo sólo porque venga desaseado a la escuela.

—Deme su dirección, pasaré por su casa y veré si se trata de la niña en cuestión.

—Por favor... —empezó la mujer, pero luego vaciló.

—No mencionaré sus observaciones, señora —dijo Lucy.

La casa estaba al final de una hilera de viviendas adosadas en una de las laberínticas urbanizaciones que salían de Foyle Springs. Cuando Lucy se apeó del coche patrulla que le habían prestado, el aire frío le cortó la piel y su aliento se condensó en una nube ante ella. Nevaba con menos intensidad y algún copo perdido revoloteaba en el viento. Tom Fleming cerró de golpe la portezuela del acompañante, se apoyó en el techo del coche y examinó la calle. A su izquierda había un grupo de adolescentes apiñados en un rincón de una de las casas, abrigados con bufandas de equipos de fútbol que sólo dejaban ver sus ojos. Le devolvieron la mirada a Fleming y se movieron para combatir el frío, pero no dijeron nada. Lucy sabía que, cuando salieran de la casa, los chavales se habrían provisto de bolas de nieve listas para despedirlos.

El jardín de la casa era llano, despojado bajo la nieve. El manillar oxidado de una vieja bicicleta asomaba en un seto. Un pajarillo alzó de repente el vuelo con un aleteo violento, dispersando la nieve que se había asentado sobre las hojas.

Fleming llamó a la puerta golpeándola con el puño enguantado, bajó el peldaño que había subido para hacerlo y resbaló. Lucy lo agarró del codo y le ayudó a recuperar el equilibrio, percibiendo el olor rancio de humedad que despedía su chaqueta.

—Gracias —dijo él tosiendo para disimular la incomodidad.

La cerradura de la puerta delantera se abrió. Un hombre alto, de poco más de treinta años, apareció en el umbral. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta también negra con el nombre de un grupo de *rock* estampado en el pecho.

—¿Qué? —les espetó con malas pulgas.

—¿Es usted el señor Quigg? —preguntó Lucy.

El hombre la miró e hizo un gesto burlón. Después se dio la vuelta y cruzó el recibidor, alejándose de ellos pero dejando la puerta entreabierta.

Fleming miró a Lucy con las cejas alzadas, franqueó el umbral y ella le siguió.

La habitación de la izquierda era el salón de la casa. Un espacio pequeño y atestado, con el aire viciado y saturado del olor a gas que despedía una estufa encendida en el rincón. En la pared opuesta había una tabla de planchar abierta sobre la que se amontonaba la colada arrugada; en el extremo, un libro escolar de ejercicios se mantenía abierto gracias a un lápiz.

El hombre que había abierto la puerta se dejó caer en un viejo sillón delante del televisor y aplastó una colilla en el cenicero que se sostenía precariamente sobre el brazo del sillón. Gruñó mientras se removía en el asiento y apartó con el pie una lata de cerveza abierta.

A su lado, tumbada en un sofá igualmente raído, una mujer roncaba estentóreamente. El faldón del camisón se le había remangado mientras dormía. Lucy la miró y reprimió el impulso de bajárselo y cubrirle las piernas, por las que serpenteaban venas varicosas; tenía los muslos amoratados y salpicados de manchas

amarillentas.

—¿Es usted el señor Quigg? —repitió Fleming.

El hombre alzó la mirada hacia él estúpidamente.

—Ella es la Quigg —dijo, señalando con la cabeza hacia la figura tumbada boca abajo en el sofá; luego torció la cabeza con brusquedad para apartarse el pelo de la cara.

—¿Y usted es...?

—Su compañero.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó Lucy.

—Cunningham. Alan Cunningham.

—Estamos buscando a Mary Quigg, señor Cunningham. ¿Está en casa?

El hombre entrecerró los ojos para mirarla, unos ojos que casi desaparecieron en unas rendijas de bordes rojizos.

—¿Para qué?

—Hemos encontrado a una niña desaparecida que se ajusta a su descripción.

—Mary no ha desaparecido —dijo Cunningham—. Está arriba.

—¿Puedo subir a verla? —preguntó Lucy.

Cunningham se encogió de hombros y se concentró de nuevo en la tertulia televisiva.

—Haga lo que quiera —dijo.

Fleming se quedó en la sala de estar y Lucy subió por las escaleras. En algún lugar de la primera planta, un bebé empezó a llorar.

—¿Hola? ¿Mary?

Lucy miró en el rincón del rellano de las escaleras y se asomó al lavabo. Estaba vacío. Había tubos de cartón esparcidos por el suelo. Junto al retrete, en un cubo de la basura, se amontonaban pañales sucios; el olor de las heces era tan intenso que la hizo retroceder. Lucy se apartó de la puerta y volvió al pasillo.

Oyó algo a sus espaldas y se dio la vuelta. Sonaba como si alguien tamborileara en la puerta que tenía delante. Al acercarse, Lucy se dio cuenta de que en la parte superior se había instalado recientemente un pequeño y brillante pestillo de metal, con lo que el ocupante de la habitación quedaba encerrado dentro.

La sargento deslizó el pestillo y abrió la puerta. En el umbral esperaba una niña pequeña. Por su aspecto, Lucy entendió por qué la directora se había mostrado preocupada: la niña era de constitución delgada; el pelo, castaño y lacio, le caía sobre los hombros; los huesudos brazos sobresalían en ángulos marcados de sus costados; el camisón le quedaba tan largo que le llegaba hasta los tobillos.

—Tengo que hacer pis —dijo a la vez que pasaba junto a Lucy y se encaminaba hacia el lavabo, como si el hecho de que un desconocido apareciera en la puerta no fuera nada raro.

Lucy entró en la habitación y percibió al instante el hedor de un pañal sucio y el estridente llanto del bebé que había en una cuna en la pared del fondo. Se acercó al

bebé y lo cogió. El pequeño se pegaba los puños a la cara y arrugaba el gesto preparándose para soltar otro chillido. Lucy notó que la orina se había filtrado a través del pañal empapado y le había mojado la mano.

Cuando volvió a dejar al quejumbroso bebé en la cuna, reparó en que la tela alrededor del cierre de la camiseta blanca estaba oscurecida por manchas. Se puso un par de guantes de látex azules y empezó a cambiar a la criatura; le quitó el pañal sucio antes de darse cuenta de que no tenía otro que ponerle.

Mientras con una mano mantenía inmóvil al pequeño, empezó a palpar bajo la cuna con la esperanza de encontrar un pañal.

—Los tengo yo —dijo una voz aflautada.

Lucy se volvió y vio a Mary Quigg en el umbral.

—Los guardo en el armario. Sólo me queda uno. Quería que me durara —dijo la niña sin más.

El tono lastimero de su voz era más un rasgo de su acento que una expresión de queja.

—¿Puedes traérmelo, por favor?

La niña se acercó al armario que había al fondo de la habitación y lo abrió. Unas cuantas piezas de ropa desaparejadas colgaban sin gracia de las perchas. Mary Quigg se agachó para recoger del suelo un solitario pañal y se lo llevó a Lucy.

—También necesito toallitas —pidió la sargento.

—No tengo —dijo la niña mirándola de reojo.

Lucy dejó al bebé con la niña y volvió al baño. Cogió una toalla mugrienta que colgaba sobre el radiador y la sostuvo bajo el agua del grifo. Después, escurrió el exceso de agua, regresó a la habitación y empezó a limpiar con cuidado al bebé, un niño. La piel suave de su trasero estaba enrojecida y cubierta de ampollas.

—Necesita Sudocrem —dijo Mary—. Pero no tenemos.

—Pues habrá que apanarse sin él, ¿eh? —dijo Lucy mientras trabajaba—. ¿Eres Mary?

Mary Quigg asintió en silencio mientras miraba a Lucy, como si estuviera tomando nota mental de lo que hacía.

—Y él se llama Joe —añadió.

—¿Tú cuidas de él?

Mary asintió, mordisqueándose el labio inferior.

—Sólo cuando el amigo de mamá se queda en casa. Casi siempre nos cuida ella. Pero cuando viene su amigo, está muy cansada.

—¿Y eso cada cuánto pasa? —preguntó Lucy, intentando dar un tono de conversación a la pregunta.

—Unos días a la semana —dijo Mary.

Lucy miró a la niña, pero la atención de ésta se concentraba en cómo Lucy cambiaba el pañal de su hermano. Con un estremecimiento, la sargento comprendió que la niña no la miraba para aprender cómo debía cambiar al niño, sino que la

vigilaba para asegurarse de que lo estaba haciendo correctamente. De hecho, dado que Lucy nunca había cambiado un pañal, se enredó con las lengüetas adhesivas y Mary metió los delgados brazos a través de los barrotes de la cuna para ayudarla.

—¿No tendrías que estar en la escuela? —preguntó Lucy.

Mary Quigg la miró con gesto inexpresivo y la cara levemente ladeada. Por un instante, sus ojos brillantes centellearon.

—Me quedo aquí por si mamá me necesita.

Al volver a ponerle la camiseta al bebé tras limpiarle las manchas lo mejor que pudo con una esquina de la toalla húmeda, se le ocurrió una idea.

—¿Y por qué iba a necesitarte tu mamá si ya está aquí su amigo? —preguntó.

Mary bajó la voz hasta emitir casi un susurro.

—A veces él le grita —confesó—. A veces la hace llorar.

—¿Y a ti te hace llorar? —preguntó Lucy, manteniendo el control de su voz.

—Le hace daño a mi mamá —repitió Mary—. En la cama. Una noche entré en su habitación, y por eso pusieron un pestillo en mi puerta. Para que no me hiciera daño.

—¿Te pega, os pega a ti o a tu mamá? —preguntó Lucy, pero la niña estaba pensando en otra cosa.

—Él no me gusta —dijo—. Tú sí me caes bien.

—Gracias, Mary. Tú también me caes bien —dijo Lucy, llevándose el bebé al pecho; el pequeño apoyó la cabecita en su hombro.

—Me parece que a Joe también le gustas —añadió Mary Quigg con una sonrisa.

Cuando bajaron, la madre de Mary se había despertado y estaba sentada al borde del sofá, con un cigarrillo en una mano mientras con la otra estiraba el dobladillo del camisón para ocultar los moretones de sus piernas.

Lucy se sorprendió y se entristeció a la vez cuando el bebé que sostenía, al ver a su madre, empezó a forcejear y tendió los brazos para que ella lo cogiera.

—Le he cambiado el pañal —dijo Lucy al dárselo.

—No le he pedido que lo hiciera —replicó la mujer, pasándose el bebé del brazo izquierdo al derecho.

Molesta, Lucy abrió la boca para contestar, pero Tom Fleming se lo impidió.

—Como le explicaba a la señora Quigg y a su compañero, estamos buscando a una niña desaparecida. Es evidente que Mary se encuentra bien, así que nos vamos. Pero antes, me gustaría hablar con usted, señora Quigg.

Fleming condujo a la mujer hasta el recibidor, dejando a Lucy de pie en mitad del salón. Supuso que había creído que la mujer se mostraría más receptiva a lo que quisiera decirle sin la presencia de Lucy, pero la sargento no pudo evitar sentirse incómoda por la exclusión. Mientras tanto, Cunningham había dejado de atender a la pantalla del televisor y la miraba descaradamente, de arriba abajo. Cuando se dio cuenta de que lo había visto, sonrió cordialmente.

—Vale, vale —dijo.

—Mary tendría que estar en la escuela —le dijo Lucy a Cunningham.

—Es lo que le digo a su madre —respondió el hombre—. Me encantaría perderla de vista un rato y tener un poco de intimidad, ya sabes, pero su madre no la deja ir.

—Tendré que avisar a los Servicios Sociales y pedir que les hagan una visita —prosiguió Lucy esperando alguna reacción.

—Haz lo que tengas que hacer, cariño —dijo Cunningham.

Mary estaba en el umbral del salón, a todas luces intentando escuchar las dos conversaciones a la vez.

Lucy se inclinó ligeramente hacia ella.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame —dijo Lucy tendiéndole su tarjeta—. A cualquier hora. Sólo tienes que preguntar por Lucy.

La niña cogió la tarjeta que le ofrecía y la aferró con fuerza.

—A cualquier hora, Mary —repitió Lucy mientras Fleming le hacía gestos desde el pasillo avisándola de que era hora de marcharse.

—Menudo cuchitril —dijo Lucy mientras se encaminaban hacia el coche.

—Pero no se saca nada provocando a la gente —repuso Fleming—. Si alguna vez tenemos que volver a este sitio, querrá tener a esa mujer de su parte.

—No deberíamos dejar a esos niños ahí.

Fleming negó con la cabeza.

—El bueno de Alan no se quedará mucho tiempo. Aun así, remitiremos el caso a los Servicios Sociales, para que les hagan una visita.

Lucy estaba a punto de hablar cuando algo se estampó contra el techo del coche con un ruido amortiguado. Hubo un segundo golpe, esta vez en la ventanilla.

Al otro lado de la calle, la pandilla que habían visto antes había aumentado considerablemente de número. Ahora había unos quince o veinte chavales desperdigados entre las casas, con los rostros ocultos entre las sombras y unos cubos que parecían llenos de bolas de nieve. Cuando una tercera estalló cerca de Lucy, rodó por el asfalto y se deshizo contra la pared revelando lo que llevaba dentro, comprendió que la pandilla había compactado la nieve alrededor de piedras.

Una más se alzó trazando un arco sobre ellos y descendió en dirección a Fleming. El inspector se apartó de la trayectoria con éxito relativo y el proyectil le alcanzó de pleno en la mejilla izquierda, derribándolo. Los chavales vitorearon su buena puntería y les lanzaron más bolas. Lucy pugnaba por mantener el equilibrio mientras empujaba a Fleming hacia el cobijo del coche. Un trozo de hielo reventó contra el capó, y sus pedazos le salpicaron la cara al tiempo que se inclinaba sobre Fleming. Más vítores.

Al volverse a mirar hacia la casa de Quigg, Lucy vio la silueta de Cunningham recortada en la ventana, con las cortinas descorridas para no perderse el espectáculo.

Estaba de pie, con las manos en los bolsillos. Aun sin distinguir sus rasgos, Lucy comprobó que su cabeza se mecía silenciosamente de risa antes de volverse para hablar con alguien.

Cuando por fin acabó el bombardeo, Lucy miró por encima del techo del coche y vio que los chavales se dispersaban por los jardines de las casas para reaprovisionarse de munición. Fleming y ella aprovecharon el momento de calma para meterse en el vehículo y marcharse, acompañados por el esporádico estampido amortiguado de piedras contra el cristal reforzado del parabrisas trasero.

Habían regresado directamente a comisaría antes de dar la jornada por terminada. Lucy le había sugerido a Fleming que se pasara por el hospital, pero el corte, aunque sangraba profusamente, era superficial. Tres tiritas contendrían la hemorragia, le explicó el encargado de primeros auxilios que estaba curando la herida de la mejilla de Fleming.

Al acordarse de que el turno de Robbie terminaba a las 17.30, Lucy había vuelto a su despacho para llamarlo.

—Esperaba noticias tuyas —dijo él saltándose las formalidades.

—Tuve que salir —dijo Lucy, molesta por tener que dar explicaciones—. La directora de una de las escuelas indicó una posible identificación de Alice.

—¿Y ha habido suerte?

—No —dijo Lucy, negando con la cabeza pese a que estaba hablando por teléfono—. Aunque la niña a la que fuimos a ver también necesita ayuda.

—Dame los detalles y tramitaré el caso por el cauce reglamentario —dijo, sin apenas poder ocultar las ganas de marcharse a casa—. No he recibido ninguna respuesta a los avisos de alerta que emití. Nadie ha informado sobre ninguna niña desaparecida que se ajuste a la descripción de Alice.

—Y ella, ¿ha hablado?

—No. Ni tampoco ha comido nada. Si sigue negándose, están planteándose alimentarla por vía intravenosa.

—Esperemos que los comunicados de prensa den algún resultado pronto —dijo Lucy.

—Ummm —respondió Robbie, evasivo.

Tuvo que tomar un taxi para volver a Prehen y recoger su coche. Tardó un rato en ponerlo en marcha, e incluso entonces los neumáticos patinaron y se deslizaron mientras subía la colina y entraba de nuevo en Prehen.

En cuanto se detuvo delante de su casa supo que pasaba algo. A pesar de la penumbra cada vez más intensa, la casa estaba a oscuras y la puerta delantera, abierta de par en par. Lucy se agarró de la valla que se extendía en pendiente a lo largo del camino para no perder el equilibrio y se dirigió hacia la entrada. Se fijó en que el abrigo de su padre seguía colgado de la barandilla de la escalera, como siempre.

—¿Sarah? ¿Papá?

No obtuvo respuesta.

Oyó un chasquido repetido en la cocina y luego el zumbido de la caldera al encenderse.

El salón, que estaba en la parte de atrás de la casa, fue el primer lugar en el que miró. Había una taza de té sobre la mesita junto al sillón de su padre, y el antimacasar

del respaldo estaba en el suelo. Vio una caja abierta sobre la alfombra. Lucy la reconoció: era una de las dos docenas de cajas que se apilaban contra la pared de la habitación de invitados que ella utilizaba como dormitorio. Unas semanas atrás, su padre había empezado a hacer limpieza de sus viejos cuadernos de notas, como si quisiera dejar espacio para Lucy. Sin embargo, en lugar de tirar los cuadernos, los estaba reordenando según un nuevo sistema que había concebido. Ella le había visto hacerlo durante varias noches, enfrascado en la tarea con una intensidad compulsiva que la había asustado, pues aquella búsqueda de un orden resultaba de una futilidad deprimente.

Lucy pasó por encima de la caja abierta y vio un pequeño trozo de papel doblado sobre la repisa de la chimenea en el que reconoció al instante la caligrafía enmarañada de su padre.

«Voy a la tienda. Vuelvo enseguida».

Lucy lo llamó de nuevo a gritos, pese a que sentía ya el incontenible pavor de que su padre había salido, sin su abrigo y bajo la nevada, a buscar una tienda que llevaba quince años cerrada.

Aunque sus huellas no hubieran sido claramente visibles en la nieve, Lucy habría sabido dónde buscar. Durante años, cuando era niña, había existido una pequeña tienda de barrio al final de Sunningdale Drive. Su padre iba allí cada día, con Lucy a hombros, a comprar el periódico y una bolsa de bollos. Siempre se detenían en la casa de la esquina, en cuyo jardín había una bonita fuente; sin embargo, la valla de casi dos metros que la rodeaba impedía que ningún niño la viera, salvo, imaginaba Lucy, ella misma, subida a hombros de su padre, con la barbilla apoyada en su áspero cuero cabelludo. Su olor a tabaco le impregnaba la ropa para el resto de la jornada. A veces, por las noches, ya acostada, rebuscaba su vestido entre el montón de ropa a los pies de su cama e intentaba aspirar de nuevo su olor.

No tenía mucho sentido coger el coche; las calles estaban en tan mal estado que iría más deprisa a pie. Además, para llegar a la tienda, su padre habría tomado el callejón que había entre dos casas de Knoxhill.

Fue allí donde lo encontró, mirando las espirales de nieve que caían a través del halo de una farola. Tenía los hombros caídos, levantaba impotente los puños contra los copos y gritaba palabras ininteligibles. La camisa empapada se le pegaba al pecho y a Lucy le pareció más delgado de lo que recordaba, un detalle acentuado por la flacidez de su vientre.

—¿Papá?

Lucy corrió hacia él, resbaló, se enderezó de nuevo y siguió corriendo.

Su padre se volvió para mirarla con los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas de lágrimas brillantes a la luz de las farolas. La nariz, colorada tras los años ahogados en la bebida que siguieron a su divorcio, parecía escarlata e hinchada bajo el resplandor de la luz.

—Janet —la llamó—. Lo siento, Janet —empezó a farfullar.

El hombre se llevó los puños a la cara, mientras los hombros se le estremecían con el llanto.

—Janet, cariño. Lo siento.

—Papá —dijo Lucy—. Soy yo, Lucy.

—¿Lucy?

La expresión de su rostro se endureció.

—Vamos a casa, papá —dijo, acercándose con la mano tendida.

—Tengo que ir a la tienda —repuso él, alzando también la mano en gesto apaciguador, pero alejándose de ella.

—La tienda está cerrada, papá.

—No digas tonterías.

—Hace mucho que desapareció, papá —le explicó—. Lleva años cerrada. Anda, vamos a casa.

Su padre volvió el rostro hacia ella, con los ojos entornados.

—No me trates como si fuera idiota —gruñó, concentrando su rabia en Lucy al verse contradicho.

—No lo hago, papá —dijo Lucy avanzando con cautela hacia él, procurando no perder el equilibrio. Veía cómo la mandíbula le temblaba de frío.

—¡No soy idiota! —gritó él con más rabia todavía, y los dientes le rechinaron.

—Yo no he dicho eso, papá. Ven conmigo.

Ahora estaba a su lado y podía notar el olor a humo de cigarrillo que desprendía su ropa. Tenía la piel pálida, y los dientes le castañeteaban. Lucy extendió la mano y se la puso en la espalda para atraerlo hacia ella. Sólo entonces notó que llevaba algo duro y frío bajo la camisa.

—¿Qué es eso, papá? —le preguntó buscando el objeto que había tocado.

Su padre se retorció para apartarse, se echó la mano al costado y sacó el revólver que llevaba metido en la cintura.

—Por Dios, papá, dame el arma —dijo Lucy moviéndose hacia él.

—No —replicó su padre, agarrando el revólver con fuerza—. No es seguro.

Lucy levantó las manos para tranquilizarlo, sin dejar de acercarse poco a poco. Veía el arma con claridad a la luz de la farola: una antigua Ruger Speed Six. Debía de tratarse del arma personal de su padre cuando sirvió en la RUC^[6]. La Glock 17 había sustituido a esa pistola como arma reglamentaria de los agentes en 2002.

—No necesitas el arma, papá —dijo—. Estoy aquí para protegerte. Puedes dármela.

Su padre la miró con escepticismo y aferró el revólver con más fuerza.

—Puedes fiarte de mí, papá —le aseguró tendiendo la mano—. Anda, dame el arma.

Lucy acercó la mano un poco más, hasta que las puntas de sus dedos rozaron el metal azul del cañón.

—No —gritó él, apartando el brazo con un movimiento brusco para que ella no se

la arrebatará.

Al hacerlo, él le golpeó un lado de la cabeza, derribándola. Él mismo perdió también el equilibrio y cayó en mala postura. El arma se le escapó de las manos y fue a parar sobre el asfalto cubierto de nieve con un ruido amortiguado.

Lucy oyó el leve gemido que emitió su padre al desplomarse. Se puso en pie con cierta dificultad, recuperó el arma rápidamente y comprobó si estaba cargada, pero la recámara estaba vacía. Se la metió en el bolsillo y luego se deslizó hacia su padre para ayudarlo a levantarse. Yacía tumbado como un peso muerto, con un corte en la sien visible en la zona donde se había golpeado contra un trozo de ladrillo rojo medio oculto bajo la nevada. A la luz de la farola, su sangre parecía tan negra como el alquitrán sobre la nieve.

Estaba de nuevo en el pasillo de un hospital, observando el ajetreo de las enfermeras y el lento arrastrar de pies de los pacientes ancianos, cuyas zapatillas rechinaban con cada paso sobre el linóleo amarillo. Algunos utilizaban andadores con ruedecillas para apoyarse. Un hombre con la chaqueta del pijama desabotonada dejando al descubierto las volutas grises de vello que le cubrían el pecho pasó por delante de ella cuatro veces en su lento deambular arriba y abajo, mientras la dentadura postiza repiqueteaba en su boca al murmurar para sí.

Habían llevado a su padre a la sala de curas y le habían dado unos puntos de sutura en el corte. La enfermera de triaje que lo acompañó era una mujer rechoncha que mediaba la cuarentena.

—No se habrá estado metiendo en peleas, ¿verdad que no? —le preguntó haciéndole un guiño a Lucy.

Su padre respondió insultándola y se puso aún más agresivo cuando ella aceptó con una sonrisa las disculpas de Lucy por el comportamiento de su progenitor.

—Oh, he oído cosas peores —dijo la enfermera.

—Zorra —soltó su padre—. Esa zorra tiene el demonio dentro.

—Aunque no mucho peores, debo decir —concedió, atravesando la piel con el hilo de sutura y tensando el nudo al borde de la herida.

El doctor que examinó a su padre era un hombre joven, de rostro vivaz, que se presentó como «Josh». Lucy no le echó más de veinticinco años. El médico sonrió cuando ella le hablaba, mantuvo el contacto visual y le puso la mano en el brazo mientras le explicaba por qué le parecía conveniente que su padre pasara la noche ingresado.

—Está algo agitado —dijo Josh—. Con el frío, la caída y todo lo demás, preferiríamos tenerlo en observación.

—Puedo cuidarlo en casa —dijo Lucy.

Sabía que su padre no se tomaría demasiado bien que le dijeran que iba a pasar la noche en el hospital.

—No dudo de que sea usted perfectamente capaz —dijo Josh, sonriendo—. Pero no puede atenderlo sola. Todos necesitamos un descanso de vez en cuando, ¿no cree?

—Puede ser un hombre difícil —dijo inesperadamente y sin querer.

Lucy sentía que, al decirlo, traicionaba de algún modo a su padre delante de aquel desconocido.

—Sabremos manejarlo —dijo Josh—. ¿Por qué no se toma un café mientras lo acomodamos? A veces, con los pacientes mayores, que los familiares se ausenten durante un par de horas nos facilita las cosas.

—Me quedaré con él, gracias —dijo Lucy.

—Muy bien —respondió Josh, como si eso fuera lo que esperaba que dijera desde el principio.

Un cuarto de hora más tarde, Lucy acabó transigiendo y salió de la habitación mientras su padre, al que habían sujetado los brazos después de que hubiera pegado a Josh, gritaba desde la cama.

Lucy se sentó en el coche, en el aparcamiento. Ahora neviscaba y las ráfagas de nieve cubrían el parabrisas. A medida que la capa se espesaba, empezó a sentir esa absurda claustrofobia que siempre la invadía en el interior de un coche cuando hacía mal tiempo, pero también agradeció sinceramente que la nieve impidiera que nadie la viera llorando.

El arma de su padre estaba en la guantera, pero sabía que no podía dejarla ahí; tendría que mencionárselo a su madre la próxima vez que hablaran. Apoyó las manos, enrojecidas y casi en carne viva, sobre el volante, y lo movió ligeramente adelante y atrás pese a que no había girado la llave de contacto. Pisó el acelerador y jugueteó con el llavero, sin saber adónde ir.

Finalmente, tomó una decisión, sacó las llaves y se bajó del coche. De nuevo en el hospital, se pasó por la tienda y compró una botella de limonada. Luego se adentró en las entrañas del edificio, dejando a un lado el pasillo que llevaba al ala geriátrica donde estaba ingresado su padre para subir por las escaleras a la planta 6.

Alice estaba sola en su habitación. Su cena reposaba intacta sobre una bandeja junto a la cama. Lucy preguntó por Robbie en el despacho de las enfermeras.

—Se marcha a las 17.30 —le recordó la enfermera más joven—. Pero dijo que volvería por la mañana —añadió sonriendo.

—Sólo quería sentarme con Alice unos minutos, si no hay inconveniente.

La enfermera asintió.

—Pase, pase, pero tenga cuidado. La hora de visita ha terminado, de modo que la hermana^[7] Hall podría pedirle que se fuera —añadió en tono cómplice.

—No se preocupe. Soy policía —dijo Lucy—. La oficial que encontró a la niña.

La enfermera asintió, comprensiva, pero repitió:

—Aun así, la hermana Hall puede pedirle que se vaya.

La habitación de Alice estaba en completo silencio, salvo por el suave zumbido del radiador, cuyo calor desprendía un olor a pintura reciente. La niña estaba acostada de lado, con las manos entrelazadas bajo la mejilla haciendo las veces de almohada. No se volvió para mirar a Lucy cuando entró, y su único gesto de reconocimiento de la nueva presencia en la habitación fue un leve cambio de postura.

—Te he traído algo de beber —dijo Lucy, sosteniendo la bolsa en alto.

Nada.

—Creí que a lo mejor te apetecía tener compañía —explicó Lucy sentándose junto a la cama.

Seguía sin obtener respuesta.

—Y que a lo mejor a mí también me apetecía —añadió.

La puerta se abrió y una enfermera mayor entró de espaldas, apoyando el trasero para impedir que se cerrara de nuevo. Cuando se dio la vuelta, Lucy vio que sostenía una caja de plástico con unos cuantos juguetes viejos y algunos libros. Pareció cohibida al ver a la agente sentada allí.

—Ya me iba —dijo Lucy, incorporándose a medias.

Por el distintivo que llevaba la enfermera, supo que se trataba de la hermana Hall.

La supervisora se asomó un momento al pasillo.

—No te levantes, querida —dijo—. Éstos eran unos chismes viejos que andaban por la planta —explicó la mujer colocando la caja a los pies de Lucy—. Alice —añadió en voz alta—, te he traído unos juguetes, cariño.

Esperó un momento para ver si eso provocaba alguna reacción en la niña, pero fue en vano.

—Es muy amable por su parte, hermana —dijo Lucy.

—Llámame Margaret —dijo la mujer, que miró de nuevo a Alice antes de darse la vuelta para salir.

Lucy esperó hasta que la puerta se cerró, y luego volvió a hablarle a Alice.

—Es una mujer encantadora, ¿verdad?

La niña no se movió ni dio la menor señal de haberla oído.

—¿Te importa si me siento contigo? —preguntó Lucy. Antes de que la niña hubiera podido responder, añadió—: Yo también estoy sola, ¿sabes? Así que creí que podía sentarme aquí un rato. Puedes hacerme compañía.

En algún punto del pasillo un niño empezó a chillar, y la repentina irrupción del ruido hizo que Lucy se sobresaltara. Alice también se asustó y aferró las sábanas con más fuerza.

—¿Quieres un poco? —preguntó Lucy.

Se levantó y sirvió un poco de limonada en el vaso que había junto a la cama.

—Vamos, Alice. Incorpórate y bebe.

Poco a poco, las mantas se movieron. La niña se volvió hacia ella, clavó los codos en el colchón y se irguió tímidamente en la cama.

Lucy le acercó el vaso a la boca. La niña dio un sorbito, y parte del líquido se le derramó por las comisuras de los labios. Lucy cogió un pañuelo de papel, le limpió la barbilla y volvió a ofrecerle el vaso. Esta vez bebió más, y chasqueó los labios cuando se hubo saciado. Después se metió otra vez en la cama, de espaldas a Lucy.

—Así que ha conseguido que por fin tome algo —dijo la enfermera. Lucy no la había oído entrar—. La felicito. La hermana Hall me ha dicho que la avise de que, si le apetece acompañarnos, hemos preparado té.

Lucy se pasó la media hora siguiente sentada en el despacho de la hermana, con Margaret y las dos enfermeras de guardia esa noche. A medida que las tazas se sucedían, Lucy sintió que se relajaba y cayó en la cuenta de que, en las semanas

transcurridas desde que se había instalado en Derry, ésa era la media hora más amigable que había pasado.

Mientras charlaban, una de las enfermeras le preguntó si le gustaba ser policía.

—Es genial —respondió instintivamente, sabedora de que era la respuesta que debía dar—. Bueno —añadió—, está bien. Es un trabajo.

—¿Y por qué lo elegiste? —preguntó Margaret.

—No lo sé —dijo Lucy—. Trabajé como preparadora de *fitness* durante un tiempo, pero me aburrí.

Las tres mujeres se la quedaron mirando en silencio, sonrientes y animándola a continuar, y Lucy sintió la necesidad de seguir hablando.

—Mi padre estuvo en las fuerzas policiales durante los *Troubles*. Se jubiló antes de tiempo.

Las otras tres mujeres la miraron y asintieron.

—Digamos que prácticamente le obligaron a dejarlo. Una noche, nos echaron de casa. Nos instalamos en los cuarteles de Antrim. Papá aguantó unas cuantas semanas más, y luego renunció.

—¿Qué ocurrió?

Lucy se preguntó cómo responder. ¿Les contaba la verdad? Que no eran bienvenidos en las zonas católicas porque su padre era policía; que tampoco eran bien recibidos en las zonas protestantes porque eran católicos. Al final, se instalaron en una urbanización del Waterside. Pero, una noche, les destrozaron las ventanas, echaron gasolina a través del buzón y prendieron fuego a la casa.

—Lo habitual —optó por responder.

—¿Y tu madre?

—Mi madre... Se separaron poco tiempo después. Ella también está en la policía.

—Deben de sentirse muy orgullosos de ti por seguir sus pasos —dijo Margaret.

—Sí —asintió Lucy, obligándose a sonreír—. Gracias por el té. Voy a ver a Alice.

—Dile que no haga ruido —dijo una de las enfermeras jóvenes.

Cuando volvió a entrar en la habitación, Lucy vio que Alice no parecía haberse movido y seguía enterrada bajo las mantas. Sin embargo, uno de los libros que le había llevado Margaret estaba abierto a su lado, en la cama.

—¿Has estado leyéndolo? —preguntó Lucy al recoger el libro.

Era una antología de cuentos infantiles. En la portada aparecía una niña con una capa roja que sonreía alegremente mientras caminaba por un sendero en el bosque, con una cesta colgada del brazo. A su derecha, por detrás de un grueso tronco, asomaba la cara peluda del lobo. Al fondo, a lo lejos, tres cerditos cogidos del brazo bailaban por el sendero.

—¿Quieres que te lea un cuento? —preguntó Lucy abriendo el libro por el índice y revisando los títulos. Eligió uno que pensó que podría gustarle a la niña y empezó a leer—: Érase una vez una niña que se llamaba Ricitos de Oro...

Lucy se despertó con un calambre en el cuello, la mejilla húmeda con un reguero de baba y el dibujo de puntos de la tapicería del sillón grabado en la cara. La planta estaba cobrando vida, despertándose con el estrépito del carrito del desayuno, que se fundía con el quehacer de las enfermeras que empezaban la jornada; el siseo cortante de las cortinas de las camas al descorrerse; el ruido metálico del instrumental médico y las bandejas; al final del pasillo, un televisor emitía episodios de Bob Esponja.

Alice estaba acurrucada bajo las sábanas, con la cara pegada a la pared. Sus chillidos habían despertado varias veces a Lucy durante la noche. A las cuatro y media había mojado la cama, y Lucy había tenido que sostenerla en brazos mientras el personal cambiaba las sábanas. La niña se le había sentado en el regazo, sin reaccionar, y sus manos se habían posado suavemente sobre las de Lucy.

Margaret, la supervisora, había sugerido a Lucy que se acostara en la habitación destinada a los padres, pero a ella no le había parecido correcto. Para empezar, no era la madre de ningún paciente. Además, añadió, si las pesadillas despertaban a Alice en plena noche, seguro que le gustaría tener a alguien cerca.

Había conseguido quedarse frita antes de las seis. A esas alturas, el frío de la noche había pasado y la planta empezaba a entrar en calor. Lucy se había quitado el abrigo, pero se tapó con él en el sillón. Había apoyado la cabeza en el respaldo frío, y luego debió de adormilarse.

Margaret entró a verla antes de acabar su turno.

—¿Se ha calmado? —preguntó señalando a Alice con la cabeza.

—Al final, sí —dijo Lucy, que se levantó y se acercó a la ventana, tanto para dejar que Margaret trabajara como para poder desperezarse y aliviar los músculos acalambrados.

—Tendrías que desayunar algo —dijo Margaret—. Ve a la cantina del personal en la segunda planta. Me quedaré aquí hasta que vuelvas. Tómate una buena fritanga.

—Suenan muy saludables.

La enfermera le guiñó un ojo con cordialidad.

—Y añádele un zumo de naranja para equilibrarlo, claro.

El padre de Lucy dormía cuando bajó a verlo. Había pasado una noche tranquila, dijo la enfermera. Aunque, teniendo en cuenta los sedantes que le habían administrado, tampoco era de extrañar, añadió.

Lucy se quedó a los pies de la cama y miró cómo dormía. Había envejecido mucho durante el año anterior; por irónico que pudiera parecer, su estado se había deteriorado tras dejar de beber. Lucy lo recordaba en su ceremonia de graduación en la academia de policía, tres años atrás. Le había sorprendido que acudiera. Su madre estaba allí, obviamente, en calidad de comisario jefe. Apenas se dio por enterada de la

presencia de Lucy y se aseguró de no cruzarse con su padre. Aunque hubieran transcurrido casi dos décadas, su padre seguía dolido con la policía. Nunca lo confesó, pero Lucy sospechaba que se arrepentía de haber dejado el cuerpo. La única razón que se le ocurría era que lo había hecho por ella.

Recordó la noche del ataque. Su padre había vuelto a casa del trabajo como un día cualquiera. Ya se habían sentado a la mesa. Se disponían a cenar un plato de espaguetis; no había podido volver a probarlos desde entonces.

El primer ladrillo había entrado por la ventana de la cocina, en un lateral de la casa. El cristal se resquebrajó y cayó en la cocina roto en grandes pedazos y una lluvia de añicos. Una pesada piedra gris aterrizó con un estampido sordo sobre la mesa, delante de ella, revelando un trecho de madera blanca bajo el chapado de caoba de la superficie.

De repente, su padre la agarró por la cintura y la llevó al recibidor. El pasillo, a primera hora de la noche, estaba ya a oscuras. Lucy se tumbó en la alfombra y vio aterrorizada cómo el gran ventanal que había sobre el fregadero saltaba por los aires y otro ladrillo rodaba con estrépito por el suelo de la cocina. Su madre se había metido debajo de la mesa, y tendía las manos hacia Lucy para que fuera con ella, mientras su padre se arrastraba por el suelo, entre los cristales rotos, hacia el armario con cerradura que había bajo el fregadero, donde guardaba su arma reglamentaria.

En ese momento, Lucy oyó un crujido a su espalda, se dio la vuelta y vio un par de ojos muy abiertos que la miraban con odio a través de la rendija del buzón de la puerta delantera.

—¡Putas de mierda! —le espetó el dueño de aquel rostro juvenil.

El buzón se cerró con un golpe y Lucy miró a su padre. Otra sucesión de crujidos hizo que se volviera de nuevo y esta vez vio unos dedos que mantenían abierta la lengüeta del buzón mientras un líquido viscoso se derramaba sobre la alfombra del recibidor. Al final, metieron también por la fuerza la botella de plástico vacía. Lucy reconoció el olor de los vapores de la gasolina mientras las manos al otro lado de la puerta encendían una caja de cerillas y la tiraban a través del buzón. En cuanto las cerillas llegaron al suelo, una lengua de fuego se alzó por la puerta, mientras otra llama se desplazaba veloz sobre la alfombra, hacia ella.

—¡Papá! —gritó.

Sintió que las manos de su padre la agarraban por las piernas y la arrastraban hacia la cocina. Desde el suelo, vio los pies de su padre apresurándose de un lado a otro, mientras llenaba ollas de agua y las arrojaba a las llamas. Su madre había salido de su escondite y empapaba toallas en el fregadero que le iba dando a su marido para que combatiera el fuego.

Diez minutos después, un Land Rover cargado de colegas de sus padres frenó con un chirrido delante de la casa. Varios hombres irrumpieron a través de la puerta

delantera, sacaron a Lucy y la llevaron al vehículo que aguardaba con la puerta entreabierta al final del camino de entrada. A lo lejos, con el apoyo de algunos soldados del ejército, varios agentes más se habían desplegado en medio de la calle, con las armas apuntando a la multitud congregada al fondo. Antes de que la gruesa puerta trasera blindada del vehículo se cerrara, oyó las ridículas detonaciones de las balas de goma que disparaban al aire por encima de las cabezas de los manifestantes y el estrépito de las piedras que rebotaban en los escudos antidisturbios que los soldados blandían ante ellos.

La llevaron a un hotel en las afueras de la ciudad, al que también trasladaron más tarde sus padres. Media hora después, el jefe de su padre, un hombre gordo con las mejillas rojizas y un tupido bigote, se presentó ante su puerta. Mientras sus padres hablaban con él, Lucy estaba en la habitación contigua, donde los soldados habían dejado algunas de las pertenencias que habían recuperado de la casa. Se sentó con la mejilla pegada a la puerta que separaba las dos habitaciones, buscando la tranquilidad que le transmitían las voces de sus padres, su proximidad. Unas voces que hablaban muy alto, sobre todo la de su madre, apenas amortiguada por la puerta cerrada. Veinte minutos más tarde, el jefe de su padre se marchó. Lucy abrió la puerta y lo vio salir. El hombre se detuvo en el pasillo, le estrechó la mano a su padre y le deseó suerte. El oficial la había visto mirándole. La había saludado con un gesto envarado, pero luego le hizo un guiño y le sonrió. Ella le había devuelto el saludo, aunque su madre tiró de ella para que entrara en la habitación.

Una vez dentro, su madre empezó a meter las pertenencias que los soldados habían traído de su casa en bolsas negras que iba llenando sin especial cuidado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lucy.

Su madre siguió con lo que hacía y se interrumpió sólo para apartarse un mechón suelto de la cara.

—Lejos —respondió tras mirar a la niña un segundo.

Al cabo de una hora, una furgoneta negra con las ventanillas tintadas se detuvo delante del hotel. A las diez de esa misma noche, la familia partía dirección a Antrim. Sólo cuando las luces de Derry empezaron a perderse en la lejanía, alguien le explicó a Lucy que, después del ataque, unos hombres malos habían amenazado con hacer daño a su padre.

Su padre no volvió a ver Derry hasta mucho después del alto el fuego. En una especie de acto personal de desafío a aquellos que lo habían echado de su casa, se instaló de nuevo en la misma zona. Lucy, por su parte, no había podido regresar hasta hacía un mes.

La carretera que conducía a Maydown desde el hospital seguía siendo peligrosa. La nevada de la noche anterior no había sido tan intensa, pero el descenso de la temperatura había vuelto a helar la nieve medio derretida, sobre la que había caído la nieve fresca.

Mientras conducía, Lucy llamó a Robbie para comprobar si había habido algún avance con la alerta de los Servicios Sociales, pero no habían recibido ningún aviso. El paso siguiente, dijo él, era que ella proporcionase una fotografía de Alice a la prensa.

Tom Fleming estaba ya en el despacho, llenando la cafetera de agua, cuando llegó Lucy.

—Buenos días —la saludó—, ¿le apetece tomar una taza?

—Sí, por favor —asintió ella.

Tras dejar el abrigo en su despacho, volvió a la pequeña cocina.

—¿Con quién tengo que hablar para organizar una búsqueda?

Fleming le sonrió.

—Conmigo. ¿En qué está pensando?

—Estaba planteándome realizar una búsqueda en el bosque donde encontramos a Alice. Sus padres no han dado señales de vida. Había pensado en solicitar la colaboración de una unidad de apoyo táctico y unos cuantos perros.

Fleming asintió.

—Haré la solicitud a través del subcomisario. Tal vez también merezca la pena que un helicóptero sobrevuele la zona.

—Eso estaría muy bien, señor —dijo Lucy—. Gracias.

Cuarenta minutos más tarde, empezaron a llegar las reacciones al comunicado de prensa. Lucy había evitado deliberadamente dar una descripción del pijama de Alice para ayudar a filtrar las llamadas de pirados. Aun así, hubo algunas llamadas que indicaban que podía tratarse de la hija de un vecino, y tenía que investigarlas.

Estaba trabajando en su mesa cuando Tom Fleming llamó a la puerta y entró.

—Traigo buenas y malas noticias —dijo frunciendo el ceño—. El subcomisario considera que, por el momento, mandar una unidad táctica sería una pérdida de tiempo. No sabemos qué buscamos y las huellas de la niña ya estarán cubiertas. También dice que la unidad canina le ha explicado que a los perros les costaría mucho seguir un rastro con tanto frío y tanta nieve. Cree que deberíamos posponer el rastreo con perros hasta dentro de un par de días.

—¿Y las buenas? —preguntó Lucy.

—Travers he aceptado que un helicóptero sobrevuele el bosque. Si ven algo desde ahí arriba, podremos enviar apoyo táctico.

—Parece lógico, supongo —dijo Lucy.

—Además, Michael McLaughlin va a dar una conferencia de prensa hoy a las

tres. Travers le preguntó si usted podía hacer un llamamiento al final de la conferencia pidiendo información sobre Alice. Tendrá mucha cobertura mediática.

—Es una excelente idea, señor.

—A cambio, Travers quiere que interroguemos a Elaine Grant, la chica que estaba con Kate McLaughlin la noche en que desapareció.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Lucy.

—Oficialmente, porque tiene quince años y cae en nuestra jurisdicción. Aunque eso no siempre signifique que intervengamos. Creo que Travers está interesado en que siga tomando parte en el caso. De hecho, solicitó que fuera usted, específicamente. Mi asistencia es sólo opcional. La chica vendrá a las once —prosiguió Fleming—. Eso debería dejarle margen de tiempo suficiente antes de la conferencia de prensa.

—Gracias por su ayuda, señor —dijo Lucy.

Fleming restó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Si después de todo eso no recibimos respuesta de alguien de la familia de la niña, tendremos que hacernos a la idea de que no quieren saber nada de ella.

Elaine Grant llegó cuando iban a dar las once, acompañada de su madre. Lucy se había pasado la mañana pensando en cómo plantear el interrogatorio, cómo podía guiar a la chica por los sucesos de la noche de la desaparición de Kate. La jovencita parecía mayor de los quince años que tenía; en los lóbulos de las orejas lucía varios *piercings*, y el pelo, rojizo en la raíz, estaba teñido de negro. Miró los objetos esparcidos por el suelo a su alrededor y levantó una ceja: la caja de juguetes, las estanterías. Su madre estaba de pie al lado de la chica con una mano sobre su hombro, observando a su vez la sala con los ojos entrecerrados detrás de unas gafas.

—Por favor, siéntense —dijo Tom Fleming.

Las Grant se sentaron la una al lado de la otra en el pequeño sofá, mientras Fleming apartaba la caja de juguetes de las piernas de la señora Grant y la dejaba en un rincón.

—Ésta es la sala donde solemos interrogar a los niños —dijo a modo de explicación.

La señora Grant sonrió con nerviosismo.

—¿Es la primera vez que entran en una comisaría? —preguntó Fleming.

Las dos asintieron.

—Se trata de un puro trámite —prosiguió él—. La sargento detective Black te hará unas preguntas sobre lo que recuerdas de la noche en que desapareció Kate. Voy a preparar una cámara para grabar tu declaración. ¿Te parece bien?

Elaine intentó decir que sí, pero se limitó a asentir.

—¿Así que fuisteis al cine? —empezó Lucy mientras Fleming manipulaba la cámara de vídeo.

—¿Es la primera pregunta? —preguntó Elaine.

—Bueno, sí, supongo que sí... —dijo Lucy.

—Sí.

—¿Qué película visteis?

—*Avatar*.

—¿Era buena?

—No estuvo mal.

Lucy miró a Fleming. Si las respuestas de la chica no iban más allá de los monosílabos, no iban a obtener demasiada información.

Fleming frunció el ceño.

—Elaine, quizás ayude que no te tomaras esto como un interrogatorio. Sabemos que eres amiga de Kate y sólo queremos que nos hables de la noche en que la viste por última vez. No hay respuestas acertadas ni equivocadas. Cuéntanos qué hicisteis esa noche, con quién hablasteis, a quién vio Kate, no sé, cualquier cosa que se te ocurra. Nosotros ya veremos qué nos puede ser útil y qué no.

Elaine tragó saliva, se cogió las manos y se las apretujó entre las piernas. Su madre, sentada en el borde del sofá con la espalda envarada, miraba a su hija.

—¿Así que la película no era nada del otro mundo?

—A los chicos les gustó.

—¿A qué chicos? —preguntó Lucy.

Se fijó en que la señora Grant fruncía los labios. Estaba claro que Elaine no le había contado a su madre que habían ido al cine con chicos.

—Unos chicos del instituto. A uno de ellos le gustaba Kate. Se lo dije, pero ella no me creyó. Me parece que él quería pedirle que le acompañara al baile.

—¿Ese chico tiene nombre?

—Busty —respondió Elaine; entonces, ante la expresión de los demás, se dio cuenta de que aquel apodo no les decía nada—. Barry Watson. Pero no pueden hablar con él. Se pondría como loco si supiera que se lo he contado.

—¿Viste a Kate con alguien más? ¿Alguien que te llamara la atención?

La chica negó con la cabeza.

—Vimos la película y luego paseamos por Strand Road. Uno de los chicos nos había invitado a una fiesta, pero a mí no me dejaban ir.

Lo último lo dijo en voz baja, mirando a su madre.

—Me parece que aún es demasiado joven para andar con chicos.

Aunque les estaba hablando a Lucy y a Fleming, el comentario de la mujer iba claramente dirigido a su hija.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lucy—. Ibais caminando por Strand Road...

—Kate recibió un SMS de su padre. Le había dicho que pasaría a recogerla por mi casa a las once, así que el mensaje la dejó sorprendida.

—¿Qué decía?

—Que le había surgido un imprevisto y tenía que recogerla más temprano. Estaba

esperándola en el aparcamiento de Victoria Market, un poco más arriba del cine.

—¿Qué dijo Kate?

—No le hizo mucha gracia —respondió diplomáticamente Elaine—. Ella quería ir al parque.

—¿Qué parque?

Elaine lanzó una mirada fugaz a su madre.

—Quería decir a la fiesta.

—Pero has dicho «parque» —recalcó Lucy.

La señora Grant cambió de postura para mirar a su hija.

—¿Dónde se celebraba la fiesta? —preguntó.

—En casa de Joanne —respondió Elaine con tono irritado—. Ya te lo he dicho antes, mamá.

—De modo que el cambio de planes no le hizo mucha gracia —continuó Fleming.

—No —respondió Elaine ahora más susceptible.

—¿Y qué hizo Kate?

—Llamó a su padre —dijo Elaine—, para preguntarle si podía quedarse.

—¿Habló con él?

—No —dijo Elaine, aunque se le escapó una pequeña sonrisa al recordarlo.

—¿Qué? —preguntó Lucy, compartiendo su sonrisa.

—Nada —disimuló Elaine—. Tonterías.

—¿Qué pasó? —insistió Lucy.

Fleming observaba con atención, sin querer interrumpir el fluir de las palabras de Elaine.

—No fue nada. Dijo que iba a llamar a su padre para decirle un par de cosas, así que todos nos paramos a escuchar. Justo cuando lo llamaba, el teléfono de un lisiado que pasaba por la calle empezó a sonar. Todos le dijimos a Kate que debía de ser su padre. No era más que una tontería.

Aun así, a Elaine se le humedecieron los ojos y sonrió emocionada al recordar a su amiga.

—Kate se fue andando hacia el aparcamiento. Me ofrecí a acompañarla, pero ella se negó; no quería que yo me perdiera la fiesta.

—El hombre que has mencionado... —empezó Fleming—. ¿Recuerdas algo de él?

—Nada —dijo Elaine.

—¿Por qué lo has llamado lisiado? —preguntó Lucy—. Has dicho «un lisiado».

—Él era, bueno, ya sabe...

Elaine se esforzó por encontrar la palabra exacta.

—Caminaba raro, como si estuviera tarado, fuera cojitranco o algo así.

—¡Elaine! —exclamó su madre.

—¿Qué? Sólo digo que cojeaba.

Fleming miró a Lucy.

—¿Recuerdas algo más? ¿Cómo iba vestido? ¿Si era alto? ¿El color del pelo? ¿Algún detalle?

La chica entrecerró los ojos para concentrarse.

—Estaba demasiado oscuro para distinguir los colores. Era un tipo normal, supongo. Llevaba un plumífero, me parece.

—¿Le viste la cara?

Elaine negó con la cabeza.

—Caminaba en dirección contraria a la nuestra cuando sonó el teléfono.

—Entonces ¿no se cruzó con vosotras?

Elaine se lo pensó un momento.

—No me acuerdo. Me parece que no. Si hubiera pasado por nuestro lado, me acordaría de su cojera con más claridad. Estaba detrás de nosotras cuando sonó el teléfono.

—¿Y viste adónde iba?

—No estoy segura. Creo recordar que cruzó la calle alejándose de nosotras, hacia el centro.

Elaine extendió las manos, con las palmas abiertas, y paseó la mirada de Lucy a Fleming. A ninguno se le ocurrió nada más que preguntar, y al cabo de un momento agradecían a las Grant su visita y daban el interrogatorio por concluido.

—¿Cree que el hombre iba siguiendo a las chicas y que cuando Kate llamó al teléfono tuvo que dar media vuelta y marcharse en dirección contraria? —preguntó Lucy a Fleming después de que Elaine firmara la declaración y se marchara.

—Es posible. Sabemos que McLaughlin había perdido el teléfono. Tiene sentido que, quienquiera que le enviara el mensaje, quisiera estar cerca para asegurarse de que la chica mordía el anzuelo. Comprobaremos a qué hora acabó *Avatar* en el cine, y luego le pediremos a Travers que tramite una solicitud a la City Centre Initiative para revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de la calle.

—¿Y por qué no las pedimos nosotros ahora? —preguntó Lucy.

—Las grabaciones de videovigilancia del centro dependen de la CCI. Ellos las monitorizan. Cualquier petición tiene que realizarse a través del subcomisario. Después, se convoca una reunión por videoconferencia entre la CCI y la comisaría de Strand Road y, si durante la transmisión vemos algo que necesitamos, nos mandan una copia.

—¿A qué viene tanto formalismo?

—Fue la única manera de que la gente aceptara la instalación de cámaras en las calles del centro. Temían que se tratara de otra forma de vigilancia de la RUC. De ese modo, un organismo local controla las grabaciones y la gente no siente que la están espiando.

—¿Y funciona?

Fleming asintió.

—Sorprendentemente bien.

La conferencia de prensa iba a celebrarse en la comisaría de Strand Road a las tres, así que Fleming pidió a Travers que la reunión por videoconferencia se celebrara antes de esa hora.

Cuando cruzaban el Foyle Bridge, Fleming señaló las agujas de las dos catedrales.

—Una católica y otra protestante —explicó—. Desde cierto punto en la orilla oriental de la ciudad, las dos parecen alineadas. Hay un cuadro en comisaría en que se ve claramente.

Lucy había visto el cuadro de camino a la cantina. Le parecía que, en realidad, el pintor había desplazado uno de los edificios para que los dos le encajasen dentro de la misma imagen.

Recorrieron Strand Road a paso de tortuga. La acera izquierda de la calle, que discurría a lo largo de la orilla del río, estaba vallada, aunque Lucy vio que faltaba casi una manzana entera y que los ladrillos formaban montones de escombros contra la valla.

—¿No era ése el edificio del viejo mercado de los muelles? —preguntó Lucy.

Fleming la miró.

—¿Cómo lo sabe?

—Crecí en Derry —dijo.

—Debería habérmelo dicho. Yo empiezo a contarle historias sobre catedrales, cuando resulta que usted conoce la ciudad mejor que yo.

—Era pequeña cuando me fui —dijo Lucy.

—No tan pequeña si recuerda el edificio de los muelles —replicó Fleming.

—Sólo me acuerdo de que era un sitio grande y bonito, aunque estaba en ruinas.

—Uno de los grupos paramilitares escindidos lo voló.

—¿Qué?

Era una idea absurda.

—Pusieron una bomba en la calle. Creemos que estaba preparada para estallar cuando pasara un convoy del ejército, pero el caso es que explotó antes. Derribó la fachada entera del edificio. McLaughlin era el propietario del bar de la esquina, que también quedó destruido en la explosión.

—¿Fue ahí donde murió su mujer?

Fleming volvió a mirarla.

—Eso es.

—Pero ¿cómo pudo comprar el edificio entero?

Aunque la última vez que lo había visto era sólo una niña, recordaba que la construcción ocupaba un espacio inmenso a lo largo del río. Lo veía cuando sus padres y ella viajaban en tren de regreso a Derry. Al acercarse desde la orilla más lejana hacia la estación, el tren proporcionaba una vista panorámica del Cityside.

—Amasó una fortuna con el negocio inmobiliario. Y, si hemos de dar crédito a los rumores, está a punto de hacerse todavía más rico. Uno de los periódicos de la ciudad publicó la noticia hace unas semanas: según parece, va a vender el solar por veinticinco millones de libras. También circulan rumores de que piensa desprenderse de parte de ese dinero ofreciendo una recompensa durante la conferencia de prensa.

—¿Es sensato? Eso atraerá a todos los pirados de la ciudad.

—McLaughlin espera que el dinero anime a alguien a largar. Por lo que parece, ni siquiera le interesa que los culpables sean detenidos. Sólo quiere recuperar a su hija.

Llegaron a la comisaría antes de lo que habían previsto y Fleming pidió al sargento de recepción que les trajera un té antes de que empezara la transmisión de vídeo.

El sargento los acompañó a una pequeña antesala al lado del área de recepción, donde había un monitor y un interfono sobre una mesa de formica.

Charlaron un rato mientras esperaban la conexión. La pantalla parpadeó hasta encenderse y mostrar una imagen en pausa de Strand Road, en las inmediaciones del cine. La hora y la fecha que aparecían en pantalla confirmaron que era la grabación correspondiente a la noche en que Kate había desaparecido.

Una voz sonó como un eco lejano a través del pequeño altavoz del interfono:

—¿Hola?

—¿Hola? —respondió Lucy.

—¿Con quién hablo?

—Con la sargento Lucy Black y el inspector Tom Fleming —dijo ella.

—Han solicitado las grabaciones de Strand Road tomadas el día 12, ¿es correcto?

—Sí —dijo Lucy, consciente de que hablaba demasiado alto al micrófono—. Sabemos que un grupo de chicas salió del cine alrededor de las 21.30. Subieron por Strand Road, alejándose del centro. Un hombre que cojeaba las seguía. Creemos que cruzó la calle.

La imagen se aceleró, los grupos de gente se movían deprisa y desaparecían. Por fin, la imagen se ralentizó de nuevo a las 21.30 y avanzó a velocidad normal. Al cabo de tres minutos, se vio a un grupo de chicas saliendo del cine.

—Fíjese detrás de ellas —le dijo Fleming a Lucy.

Varias personas, muchas de las cuales habían salido de la misma sesión del cine, caminaban detrás del grupo. Sin embargo, en uno de los márgenes de la pantalla, cuando las chicas pasaban por delante de un restaurante chino que les quedaba a la izquierda, surgió una figura solitaria que empezó a seguirlas. Al cabo de unos segundos, el grupo se detuvo y la figura, que estaba a menos de veinte metros, también lo hizo. De repente, se dio la vuelta y bajó a la calzada delante de un taxi que redujo la velocidad para que cruzara y luego siguió su camino.

—¿Puede enfocar al hombre que cruza la calle? —preguntó Lucy.

La imagen se rebobinó un momento en pantalla y se reanudó, esta vez ampliada,

enfocando al hombre. Era difícil verle el rostro.

—¿Puede mostrarnos su cara? —preguntó Fleming.

La imagen se congeló y se amplió aún más, pero los rasgos del hombre quedaban todavía parcialmente oscurecidos.

—No puedo hacer más —dijo la voz al otro lado de la línea.

—¿Podemos ver adónde va?

La imagen volvió a avanzar; Lucy y Fleming se concentraron en el hombre que cruzaba la calle. Tal y como Elaine Grant les había comentado, parecía cojear levemente. Cuanto más rápido se movía, más pronunciada era la cojera.

Finalmente, el hombre desapareció del ángulo de visión de la cámara, aunque pareció que aminoraba el paso hasta detenerse al borde del encuadre.

—¿Puede buscar en otra grabación para ver dónde está? —preguntó Fleming.

—Espere un momento —replicó la voz.

Fleming miró a Lucy y levantó las cejas. El silencio se alargó unos segundos.

—Lo siento —se disculpó la voz—. La grabación del final de la calle es la que cubre el aparcamiento en que se pierde el rastro de la chica. La hemos revisado a petición del subcomisario. La cámara fue inutilizada una media hora antes de que Kate McLaughlin desapareciera.

—Gracias de todos modos —dijo Fleming antes de que Lucy tuviera tiempo de expresar su frustración.

—No hay de qué —contestó la voz.

Después, la línea se cortó.

—Ha sido una pérdida de tiempo —se lamentó Lucy.

—No necesariamente —comentó Fleming—. Sabemos que el hombre estaba allí, sabemos que era cojo. Y también sabemos que se detuvo al final de Strand Road.

—¿Y?

—¿Son imaginaciones mías o se había puesto a hacer cola?

Lucy volvió a mirar a la pantalla, pero la imagen había desaparecido.

—Es posible.

—En esa esquina hay un restaurante, pero no hace falta hacer cola. Aparte del restaurante, lo único que hay ahí es un cajero automático.

—¿Cree que utilizó el cajero?

—Es una posibilidad —señaló Fleming—. O tal vez lo utilizó para disimular y poder seguir vigilando a la chica. Póngase en contacto con el banco y pídales un listado de datos de todas las personas que utilizaron el cajero alrededor de las 21.35 del día 12. Puede que haya suerte.

Lucy había visto la fotografía de Michael McLaughlin en los periódicos de los últimos días, pero las imágenes pixeladas no hacían justicia a la apostura de aquel hombre en la vida real. Medía más de uno ochenta, llevaba el pelo moreno peinado hacia atrás y tenía las patillas salpicadas de gris. Se había vestido con un traje negro de raya diplomática, una camisa azul claro y una corbata azul marino. Le estrechó la mano a Lucy cuando Travers se la presentó; una mano suave, un apretón cálido y firme que le dejó un rastro de olor a colonia en la piel.

Mientras los periodistas ocupaban sus asientos, Lucy se quedó al fondo de la sala. Se había dispuesto una larga mesa en la parte delantera, cubierta con una tela de terciopelo verde que llevaba bordado el logotipo del Servicio de Policía de Irlanda del Norte. En la pared detrás de la mesa habían colgado una versión ampliada del cartel de personas desaparecidas en el que aparecía una sonriente Kate McLaughlin. Era sin duda una fotografía de estudio. La chica llevaba el pelo recogido y la cara despejada. Tenía pequeñas arrugas alrededor de los ojos, como si se estuviera riendo de alguna ocurrencia del fotógrafo. Posaba con la barbilla apoyada en la mano, y llevaba una pulsera de dijes de oro alrededor de la muñeca.

Michael McLaughlin se sentó de espaldas a la fotografía, al lado de Travers. Los dos hombres acercaron las cabezas para acabar de concretar los detalles de la comparecencia. Travers vestía un traje azul marino con una corbata rojo oscuro. Llevaba el pelo, todavía llamativamente tupido para su edad, peinado hacia un lado.

Travers habló en primer lugar, dio la bienvenida a la prensa y leyó una declaración sobre la desaparición de la chica. La sala parpadeó bajo los *flashes*, y la solemnidad del tono del subcomisario quedó subrayada por el zumbido de las cámaras. Los periodistas se apiñaban en la primeras filas, intentando captar un primer plano de Michael McLaughlin. Mientras Travers hablaba, McLaughlin no dejó de mirar al frente. En una ocasión sus ojos se cruzaron con los de Lucy, y ella sonrió intentando darle ánimos. Si él percibió el gesto, no reaccionó.

Cuando Travers acabó de leer la declaración, McLaughlin levantó la voz por encima de la incesante banda sonora de las cámaras. Parecía sereno, pero, mientras hablaba, sus manos se enredaban nerviosas con el cable del micrófono.

—Me gustaría dirigirme a la persona o personas que me han arrebatado a Kate. Kate es lo más importante de mi vida. Desde...

Las palabras se le atascaron en la garganta e hizo una breve pausa. Tomó un trago de agua, carraspeó y siguió hablando.

—Desde la muerte de mi esposa, Kate es mi única familia. Es una niña preciosa, un encanto de chica; si la tienen ustedes, ya deben de saberlo. Por favor, no le hagan daño. Por favor, déjenla volver a casa conmigo.

Los ojos le brillaban mientras hablaba. Se hizo el silencio en la sala; incluso las cámaras parecieron haber dejado de grabar. A la izquierda de Lucy, alguien estornudó

y levantó una mano al instante en señal de disculpa.

La distracción pareció bastar para provocar un cambio en el semblante de McLaughlin. Se enderezó en la silla y apoyó ligeramente las manos sobre la mesa.

—Todavía no he recibido ninguna petición de rescate —dijo—. Sin embargo, me gustaría dejar bien claro que estoy dispuesto a pagar por el regreso de mi hija. No a los secuestradores, sino a cualquier persona que proporcione a la policía información que haga posible el regreso a casa de mi hija sana y salva. Por tanto, ofrezco una recompensa de un millón de libras a quienquiera que tenga información que sirva para encontrar a Kate.

Los periodistas congregados cobraron vida de nuevo, levantaron las manos y gritaron preguntas tanto a McLaughlin como a Travers.

—Si no ha habido petición de rescate, ¿cómo sabe que ha sido secuestrada?

Travers se inclinó hacia delante sin esperar a que McLaughlin respondiera.

—Sin revelar más de lo necesario, las circunstancias que rodean su desaparición indican que alguien se llevó a Kate intencionadamente. Teniendo en cuenta la posición de su padre en la comunidad, sospechamos que se trata de un secuestro.

—¿Por qué cree que su familia ha sido elegida como objetivo?

McLaughlin se encogió ligeramente de hombros.

—No lo sé.

—¿Cree que el secuestro está relacionado con los rumores sobre la venta del solar de los muelles?

—No... No sé qué responder a eso. No tengo ni idea.

—¿Qué piensa el PSNI de la oferta de una recompensa? —gritó una voz.

—Entendemos que el señor McLaughlin esté dispuesto a hacer todo lo posible para ayudarnos a encontrar a su hija. Yo hago un llamamiento a quien disponga de cualquier información que nos sirva para reunir de nuevo a esta familia y le agradecería que se pusiera en contacto con nosotros lo antes posible. También pido a quienes se hayan llevado a Kate que reconsideren sus actos. No es demasiado tarde para dejar que vuelva a casa.

Mientras hablaba, miró en dirección a Lucy y le hizo un gesto para que se acercara.

—El señor McLaughlin también ha aceptado amablemente dar su consentimiento a que una de nuestras oficiales solicite información acerca de otra niña. Si le conceden un momento, la sargento detective Black les pondrá al tanto seguidamente.

Lucy se abrió paso entre los periodistas congregados. Llevaba un montón de folletos que había confeccionado utilizando el comunicado de prensa que Robbie y ella habían redactado el día anterior, junto con una fotografía de Alice que le había proporcionado Tony Clarke.

En la mesa, Michael McLaughlin se levantó y permitió que Lucy ocupara su lugar.

Dio unos golpecitos al micrófono, pese a que tanto McLaughlin como Travers

acababan de utilizarlo, y al instante se sintió estúpida por haberlo hecho.

—Damas y caballeros. Distribuiré unos folletos con información sobre la niña, Alice, que fue encontrada en el bosque de Prehen ayer por la mañana. La niña tiene entre ocho y diez años, el pelo castaño y los ojos azules. Mide uno cuarenta y pesa treinta y ocho kilos. Tenemos razones para pensar que pudo haber estado en contacto con una persona herida antes de que la encontraran. Cualquiera que la conozca o crea que conoce a su familia, por favor, póngase en contacto con la Unidad de Protección Pública en el 71555999.

Lucy sostuvo en alto la fotografía que le había dado Clarke y la sala se iluminó automáticamente con los *flashes*. Uno de los periodistas cogió el fajo de folletos de la mesa, se quedó uno y pasó el resto a los demás.

Michael McLaughlin se acercó a Lucy cuando bajaron de la tarima.

—La niña que encontró, Alice, ¿estaba herida?

—No, señor —dijo Lucy.

Sentía que debía manifestarle su apoyo a aquel hombre, pero no estaba segura de que resultara apropiado.

—Pero sí creemos que estuvo en contacto con una persona herida; encontramos rastros de sangre en su ropa.

—¿Y su familia no ha dado señales de vida?

Lucy negó con la cabeza.

—Aunque sus padres estuvieran heridos, sería de esperar que un abuelo o una tía la buscaran.

—Es raro; yo haría cualquier cosa para recuperar a mi hija. En mi situación, uno imagina que todo el mundo haría lo mismo por los suyos.

—Sí, es lo que cualquiera imaginaría, señor —convino Lucy.

Un hombre pequeño y de rasgos delicados se les acercó. Pisaba con levedad al andar, como si caminara de puntillas.

—¿Acerco el coche, señor? —preguntó mirando a Lucy, pero sin disculparse por interrumpir la conversación.

—Sí, muy bien, William —dijo McLaughlin—. Terminó enseguida.

—Señor.

El hombre saludó con un gesto brusco de cabeza a Lucy y se marchó.

—Tiene chofer —dijo Lucy—. Eso está muy bien.

McLaughlin se rio.

—William no es en realidad chofer. Es un viejo amigo que necesitaba que alguien le echara una mano. A su edad no puede hacer otra cosa, así que conduce mi coche de vez en cuando y cobra un sueldo semanal. He tenido mucha suerte en la vida, y me parece justo repartir un poco.

—Es un detalle por su parte, señor.

—Sólo es dinero, sargento. Buena suerte con la niña.

—Gracias, señor —dijo Lucy—. Espero que reciba buenas noticias pronto.

McLaughlin esbozó una breve sonrisa y se volvió para marcharse.

Travers estaba sentado a su mesa cuando Lucy entró en su despacho después de la conferencia de prensa. La americana colgaba de un gancho detrás de la puerta.

—Lo ha hecho bien —dijo—, muy bien. Siéntese.

—Gracias, señor.

—Se mostró muy profesional. Esto mejorará sin duda su reputación —añadió frotándose las manos ligeramente.

Lucy no estaba segura de si ésa era la intención que perseguía, pero no tenía ningún sentido ponerse a discutir con él.

—Interrogamos de nuevo a Elaine Grant, señor. Dijo que había visto a un hombre que cojeaba detrás de ellas. El teléfono del sospechoso sonó cuando Kate intentó llamar a su padre. Pensamos que tal vez fuera el teléfono desde el que le enviaron el mensaje.

Travers frunció los labios sopesando aquella nueva información.

—¿Han visto algo en las grabaciones?

—Poca cosa —reconoció ella—. Aunque creemos que se detuvo en el cajero automático que hay al final de Strand Road.

—Me pondré en contacto con el banco para ver qué puede hacerse.

—Gracias, señor —dijo Lucy levantándose.

—¿Cómo está el bueno de Tom Fleming?

—Es muy agradable. Me ayuda mucho.

—Tom es de la vieja guardia. Éramos sargentos cuando me nombraron inspector. De hecho, trabajó en el caso de la muerte de la esposa de Michael McLaughlin. Cuesta creer que sucedió hace ya casi dieciséis años. Justo después de que naciera la niña.

—Esa familia ha tenido muy mala suerte, señor —dijo Lucy.

Para sus adentros, pensó que Tom Fleming tampoco había tenido demasiada suerte en su carrera profesional. Ya era sargento detective hace dieciséis años y entonces aún no había ascendido a inspector; por el contrario, Travers había pasado de inspector a subcomisario en el mismo periodo.

—Uno de nuestros helicópteros sobrevoló la zona donde se encontró a Alice. Nada digno de mención: un par de paseantes avistados en el bosque, pero ni rastro de accidentes ni de nada por el estilo. Me temo que mandar una unidad táctica al bosque con este tiempo sea malgastar nuestros recursos. El caso McLaughlin tiene prioridad sobre todo lo demás. Tal vez cuando la nieve empiece a fundirse podamos enviar una unidad canina.

—Por supuesto, señor —asintió Lucy.

—Le prometí que la mantendría en el caso —dijo Travers.

El subcomisario se levantó, rodeó la mesa y se acercó a ella. Lucy no sabía si eso la obligaba también a levantarse, pero él se acomodó en un extremo de la mesa,

apoyó una nalga en la esquina y la miró desde lo alto.

—Siempre es conveniente contar con alguien que vele por uno cuando empieza —dijo moviéndose hacia ella.

Lucy sintió que las entrañas se le crispaban. «Se me está insinuando en su despacho», pensó, cruzándose de piernas y removiéndose en la silla.

—Pero eso usted ya lo sabe, ¿verdad?

Lucy tragó saliva.

—Sí, señor —dijo, y se puso en pie.

Travers se levantó también y se quedó a menos de medio metro de ella, tan cerca que percibía el calor que irradiaba su cuerpo, el olor a almizcle de su sudor mezclado con el de la loción con que se había perfumado para asistir la conferencia de prensa. Lucy intentó retroceder, pero la silla se le clavó en las pantorrillas y no pudo escabullirse.

—Debería habérmelo contado, Lucy —dijo él acercándose más todavía.

—¿Contarle el qué, señor? —preguntó ella, confusa.

—Me refiero a la comisario jefe.

—¿Qué...? —empezó Lucy, pero la expresión de Travers cortó cualquier pretensión de disimulo—. No me pareció que fuera relevante, señor.

Travers rio débilmente.

—Pues yo diría que ser la hija de la comisario jefe sí es un dato relevante. Aunque debo admitir también —añadió meneando el dedo— que respeto su decisión de que no se sepa. Que quiera valerse por sí sola. Será nuestro pequeño secreto.

El subcomisario le guiñó un ojo, sonriendo.

—Gracias, señor —respondió Lucy.

La sargento empujó la silla para alejarla de sus piernas y poder salir de allí.

—Su madre es una oficial espléndida, Lucy. Comprendo por qué quiere seguir sus pasos.

Lucy lo miró, sin saber qué decir. ¿Que se había hecho oficial de policía a pesar de su madre, no por ella? ¿Que a veces ni siquiera estaba segura de querer seguir en el cuerpo, pero que no se le ocurría nada mejor que hacer?

—Gracias, señor —dijo simplemente y salió del despacho.

Sólo cuando estaba ya en el pasillo se dio cuenta: si Travers sabía quién era su madre, también debía de saber quién era su padre, pero ni siquiera lo había mencionado.

Lucy se pasó el resto de la tarde siguiendo las pistas recibidas tras el llamamiento en la prensa del día anterior, pero no la llevaron a ninguna parte. La televisión no emitiría el reportaje del caso hasta el informativo de las seis. Aun así, los boletines vespertinos sí se hacían eco de la recompensa que McLaughlin había ofrecido a cambio de cualquier información sobre el paradero de su hija. Alice apenas sería una

nota al pie en las noticias de la noche; al fin y al cabo no había desaparecido, sino que la habían encontrado.

Recibió una llamada del despacho de Travers antes de las cinco, informándole de que el banco había sacado un listado de todas las personas que habían utilizado el cajero entre las 21.15 y las 21.45 de la noche en que secuestraron a Kate. El listado llegó por fax justo cuando Lucy se marchaba. Levantó las hojas y les echó un rápido vistazo, con la esperanza de fijarse de repente en un nombre que diera solución al caso; sin embargo, lo único que vio fueron más de cuarenta nombres, ninguno de los cuales captó su atención.

Fue al hospital a visitar a Alice antes de las 17.30, con la esperanza de alcanzar todavía a Robbie para que la pusiera al corriente sobre su parte de la investigación. Robbie estaba frente a la habitación de Alice, charlando con una de las enfermeras. Lucy lo reconoció desde la otra punta del pasillo por su ya familiar gesto de meterse las manos en los bolsillos traseros mientras hablaba. Una joven enfermera sostenía el historial de un paciente contra el pecho y se retorció un mechón suelto de pelo con la mano libre mientras le sonreía. No pareció muy contenta cuando Lucy les interrumpió.

—Te he visto por la tele —la saludó Robbie—. Acabas de salir en las noticias de primera hora. Lo has hecho francamente bien.

La enfermera le frunció el ceño a Lucy. Luego, rozó levemente el brazo de Robbie al marcharse y le prometió que lo vería más tarde.

—¿Tu adorado público? —dijo Lucy, mirándola alejarse.

—No, aquí la estrella de la tele eres tú —replicó él—. Estuviste impresionante.

—Si nos sirve de algo... ¿Cómo sigue Alice?

—La psiquiatra se ha pasado la tarde con ella en la habitación. Nada. No ha dicho una sola palabra. Le ha traído pinturas, ceras y papel. Ya verás.

Entraron en la habitación de Alice.

La niña estaba tumbada en la cama de cara a la pared, con los ojos abiertos. Por un momento volvió la cabeza hacia Lucy, pero enseguida les dio la espalda. Sobre la mesa, a los pies de la cama, había tres dibujos. Uno de ellos era una hoja pintada por entero de rojo. Algunos de los trazos eran gruesos y marcados, como si la niña hubiera presionado la cera con fuerza; otros, leves espirales de color. Pero todos de un rojo sangre.

El segundo dibujo era una representación esquemática en negro de una persona delgada como un palillo. Un triángulo sobre las piernas sugería que la figura era femenina, una niña pequeña. Quienquiera que la hubiera dibujado le había puesto ojos y una nariz, pero no boca. Luego había emborronado la cara de rojo.

—La doctora esbozó una figura sin boca, y le pidió a Alice que dibujase cómo creía que se sentía la niña: una sonrisa, un mohín, lo que fuera. Y esto es lo que hizo

la criatura.

Los garabatos eran profundos, hasta el punto de desgarrar el papel. A un lado de la mesa descansaba la afilada cera roja que había usado la niña.

—¿Y ella qué opina?

Robbie hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta, indicándole que salieran a hablar al pasillo.

—Cree que la niña acumula mucha rabia. Que se desprecia. Y que el rojo podría representar la sangre.

—¿Eso cree? Siete años en la Facultad de Medicina no le han servido para mucho que se diga.

Robbie simuló un gesto de reproche.

—Es una buena psiquiatra. Estas situaciones llevan su tiempo.

—¿Y los garabatos sobre la cara?

—La doctora sugirió maltrato, sin duda algo de desprecio por sí misma y sentimiento de culpa. Como si quisiera borrar su propia identidad.

El tercer dibujo era distinto de los dos anteriores. En el centro de la hoja había un rectángulo pintado con marcados trazos rojos, pero esta vez la artista se había mantenido intencionadamente dentro de las líneas. Dentro del rectángulo, Alice había dibujado una especie de animal.

—¿Un perro? —murmuró Lucy señalando a la criatura.

—Tal vez. O un lobo. La psiquiatra se interesó por el rectángulo que lo enmarca. Le pareció que podía tratarse de una ventana a la que Alice estuviera asomándose.

—Las ventanas suelen ser cuadradas, diría. El rojo está sólo por dentro del marco. Quizás ella esté afuera, mirando hacia dentro.

—O dentro, mirando hacia fuera.

Lucy miró a través de la puerta a la figura tumbada en la cama.

—Tal vez represente el marco de una puerta. Como si estuviera mirando a través del umbral.

—Tal vez —convino Robbie ladeando el dibujo, como si al hacerlo su sentido fuera a volverse más evidente.

—En cualquier caso, que Dios la ayude.

En un primer momento, su padre parecía haber mejorado con respecto a la noche anterior. La reconoció cuando entró y la besó en la mejilla mientras ella lo abrazaba.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Estupendamente, cariño.

—¿Las enfermeras se portan bien contigo?

Él asintió.

—¿Hay alguna bonita?

Su padre rio amablemente y le cogió una mano.

—¿Cómo estás tú, cariño?

—Bien. Muy bien. Preocupada por ti.

—Pues no deberías. Me echarán de aquí enseguida.

—Siempre que estés en condiciones de salir.

—Estoy bien —dijo él, espantando su preocupación con un gesto de la mano—. Nunca he estado mejor.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Te has tomado el té?

—Sí. Y también esos asquerosos huevos cocidos. ¿Cómo se supone que va a vivir un hombre de mi edad a base de huevos cocidos? Me zamparía un buen bistec —bromeó—. ¿Qué día es hoy? —preguntó de repente, con ojos chispeantes y expresión intensa.

—Día quince, ¿por qué?

Repitió el número una y otra vez, en silencio, formando la palabra con los labios.

—¿Por qué, papá?

—¿Quién es el primer ministro?

—David Cameron —dijo Lucy—. ¿Por qué, papá?

Articuló el nombre calladamente varias veces, grabándoselo en la memoria.

—Papá, ¿qué pasa?

—Ese mierdecilla de médico me preguntó la fecha y quién era el primer ministro. Como si fuera tonto. Si los recuerdo, me dejará volver a casa, ¿sabes?

—¿Y qué le dijiste cuando te preguntó?

La miró inexpresivamente, con ojos húmedos.

—Yo... No estoy seguro, Janet.

Lucy se quedó allí sentada otros treinta minutos, mientras su padre se alejaba cada vez más de ella. Finalmente, incapaz de confiar en que no fuera a echarse a llorar delante de él, le dio un beso de despedida y se marchó.

La casa estaba helada cuando llegó, las habitaciones a oscuras y frías, y todo desprendía el olor de su padre, el aroma de su tabaco. Cayó en la cuenta de que todavía no había tenido ocasión de hablar con su madre sobre el arma de su padre. Revisó el armario que había debajo del fregadero; como era de esperar, su padre tenía ahí su pequeño armero, como en la casa de cuando era niña. Ahora estaba vacío, salvo por una caja de balas. Lucy recuperó el arma de la guantera y la volvió a guardar en el armario, lo cerró con llave y se la metió en el bolsillo.

Después fue a darse una ducha, contenta de disponer por fin del tiempo necesario para hacerlo tras haber pasado la noche en la habitación de Alice. Cuando hubo terminado, se cambió de ropa y bajó a la cocina en zapatillas para prepararse la cena.

Lucy rebuscó en la nevera algo que comer. En uno de los estantes encontró una bolsa de pan en la que sólo quedaban una corteza y una rebanada endurecida. Su padre le había dicho que la asistente, Sarah, solía hacerle la compra. Pero, dado que

estaba en el hospital, Lucy la había telefoneado para decirle que no lo hiciera.

Tras una búsqueda infructuosa, Lucy decidió enfrentarse a las calles y salir a comprar una hamburguesa con patatas. Con el pelo todavía húmedo, cogió el viejo gorro de lana que su padre solía ponerse cuando iba a los partidos del Derry FC y su gabán, que estaba colgado al final del pasamanos, y salió.

De camino al puesto de comida rápida, sonó su móvil. El sargento de recepción de la comisaría de Maydown la saludó y le dijo que alguien la había llamado. Una mujer había preguntado por ella y había insistido en que no podía hablar con nadie más que con Lucy. Se llamaba Annie Bryce.

Annie Bryce estaba sentada al borde del sillón de su sala de estar. Tenía el dorso de las manos cubierto de gruesos nudos de venas y las apoyaba, inquietas, sobre las rodillas, que no dejaban de bailotear arriba y abajo; los ojos enrojecidos, las aletas de la nariz purpúreas y dilatadas. En un gesto inconsciente, se restregaba una y otra vez el brazo y se rascaba compulsivamente la piel del codo.

—Usted es la que ofrece la recompensa, ¿no? —preguntó después de que Lucy llamara a su puerta y se presentara.

—No, ése es...

Annie Bryce rio con complicidad antes de que Lucy pudiera aclararle el error.

—Ah, la vi en la tele. Usted ofreció una recompensa a cambio de información sobre la hija de McLaughlin. Pase.

La casa de Annie Bryce era pequeña. Un par de sillones desparejados y un sofá ocupaban buena parte de la sala de estar. La chimenea estaba encendida, y había palos rotos y pedazos de carbón esparcidos sobre el hogar que Bryce iba arrojando al fuego a medida que se atenuaba. El calor contrastaba tanto con el frío del exterior que Lucy se sintió un poco mareada, hasta el punto que tuvo que quitarse el abrigo y la chaqueta.

En la televisión, se desarrollaba un *reality* en silencio, de fondo. La cámara pasó de un juez de semblante severo a un adolescente con el pelo de punta y teñido, que se deshizo en lágrimas ante la áspera crítica que acababa de recibir.

—Que Dios le ayude —comentó Bryce, sentándose—. Son muy duros con esos jóvenes, ¿no le parece?

—Mire, me temo que se ha puesto en contacto con la persona equivocada, señora Bryce —empezó Lucy—. Yo estoy investigando el caso de la niña que ha sido hallada en el bosque de Prehen. La recompensa se ofrecía a cambio de información sobre Kate McLaughlin.

Bryce se pasó el dorso de la mano por la nariz, mientras la rodilla le temblaba con más fuerza.

—No me venga con cuentos. Yo les oí decirlo: un millón. Quiero mi parte, eso es todo. Esa zorra no va a sacar nada.

—¿Qué zorra, señora Bryce? —preguntó Lucy.

Annie Bryce bajó la voz y se inclinó hacia delante, obligando a Lucy a hacer lo mismo para poder oírla.

—Esa mierda que Billy cree que puede colarme. Lleva semanas contándome que tiene un gran negocio a la vista. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo aguante. «Van a darnos lo que se nos debe», dice. ¡Como si se lo hubiera ganado!

—¿Billy... qué?

—Mi Billy. O al menos lo era hasta que esa fulana meneó el culo delante de él. Yo seguí a su lado durante toda la condena. Y él sale y dice: «Van a darnos lo que se

nos debe». Y luego el cabrón me deja. Y se lía con esa zorra de la Duffy.

—¿Cómo se apellida Billy, señora Bryce?

—Billy Quinn. Todo el mundo conoce a mi Billy.

—¿Y por qué cree usted que esto tiene algo que ver con Kate McLaughlin?

—Fui a verlo la semana pasada. Le dije: «Estás en deuda conmigo, Billy Quinn. Cuatro años pasándote mierda en la cárcel de Magherberry debajo de las bragas y ahora te crees que vas a dejarme...». Y aquella puta estaba en la ventana, con los brazos cruzados, sonriendo como si fuera la abeja reina.

Annie Bryce volvió a sorberse los mocos, y se restregó la nariz con el pulgar y el índice varias veces.

—Me parece que no acabo de entenderla —dijo Lucy.

—¿Está sorda o qué?

Lucy se mordió la lengua e intentó tomar otra vía.

—Así que Billy Quinn cumplió condena y usted siguió a su lado.

—Ajá, como una puñetera santa. Nadie más lo hubiera aguantado.

—¿Y por qué le condenaron?

Annie Bryce murmuró algo, cogió un paquete de cigarrillos del brazo del sillón y sacó uno.

—¿Fuma?

—No, gracias —dijo Lucy—. Pero usted siguió a su lado.

—Ajá —repitió Bryce, parpadeando por culpa del humo que se alzó ante su cara al encender el pitillo—. Ya se lo he dicho.

—Y la dejó por otra cuando salió.

—No me extraña que sea usted policía. Dijo que me compensaría, que tenía un negocio de mucha pasta a la vista. Y después, cuando salió, se pasaba el día rascándose las pelotas; sus colegas y él siempre tenían un gran plan. Decía que iba a llevarme lejos de aquí.

—Usted se lo merecía, después de seguir a su lado —dijo Lucy.

—Ya lo sé, querida —respondió Bryce sonriendo—. Lo sé. Le dije que podría llevarme a Roma. Siempre he querido ir a Roma. Ay, los italianos, ¿eh?

Annie Bryce alargó una mano y empujó juguetonamente la rodilla de Lucy con el puño. Su risa se fundió en una tos ronca.

—¿Y no la llevó?

—No, sabía que se traía algo entre manos. Yo quería hacer la reserva. «Espérate, aún no tengo el dinero», me dijo. Tendría que haberme dado cuenta de que se había metido en algo sucio. Una noche volvió aquí borracho como una cuba, con un paquete de condones en el bolsillo del abrigo.

—¿Ustedes...?

Lucy se esforzaba para formular apropiadamente la pregunta.

—No, querida, no hacía falta. Me vaciaron, ya me entiende.

La mujer se señaló la ingle con la mano en que sostenía el cigarrillo.

—Tenía un quiste en los ovarios.

—Vaya, lo siento.

Annie Bryce rio con ganas.

—Entonces ya había tenido dos chiquillos. Y a mi edad, no iba a ponerme a buscar más.

—¿Así que pensó que Billy la estaba engañando?

—Esa fulana de Dolores Duffy se lo ligó una noche en el *pub*. Se lo montaron en el callejón, detrás de las tiendas. Mi hermana los vio y me llamó. Cuando volvió a casa, yo ya le había metido todas sus cosas en bolsas.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que le daba igual, que tampoco pensaba quedarse. Dolores iba a acogerlo en su casa. ¿Y sabe lo que me soltó ese cabrón cuando ya estaba en la puerta?

—¿Qué?

—«Llevaré a Dolores a Roma. Quiere ver el Vaticano». ¿El Vaticano? El Papa la echaría a patadas si supiera qué clase de mujer es. Esa tía sólo se ha puesto de rodillas para una cosa en toda su vida.

El sudor le perlaba la frente y tenía los ojos brillantes. Fuera lo que fuese lo que se hubiera tomado antes de que Lucy llegara, su efecto empezaba a desaparecer. Si Lucy quería sacarle alguna información de interés, debía lograr que siguiera hablando antes de que acabara desmoronándose y perdiera el hilo de la conversación.

—Y entonces ¿qué le hace pensar que Billy participó en el secuestro de Kate McLaughlin?

Annie Bryce asintió, como si se diera cuenta de que todavía no le había explicado cuál era la relación.

—Anoche fui a verlo. Me había sacado cien libras antes de separarnos y necesitaba que me las devolviera para comprar combustible para la calefacción. «Hemos reservado el viaje a Roma», me dice. «Dolores y yo».

—¿Y le explicó de dónde había sacado el dinero?

—No, no lo dijo. Y tampoco quería devolverme el mío. Esperé a que se metieran en casa y entonces abrí su coche. Solía utilizarlo como escondite, ya sabe, para guardar el alijo de... Para guardar la cartera, quiero decir.

Annie Bryce lanzó una mirada nerviosa a Lucy, esperando que pasara por el alto el desliz.

—¿Y había algo?

—No —prosiguió, exhalando despacio, escogiendo las palabras con más cuidado—. Pero encontré algo en el asiento de atrás. Su hombre, el que estaba con usted hoy.

—¿Qué?

Annie Bryce levantó un dedo para indicarle que aguardara, arrojó el cigarrillo al fuego de un capirotazo y se levantó.

—Espere aquí —le dijo antes de abandonar la sala.

Lucy oyó sus pisadas amortiguadas subiendo las escaleras, cruzando la habitación del primer piso y luego bajando de nuevo. Annie volvió a la sala de estar casi sin aliento. En la mano sostenía un objeto dorado con forma de medallón, pero tan pequeño que parecía más bien el dije de una pulsera.

—Espere y verá —dijo, manoseando con torpeza el cierre—. Me pareció que, si las cosas se ponían difíciles, podría empeñarlo. Y entonces vi esto.

Finalmente, consiguió abrir la pieza y se la pasó a Lucy. Dentro había dos fotografías diminutas.

—Yo sólo quiero lo que es mío, ¿sabe? Mi parte. ¿Por qué va a ir esa zorra a Roma y yo no voy a sacar nada? Cuando oí lo de la recompensa, decidí llamarla.

Lucy dejó de prestar atención a la cháchara de Annie mientras examinaba de cerca las fotografías. En la de la izquierda se veía a una joven atractiva, cuya ropa y peinado indicaban que la instantánea se había tomado hacía ya algunos años. La fotografía de la derecha era el retrato de un hombre; tenía un aspecto más joven que cuando Lucy lo había visto, pero no había lugar a dudas: se trataba de Michael McLaughlin.

En cuanto subió al coche, llamó a Tom Fleming para explicarle lo ocurrido. Mientras hablaban rebuscó, entre los muchos papeles que tenía esparcidos en el asiento trasero, la lista de los usuarios del cajero que el banco le había enviado. Como era de esperar, el nombre de Billy Quinn aparecía en la segunda página, a las 21.37.

—¿Ha ido a interrogar a alguien usted sola? —la reprendió Fleming—. Eso es muy peligroso, Lucy.

—Recibí el mensaje de camino al puesto de comida rápida y cambié de ruta. Yo... La verdad, no lo pensé.

—Mire, me pondré en contacto con el subcomisario. Necesitaremos que intervenga un equipo de respuesta. ¿Consiguió la dirección de Quinn?

—Según parece, vive con una mujer llamada Dolores Duffy. En Bishop Street.

—Avisaré a Travers. Buen trabajo, Lucy. Pero no vuelva a salir sola.

Mientras conducía hacia el puente, Lucy sabía que debía seguir por Victoria Road hacia la casa de su padre. Sin embargo, se sentía irritada. Pese a haber conseguido la primera pista tangible en el secuestro de Kate McLaughlin, Tom Fleming acababa de apartarla del caso.

Al tiempo que salía del piso superior del Craigavon Bridge y giraba a la derecha en dirección a Prehen, cambió de opinión y volvió a girar a la izquierda, se cruzó por delante de un camión, bajó al piso inferior del puente y condujo de nuevo hacia la ciudad.

Un pronunciado desvío a la izquierda la llevó por delante del museo del ferrocarril, agazapado casi a oscuras junto al río, y de Foyle Road, que corría paralela a Bishop Street. Cuando atajó por Brook Street, el coche resbaló por la pendiente y tuvo que cambiar de marcha, aunque redujo la velocidad para ganar tracción.

Las malas condiciones del pavimento la obligaban a avanzar despacio, dándole tiempo para echar un vistazo a las fachadas de Bishop Street en busca de una casa cuyo número se destacara visiblemente, sin que aquel gesto despertara las sospechas de ningún vecino.

Lucy se detuvo frente a la casa de Dolores Duffy y apagó el motor. Las luces del salón brillaban luminosas y las persianas estaban abiertas. Se quedó sentada un momento contemplando la casa, y luego escrutó la calle a la espera de que apareciera el equipo de respuesta. Finalmente, consciente de que su presencia podría provocar recelo, se apeó del vehículo y retrocedió a pie hasta un pequeño supermercado que le ofrecía una vista despejada de la casa de Dolores Duffy.

La joven que atendía detrás del mostrador levantó un momento la vista de un ejemplar de la revista *Heat*. Hizo un globo con el chicle que mascaba, que reventó con un «plop» apagado, y volvió a concentrarse en la lectura.

Lucy le sonrió y se acercó al expositor de revistas colocado frente al escaparate. Simulando que las hojeaba, podía vigilar la casa de Duffy por encima del estante

superior.

Una mujer corpulenta, de pelo rubio platino cardado, apareció en la ventana de la casa. Apoyando una mano en el alféizar, alargó el otro brazo e intentó tirar de la cuerda para bajar la persiana. Pese a sus repetidos intentos, Lucy vio que no llegaba a alcanzarla. Resignada, la mujer se dio la vuelta y habló con la persona que había a su espalda. Un hombre ocupó su lugar en la ventana, levantó el brazo y tiró de la persiana para bajarla. Tenía la boca abierta, y en ella se dibujaba una carcajada.

Debía de medir un metro setenta y cinco, era de constitución delgada y llevaba el pelo muy corto, apenas una sombra sobre su cuero cabelludo. Vestía una chaqueta vaquera y una camisa oscura. A pesar del fugaz vislumbre, hubiera descrito sus rasgos como afilados. Lucy tardó apenas un segundo en ubicarlo: era «William», el chofer que había llevado a Michael McLaughlin a la conferencia de prensa.

—¿Va a comprarla o piensa leerla entera?

Lucy se dio la vuelta. La chica de la caja estaba en pie y la miraba; el denso maquillaje confería un aspecto amenazante a su rostro.

Lucy miró la revista que, sin darse cuenta de haberla cogido, tenía en las manos. Se tranquilizó al ver que se trataba de un ejemplar de *Vogue* y no de una revista para adultos, lo cual habría resultado más difícil de explicar.

—Lo siento —dijo Lucy—. Estaba soñando despierta.

Sin soltar la revista, se acercó al mostrador, cogió una lata de Diet Coke y una barrita de Bounty y fue hasta la caja registradora. Mientras lo hacía, sonó la campanilla de la tienda. La puerta se abrió, dejando pasar una ráfaga de viento seguida de una figura.

—Un paquete de Bensons, Molly, guapa —dijo Billy Quinn caminando hacia al mostrador. Al ver a Lucy, se detuvo y añadió—: Disculpe, usted primero.

—No importa —dijo Lucy—. Pase, pase.

El hombre le hizo un guiño y sonrió, mostrando sus dientes manchados de alquitrán.

—Hace frío, ¿eh? Va usted muy abrigada.

Lucy asintió sin decir nada, bajando la vista al abrigo de su padre. Sabía que, incluso con el gorro y el abrigo, sólo era cuestión de tiempo que Quinn la reconociera.

—Son cinco libras, Billy —dijo la chica del mostrador.

—¿Cómo se encuentra tu madre, Molly? —se interesó él al tiempo que le entregaba un billete de diez libras.

—Genial. El viejo sale la semana que viene, así que va como una moto.

—Cuando lo veas, dale recuerdos de mi parte —dijo Quinn recogiendo el cambio. El hombre se dio la vuelta para marcharse.

—Ya está —le dijo a Lucy.

En el momento en que Quinn abría la puerta, Lucy vio un parpadeo azul reflejado en la nieve. El hombre también debió de percibirlo, porque soltó un improperio en

voz baja y cerró la puerta. Afuera, un Land Rover se detuvo un poco más allá de la tienda. No había encendido las sirenas, pero las luces azules estroboscópicas latían a lo largo de la silenciosa calle.

Quinn miró con nerviosismo a Lucy, y la sargento supo entonces que la había reconocido. El hombre se dirigió rápidamente hacia el fondo de la tienda con zancadas irregulares y abrió de un empujón la puerta de servicio.

Lucy dejó caer sus compras y corrió hacia la puerta delantera.

—¡Ha ido por la parte de atrás! —gritó al equipo de respuesta del Land Rover.

La sargento dio media vuelta y corrió hacia la puerta por la que Quinn había huido mientras Molly le chillaba desde detrás del mostrador.

Cuando entró en el almacén, Lucy tuvo ante sí dos posibilidades: a su izquierda, un trecho de escaleras llevaba al primer piso, mientras que a su derecha había una puerta cortafuegos. Supuso que Quinn había preferido no quedarse encerrado, de modo que empujó la barra antipánico y salió a un patio trasero.

El patio era un pequeño rectángulo de cemento en el que se acumulaban cajas llenas de cascos de envases de limonada, cubos de basura y cartones alisados y empapados de nieve. Estaba rodeado por un muro de un metro ochenta de altura. En un primer momento, Lucy supuso que Quinn se habría encaramado a los cubos de basura para trepar por el muro, pero se fijó en que, en dos de los tres lados, los ladrillos del borde estaban cubiertos de trozos de cristales engastados en cemento. Sólo el remate del muro que quedaba a su derecha estaba limpio. Y al asomar la cabeza, entendió por qué: el edificio contiguo era una residencia de ancianos.

La sargento bajó la vista y descubrió las huellas que Quinn había dejado en la nieve. Pasó una pierna por encima del muro y saltó. La caída la hizo resbalar y caer de bruces en la nieve, pero se puso en pie rápidamente y corrió tras Quinn. Cuando doblaba la esquina, se dio cuenta de que estaba corriendo en paralelo a la capilla de la residencia. Había dos monjas en la ventana, mirándola, iluminadas por la luz del interior. Señaló en la dirección en que había huido Quinn para justificar su intrusión en la propiedad y siguió corriendo, intentando no perder el equilibrio.

En el extremo del jardín había un viejo cobertizo. La luz de las ventanas del último piso de la residencia le reveló la figura oscura de Quinn. El hombre se había encaramado al tejado y cojeaba hacia el callejón que se abría al otro lado del edificio.

Al acercarse al borde del cobertizo, Quinn perdió pie y cayó al callejón con un ruido sordo que llegó hasta oídos de Lucy, en plena carrera para saltar y subirse al tejado.

La sargento se agarró al borde del tejado y, pese a estar cubierta de nieve, la áspera superficie le raspó los dedos. Utilizó el candado de la cerradura como punto de apoyo, tomó impulso y quedó tumbada boca abajo. Al cabo de un momento, se puso en pie y corrió hacia el extremo opuesto, desde el que Quinn había caído al callejón. El fugitivo se había levantado del suelo e intentaba recomponerse. La nieve que cubría el asfalto se le había pegado a la ropa, y su fatigosa respiración formaba vaho

ante su cara. El hombre levantó la mirada y la vio, se dio la vuelta y echó a correr de nuevo hacia Foyle Park, resbalándose en la calzada al doblar una esquina a demasiada velocidad. La cojera que Lucy ya había notado antes era ahora más pronunciada.

Lucy bajó del tejado y tomó el callejón. Aunque cada vez que tomaba aire le ardían los pulmones, se lanzó en persecución de Quinn. En algún punto, a su derecha, le pareció oír las voces de los otros agentes. Intentó gritar para indicarles dónde se encontraba Quinn, pero le falló la voz.

Quinn cruzó Foyle Park, saltó la valla delantera de la casa que había al final de la calle y atajó por el sendero que discurría junto a la propiedad. Lucy, al ver que estaba consiguiendo recortar la distancia, se sintió lo bastante confiada para saltar también la valla, una decisión de la que enseguida se arrepintió: al caer al otro lado, resbaló y se dio un golpe contra el morro de un coche aparcado en el camino de entrada. El pitido de la alarma resonó con estridencia por encima de su propia respiración y del crujido de la nieve a sus pies.

Lucy avanzó hacia el jardín trasero de la casa. El césped nevado estaba rodeado de grandes abetos, cuyas tupidas ramas parecían negras bajo la exigua luz que proyectaban las farolas de la calle. Las huellas de Quinn llevaban hasta el borde de los árboles y luego se desvanecían en el suelo despejado de nieve bajo las ramas. Sin saber si Quinn se había escabullido entre los árboles para salir al otro lado o se había ocultado entre las sombras del follaje, Lucy se detuvo, aprovechando esa pausa para respirar hondo; después, contuvo el aliento y escuchó.

En algún lugar cercano se oía el lento rumor del tráfico de Foyle Road, una de las arterias principales de acceso a Derry desde Donegal. Un perro ladró a un par de calles; al cabo de un momento, el coro de ladridos se propagó hasta uno de los jardines contiguos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Lucy observó con atención las copas de los árboles y distinguió las piernas de Quinn colgando de una rama.

—¡Esta aquí! —gritó moviéndose hacia donde se encontraba.

Quinn maldijo fuera de sí, se dejó caer del árbol y la derribó. Levantó el brazo con intención de golpearla, pero entonces, alertados por el grito de Lucy, los agentes del equipo de respuesta alcanzaron la fachada de la casa. Cuando Quinn los oyó acercarse, escupió a la sargento y huyó en dirección a los árboles, abriéndose paso a codazos entre las ramas.

Lucy se obligó a levantarse, llamó a los agentes y se adentró en la arboleda, mientras las ramas que Quinn había ido apartando se combaban con fuerza y le azotaban los párpados. La sargento se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, se subió a la valla que separaba la propiedad de Brook Street y siguió a Quinn.

Ahora el fugitivo le había sacado ventaja, y renqueaba colina abajo, hacia el Embankment y el río Foyle. Sin embargo, para llegar al Embankment y la protección que le ofrecería antes tendría que cruzar Foyle Road, al final de Brook Street. Lucy

seguía intentando no perderlo de vista, procurando no caerse. Incluso sin cojear, era consciente de que, en cualquier momento, ambos se arriesgaban a precipitarse cuesta abajo y no creía que Quinn fuera capaz de frenar su carrera antes de llegar a la transitada calle.

A medida que se acercaba a la parte baja de la colina, se hizo evidente que el hombre intentaba aminorar el paso, ladeándose para no resbalar y caer en el asfalto. No lo consiguió. Agitó los brazos y se agarró a la farola que había en la esquina, con la esperanza de detenerse. Si bien logró aferrarse con las manos, los pies se le escurrieron por el bordillo y se clavaron en la cuneta. El impulso que había ganado en el rápido descenso arrastró con violencia su cuerpo y cayó de cabeza en la calle, justo delante de un coche que se le echaba encima.

A pesar de la distancia que los separaba, Lucy vio el terror en su rostro, atrapado fugazmente en la luz de los faros. El conductor del vehículo intentó frenar, pero su maniobra sólo sirvió para que el coche patinara en el asfalto. El parachoques delantero impactó en la cabeza de Quinn cuando éste intentaba apartarse y lo arrolló. El vehículo giró en la calle, se subió al bordillo y chocó contra el muro de la casa que había en la esquina.

Lucy bajó deslizándose hacia el coche accidentado mientras el conductor salía del vehículo en marcha, tambaleándose y gritando.

—¡Se me ha echado encima! —le gritó a Lucy tapándose la boca con las manos como si fuera a vomitar.

—Soy policía —resolló Lucy.

—¿Está...?

El hombre, con el espanto dibujado en la cara, se volvió hacia Lucy.

—Dios santo. Intenté parar. Yo...

Lucy asintió y le puso una mano en el hombro, mientras el cuerpo del conductor se estremecía por la conmoción.

—No ha sido culpa suya —acertó a decir mientras sacaba el móvil—. Llame a una ambulancia.

Se acercó a Quinn. A pesar de haberle pedido al conductor que solicitara ayuda médica, Quinn ya no la necesitaba. Yacía parcialmente oculto bajo el coche, con la cabeza y los hombros asomando por la parte delantera, el cuello roto y la frente desgarrada allí donde había recibido el impacto, mientras la sangre iba formando una aureola negra en la nieve alrededor de su cabeza, centelleando bajo la luz naranja de las farolas.

La nevada retrasó la llegada de la ambulancia, que tardó veinte minutos en cruzar el río hasta el lugar donde el cuerpo de Quinn había quedado atrapado bajo el coche. Tenía los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas, inmóviles bajo los copos de nieve que habían empezado a caer de nuevo.

Poco después, una unidad de bomberos se acercó para ayudar al personal de la ambulancia a rescatar el cadáver. A esas alturas, Travers se había hecho con el control de la situación. Algunos agentes uniformados habían establecido un cordón al final de Bishop Street y habían cerrado Foyle Road al tráfico. A pesar del frío, ya se había congregado un grupo de mirones que estiraban los cuellos para atisbar la morbosa visión del cadáver destrozado de Billy Quinn.

En primer lugar, Travers interrogó a Lucy sobre cómo había acabado ella allí. Tenía entendido, le dijo, que Fleming le había ordenado que se marchara a casa. Si había esperado recibir algún elogio por seguir al sospechoso de la forma en que lo había hecho, iba a llevarse una decepción, añadió. Quinn estaba muerto y con él se perdía la única pista real sobre el secuestro de Kate McLaughlin.

Un poco más tarde se presentó la comisario jefe, y su llegada supuso un cambio notable en el ritmo de los allí congregados. Incluso los uniformados que se ocupaban del cordón de seguridad pusieron más empeño en disuadir a los espectadores e invitarles a marcharse enseguida.

Lucy se sentó en el muro de la esquina y observó la breve conversación que mantenían Travers y su madre mientras supervisaban las maniobras para rescatar el cadáver de Quinn de debajo del coche.

Su madre miró hacia ella una vez, luego le dijo algo a Travers y se marchó. Lucy se imaginaba el tono de la conversación. Y podía adivinar el resultado.

Travers se le acercó, con la cara enrojecida, claramente irritado por lo que fuera que la comisario jefe le hubiera dicho.

—La comisario jefe quiere vernos. Vuelva de inmediato a la central.

—¿Ella...? —empezó a decir Lucy, pero se lo pensó mejor y no siguió—. Sí, señor.

Esta vez no había ninguna secretaria en la antesala; el personal administrativo hacía ya horas que se había marchado a casa. Lucy llamó a la pesada puerta del despacho de su madre y, tras creer oír una respuesta apagada, la abrió y se asomó.

—Pasa, Lucy.

Su madre estaba sentada a la mesa de reuniones, con un sándwich a medio comer en la mano y una lata de Coca-Cola Diet junto al codo.

—Siéntate —dijo masticando un bocado de pan y señalando con la cabeza los asientos vacíos que había a su lado—. Hay té en un termo si te apetece tomar una

taza. ¿Quieres la mitad del sándwich?

Lucy iba a rechazarlo, pero se dio cuenta de que no había comido nada. Se había desviado a casa de Annie Bryce cuando iba de camino a comprar la cena.

—Gracias —dijo Lucy—. Todavía no he comido —añadió, como si tuviera que dar explicaciones a su madre.

—No deberías saltarte las comidas.

Lucy miró las cortezas de pan que su madre acababa de dejar en el envoltorio del sándwich y enarcó una ceja.

—Haz lo que digo, no lo que hago.

Su madre se limpió la boca con una servilleta de papel y dio un largo trago a la lata de cola.

—¿Estás bien?

—Sí, bien —dijo Lucy, tapándose a medias la boca con la mano mientras comía.

—¿Necesitas hablar con alguien sobre lo que has visto esta noche?

—¿Te refieres a alguien más aparte de ti?

Su madre respiró hondo y contuvo el aliento, como si estuviera meditando cuidadosamente la respuesta.

—Has visto morir a un hombre, Lucy. No es un espectáculo fácil de digerir. Si necesitaras tomarte un descanso, sería comprensible.

Lucy hizo una mueca y dejó el sándwich en la mesa.

—Ya me lo esperaba.

Su madre pareció perpleja.

—¿Cómo?

—Vi a Travers hablando contigo. Me quieres fuera del caso y ahora tienes la excusa perfecta.

La expresión de su madre se endureció.

—No necesito ninguna clase de excusa para echarme del caso. Te estoy ofreciendo un respiro, por si lo necesitas —repuso tensando los labios.

—Pues te lo agradezco, pero me encuentro perfectamente —dijo Lucy en tono hosco.

—Bien. Bill Travers se quejaba de que habías causado la muerte de la única pista del caso. ¿Es eso cierto?

—Era el chofer de McLaughlin. Lo perseguí a pie. Fui a vigilar la casa hasta que llegara el equipo de respuesta. Entró en la tienda donde yo estaba y vio llegar al equipo. Llevaban las luces del coche patrulla encendidas.

Su madre chasqueó la lengua.

—Huyó por la trastienda. Avisé al equipo de respuesta y lo seguí a pie. Bajó demasiado rápido aquella colina, no pudo frenar y cayó a la calzada.

Su madre la miró durante un segundo.

—Tendrás que redactar un informe del incidente.

—Sí, señora —dijo Lucy.

—Y acábate el sándwich.

Lucy sonrió sin querer.

—Sí, señora.

—No tendrías que haber ido tras de Quinn tú sola. Ni tampoco deberías haber ido sola a casa de Bryce; Tom Fleming me lo contó.

Lucy intentó hablar con la boca llena, pero su madre la acalló levantando la mano.

—Dicho lo cual, le señalé a Travers que, hasta la fecha, tú eras la única que había encontrado una pista en el secuestro de Kate McLaughlin. Si Travers puede establecer una relación directa entre Quinn y el secuestro de la chica, podrá encaminar la investigación en ese sentido. Tú no mataste a Quinn, no más que el memo que encendió las luces del coche patrulla delante de la casa.

—Gracias —dijo Lucy en voz baja.

—Pero trabajas en la PPU, Lucy, y ahí seguirás por ahora.

Lucy asintió.

—¿Algo nuevo sobre la niña que encontraste?

—Nada.

—¿Es verdad que pasaste la noche con ella en el hospital? —preguntó su madre.

Lucy no supo decir si el tono era de admiración o de crítica, de modo que bebió un largo sorbo de té y optó por no responder.

—¿Cómo está Jim?

El cambio puso a Lucy en guardia.

—Permanece ingresado. Está muy confuso. No siempre me reconoce.

Su madre asintió y arrugó el envoltorio del sándwich, recogiendo las cortezas de pan a la vez. Se levantó y se sacudió las migas con la mano. Lucy interpretó el gesto como señal de que podía marcharse, así que se levantó e hizo otro tanto.

—Gracias por el sándwich.

—De nada. Ve a casa y esta noche duerme en tu cama —dijo su madre, antes de volver a su escritorio y abrir una carpeta.

Lucy se detuvo en la puerta.

—¿Quién es Janet?

Su madre pareció quedarse lívida un momento, y luego recurrió al truco de ponerse las gafas para ocultar su malestar.

—¿Por qué?

—Papá me llama Janet una y otra vez. ¿Quién era?

—Nadie. Debe de estar confundido.

—Has reconocido el nombre cuando lo he pronunciado. Ya no soy una niña. ¿Quién era Janet?

—Alguien a quien tu padre conocía cuando era inspector.

—¿Y por qué le viene ahora a la cabeza?

La expresión de su madre le dijo cuanto necesitaba saber.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu padre.

—Pero... No puedo, ¿no? —le espetó, y al instante se arrepintió—. ¿Cómo se llamaba?

—Janet.

—¿Sabes su apellido?

Su madre negó con la cabeza secamente, obligándose a mirar a la carpeta abierta frente a ella en lugar de a Lucy.

—¿Dónde vivía?

—En Derry, no sé dónde. Estaba bajo la supervisión de los Servicios Sociales, creo.

La comisario jefe alzó la mirada hacia Lucy con expresión crispada, los labios tensos de nuevo.

—Era una de las confidentes de tu padre antes del ataque a nuestra casa. Antes de... de que todo se viniera abajo.

Lucy habría jurado que, en esa última afirmación, había visto un destello de dolor en los ojos de su madre.

—Tengo trabajo que hacer, Lucy. Vete a casa.

Su padre estaba adormilado cuando pasó a verlo. Además del corte que se había hecho a causa de la caída en el callejón, la piel debajo del ojo derecho presentaba ahora un moratón muy marcado, en cuyo centro le habían dado dos puntos de sutura. Lucy apartó las mantas y descubrió magulladuras también en los antebrazos.

Salió al pasillo y fue buscando por las habitaciones hasta que encontró al enfermero, un hombre alto y musculoso que debía de rondar los treinta y tantos.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —preguntó.

El hombre la hizo callar señalando con la cabeza a la anciana de la cama de la habitación.

—Espere en recepción, por favor —le dijo haciendo un gesto hacia el pasillo.

Al cabo de un momento, el enfermero salió de la habitación, se detuvo ante el recipiente de gel antiséptico y luego se le acercó frotándose las manos.

—Le agradecería que no molestara a los pacientes cuando estamos atendiéndolos —le reprochó lacónicamente.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —repitió Lucy apoyando la mano en el mostrador de recepción, haciendo todo lo posible por disimular su creciente rabia.

—¿Quién es usted?

—Jim Black es mi padre. Tiene un moratón en un ojo. ¿Qué le ha pasado?

—Se cayó de la cama esta mañana. Necesitó dos puntos de sutura.

—Ya veo. ¿Y a nadie se le ocurrió llamarme?

—Sólo necesitó dos puntos, Janet.

—No me llamo Janet —acertó a articular Lucy entre dientes.

—Perdone, ha sido un error por mi parte. Se ha pasado el día entero hablando de Janet. Supuse que era usted.

A Lucy no se le ocurrió nada que responder. No iba a explicarle que se trataba de una confidente de su padre a la que había conocido hacía casi dos décadas. Ni tampoco quería reconocer la punzada de celos que sentía al oírle hablar de ella.

—Es normal en su estado —le dijo Margaret delante de un té en su despacho más tarde, cuando fue a ver a Alice—. No quiere decir lo que dice. Tienes que aprender a no tomártelo como algo personal.

—Ya lo sé —dijo Lucy.

La sargento se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y dejando caer la cabeza mientras el pelo le cubría la cara. Al cabo de un momento se irguió, se restregó la cara y se encogió de hombros varias veces para aliviar la tensión.

—¿Y quién es Janet? —preguntó Margaret al tiempo que soplabla para enfriar el té.

Esa noche sólo estaban ellas dos. Una de las enfermeras que las había

acompañado había tenido que salir cuando sonó una alarma en otra parte de la planta.

—Alguien que conoció mi padre cuando trabajaba —dijo Lucy.

—Entonces ¿no era una novia?

Al ver la reacción de Lucy, Margaret sonrió con afabilidad.

—Por Dios, no —dijo Lucy.

—Dijiste que tus padres se habían divorciado. Tal vez Janet fuera una chica con la que salía.

—No lo creo —dijo Lucy—. Aunque, si se acuerda de ella después de tantos años, debió de ser alguien importante en su vida.

—O tal vez no —dijo Margaret—. Puede tratarse de fragmentos aleatorios de memoria que aparecen y desaparecen. Tal vez esté viviendo en el pasado. Afrontémoslo: es la enfermedad más corriente en este país.

Lucy no compartió su sonrisa ante el comentario.

—No dejes que te supere —añadió Margaret.

—Lo siento —dijo Lucy—. He tenido una noche de mierda. Me avisaron con una pista sobre Alice, que al final resultó ser sobre Kate McLaughlin. Acabé persiguiendo a un sospechoso, y el hombre ha muerto.

—¿Qué?

—Lo arrolló un coche.

Margaret abrió los ojos de par en par, sorprendida: había oído la noticia.

—Lo escuché en la radio. ¿Estabas ahí? Lo lamento. No me extraña que te sientas tan hecha polvo.

—Son gajes del oficio, supongo —dijo Lucy.

—Por cierto, hoy te he visto en la tele —dijo Margaret—. Mi marido estaba viendo las noticias mientras me hablaba sobre la recompensa que ha ofrecido Mickey McLaughlin. Entonces te vi en pantalla, le mandé callar y subí el volumen. Lo hiciste muy bien.

—La recompensa es cuantiosa, ¿verdad?

—Pues parece que tenía pensado ofrecer más. Mi marido trabaja para su contable.

Margaret se inclinó para acercarse un poco más a Lucy, y continuó:

—Quería que pusieran a su disposición diez millones, pero era imposible. Ian ni siquiera sabe de dónde va a sacar McLaughlin ese millón. Está casi arruinado.

—Va a conseguir veinticinco millones por los terrenos de la zona portuaria —repuso Lucy con incredulidad.

—No, no se los van a dar. Porque no puede venderlos —dijo Margaret, encantada de cotillear—. Según parece, estuvo tanteando la venta hace unos años y por entonces le ofrecieron cuarenta y cinco millones.

—Ojalá estuviera yo así de arruinada.

—Pero la burbuja estalló —prosiguió Margaret—. El valor del solar se hundió, según Ian. A McLaughlin le han ofrecido cinco millones, no veinticinco. Él filtró esa falsa información con la esperanza de que los inversores mejoraran la oferta. Pero

siguen sin subir de los cinco millones. Él pagó más por el terreno. Ian dijo que sería un milagro que consiguiera el efectivo para pagar una recompensa, por no hablar de un rescate por la pobre chica si es que los secuestradores llegan a pedirlo.

—¿Estás segura?

—Eso es lo que me ha contado Ian —dijo Margaret, cogiendo otra galleta de mermelada de la bandeja que había sobre su mesa y mojándola en su taza.

Alice, tumbada en la cama, miraba fijamente el techo cuando Lucy entró en la habitación. La niña la vio acercarse y volvió levemente la cabeza mientras Lucy se sentaba en la silla junto a la cama.

—¿Cómo estamos esta noche? —preguntó Lucy.

La sargento se quitó el abrigo y lo dobló a modo de cojín, apoyó la nuca en él y se recostó en la silla.

Alice la miraba fijamente; sus grandes ojos parpadearon varias veces.

—¿Has tenido visita hoy? —preguntó Lucy.

La niña no dejaba de mirarla, y sus ojos seguían los movimientos de los labios de Lucy al formar las palabras.

—¿Me oyes, Alice?

Lucy no esperaba respuesta, así que la sorprendió y se movió hacia delante cuando la cabeza de Alice pareció asentir casi imperceptiblemente.

—¿Has dicho que sí con la cabeza?

Nada.

—Alice, ¿me has dicho que sí con la cabeza? —preguntó de nuevo.

La niña siguió mirándola fijamente, con la cabeza inmóvil.

—¿Quieres que te lea? —preguntó Lucy, y cogió el libro de cuentos infantiles de la mesita de noche, sin quitarle ojo a la pequeña.

Lucy abrió el libro en el siguiente cuento. Tal vez se había imaginado el gesto de la niña.

—¿Qué te parece «Hansel y Gretel»?

Cuando Lucy se despertó, tenía los músculos agarrotados. Estaba encorvada en la silla junto a la cama de Alice, con los pies levantados a la altura del colchón. Alguien le había echado una manta por encima mientras dormía. Al estirar el cuello, vio que la niña estaba tumbada de cara a ella, gimiendo suavemente en sueños. Había abrazado una de las piernas de Lucy y el muslo le servía de almohada para la mejilla.

Lucy intentó moverse sin despertarla, sosteniéndole la cabeza con una mano para poder apartar la pierna. Alice abrió un poco los ojos y miró a Lucy; la más fugaz sombra de sonrisa cruzó sus labios, y al instante se desvaneció. La niña volvió a cerrar los párpados y su respiración se estabilizó mientras se dormía de nuevo.

Lucy recogió sus cosas y entró en el baño para asearse. Se acercó a echar un vistazo a su padre y luego bajó a desayunar en la cantina del personal. Cuando volvió a subir, Robbie ya había llegado. Lucy miró su reloj: las 08.15 de la mañana.

Él captó el gesto.

—No eres la única que trabaja de vez en cuando fuera de su horario —dijo sonriendo.

Lucy le devolvió la sonrisa.

—Así que has vuelto a pasar aquí la noche, ¿no?

Antes de que Lucy tuviera tiempo de responder, él prosiguió:

—¿No tienes vida fuera de la policía? ¿No sales nunca a cenar o a tomar una copa?

Lucy sonrió.

—Muy raramente —dijo—. Cuido de mi padre.

—Necesitas tiempo para ti misma, pasar una noche en casa. Alice no va a irse a ningún sitio.

—Lo tendré en cuenta —respondió, sintiéndose cada vez más incómoda.

—No, sé que no lo harás.

—Me preguntaba si podría pedirte un favor —dijo, ansiosa por cambiar de tema de conversación.

Robbie levantó una ceja.

—¿Personal o profesional?

—Intento localizar a una chica que estuvo bajo la tutela de los Servicios Sociales a principios de los años noventa. Se llamaba Janet.

—Janet... ¿qué más? —preguntó Robbie.

—No lo sé —dijo Lucy—. Sólo conozco el nombre de pila, Janet. Vivía en Derry en 1993. Debía de ser una adolescente.

—¿Eso es todo lo que sabes?

—Me temo que sí.

—¿Qué relación tiene con Alice?

—Ella... está relacionada con otro asunto que estoy investigando —farfulló Lucy.

—¿Personal o profesional?
—¿Lo harás?
—¿Personal o profesional? —insistió Robbie, cruzándose de brazos.
—Personal —admitió Lucy.
Robbie alzó una mano en gesto conciliador.
—Haré cuanto pueda, pero no te prometo nada.
—Gracias —dijo Lucy—. Te estaré muy agradecida.

Apenas había tenido tiempo de servirse una taza de café y encaminarse a su despacho cuando sonó su móvil.

—Lucy, soy Tony Clarke.

La sargento balbuceó un saludo, haciendo equilibrios con el teléfono entre el hombro y la mejilla mientras con una mano sostenía la taza de café y con la otra cogía un montón de pósits.

—Tienes que venir.

Antes de que Lucy pudiera responder, Clarke había colgado.

Clarke estaba solo en el laboratorio cuando llegó Lucy. Le había molestado que la llamara Lucy con un exceso de familiaridad, tanto como que le colgara el teléfono. Con todo, cuando entró, la emoción del forense era tan obvia que pronto se le pasó el enfado.

—Quería informarte cuanto antes —dijo Clarke.

Lucy se acercó al ordenador ante el que estaba el forense. Clarke pulsó algunas teclas y se apartó para dejar que Lucy viera la pantalla. En ella se mostraba un gráfico.

—¿Qué es lo que estoy mirando? —preguntó.

—Colé el material de Alice como si fuera parte del caso de Kate McLaughlin para que fuera por la vía rápida; si no, habríamos tenido que esperar semanas.

—Muy bien —dijo Lucy, todavía sin saber adónde quería ir a parar.

—Éste es un análisis de la sangre que encontramos en la ropa de Alice —dijo Clarke, trazando innecesariamente la dirección del gráfico sobre la pantalla con la punta del dedo.

—¿Algo de interés? —preguntó Lucy, suponiendo que debía de haberlo para hacerla ir con tanta prisa al laboratorio.

Tenía entendido que a los técnicos de laboratorio les gustaba dar importancia a su trabajo, hasta el punto de convertirlo en casi un misterio para que se reconociera su auténtico valor. Clarke no era una excepción.

—Pertenece a un miembro de la familia —dijo Clarke—. A uno de los progenitores, concretamente.

—Eso nos será útil, Tony. Gracias.

Lucy ya se apartaba de él cuando Clarke le puso una mano en el brazo. A la luz del monitor, la cara del forense parecía enrojecida.

—Ésa no es la información relevante. También mandé analizar los cabellos que encontré en la niña; la raíz contiene ADN.

Lucy asintió.

—Son de Kate McLaughlin —dijo Clarke rápidamente, asintiendo como si alentase a Lucy a reaccionar de algún modo.

—¿Cómo?

Clarke movió la cabeza con más vigor.

—Los cabellos pertenecen a Kate McLaughlin.

—¿Estás seguro? Si enviaste el material junto con el del caso de Kate McLaughlin, cabe la posibilidad de que hayan confundido las muestras.

Clarke negó con la cabeza.

—La cadena de custodia de las pruebas se ha mantenido intacta. Con toda seguridad son las muestras de Alice; encontré tres.

—¿Se lo has dicho ya a Travers?

Clarke negó con la cabeza, ahora más despacio.

—Me parecía que tú debías saberlo primero. Es tu caso.

—¿Está segura de esto? —dijo Travers.

Lucy miró a Tom Fleming; ella le había pedido que la acompañara. Dado que era su superior, debía informarlo antes que a nadie. Fleming asintió.

—Los forenses así lo han confirmado.

—¿Y la niña sigue sin hablar?

—Sí, señor —dijo Lucy.

—Pero ha estado en contacto con Kate McLaughlin.

—O, como mínimo, ha estado en el mismo sitio que ella —convino Lucy.

—Tiene que conseguir que hable —dijo al tiempo que ocupaba su lugar acostumbrado al borde de la mesa.

—La psiquiatra del hospital lo está intentando, señor, pero no ha tenido mucha suerte.

—Parece resuelta a seguir en este caso, sargento Black —dijo Travers—. Incluso las pruebas se confabulan para que siga aquí.

—¿Podría tratarse de un secuestrador en serie, señor? —sugirió Fleming, en un intento de que Travers se desviase del tema.

Travers lo miró, se levantó y volvió a sentarse a su escritorio.

—Es un poco pronto para afirmarlo.

—No si han desaparecido dos chicas y sospechamos que han estado en contacto, señor —prosiguió Fleming.

—Como te digo, Tom, llegar a esa conclusión es algo prematuro. Ni siquiera sabemos con certeza que hayan estado en contacto directo.

—Eso explicaría la ausencia de una petición de rescate —razonó Fleming.

—Por el momento, lo único que tenemos es que tu caso se ha cruzado con el mío. Si la niña no habla, hemos de buscar otra forma de encontrar el punto en que sus caminos convergieron.

—¿Señor?

—Volveremos sobre los pasos de la niña. Si retrocedemos lo bastante, quizá acabemos llegando al punto donde estuvieron en contacto.

—¿El bosque? —apuntó Lucy.

—Exacto —respondió Travers—. Puede llevarnos al lugar en que la encontró, y eso nos servirá de punto de partida.

Una hora más tarde, se habían reunido tres equipos de búsqueda en el aparcamiento del Everglades Hotel. La mayoría de los agentes uniformados pertenecían al equipo de respuesta. Lucy iba acompañada de Fleming. Aguardaban la llegada de Travers para empezar la búsqueda. Cuando el subcomisario apareció por fin, lo hizo vestido para el rastreo: había pedido prestado un mono ceñido azul de la unidad de apoyo

táctico. Se situó en el aparcamiento con un mapa del bosque, lo dividió en sectores y los asignó a los distintos equipos formados por cuatro hombres. Iban a entrar en el bosque en el punto en que había estado Lucy la noche que se encontró a Alice y luego se desplegarían, desplazándose en línea, revisando la maleza en busca de pruebas de que Kate pudiera haber pasado por allí. Sin embargo, por el momento, no iban a realizar una búsqueda forense; la prioridad era localizar a Kate McLaughlin. Había elegido la palabra con cuidado: «localizar» ofrecía cierta esperanza de que siguiera con vida, por más que, siendo realistas, si la chica había pasado las últimas noches a la intemperie en el bosque, las posibilidades de que hubiera sobrevivido eran casi nulas. Los equipos se pusieron en marcha y avanzaron lentamente entre los árboles, conscientes de que no había, tal vez, la misma urgencia en esta búsqueda que en otras que hubieran realizado anteriormente.

Fleming y Lucy caminaban uno al lado del otro, charlando mientras avanzaban.

—¿Qué tal lleva la vuelta a casa?

Lucy se lo pensó antes de darle una respuesta.

—No tengo muy claro que sea mi casa.

—¿No me dijo que se había criado en Derry? Pensé que se alegraría de volver.

Lucy negó levemente con la cabeza.

—La ciudad me encanta, pero... mi único recuerdo de aquí es que nuestros propios vecinos nos echaron de casa. Y no estoy segura de que la ciudad haya cambiado.

Fleming rio sin alegría.

—Los lugares no cambian —dijo—. Sólo la gente que vive en ellos. Se llevaría más de una sorpresa.

Lucy le miró y esbozó una leve sonrisa.

A la media hora de búsqueda, el equipo llegó al borde de una cantera cerca del centro del bosque. El extremo estaba cubierto de arbustos que proliferaban en el único punto en que los árboles no habían encontrado espacio para echar raíces en el suelo pedregoso. Lucy se acordaba de la cantera de cuando era niña, recordaba que bajaba arrastrándose por la pendiente del muro de piedra para buscar tritones y sapos en la marisma del fondo. La hondonada, que quedaba unos quince metros más abajo, estaba ahora cubierta de maleza, y algunos de los árboles eran tan altos que sus ramas alcanzaban casi la mitad de la pared de roca.

Fleming se apartó del borde e inclinó el cuerpo para tener un mejor campo de visión.

—Cuando era pequeña me deslizaba hasta ahí —comentó Lucy, mirando abajo.

Sólo ahora, de adulta, le entró miedo y sintió una crispación retrospectiva en la boca del estómago por lo que podría haberle ocurrido hacía veinte años.

—Hoy en día denunciarías a los Servicios Sociales a cualquiera que dejara que su hijo bajara hasta ahí.

Travers se había detenido y estaba revisando el mapa, cada una de cuyas esquinas

era sostenida por un miembro de la unidad de apoyo táctico mientras él reseguía con el dedo las rutas que habían recorrido. Finalmente, llamó a los grupos para que se reunieran.

—En primer lugar, rodearemos la parte de arriba de la cantera, manteniendo la ruta prevista. La entrada por la parte de abajo parece más accesible. Nos encontraremos al otro lado, en el fondo, y luego recorreremos el lecho de la cantera. Seguramente la chica llegó hasta el borde y, a oscuras, no vio dónde estaba. Chicos, será mejor que nos preparemos para lo peor.

Fleming y Lucy se encaminaron hacia el este con algunos agentes de la unidad de apoyo táctico, mientras que Travers y los demás se dirigieron hacia el oeste. El sendero que discurría en paralelo al borde de la cantera se iba inclinando, con una pendiente engañosamente pronunciada bajo la fina capa de nieve acumulada.

—Yo ni siquiera sabía de la existencia de este sitio —comentó Fleming.

—Después de la Segunda Guerra Mundial, la piedra de la cantera se utilizó para construir la antigua base naval americana de los muelles de Lisahally —le explicó Lucy, abriéndose paso entre las rocas que sobresalían de la nieve.

—Es fascinante —comentó secamente Fleming—. ¿Y cómo encontró este rincón?

—Mi padre me traía a veces cuando era niña —dijo.

El pie de Lucy resbaló en el canto de una de las rocas y se tambaleó. Fleming le cogió la mano y la sostuvo hasta que recuperó el equilibrio.

—Gracias, señor —dijo Lucy, apartándose el pelo de la cara.

Los agentes de la unidad táctica que los acompañaban siguieron adelante, charlando en voz baja.

La pendiente del sendero se hizo más pronunciada de nuevo hasta que llegaron a mitad de camino. Sobre ellos, la fachada rocosa se alzaba unos nueve metros. Mientras miraban, una enorme rata parda se escabulló entre dos arbustos, deteniéndose un momento para levantar el hocico y olisquear el olor del viento invernal.

Lucy se estremeció involuntariamente y siguió caminando. Al otro lado, Travers había tomado el camino de descenso más fácil y ya había rodeado la cantera. Ahora, se dirigía hacia ellos a lo largo del borde inferior.

A su izquierda, Lucy divisó la chapa metálica ondulada de una vieja cabaña medio oculta entre los árboles. Cuando bajaron un poco más, la parte delantera de la cabaña se hizo visible; la puerta estaba entreabierta, con la parte de abajo atascada contra una piedra.

Fleming le dio un codazo a Lucy.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras se acercaban a la cabaña—. ¿Hola? —gritó Fleming al entrar con Lucy a su espalda.

La construcción tenía unos dos metros y medio de altura. A lo largo de la pared de la izquierda había unos viejos armarios de cocina y un pequeño fregadero metálico; había dos latas de fruta abiertas tiradas sobre la encimera. En la pared de la derecha

vieron un catre mohoso, y una cortina dividía en dos el espacio de la cabaña. Desde donde estaban, podían ver la forma de algo tirado en el suelo, justo detrás de la cortina.

—¿Hola? —repitió Fleming, adelantándose con cautela.

Extendió el brazo y descorrió la tela desteñida. Una forma arrugada yacía en el suelo y Lucy vio que estaba cubierta de manchas de sangre. Sólo cuando Fleming se apartó un poco y ella se fijó en que no era más que una vieja sábana a los pies de un retrete de metal sujeto con tornillos a la pared del fondo, dejó escapar el aliento.

A la derecha del retrete, sobre el suelo, había una vieja navaja con la hoja rota. Alguien la había usado para abrir un agujero de poco más de medio metro de diámetro en la chapa metálica oxidada de la pared del fondo, como si hubiera pretendido escapar por ahí.

Fleming se puso los guantes y empezó a abrir los armarios, uno por uno. El primero contenía latas viejas de comida, similares a las dos latas vacías que había sobre la encimera. En el siguiente armario había un puñado de herramientas oxidadas. El estante inferior contenía trozos enrollados de alambre de cobre y varios pedazos de tuberías. En el siguiente había algunos recipientes de cristal llenos, casi hasta una cuarta parte de su capacidad, de pequeños clavos; en el estante de arriba, una enorme batería de linterna tirada de lado, cuyos contactos estaban recubiertos de polvo blanco.

Fleming se agachó y abrió los armarios que había bajo el fregadero. La mayoría estaban vacíos, salvo un par: uno en el que había un gran recipiente de plástico con un líquido de color claro, y otro con una bolsa de fertilizante.

—¿Sabe lo que parece esto? —dijo Fleming tras cerrar la puerta del último armario.

No le dio tiempo de acabar la frase: Travers, cuyo equipo acababa de dar la vuelta a la cantera, entró en la cabaña.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó, inflando las mejillas para recuperar el aliento tras el esfuerzo del descenso.

—Resulta difícil de definir, señor —respondió Fleming.

Lucy se acercó al fondo de la cabaña para examinar detenidamente la navaja rota y la chapa metálica arrancada de la pared. En el suelo, junto al retrete, distinguió un pequeño objeto dorado y se agachó para recogerlo.

—Mire esto, señor —dijo.

Travers se acercó con la mano extendida. Lucy le puso el objeto en la palma: un dije dorado con forma de pingüino.

—Podría ser de Kate McLaughlin —apuntó Lucy—. Tal vez de la misma pulsera que el dije que Annie Bryce encontró en el coche de Billy Quinn.

—Necesitamos a un especialista de la científica, y ya —dijo Travers, haciéndolos salir a todos y sacando su móvil.

Cuando Tony Clarke bajó con torpeza la pendiente para iniciar su labor en la cabaña, los equipos de rastreo siguieron la búsqueda, desplegados por el bosque. El aire se iba enfriando a medida que avanzaba la mañana. Incluso a mediodía, el desvaído sol invernal seguía bajo en el cielo, apenas sin despuntar sobre las copas de los árboles.

Finalmente, el sendero que seguían los llevó a las lindes del bosque, hacia el este. El camino estaba mejor definido en la zona donde los paseantes que llevaban a sus perros a la entrada del bosque habían alisado la nieve.

Salieron de los árboles ante una pequeña verja. Lucy se sobresaltó al darse cuenta de que estaban al final de su propia calle.

—Yo vivo un poco más arriba —le dijo a Fleming señalando hacia su casa.

—Pues entonces podrá invitarnos a todos a tomar una taza de té —comentó él.

—Lo haría si hubieran traído galletas —bromeó Lucy.

En ese momento sonó su móvil. El número de la comisaría de Strand Road apareció en la pantalla.

El oficial que atendía la recepción le explicó secamente que se había pasado toda la mañana recogiendo llamadas para ella. Un hombre había insistido especialmente en hablar con ella: Charles Graham, el gerente de Clarendon Shirts. Dijo que sabía quién era Alice, que la madre de la niña trabajaba para él.

Clarendon Shirts se ubicaba en una finca industrial en Buncrana Road. Las ventanas de atrás de las oficinas daban a los edificios de ladrillo rojo de la escuela del barrio. Lucy vio a varios de los alumnos, cuyas siluetas negras se recortaban sobre la nieve, jugando un partido de fútbol en el patio antes de que empezaran las clases vespertinas.

Charles Graham estaba sentado frente a ella, con las manos de dedos regordetes entrelazadas sobre la mesa.

—Vi la fotografía de la niña en el programa matinal —explicó.

—Entiendo —dijo Lucy, impaciente por que fuera al grano.

Fleming se había quedado en el bosque con los investigadores forenses que trabajaban en la cabaña, de modo que estaba sola.

—Y me pareció que ya la había visto antes —añadió el hombre pasándose la lengua por los labios.

Después, separó las manos y alisó una hoja de papel sobre la mesa.

—¿Está aquí su madre? —preguntó Lucy removiéndose en la silla.

—La contratamos a través de una agencia de trabajo temporal; hace poco que empezó —prosiguió Graham, eludiendo responder a Lucy—. Por eso no estaba muy seguro. Pero cuando vi la foto, supe que había visto a la niña antes, en alguna parte.

Graham meneó un grueso dedo para enfatizar sus palabras.

—¿Está aquí su madre? —repitió Lucy.

—No. Está de vacaciones; había reservado las fechas antes de empezar con nosotros. Le enseñaré su mesa.

Graham la condujo por un estrecho pasillo a una oficina diáfana. Había seis cubículos independientes separados por paneles grises. Varios de ellos estaban ocupados. Una banda sonora de pulsaciones de teclados amortiguaba las conversaciones telefónicas.

—¿Dónde confeccionan las camisas? —preguntó Lucy.

En el pasado, Derry había sido famosa por su industria camisera, pero en las últimas décadas las fábricas habían ido cerrando una tras otra.

—En la India —respondió Graham—. Aquí sólo nos encargamos de los pedidos. Toda la confección se ha externalizado. Aquí es.

Entró en el último cubículo. Una única mesa, un ordenador de sobremesa, la superficie ordenada y unos cuantos bolígrafos. Hojas con cifras en una bandeja de plástico a un lado. Sobre el tejido de paño del tabique de separación, había clavadas algunas postales y dibujos. En el medio había una única foto, la de una mujer y una niña. El rostro de la mujer parecía ojeroso, envejecido. Llevaba el pelo, de un rubio sucio, recogido en una coleta. La niña a su lado sonreía risueña a la cámara, con la mejilla pegada a la de su madre. No cabía la menor duda de que la pequeña de la fotografía era Alice.

Mientras volvía caminando a su coche, Lucy repasó los detalles que le había dado Graham. La mujer, Melanie Kent, vivía en Church View, en Strabane, a casi cuarenta kilómetros de Derry. Sin embargo, cuando Lucy encontró a la niña, nada indicaba que hubiera caminado esa distancia descalza por la nieve.

Lucy giró a la derecha, hacia Prehen, en el semáforo al final de Spencer Road; luego siguió adelante y tomó Victoria Road en dirección a Strabane. Conocía vagamente el pueblo, aunque no lo suficiente para localizar Church View, de modo que llamó a Maydown y pidió que le pusieran con la comisaría de Strabane.

El sargento que la atendió parecía joven, con un leve acento rural. Ella le puso en antecedentes del caso y le dijo que tenía una dirección de la madre de Alice en Strabane. El hombre estaba al tanto, comentó que lo había visto en los informes y en la televisión. Le prometió que mandaría un inspector a que la esperara en las «latas» de la rotonda.

—¿Cómo sabré dónde están las latas?

—Las reconocerá, no se preocupe —dijo riéndose suavemente—. Miden más de seis metros de altura y son de metal.

Veinte minutos más tarde, Lucy comprobó que el sargento tenía razón. La débil luz

del sol invernal caía sobre las tiras de metal con las que se habían confeccionado las gigantescas esculturas. Habían echado sal en la carretera de Strabane y Lucy notaba la nieve medio derretida bajo los neumáticos, incluso podía oír el reconocible chapoteo del hielo aguado dentro de los arcos de las ruedas mientras conducía.

Como le había prometido el sargento de recepción, un vehículo del PSNI estaba esperándola en el área de estacionamiento. Lucy aparcó su coche, se apeó y salió al encuentro del otro conductor, que en ese momento bajaba también de su vehículo. Era un hombre alto, de constitución delgada y fibrosa, que debía de mediar la cuarentena. El pelo, que ya le raleaba en la coronilla, era de un tono pajizo y se lo peinaba hacia un lado. Se alisó el bigote con el índice y el pulgar mientras caminaba, y le tendió la mano.

—¿Inspector...? —empezó Lucy.

—¿Sargento Black? Me alegro de conocerla. Llámeme Jim.

Lucy dejó su coche en el aparcamiento y acompañó a Jim a Church View. El inspector conducía con la mano derecha y apoyaba la izquierda sobre la pierna, salvo cuando tenía que cambiar de marcha. Sonreía mientras hablaba y la miraba a la cara.

—¿Qué pasa entonces con Melanie Kent? —preguntó.

—Creo que encontré a su hija perdida en el bosque.

—¿Cree que la encontró?

—Bueno, encontré a una niña. Pensamos que es la hija de Melanie Kent. Su jefe nos llamó esta mañana tras reconocer la fotografía de la niña que apareció en los informativos.

El inspector asintió.

—Vi la noticia. ¿Qué ha dicho la niña al respecto?

—Nada —explicó Lucy—. No ha hablado con nadie desde que la encontramos. La psiquiatra del hospital lleva tratándola toda la semana para intentar que recupere el habla, pero no ha logrado ningún avance. Mutismo selectivo, lo llama.

—Si quiere que le diga lo que pienso, considero que negarse a hablar con un loquero es una postura muy inteligente. Tal vez la pequeña sea más lista de lo que parece, ¿no cree?

Jim le guiñó un ojo a Lucy y sonrió.

La vivienda se encontraba al final de una hilera de casas sobre la colina que ascendía desde el centro del pueblo. A pesar de la sal que habían echado sobre el asfalto, el coche patinó varias veces en la pendiente antes de que Jim lo detuviera junto al bordillo y sugiriera recorrer a pie el resto del camino.

Desde fuera, la casa parecía limpia, con la carpintería exterior recién pintada. Había un Ford Fiesta último modelo aparcado en la entrada.

Jim se inclinó sobre la ventanilla del coche, apoyó una mano enguantada en el cristal para evitar el reflejo y miró dentro.

—Hay algunos juguetes esparcidos por el suelo —comentó—. Pero no se ve ninguna sillita de niño.

Lucy llamó a la puerta y dio un paso atrás, levantando la vista hacia las ventanas en busca de alguna señal de vida.

Al cabo de un momento llamó por segunda vez, pero tampoco obtuvo respuesta. Giró el pomo de la puerta, pero estaba cerrada. Después se desplazó a lo largo del seto que separaba la casa de la propiedad contigua y miró a través de una ventana.

—No parece que haya nadie en ninguna de las dos casas —dijo.

Lucy miró a Jim, que se había arrodillado en el peldaño de la puerta principal y manoseaba la cerradura. Tras unos diestros movimientos, se levantó y tanteó el pomo.

—Está abierta —afirmó—. ¿Quién lo habría pensado? Será mejor que nos

cercioremos de que no han entrado a robar.

—Yo misma comprobé la puerta —dijo Lucy—. Estaba...

—Abierta —dijo Jim—. Tiene toda la razón, sargento Black. Un descuido muy grave en los tiempos que corren. Después de usted.

Jim mantuvo la puerta abierta e hizo un gesto para que Lucy pasara primero.

—Un truco muy práctico, inspector —señaló ella al pasar por su lado.

En cuanto entraron, les sorprendió la fría humedad del aire del recibidor.

—No han encendido la calefacción desde hace algunos días —dijo Jim poniendo la mano sobre el frío metal del radiador más cercano, buscando una confirmación.

—¿Hola? —gritó Lucy—. Somos de la policía.

No hubo respuesta.

En el recibidor había tres puertas, con un tramo de escaleras a la izquierda de la entrada. Probaron con la primera puerta, que se abrió a una sala de estar. Estaba ordenada y el televisor que había en el rincón, desenchufado. En la pared encima del sofá había una gran fotografía enmarcada de Alice. Era una foto de estudio en la que la niña posaba tumbada en el suelo, apoyada en los codos y con la barbilla sobre las manos. A Lucy le recordó la fotografía de Kate McLaughlin que aparecía en el cartel de personas desaparecidas.

—Es su casa, de eso no hay duda —dijo Lucy señalando con la cabeza hacia la foto.

—Es una niña preciosa —dijo Jim.

La habitación siguiente parecía una especie de cuarto multiusos. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías anchas en las que había cajas de plástico llenas de juguetes. Había un televisor portátil sobre una rinconera y, debajo, una consola de juegos. Todos los aparatos estaban desenchufados.

La última habitación al final del recibidor era la cocina. Estaba igual de ordenada, aunque en el escurridor que había junto al fregadero vieron una taza boca abajo y un cuenco de cereales, los dos secos. Bajo el cuenco, las gotas de agua se habían ido acumulando a medida que se secaba, hasta formar un charquito.

Jim abrió la nevera. Aparte de unos tarros de mermelada y una tarrina de margarina, estaba vacía.

—Es como si se hubieran ido de vacaciones —dijo Lucy—. Tal como ha dicho su jefe.

El inspector asintió.

—Eso es lo que parece. Comprobemos las habitaciones de arriba.

Los dos dormitorios estaban limpios y ordenados. Melanie Kent había recogido también el baño antes de marcharse.

—¿Cree que la madre la abandonó para vivir su vida? —preguntó Lucy.

Jim estaba en la puerta del baño. Señaló un vaso con restos de jabón, vacío en el alféizar.

—Parece que se llevó también los cepillos de dientes.

Lucy entró detrás de él en el baño. En un armario blanco junto a la bañera había un surtido de artículos de tocador.

—Todo muy floreado —dijo Jim—. Nada masculino.

—¿No hay marido ni pareja?

Él negó con la cabeza.

—Yo no he visto fotos de ningún hombre, ¿y usted?

Al mencionarlo, Lucy cayó en la cuenta de que en todas las fotografías que había visto sólo aparecían Alice y su madre.

Jim pasó a la siguiente habitación.

—Debe de ser la de la niña —dijo.

La cama estaba cubierta con una colcha y una almohada de Dora la Exploradora. Sobre la almohada había dos peluches.

Lucy cogió uno, el de aspecto más ajado.

—Para Alice —explicó en respuesta a la mirada inquisitiva de Jim.

A la izquierda de la cama había una cómoda. Sobre ella, una pequeña pecera, con peces que trazaban círculos en el agua y se asomaban a la superficie para tomar bocanadas de aire.

—No pueden haberse ido hace mucho. Los peces todavía viven —comentó Lucy.

Detrás de la pecera había un joyero de madera lacada, de unos quince centímetros de largo. Lucy abrió la tapa. Empezó a sonar una versión metálica de *Clair de Lune*, pero enseguida perdió fuerza y tintineó hasta detenerse.

Dentro de la cajita había un puñado de fotos. Lucy las cogió para echarles un vistazo. En la mayoría de ellas, Alice aparecía en compañía de sus amigos de la escuela. Todos los niños vestían un uniforme de color vino tinto.

—¿Es una escuela de aquí? —preguntó Lucy pasándole a Jim una de las instantáneas.

—Yo diría que no —dijo él—. Nunca había visto ese uniforme.

En algunas de las fotos Alice posaba con una pareja de personas mayores, los cuales, supuso Lucy, debían de ser sus abuelos.

Entre las fotos había también un sobre. Lucy miró el matasellos: Kilmainham, Irlanda.

El papel en el que estaba escrita la breve carta era delgado y frágil.

Querida Alice:

Siento no estar ahí para celebrar tu gran día, cariño. Mamá me escribió contándome que te gustó el regalo que te mandé.

No veo la hora de verte cuando salga. Saber que estarás ahí entonces hace que me sea más fácil sobrellevar estos últimos meses.

Siento haberme perdido tantas cosas. Te lo compensaré. Te lo prometo, cariño.

Te mando todo mi amor y muchos besos,
PAPÁ

Cuando acabó de leerla, Lucy le pasó la carta a Jim.

—¿Un preso? —aventuró.

Él asintió.

—Me pondré en contacto con la cárcel de Portlaoise y conseguiré sus datos. Aquí dice que le quedan unos meses por cumplir, pero la carta se envió el verano pasado. Debe de haber salido hace muy poco. Tal vez la reunión familiar no fuera como había previsto.

Lucy negó con la cabeza.

—Sus palabras transmiten la impresión de que la quiere.

—No sería el primer padre que defrauda a sus hijos, ¿verdad?

—Cínico —dijo Lucy.

—Realista —replicó él—. Parece que hicieron las maletas para ir a alguna parte. Los cepillos de dientes han desaparecido, y no se ven abrigos ni zapatos tirados por la casa.

—Tal vez se trasladaran a la casa del padre. Está claro que, aunque hubiera salido de prisión, no vivía aquí —dijo Lucy.

—Debería llamar a la cárcel de Portlaoise y averiguar si tienen su dirección —señaló Jim.

—Iba a hacerlo —replicó Lucy, algo molesta ante la sugerencia de cómo tenía que hacer su trabajo.

—También tendremos que emitir una orden de búsqueda de la madre. Le apuesto lo que quiera a que ese tipo ha salido de la cárcel, se ha cargado a la madre y ha intentado hacer lo mismo con la cría.

—Acepto la apuesta —dijo Lucy.

—Las chicas y sus padres... —empezó Jim—. Mire, deje que me encargue yo de la cárcel.

Lucy levantó las cejas.

—Tenemos buenos contactos con los agentes de la Garda al otro lado de la frontera —explicó Jim—. Ellos obtendrán la información con más rapidez que nosotros.

Una hora más tarde, mientras Lucy estacionaba en el aparcamiento del hospital, Jim la llamó.

—Peter Kent fue puesto en libertad hace un mes después de cumplir cinco años de condena. Fue sentenciado en 2004 acusado de poner una bomba en la carretera de Monaghan. Es uno de los disidentes o, al menos, lo era. Según parece, habían colocado una carga explosiva en la frontera para volar un puesto de control fronterizo, y luego tendieron los cables del detonador hasta el sur. Los agentes de la Garda se les echaron encima, a él y a otro tipo, Kevin Mullan, que estaban ocultos en una zanja. Les acusaron de pertenencia a organización criminal, posesión de armas y manejo de explosivos. Los dos fueron condenados a doce años de prisión, y salieron una vez cumplida la mitad de la condena por buena conducta.

—Dios —dijo Lucy—. Eso es genial, Jim, gracias. ¿Hubo suerte con alguna

dirección?

Él inspiró audiblemente.

—Ahí es donde se acaba nuestra suerte. Dio una dirección de Dublín, pero, según parece, nunca se le ha visto el pelo por allí.

—¿Y qué se sabe del tal Mullan?

—Bueno, ahí sí podría tener usted más suerte. Es de Derry. Si está relacionado con los grupos disidentes, debería figurar en sus archivos.

—Gracias por su ayuda —dijo Lucy—. Ha sido un placer conocerle.

—Lo mismo digo —respondió él—. Tal vez nuestros caminos se crucen de nuevo algún día.

—Hola —aventuró Lucy asomando la cabeza por la puerta de la habitación de Alice.

Al mirar a través del cristal había visto a la psiquiatra, la doctora Matthews, sentada junto a la cama de la niña, leyendo un libro que tenía en el regazo. Alice, tumbada de lado, se acurrucaba lejos de la mujer, de cara a la pared. Cuando oyó la voz de Lucy, la niña se volvió y la miró con ojos inexpresivos.

—Estamos ocupadas —dijo Matthews con irritación. A continuación, la doctora se levantó y dejó el libro boca abajo, sobre la silla.

Lucy reconoció el nombre del escritor; no era un libro que a ella se le hubiera ocurrido leerle a la niña.

—Tengo algo que creo que le gustaría ver a Alice.

Lucy metió la mano en su bolso y sacó el peluche que había cogido de la cama de la niña. La pequeña se quedó boquiabierta, se levantó a trompicones de la cama y corrió hacia ella. Era la primera vez que se movía desde que Lucy la había encontrado, y tanto esfuerzo pareció excesivo para la pequeña, que se tambaleó al llegar a la altura de Lucy mientras agarraba el muñeco con una mano. La niña se desplomó contra la sargento, que instintivamente estiró los brazos para sujetarla, abrazando con fuerza el pequeño cuerpo contra el suyo para evitar que Alice se cayera.

Los brazos de la pequeña se aferraron al cuello de Lucy y la apretaron con fuerza. La niña apoyó la cara en la suya. El pelo del peluche que sostenía pegado a la espalda de Lucy le hacía cosquillas en la nuca.

—Gracias —murmuró Alice.

Lucy sintió la humedad de las lágrimas de la niña en su propia piel y, sin quererlo, notó que los ojos empezaban a escocerle. Cerró los párpados con fuerza para impedir que las lágrimas se derramaran por sus mejillas, pero fue en vano.

—Chiss... —susurró Lucy—. No pasa nada.

Matthews estaba delante de ellas, con los brazos en jarras. Sonrió levemente a Lucy, asintiendo con la cabeza.

—Buen trabajo —dijo, articulando las palabras en voz baja.

—Se llama Alice Kent —explicó Lucy a Matthews y Robbie en el despacho de la hermana media hora después.

Una de las enfermeras se había quedado con Alice e intentaba entretenerla con los juguetes. Después de decirle «gracias» a Lucy no había vuelto a hablar, aunque parecía más animada, más interesada en lo que le rodeaba.

—¿Alguna señal de sus padres? —preguntó Robbie.

—Nada. La casa está vacía. Parece que tenían la intención de marcharse; se habían llevado incluso los cepillos de dientes. Vivía con su madre.

—¿Y el padre? —preguntó Matthews, que abrió una carpeta que había llevado al despacho y empezó a tomar notas.

—Es un exconvicto. Salió en libertad hace poco, pero no parece que haya convivido con la madre y la niña.

—¿Por qué cumplía condena? —preguntó la doctora.

Lucy la miró sin saber muy bien cuánto podía revelarle.

—Necesito saber si hay antecedentes de malos tratos, por ejemplo —explicó Matthews—. A la niña o a la madre.

—A ninguna de las dos —dijo Lucy—. Lo descubrieron poniendo una bomba en la frontera, y lo condenaron por posesión de armas.

—¿Cree que mató a la madre? ¿Que, al salir después de cinco años, tal vez se encontrara las cerraduras cambiadas?

—Es posible —dijo Lucy—. Sobrevolamos el bosque en busca de pistas, pero no descubrimos nada. No hay constancia de accidentes. Cuando empiece el deshielo podré solicitar un rastreo por tierra del bosque y las casas de las cercanías.

Matthews asintió.

—Traer el juguete ha sido una muy buena idea —la felicitó—. La niña confía en usted, está claro. Debió de impresionarla cuando la encontró. Se siente vinculada a usted.

—¡Coño, no me sorprende! —exclamó Robbie en tono de broma—. Se pasa las noches durmiendo con ella en la habitación y leyéndole cuentos.

Matthews escrutó a Lucy con la mirada, como si la examinara.

—Cuentos, ¿cuáles?

Lucy se encogió de hombros.

—Los habituales. «Ricitos de Oro», «Hansel y Gretel».

—Eso podría explicar los dibujos de hoy.

La psiquiatra buscó entre las hojas de la carpeta, extrajo un folio y se lo dio a Lucy. Alice había dibujado dos figuras de palo, cogidas de la mano, caminando entre árboles negros.

Lucy se encogió de hombros y le devolvió el dibujo. Las figuras representaban a dos chicas, pero no estaba segura de que la doctora le agradeciera el comentario.

—¿Por qué esos cuentos concretos?

La psiquiatra la miraba ahora detenidamente.

—Supongo que porque me gustan.

—¿Le estás leyendo cuentos sobre niños perdidos en el bosque? —preguntó Robbie con una sonrisa.

—Son mis favoritos.

—¿De verdad? —dijo Robbie—. ¿Y qué nos dice eso de la paciente, doctora Matthews? —añadió.

—No soy yo quien necesita atención —respondió Lucy.

—No sabría qué decir. Todas esas historias de niñas perdidas... —dijo Robbie.

—Tal vez Alice reconoce en usted un alma gemela —dijo Matthews—. Un equilibrio más saludable entre la vida y el trabajo tampoco le haría ningún daño, sargento Black.

—Están equilibrados —respondió Lucy—. Dígame si quiere que traiga algo más de la casa.

Cuando Matthews se marchó, Robbie se quedó en el despacho. Apoyó el trasero en el borde de la mesa, cruzó los brazos y sonrió a Lucy.

—¿Qué?

—Hablando de equilibrio entre vida y trabajo... —empezó—. Me preguntaba si te apetecería comer conmigo algún día.

Lucy se removi6 inc6moda en la silla.

—Tengo que ocuparme de mi padre. Yo...

—Está bien, está bien —dijo 6l—. Pensé que no pasaba nada por preguntar.

—Yo no... —empezó Lucy.

—Tan sólo se trata de ir a comer algo, sargento Black —insistió 6l.

Lucy sonrió.

—Puede que alg6n día —dijo por fin—. Sería agradable.

—Podría serlo, sí —comentó Robbie—. Eso me basta. Es una cita. O no. Tú eliges.

Lucy levantó las cejas y respiró hondo, pero no pudo ocultar por completo la sonrisa.

—A propósito, busqué lo que me pediste —dijo Robbie.

Sacó un folio doblado del bolsillo y se lo dio.

—Quería invitarte a comer antes de dártelo para que no te sintieras obligada.

—Gracias —respondió Lucy desplegando la hoja y sintiéndose inmediatamente decepcionada ante la escasez de informaci6n. No había más que unas notas.

—Janet Houston —dijo Robbie—. Estuvo en acogida hasta que cumpli6 los diecisiete. No puedo darte más antecedentes, salvo que la sacaron de la casa de sus padres.

—¿Maltrato o abandono?

—Maltrato —señaló con tono sombrío—. La tomamos en acogida cuando tenía diez años. Estuvo yendo y viniendo entre el hogar familiar y los servicios de acogida.

—¿Tomamos?

—La tomaron —aclaró Robbie—. Por entonces, yo todavía estaba en el colegio. Desapareció a los diecisiete. Uno de mis colegas dijo que habían sabido de ella más tarde, por algo que tenía que ver con los provos^[8]. Pero no sé si es una informaci6n muy precisa; podría tratarse sólo de un rumor.

Lucy revisó la informaci6n de la hoja: el nombre, la fecha de nacimiento, un breve resumen de los datos que Robbie acababa de contarle.

—Para serte sincero, no creo que todo eso vaya a servirte de mucho —dijo Robbie, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—Es un punto de partida —repuso Lucy—. Gracias por conseguir la información. Robbie extendió las manos.

—No sé de qué me estás hablando —dijo.

Tom Fleming estaba sentado en la sala de interrogatorios con una niña y una agente cuando Lucy entró en la unidad. Estaban grabando en vídeo a la niña y Fleming sostenía dos muñecos ante ella, uno de cada sexo, los dos con todos los detalles anatómicos pertinentes. La niña señalaba uno. Lucy no quería conocer el contexto, ni qué pariente representaba el muñeco masculino en la mente de la niña.

Subió a su despacho y encendió el ordenador que había en su mesa. Según el testimonio de Charles Graham, Melanie Kent se había reservado unos días libres antes de entrar a trabajar en Clarendon Shirts. Tal vez se refiriera a que ya había confirmado las reservas para sus vacaciones antes de empezar en la empresa. El estado de la casa y la ausencia de los cepillos de dientes y de todo lo demás indicaban que había planeado su marcha. ¿Les habría ocurrido algo a Alice y a ella cuando salieron de casa? ¿O tal vez la madre había dejado a Alice con otra persona? ¿Con su padre?

Lucy llamó en primer lugar al aeropuerto internacional de Belfast y solicitó una búsqueda de los nombres de Melanie Kent, Peter Kent o Alice Kent como pasajeros con reserva para embarcar durante la semana anterior. Después de que se comprometieran a devolverle la llamada, colgó e inmediatamente probó suerte en el aeropuerto de Dublín con la misma petición. Seguidamente, llamó también a las compañías de ferris. Mientras esperaba a que le devolvieran las llamadas, abrió su cuaderno de notas delante del monitor. Tenía los nombres de Kent y Mullan destacados con un círculo en una página, y el de Janet Houston, debajo, escrito en otro color. Mientras esperaba a que se cargara la nueva base de datos nacional de la policía, fingió que dudaba sobre qué nombre buscar primero. Al final, tecleó el de Janet Houston.

Tras dejar los servicios de acogida, Houston había sido detenida en diversas ocasiones a lo largo de los años por delitos contra el orden público. La fotografía más reciente, tomada después de que la detuvieran por agredir a un agente, sorprendió a Lucy: la mujer debía de rondar los treinta y pocos, pero parecía mucho mayor. Sus rasgos se veían hinchados y enrojecidos, incluso bajo la cruda iluminación de la comisaría. En la sien izquierda tenía un corte profundo que parecía infectado, y uno de los ojos estaba amoratado y cerrado sobre una visible magulladura que le amarilleaba el pómulos. Parecía más la víctima que la autora de una agresión.

Lucy revisó los datos personales de la mujer y se decepcionó al ver que en su dirección sólo constaban las palabras «sin domicilio fijo». Aun así, imprimió los antecedentes de Janet y su fotografía. Después inició la búsqueda de Peter Kent.

El historial de Kent no era tan extenso como el de Janet, pero los delitos sí

sustancialmente más graves. Las distintas detenciones se remontaban a mediados de los años noventa, siempre con cargos por terrorismo. Teniendo en cuenta que la mayoría de ellas databan tiempo después de la tregua, se confirmaba la sospecha del inspector de Strabane: Kent era seguramente un republicano disidente, decepcionado por la declaración de los provos de que la guerra había terminado. También en su caso, los detalles sobre el domicilio estaban en blanco. Lucy amplió la foto del expediente de Kent y examinó su rostro buscando algún parecido con Alice. Su cara era delgada, curtida, su expresión desafiante. Tenía los ojos entrecerrados, y en ellos brillaba un destello de arrogancia. Llevaba barba de dos días. Como Alice, tenía los pómulos altos, lo que confería a sus facciones un aire afeminado. La pequeña también compartía la boca y los labios suaves y carnosos de su padre.

Lucy pulsó la tecla de imprimir y tecleó el nombre de Kevin Mullan. Los antecedentes de Mullan eran los más interesantes. Había sido activista del IRA durante el último periodo de los *Troubles*. Se creía que, tras la tregua, había encabezado una facción escindida responsable de una sucesión de atentados con artefactos incendiarios a tiendas y recintos comerciales de la ciudad. En cierto momento, tal vez durante uno de esos ataques, debió de quemarse la cara y requirió un injerto de piel. Lucy amplió la fotografía y se estremeció involuntariamente ante la imagen. A pesar del injerto, el hombre seguía desfigurado. El lado izquierdo de la cara tenía el matiz satinado y quebradizo del plástico, y el pómulo sobresalía ligeramente del párpado inferior; la carne de la mejilla no acababa de encajar con la línea de la mandíbula, como un diminuto delantal de piel que colgara sobre el hueso. Aunque no se había afeitado, la piel injertada del lado derecho de la cara parecía tan lisa que resultaba antinatural y se contraía en la comisura del labio, dejando al descubierto la dentadura y dando la impresión de que esbozaba una perpetua mueca de desprecio.

No se mencionaba la última detención de Mullan; teniendo en cuenta que el incidente había tenido lugar en la República de Irlanda, tampoco era de extrañar. Sin embargo, Lucy atisbó un rayo de esperanza: en la base de datos constaba que Mullan vivía en Derry. Si seguía en la ciudad, tal vez conociera el paradero actual de Peter Kent. Aunque era posible que no quisiera colaborar con la policía si pensaba que buscaban a Kent por un delito, tal vez fuera más receptivo si comprendía que lo que había dado pie al interés de Lucy era una crisis familiar. Con todo, al observar otra vez la fotografía del hombre, no tuvo muy claro que le apeteciera enfrentarse a Mullan sin compañía. De hecho, incluso después de cerrar la base de datos, le pareció seguir viendo el espectro de sus rasgos abrasados en la pantalla.

Lucy llamó a la puerta de Fleming. Él levantó la vista de su mesa y la miró; el inspector apoyaba la cabeza en una mano mientras cumplimentaba el papeleo del interrogatorio.

—¿Ha sido duro? —preguntó ella.

—Una pesadilla —dijo Fleming—. ¿Ha habido suerte con la niña?

Lucy entró en el despacho y se sentó delante de Fleming.

—Creo que he averiguado quién es. El jefe de su madre la reconoció. La pequeña vive con ella en Strabane. Fui a la casa, pero estaba vacía.

Fleming levantó una ceja.

—¿Signos de violencia?

—Nada. Es como si hubieran planeado marcharse; sin cepillos de dientes y demás.

—¿Vacaciones?

—He llamado a los aeropuertos y las compañías de ferris para comprobar si habían reservado billetes para viajar la semana pasada.

—Buen trabajo. ¿Y qué hay del padre? —preguntó Fleming, cerrando la carpeta que tenía delante.

—Estaba cumpliendo condena en Dublín por tenencia de explosivos. Lo liberaron hace poco. Sin domicilio conocido, pero su cómplice en el atentado con bomba salió a la vez; en su expediente figura una dirección en Derry.

Fleming asintió mostrando su aprobación.

—¿Cómo ha conseguido toda esa información?

—Gracias al inspector de Strabane.

—¿Piensa ir a interrogar al cómplice del padre?

—Le agradecería que pudiera acompañarme —dijo Lucy—. El tipo tiene pinta de duro.

Fleming apartó la carpeta y se levantó.

—Encantado —dijo.

Al salir de la unidad, Lucy vaciló; no sabía si Fleming querría conducir o no. Sin embargo, él no hizo el menor ademán, se limitó a mirarla y esperar, como si buscara por el aparcamiento.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó.

—Por aquí.

Mientras se ajustaban los cinturones de seguridad, Fleming, sintiendo que debía justificarse, dijo:

—Me pillaron conduciendo bebido; me retiraron el permiso.

—Entiendo —dijo Lucy sin mirar al hombre.

—Mi mujer me abandonó. No supe gestionarlo.

—Lo siento, señor —respondió Lucy.

La sargento se removió en el asiento y comprobó más de lo necesario los retrovisores mientras maniobraba, lo que fuera con tal de no mirar a su superior a la cara durante esa exhibición de sinceridad entre colegas. Notaba que él la miraba, sentía sus ojos fijos en ella. Fleming le sonreía levemente y Lucy suplicó para sus adentros que no se le ocurriera insinuársele. Cada vez que cambiaba de puesto, se pasaba el primer mes dejando claro que no buscaba ningún ligue de oficina. Por alguna razón, los oficiales mayores tardaban más en entenderlo.

—Pero eso fue antes de que encontrara a Jesús —concluyó Fleming—. Bien, ¿a quién vamos a interrogar?

Lucy reprimió una risa avergonzada.

—Espero que mi revelación no la haga sentirse incómoda —añadió Fleming—. La gente de la unidad se pregunta por qué no conduzco. Y lo más fácil es ser sincero.

—Le agradezco su franqueza, señor —dijo Lucy.

—Muy bien, ¿y a quién buscamos?

Lucy cogió su bolso del asiento de atrás, sacó unas carpetas y se las pasó a Fleming. El inspector abrió la primera.

—Peter Kent —leyó.

—El padre de Alice, creo. No hay rastro de él ni de la madre. Salió en libertad hace poco; no tenemos su dirección. Su colega es el hombre con la cara desfigurada de la otra carpeta, Kevin Mullan.

Fleming abrió la siguiente carpeta y emitió un gruñido al ver la foto del expediente.

—Es uno de los malos de verdad —dijo Fleming—. Un conocido del equipo de respuesta. Se quemó él mismo, ¿lo sabía?

Lucy asintió.

—¿Cuando ponía una bomba?

—Voló con su propio petardo, según parece.

—Es el hombre que buscamos. Tengo la esperanza de que nos ayude a localizar a Kent.

—Nunca colaborará con nosotros; los tipos como Mullan nunca aceptarán la ley, a no ser que la impongan ellos mismos con bates y martillos.

—Espero que sea capaz de entender que hemos encontrado a la hija de Kent y muestre mejor disposición.

—Siempre y cuando Kent no sea el responsable de la sangre que había en la ropa de la niña —indicó Fleming tras revisar la información sobre Mullan que Lucy había impreso de la base de datos—. Mullan difícilmente nos lo entregará.

—Pero podría contactar con él —dijo Lucy, consciente del matiz de desesperación que delataba su voz—. También hemos dispuesto una orden de búsqueda de la madre, por si esto no nos lleva a ninguna parte.

Fleming asintió distraídamente mientras abría la última carpeta sobre su regazo.

—¿Dónde encaja Janet en todo esto?

—Ella es otro tema que estoy investigando —dijo Lucy.

Al momento, se arrepintió. Dado que era su superior, Fleming debía estar al tanto de todos los casos en los que trabajaba.

—¿Es que Travers la está volviendo a utilizar en el CID? —preguntó Fleming sin levantar la mirada de la carpeta.

Lucy se preguntó si había detectado un tono dolido en su voz.

—No, se trata de algo personal.

Fleming la miró inquisitivamente, y entonces cerró la carpeta.

—Ha dicho «Janet», señor, ¿acaso la conoce?

—Sí, bastante bien —respondió mirando por la ventanilla del pasajero.

—¿Y dónde podría encontrarla? —preguntó Lucy.

Fleming siguió mirando por la ventanilla ajeno a la pregunta de Lucy, aunque ella estaba segura de que la había oído. Supuso que, con su anterior demostración de franqueza, había querido marcar los límites de su relación. También sospechó que, si iba a ayudarla, esperaría que ella confiara lo suficiente en él para ser franca.

—Mi padre sufre demencia senil —explicó—. Ha mencionado a una tal Janet varias veces. Descubrí que ésta era la Janet a la que se refería. La conoció hace algunos años.

—¿A qué se dedicaba su padre? —preguntó Fleming apoyando las manos en la carpeta.

Lucy reparó en que llevaba las uñas arregladas y bien cortadas. Pese a que le había contado que su mujer lo había abandonado, seguía llevando la alianza de matrimonio.

—Él... Él tenía una tienda en Derry.

—¿Y su madre?

—Ella también trabajaba allí —dijo Lucy, ahora más suelta, sintiéndose un poco exasperada por la falta de un tono ni siquiera conversacional en las preguntas.

De repente, lamentó haberle pedido que la acompañara. Lo miró: sus rasgos estaban tensos; la boca, fruncida. Lucy comprendió que, por la naturaleza de las preguntas y la reacción de Fleming a sus respuestas, el inspector ya sabía la verdad.

—Mis padres eran policías —reconoció por fin.

La expresión de Fleming se suavizó.

—La secretaria de su madre me explicó que usted había ido a verla —dijo.

—¿Cómo?

A Lucy le costaba decidir si estaba más enfadada con la secretaria por contárselo a Fleming o con Fleming por haberla puesto a prueba. Tal vez percibiendo su irritación, él levantó una mano de la carpeta en gesto conciliador.

—Conocí a su padre —admitió—. Era mi inspector cuando empecé en el Distrito D. Un buen hombre. Bill Travers ocupó su puesto.

—Tendría que habérmelo contado, señor —dijo Lucy—, antes de preguntarme.

—Tal vez sí —convino Fleming—. Pero creí que no quería que la gente lo supiera.

—Y no quiero —dijo Lucy—. Si la gente averiguara que mi madre es la comisario jefe, pensaría que...

—¿Que usted ha sido asignada a la PPU por nepotismo y no por méritos? —concluyó Fleming—. No tema, la gente no creerá que su madre le haya hecho un gran favor destinándola a la PPU.

Al menos en eso, Lucy tenía que darle la razón.

—Sin embargo, ella sí me ha pedido que cuide de usted —dijo Fleming—. Hasta que se haya adaptado.

—Puedo defenderme sola, gracias, señor —dijo Lucy sin esforzarse por disimular su rabia.

—Eso pensaba yo —convino Fleming—. Pero si le interesa Janet, suponía que podría querer un poco de ayuda.

—Mi madre insinuó que hubo algo entre Janet y mi padre —dijo Lucy.

—Era una de sus confidentes —repuso Fleming.

—Mi padre sigue hablando de ella.

—Eso es porque seguramente todavía se siente responsable.

—Responsable... ¿de qué?

—Lo entenderá cuando la conozca —dijo Fleming—. A propósito, se ha pasado de largo la casa de Mullan.

La mujer siguió maldiciendo sin parar incluso mientras Lucy intentaba explicarle el propósito de su visita.

—Déjenle en paz —le gritó la mujer, que debía de ser la pareja de Kevin Mullan.

Lucy miró a su alrededor. En las casas de enfrente, dos de los vecinos se habían apostado junto a la valla que separaba sus patios y contemplaban el espectáculo con indisimulado regocijo.

No era de extrañar que hubiera pasado de largo la casa de Mullan. Los adosados de toda la hilera eran idénticos, todos del ladrillo rojo fabricado en Lifford, al otro lado de la frontera, en el condado de Donegal, que luego traían a Derry. El centro de la ciudad entero era una curiosa amalgama de piedra antigua y ladrillo rojo, a menudo puerta con puerta. Todo rojo, eso sí.

—No quiero interrogar a su amigo, necesito su ayuda en una cuestión familiar.

—Miente —le espetó la mujer, levantando la voz para que la escucharan al otro lado de la calle—. Mentirosa.

—No miento, señora...

—La policía miente en cuanto abre la boca —añadió.

Lucy miró a Fleming, que permanecía junto al coche, con el trasero apoyado en el capó. Se encogió de hombros.

—¿Podemos entrar? —preguntó Lucy abriéndose paso, con el anhelo de poner fin al espectáculo público.

—No puede entrar por la fuerza —chilló la mujer, aunque retrocedía ya hacia el recibidor—. Voy a llamar a la prensa.

Una vez dentro, su actitud pareció suavizarse. No era la primera vez que Lucy se topaba con ese tipo de reacción a las puertas de un domicilio, pues la gente no quería que los vecinos pensaran que el interpelado estaba cooperando con la policía; sin embargo, tendían a mostrar mejor disposición una vez en el interior.

Fleming echó una última mirada a los vecinos y luego siguió a Lucy y a la mujer.

Cuando entraron en la sala de estar, la mujer se sentó en el sofá y juntó las piernas para sostener el cenicero que se balanceaba sobre su regazo. A continuación, encendió una colilla, cruzó un brazo por delante del pecho y miró a los dos oficiales que habían invadido su salón.

—Ya que están, pueden sentarse. ¿Tienen un pitillo? Me he quedado sin.

Lucy iba a decirle que no fumaba cuando Fleming se levantó y recordó que tal vez tuviera una cajetilla en el coche. A Lucy la sorprendió un tanto, porque no sabía que fumara.

—De hecho no estoy buscando a su pareja, señora... —dijo Lucy marcando la pausa para que la mujer acabara la frase.

—Gallagher —añadió la mujer, aspirando profundamente de la colilla que seguidamente apagó retorciéndola en el cenicero; después, exhaló el humo hacia el

suelo.

—Necesito dar con un conocido suyo, Peter Kent.

—No lo conozco —repuso Gallagher, sin mirar a Lucy.

—Cumplió condena con su pareja —señaló Lucy—. Y no tenemos su dirección.

—Bueno, por eso no lo conozco. Kevin no me ha contado con quién cumplió condena. ¿Por qué iba a hacerlo?

Fleming volvió a la sala abriendo una cajetilla de cigarrillos, y le ofreció uno a la mujer. Ella lo cogió asintiendo con la cabeza en gesto de gratitud.

—Puede fumar si quiere.

—No fumo, gracias —dijo Fleming.

El inspector volvió a sentarse, lo que le hizo merecedor de una mirada de curiosidad de ambas mujeres.

—¿Y qué quieren de Peter? —preguntó Gallagher encendiendo el cigarrillo.

«Demasiado interés para no conocerlo», pensó Lucy.

—Creemos que hemos...

—Se trata de un asunto familiar —se apresuró a interrumpirla Fleming—. Es todo lo que podemos decir por el momento. Es importante que hablemos con él cuanto antes.

Gallagher entornó los ojos para examinarlo por encima del cigarrillo, como si el humo le empañara la vista.

Lucy sacó una de sus tarjetas y se la dio a la mujer.

—Dígale que puede llamarme a cualquier hora, señora Gallagher —recalcó—. Sólo me interesa localizar al señor Kent. El señor Mullan no está metido en ningún lío.

—Se lo comentaré a Kevin cuando vuelva.

—¿Y dónde está ahora el señor Mullan? —preguntó Lucy.

Sin embargo, Gallagher ya se había levantado, dejando claro que, al menos por lo que a ella respectaba, la conversación había terminado.

De vuelta en el coche, Lucy miró a Fleming mientras éste se ajustaba el cinturón.

—¿Por qué lleva cigarrillos si no fuma?

Él se encogió de hombros mientras guardaba la cajetilla en su bolsa, que estaba en el suelo.

—Dejé de fumar cuando dejé de beber —explicó—. Alguien me dijo que la mejor forma de aliviar la ansiedad era llevar siempre encima una cajetilla sin abrir. Hace que sea más fácil resistirse a la tentación.

—Pues parece un poco sadomasoquista —dijo Lucy.

—Cada vez que me han entrado ganas de fumar, he mirado la cajetilla y le he rogado al Señor que me diera fuerzas para no abrirla.

—Pero la ha abierto ahí, hace un momento.

—Unos meses después de dejarlo, estaba interrogando a alguien que quería un pitillo. Le di mi paquete y se volvió mucho más cooperativo. Uno nunca sabe cuándo un cigarrillo puede ayudar a alguien a mostrar una mejor disposición. Siempre llevo una cajetilla en mi bolsa por si surge algo como lo de hoy.

—Pues ella no nos ha dado mucho a cambio —comentó Lucy.

—No —convino Fleming—. Pero la próxima vez que hable con ella, puede que se muestre un poco más comunicativa. O la vez siguiente. O tal vez no. Sea como fuere, sólo me habrá costado un cigarrillo.

Lucy sacó el móvil del hueco al lado de su asiento, donde lo había dejado. Vio que había recibido varios mensajes y comprobó el buzón de voz. Los dos aeropuertos habían revisado las listas de pasajeros: ninguno de los Kent había volado ni reservado un billete. Una de las compañías de ferris dejó un mensaje similar. Le iba transmitiendo la información a Fleming a medida que iba escuchando los mensajes. Cuando colgó, el inspector preguntó:

—¿Y el aeropuerto de Derry?

—Me había olvidado por completo —admitió Lucy.

La actividad del aeropuerto de Derry había sido tan baja durante tantos años que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Marcó el número del servicio de información, anotó el teléfono del aeropuerto y llamó.

El hombre que la atendió se mostró inmediatamente suspicaz ante la pregunta. No solían informar acerca de las listas de embarque, dijo.

Lucy explicó por qué necesitaba el dato, pero sin resultado.

Percibiendo su frustración, Fleming alargó la mano hacia el teléfono y se lo arrebató.

—Soy el subcomisario Travers. Creo que hay algún problema con respecto a la comprobación de los nombres de unos pasajeros, ¿es así?

El hombre al otro lado de la línea vaciló al responder. Era poco habitual, señaló, que la petición se realizara de ese modo. ¿Cómo sabía él que Lucy era quien afirmaba ser? Más aún, ¿cómo sabía que Travers era Travers?

—Podemos pasarnos por ahí ahora mismo, si lo prefiere —dijo Fleming—. Puedo interrumpir la investigación de un secuestro para darme un paseo, si quiere. Todo sea por confirmar si una mujer cuya hija está ingresada en el hospital tomó o no un vuelo desde su aeropuerto la semana pasada.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Después, el hombre debió de ceder por fin, porque Fleming dijo:

—Le pasaré a mi colega.

—¿Cómo ha dicho que se llamaban? —preguntó el hombre cuando Lucy se puso otra vez.

—Melanie Kent —repitió Lucy—. Y Alice Kent.

Se oyó el repiqueteo del teclado mientras el hombre escribía.

—Melanie Kent embarcó en un vuelo el martes pasado —dijo el hombre—. Con

destino a Mallorca. Tiene reservado un billete de regreso esta noche. La llegada está prevista alrededor de las 20.30.

—¿Y hay algo de Alice Kent?

—Nada.

—¿Y de Peter Kent?

—Tampoco.

—¿La señora Kent viajaba sola?

—Reservó el vuelo con un tal James Miller.

—Gracias —dijo Lucy antes de colgar—. Y gracias —repitió, esta vez hacia Fleming.

—Es la única ocasión que tendré de ser subcomisario —dijo él.

Lucy había conducido hasta el final de la calle y había puesto el intermitente para girar en la esquina y volver hacia comisaría cuando Fleming la interpeló de nuevo.

—¿Quiere hablar con Janet? —preguntó.

Lucy lo miró.

—Claro —dijo.

—Siga recto. La encontraremos en el aparcamiento de Foyle Street. Entre los vagabundos.

Tras girar a la derecha desde el piso inferior de Craigavon Bridge, Fleming le indicó a Lucy que tomara la segunda calle a la derecha y estacionara en el aparcamiento que discurría a lo largo del río frente a las ruinas de una antigua imprenta, encajada al final de Foyle Street.

Lucy miró a su alrededor con expectación.

—Mire allí —dijo Fleming señalando hacia los tablones de madera clavados sobre la puerta del edificio.

Al cabo de un rato, cuando Lucy empezaba a pensar que Fleming se había equivocado, uno de los tablones se desplazó medio metro. Un hombre, vestido sólo con unos vaqueros y una camiseta, salió por el estrecho hueco y avanzó a grandes zancadas por Foyle Street, aparentemente insensible al frío, hasta el arco de entrada de un establecimiento de diseño de cocinas cuyas puertas estaban ya cerradas a esa hora de la tarde. Allí, Lucy vio a dos figuras más, un hombre y una mujer, acurrucados juntos bajo la parka desplegada de él y bebiendo de unas latas. El hombre de la camiseta se les acercó, con la mano extendida, con la intención de gorronearles un trago. Una de las figuras del suelo soltó una patada y su deportiva alcanzó la espinilla del recién llegado, que se tambaleó hasta salir a la calzada, donde un coche que pasaba hizo sonar ruidosamente la bocina y tuvo que dar un volantazo para esquivarlo.

El hombre recuperó mal que bien el equilibrio y volvió a la acera. Su agresor abandonó el calor de la parka, se acercó a él y se abrazaron. La mujer que estaba acurrucada también se levantó, estremeciéndose un poco, y Lucy se quedó de piedra al ver que no tendría más de diecisiete años.

—Vamos —dijo Fleming cogiendo su bolsa y abriendo la puerta del coche.

Cruzaron la carretera en dirección a los tres vagabundos, quienes intentaban encender un único cigarrillo sin conseguirlo, porque el viento que soplaba desde el río apagaba la llama. La chica vio acercarse a Fleming y le dio un codazo a su compañero.

Lucy supuso que echarían a correr y se tensó preparándose para la persecución. Bien al contrario, el hombre se volvió hacia Fleming esbozando una amplia sonrisa.

—*Ispetor* —farfulló, levantando las manos como si fuera a abrazar a Fleming.

La chica se adelantó y se acurrucó entre los brazos de su compañero mientras sonreía a Fleming. De cerca, parecía poco mayor que una adolescente. Tenía el pelo rubio, sucio, y la cara regordeta; la costra de una herida le recorría la mejilla izquierda hasta el puente de la nariz. Cuando sonrió, Lucy vio que le faltaban algunos dientes.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó la chica.

—*Flemin* —dijo el segundo hombre a modo de saludo, tambaleándose para darse la vuelta y mirarlos con los ojos entrecerrados como si le costara centrar la vista.

Se estremecía y se frotaba un brazo desnudo con la mano. Lucy distinguió varios moretones alrededor de la zona interior del codo.

—Chicos —los saludó Fleming abriendo su bolsa y metiendo la mano en ella—. Estamos buscando a Janet.

El primer hombre se encogió teatralmente de hombros, y se volvió hacia los otros para ver su reacción. La chica no apartaba la vista de la mano de Fleming, que se demoraba dentro de la bolsa. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y apretó con más fuerza el brazo de su colega.

—Debe de estar dentro —dijo.

Fleming sacó el paquete de cigarrillos de la bolsa, cogió un puñado y se lo ofreció a la chica, que se acercaba con las palmas extendidas como si lo hubiera estado esperando.

—Gracias, Steph. —Y entonces, dirigiéndose a Lucy añadió—: Vamos.

Dejaron a los tres vagabundos discutiendo por los cigarrillos que la chica sostenía por encima de su cabeza, en la errónea creencia que eso impediría que los otros dos se los arrebataran.

Fleming condujo a Lucy de vuelta al edificio de la antigua imprenta. Rebuscó en sus bolsillos y sacó un par de guantes azules de látex, esperando que Lucy imitara su gesto.

—Utilicé los míos en casa de los Quigg. Se me olvidó recoger unos nuevos —admitió ella.

Fleming le pasó su par y sacó otro.

—A veces conviene ponerse dos pares —explicó.

Fleming tiró del tablón de madera que servía de puerta, dio un paso atrás y sacó una linterna de su bolsa.

—¿Siempre hay que ir preparado? —aventuró Lucy.

—Pronto aprenderá a saber lo que necesita —dijo él, encendiendo la linterna y entrando el primero.

Dentro, la planta baja del edificio comprendía lo que había sido la fábrica, con varias salas y despachos que rodeaban el espacio central. Ahora, todo estaba en ruinas.

Al fondo a la izquierda, en el rincón, ardía una hoguera, y las manchas chamuscadas trepaban por la pared de cemento. Había varias figuras cerca del fuego, cuyas sombras se alargaban y bailaban por el techo, extendiéndose hacia Fleming y Lucy. Unas permanecían sentadas, calentándose; otra se movía a su alrededor, intentando sacarles algo.

A su izquierda, Lucy miró dentro de una de las zonas de oficinas más pequeñas. Una pareja yacía en el suelo bajo un montón de harapos de mantas y abrigos; la mujer, con la cara vuelta hacia Lucy, frunció el ceño.

Uno de los vagabundos que estaban calentándose en la hoguera los vio y gritó «Policía», tras lo cual algunos de ellos corrieron a esconderse en las salas que había a

la derecha, mientras otro se encaramaba a los peldaños deshechos de la escalera que subía a la primera planta desde el rincón.

Entonces, un hombre que había salido de una sala un poco más alejada de la izquierda se acercó con la mano levantada en gesto de saludo y gritó a los demás:

—Sólo es Fleming.

—Martin —lo saludó Fleming—, ésta es la sargento Black.

—Sargento Black —dijo Martin tendiéndole la mano con una sonrisa desdentada.

Lucy no estaba segura de si debía estrechársela o no, pero entonces se acordó de que llevaba puestos los guantes que le había dado Fleming.

—Martin —dijo, devolviéndole tanto la sonrisa como el apretón.

Fleming le pasó a Martin un paquete de cigarrillos.

—Estamos buscando a Janet —dijo.

Martin levantó las cejas en gesto inquisitivo.

—La sargento Black quiere hablar con ella; no se trata de ningún asunto criminal.

Aparentemente tranquilizado, Martin señaló con la cabeza hacia la sala más grande de la izquierda.

—No se encuentra bien —dijo.

Fleming le dio a Martin su bolsa. Lucy no sabía si sentía más curiosidad por ver a Janet o por descubrir qué era lo que Fleming le había dado al hombre.

—Dios le bendiga, inspector —dijo Martin, rebuscando en la bolsa y sacando un sándwich envuelto en plástico—. *Tikka* —añadió haciéndole un guiño a Lucy.

—Reparte con los demás, ¿eh, Martin? —le advirtió Fleming.

El inspector puso una mano en el codo de Lucy, animándola a que se moviera.

—Uno de los miembros de mi comunidad cristiana tiene una tienda. Dona los sándwiches que no ha vendido al final del día. Si tengo la ocasión, suelo regalarlos —se explicó.

—¿Para mantener el espíritu cooperativo de los bebedores? —preguntó Lucy sonriendo con complicidad.

—Para mantenerlos con vida —respondió Fleming.

El inspector tendió la mano e hizo un gesto para que Lucy lo precediera.

La sala que había señalado Martin estaba a oscuras, salvo por el movimiento de las sombras que proyectaba la hoguera de fuera. Contra una de las paredes yacía un cuerpo envuelto en harapos. Llevaba unos vaqueros sucios y un suéter masculino. Llamaban la atención por incoherentes el par de deportivas rosas que calzaba, más propias de un niño que de un adulto.

—¿Janet? —susurró Fleming al entrar.

Lucy reprimió el gesto de cubrirse la boca; el hedor de la sala, a sudor y descomposición, era casi insoportable.

La figura encorvada se removió bajo el abrigo harapiento que alguien le había echado por encima como si fuera una manta.

Pese a la oscuridad y la escasa y titilante iluminación de las llamas, Lucy

reconoció a la mujer de la fotografía policial. También se dio cuenta de que, efectivamente, no se encontraba bien. La frente le brillaba con una pátina de sudor, y su cuerpo se estremecía involuntariamente.

—¿Janet? —repitió Fleming acercándose a la mujer.

Le puso una mano enguantada en la frente mientras con la otra apartaba el abrigo que la cubría. El inequívoco olor de la infección inundó sus fosas nasales. Ladeando la linterna, Fleming llamó a Lucy.

En el hombro de Janet, y recorriéndole toda la parte superior del brazo, tenía una cuchillada de casi veinte centímetros de largo. La piel alrededor del tajo estaba enrojecida, y la pus confería un matiz verde brillante a la herida.

—Llame a una ambulancia —dijo Fleming—. Se está muriendo.

Lucy se detuvo en el aparcamiento del aeropuerto City of Derry. Fleming y ella habían acompañado a Janet al hospital, en el coche, detrás de la ambulancia. Ninguno de los vagabundos supo decir cuándo ni cómo había sido herida.

La doctora que la atendió no había mostrado excesivas esperanzas de poder salvarle el brazo. La herida se había gangrenado y la infección se había propagado por la sangre. Casi de inmediato, le había puesto un gotero y le había llenado el organismo de antibióticos. Aun así, indicó, posiblemente habría que amputarle el brazo.

Lucy quería quedarse con ella, pero le advirtieron que Janet podría pasarse horas en el quirófano. Además, sabía que estaba previsto que el vuelo de la madre de Alice aterrizara a las 20.30 procedente de Mallorca. Fleming sostuvo que la prioridad de Lucy era Alice y devolverla con su familia.

El vuelo llegó con un cuarto de hora de demora. Lucy estaba ante los ventanales en el área de llegadas, junto con Fleming, y contempló la aproximación del avión a lo largo del río, cómo rebotaba al entrar en contacto con la pista y la estela que dejaban las alas.

La señora Kent era uno de los pasajeros; desde Mallorca les confirmaron que había subido a bordo. Lucy esperaba poder reconocerla.

Fleming y ella dejaron atrás la zona de llegadas y pasaron al área de recogida de equipajes. En cualquier caso, el aeropuerto era pequeño; una vez desembarcaban, los pasajeros recorrían el corto trecho hasta la terminal y entraban por la puerta que daba a la cinta de equipajes.

Oyeron el chirrido de los motores que se iban apagando, y al poco vieron al primer pasajero que salía por la puerta. Lucy reconoció a la quinta persona como la madre de Alice. La mujer estaba encendiendo el móvil, muy concentrada, después del vuelo. Un hombre la acompañaba.

Lucy dio un codazo a Fleming, quien observaba a los pasajeros que entraban en el edificio.

—Es ella —susurró.

La agente se separó de la pared donde estaba apoyada y se acercó a la mujer, que levantó la cabeza y sonrió hasta que se dio cuenta de que Lucy era policía. La sonrisa de su rostro se desvaneció al instante.

—¿Señora Kent?

La mujer asintió, tragando saliva. Su acompañante paseó la mirada con nerviosismo entre Lucy y Fleming.

—Soy la sargento Black, señora. Nos gustaría hablar con usted.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer mientras Fleming se situaba al otro lado y la apartaba de los demás pasajeros, que contemplaban la escena.

—Vayamos a un sitio más tranquilo —sugirió.

—Mel —dijo su acompañante—. ¿Todo bien? Tengo que volver.

Melanie Kent asintió con nerviosismo.

—Te llamaré más tarde. Vete.

—¿Estás segura?

El hombre volvió a mirar a Fleming.

—No me necesitan, ¿verdad?

—Es posible que sí —dijo Fleming—. No se marche hasta que hayamos hablado con la señora Kent.

Melanie Kent se sentó en la pequeña oficina de equipajes, sin dejar de retorcerse las manos.

—¿Que iba caminando perdida por la nieve?

Tenía acento inglés, de las Midlands, pensó Lucy.

Lucy asintió.

—En pijama —añadió.

Melanie negó lentamente con la cabeza, mientras las lágrimas se abrían paso entre sus pestañas.

—Se lo advertí.

—¿A quién se lo advirtió? —preguntó Fleming.

La mujer se recostó en la silla y levantó la barbilla, como si recurriera a la fuerza de la gravedad para evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Después, se pasó el dedo índice por las pestañas inferiores y aspiró profundamente.

—A mi exmarido, Peter.

—¿Dejó a Alice con Peter Kent? —preguntó Lucy.

Melanie asintió.

—Invitaron a mi nueva pareja a una conferencia en Mallorca. Reservó billetes para los dos porque no podíamos llevar a Alice.

—Se refiere a James Miller —dijo Lucy.

Melanie le lanzó una mirada penetrante.

—¿Dónde está ahora?

—Esperando afuera. Parece que tiene ganas de marcharse —dijo Fleming—. ¿Quiere que lo haga entrar para que la acompañe?

Melanie negó con la cabeza.

—¿Pasa algo, señora Kent? —preguntó Fleming.

—Jim está... Está casado. Su mujer no sabe lo nuestro. No creo que a él le haga gracia verse involucrado en este asunto.

Fleming asintió comprensivo y miró a Lucy.

—En tal caso, me asomaré y le diré que puede irse.

Cuando Fleming regresó, Lucy preguntó:

—¿Su marido mantenía un contacto frecuente con Alice?

Algo en el tono de voz de Lucy hizo que Melanie dudara un momento antes de responder.

—Supongo que ya saben que Peter ha estado en la cárcel. —Esperó un segundo hasta ver que Lucy y Fleming asentían y continuó—: Obviamente, no ha formado parte de la vida de Alice tanto como le hubiera gustado. Yo no la llevaba a visitarle a la cárcel. Cuando salió en libertad hace algunos meses me dijo que quería verla más a menudo, y me pidió que la dejara pasar con él un tiempo. La niña durmió algunas noches en su casa. Peter parecía haber sentado la cabeza. Uno de sus antiguos amigos, Billy, le había encontrado un empleo.

—¿Billy? —preguntó Lucy.

—Quinn —dijo Melanie—. Trabajaron juntos en un local de apuestas antes de que detuvieran a Peter.

Lucy asintió y lanzó una rápida mirada a Fleming.

—¿Así que dejó a Alice con Peter? —la alentó Fleming a continuar.

Ella asintió.

—Yo no tengo familia aquí. Después de haber lloriqueado tanto por no ver a su hija, no pareció alegrarse mucho cuando le pedí que se quedara una semana con Alice; me dijo que no era el mejor momento. Supuse que había conocido a una mujer y no quería tener a la niña rondando por la casa.

—¿Cuál es la dirección de su marido, señora Kent?

—El 126B de Woodside Road.

—Eso da al bosque de Prehen —le dijo Fleming a Lucy.

—Así es. El bosque llega hasta la parte de atrás del jardín —confirmó Melanie—. Peter... ¿le ha hecho daño a mi hija? —añadió con cautela.

—No, señora, la niña se encuentra bien. Cogió frío en el bosque, así que los médicos creyeron conveniente ingresarla en el hospital.

—¿Y no les ha contado que estaba pasando unos días con su padre? —preguntó Melanie con una sonrisa forzada.

—Apenas ha hablado desde que la encontramos, señora. Por suerte, ahora que está usted de regreso podrá contarnos cómo acabó en el bosque.

—El cabrón de su padre debía de andar demasiado ocupado en otras historias para darse cuenta —se quejó Melanie—. Será la última vez que la deje con él.

Lucy pensó que, si la sangre que habían encontrado en Alice resultaba pertenecer a su padre, como sostenía Tony Clarke, esa afirmación podría ser más cierta de lo que la mujer pretendía.

—Deben de pensar que soy una madre espantosa —dijo Melanie mirando a Lucy con angustia.

—En absoluto, señora —respondió Fleming—. ¿La llevamos al hospital?

Trasladaron a Melanie Kent al hospital en un coche patrulla. Cuando se marchó del

aeropuerto, Lucy llamó al trabajador social de guardia para informarlo. El gangueo nasal de la mujer que respondió le resultó familiar.

—¿Sylvia?

—¿Sí?

La respuesta sonó cansina, indiferente.

—Soy la sargento Black. Hemos localizado a la madre de Alice y va camino del hospital con unos agentes. Pensé que debería haber alguien allí esperándola.

—Ahora voy —dijo Sylvia; y luego añadió alegremente—: avisaré a Robbie para que se acerque también.

Antes de que Lucy pudiera decir nada, Sylvia había colgado.

Woodside Road, conocida en la zona como la Carretera Vieja de Strabane, discurría a lo largo de la colina, sobre la ciudad, unos kilómetros por encima de Prehen. Desde esa altura, Lucy y Fleming alcanzaban a contemplar el valle del Foyle, las luces titilantes de los pueblecitos esparcidos entre Derry y Donegal. La carretera estaba a oscuras y la luna bañaba los campos a ambos lados de la carretera de un tono lila.

Las únicas edificaciones a lo largo de la carretera eran antiguas granjas desperdigadas entre Derry y New Buildings. A trechos, conducían un par de kilómetros sin pasar por delante de ninguna construcción. Fleming llamó a comisaría para que comprobaran la identidad del propietario de la finca donde se alojaba el padre de Alice, pues la base de datos no incluía ninguna dirección de Peter Kent.

—Es propiedad de alguien llamado J. P. McCauley —dijo Fleming—. Kent debe de haber alquilado la casa.

Al cabo de un rato, a la izquierda de la carretera, encontraron la dirección. La masa negra del bosque de Prehen se cernía sobre la parte trasera de la finca. Se detuvieron delante de la puerta y aparcaron en la misma carretera.

Las luces de la parte de atrás de la casa estaban encendidas. Fleming se acercó a la puerta delantera y llamó tres veces, luego retrocedió y esperó. Lucy se situó un paso por detrás, mirando alrededor, consciente del silencio absoluto. No obtuvieron respuesta. Fleming volvió a llamar y esperó otra vez.

—Probaremos por la parte de atrás —dijo.

La casa databa seguramente de finales del siglo XIX; era de ladrillo tosco, el revoque irregular. Las ventanas, de guillotina, también eran viejas, de madera; los canalones, del metal original, estaban oxidados y agujereados.

La nieve acumulada en el camino de entrada y alrededor de la parte de atrás estaba intacta, como si nadie hubiera salido de la casa en los últimos días.

Siguieron el lateral hasta las puertas de madera abiertas de una carbonera. Lucy iluminó el interior con su linterna, y vio un escalón que daba a un sótano. A la débil luz de la linterna distinguió un espacio lleno de leña, viejos muebles de cocina, latas de pintura medio llenas y el armazón metálico de un catre, con un delgado colchón blanco encima.

Más allá de la entrada, había una pequeña construcción de cemento de poco más de un metro cuadrado. Una delgada chimenea de metal salía de la parte de arriba.

—Una caldera —dijo Fleming.

El aparato chirrió, pero no emitió el subsiguiente silbido del combustible al encenderse que uno habría esperado.

—Parece que se quedó sin combustible —dijo Lucy.

—Y que no se ha dado cuenta —añadió Fleming.

Rodearon la casa. Finalmente, en la parte de atrás, encontraron un par de

puertaventanas abiertas. A través de las cortinas corridas ante el umbral se filtraba el brillo de las luces de una habitación.

Fleming sacó su arma y llamó una vez sobre el cristal de la puerta abierta.

—Policía —dijo.

Lucy también sacó su arma. Se colocó a un lado de la puerta y agarró el borde de la cortina con la mano. Seguidamente, la apartó con suavidad.

Lo primero que vio sobre el suelo de baldosas blancas de la cocina fue una pequeña huella de sangre perfectamente dibujada. Unos cuantos cuadros colgaban de la pared. No había nada más.

Al retirar del todo la cortina vieron más huellas, que llevaban hasta la esquina de una sala con forma de ele.

Lucy entró en la casa. Dentro, hacía tanto frío como fuera. Al mirar hacia atrás para sostener la cortina y que Fleming pasara, se fijó en varios moscardones hinchados enganchados a la tela. Entró en la cocina, evitando pisar las huellas. Ya antes de doblar la esquina sabía qué le esperaba. Las moscas, el olor, las huellas ensangrentadas. Peter Kent estaba muerto.

Sin embargo, Lucy no estaba preparada para descubrir la forma en que había muerto. Kent estaba desmoronado en una silla, con las piernas separadas, la cabeza colgando flácida. Una gruesa cuerda atada al respaldo de la silla le cruzaba el pecho, impidiendo que el cuerpo cayera al suelo. Tenía el pecho cubierto de una costra de sangre marrón, el estómago dilatado y abultado en los huecos entre los botones de la camisa. Había sangre coagulada alrededor de la silla formando una película gelatinosa. Debían de haberlo amordazado, porque de la boca del hombre colgaba un trapo empapado de sangre.

Le habían descalzado un pie; el zapato estaba tirado en el suelo, junto a la pared más alejada, y el calcetín, hecho una bola al borde del charco de sangre. Se habían ensañado con el pie de Kent antes de que muriera; tenía la piel descolorida por los moretones. Los dos últimos dedos le colgaban en un ángulo forzado, separados del resto. En el empeine se veían círculos rojos amoratados.

—Dios santo —dijo Fleming al ponerse a la altura de Lucy—. Daré aviso.

Mientras el inspector sacaba el teléfono, Lucy rodeó el charco de sangre. Al otro lado del cadáver, en el fregadero, encontró un martillo.

Lucy y Fleming recorrieron la casa mientras esperaban la llegada de los refuerzos, revisando las habitaciones por si había alguien más. Al subir al primer piso, Lucy reparó en que desde el descansillo se tenía una visión clara del cuerpo de Kent, enmarcado en el umbral de la cocina.

En la planta de arriba encontraron la habitación en la que, posiblemente, se había instalado Alice. Había un pequeño colchón hinchable en un rincón, un edredón a un lado y un montón de ropa desperdigada por el suelo. Junto a la cómoda, vieron una maleta rosa abierta. Una muñeca descansaba sobre la cajonera. La decoración era escasa y sencilla. Puede que Alice durmiera en esa habitación, pero desde luego no le

pertenecía. Todo concordaba con la declaración de Melanie Kent: su marido no esperaba a la niña.

La segunda habitación era el dormitorio de Kent; en la tercera, no había ningún mueble.

—Una existencia muy sencilla —dijo Fleming.

Lucy se quedó mirando la habitación desamueblada.

—Es raro que no pusiera la tercera cama aquí arriba —señaló.

—¿Qué cama?

—La que hay en el sótano —dijo Lucy.

Entonces, cayó en la cuenta de lo que significaba.

Las escaleras que bajaban al sótano partían desde un trastero. La puerta estaba abierta. En su exterior se había colocado un cerrojo nuevo y pesado. Al verlo, a Lucy le vino a la memoria el dormitorio de Mary Quigg.

Buscaron el interruptor de la luz con ayuda de la linterna de Lucy. El fluorescente del techo cobró vida y empezó a parpadear erráticamente. Los destellos intermitentes iluminaron el catre que Lucy había atisbado desde el exterior. El colchón estaba cubierto con una sábana arrugada.

De la parte de arriba de la cabecera de la cama colgaban algunos trozos de cinta adhesiva cuidadosamente recortados. Sobre el suelo, junto a la cama, había un cúter con cinta todavía pegada a la hoja.

Lucy se acercó a la cama. Desde dentro de un doblez de la almohada, un pequeño objeto centelleó a la luz de la linterna. Se inclinó y lo sostuvo en la palma de la mano para examinarlo: un pequeño dije con forma de peluche.

—Parece que hemos encontrado el lugar donde retenían a Kate McLaughlin.

Lucy miró a su alrededor. A través de la puerta abierta de la carbonera les llegó el remoto ulular de las sirenas.

—Pero la pregunta sigue aún sin respuesta —prosiguió Fleming—: ¿dónde está ahora?

Tony Clarke recorrió trabajosamente el camino de entrada cargado con una caja que contenía su equipo. El interior de la casa era un hervidero; los especialistas de la científica habían colocado lámparas de arco tanto en la cocina como en el sótano. Alrededor del cadáver de Peter Kent revoloteaban gruesas moscas a las que el haz de luz teñía de un color verde azulado.

Lucy había salido un momento para escapar tanto del bullicio como del hedor de la cocina. Fleming estaba a su lado, con las manos en los bolsillos.

—Voy a tener que empezar a pagarte una comisión —le dijo Clarke a Lucy mientras se acercaba a ellos.

Lucy sonrió.

—Buenas noches, agente Clarke.

—Buenas noches tenga, sargento Black. Siempre es un placer verla.

El técnico miró a Fleming y lo saludó con un leve gesto de la cabeza.

—Inspector.

—¿Ha habido suerte esta tarde en la cabaña? —preguntó Fleming, saltándose la charla informal.

—Hemos descubierto bastantes cosas, señor —afirmó Clarke, dejando con cuidado la caja que cargaba a sus pies—. Sabemos que Kate estuvo allí.

—¿Huellas dactilares?

Clarke asintió.

—Y también cabellos. Además, claro, del dije que encontraron ustedes.

Lucy asintió.

—Aquí había otro. Es como si hubiera ido dejándolos para que sigamos su rastro.

Inopinadamente, Lucy recordó el cuento que le había leído a Alice: «Hansel y Gretel». Le vinieron a la memoria el rastro de migas de pan que serpenteaba por la espesura y el dibujo de las dos niñas caminando en el bosque que Alice había hecho después.

—También encontramos sus huellas en las latas de comida vacías que había en la cabaña —dijo Clarke.

—Así que se alimentó.

—E intentó escapar, diría.

—¿Cómo? —preguntó Lucy.

—Había un agujero en la pared del fondo. Encontramos una navaja tirada al lado con sus huellas, y también rastros de sangre en el filo de la chapa metálica.

—¿Lo que significa que...? —preguntó Fleming.

—No me compete a mí sacar conclusiones, inspector —dijo Clarke—. Pero si insiste, yo diría que estuvo encerrada en la cabaña. Intentó escapar utilizando la navaja para cortar la chapa metálica de la pared. Empujó hacia fuera la solapa, metió las manos por debajo del filo metálico para presionar con más fuerza y se cortó.

Cuando den con ella, tendrá cortes en las manos.

—¿Algún indicio de quién la metió allí?

—La cerradura de la puerta delantera de la cabaña tenía demasiadas huellas para servirnos de nada. Sin embargo, sí encontré un par de huellas en el candado, huellas que pertenecen a su amiga.

—¿A quién?

—A Alice —dijo Clarke—. Probablemente fue ella quien la encerró en la cabaña.

—¿Fue allí donde se encontró con Kate?

—Alice la llevó a la cabaña —dijo Lucy de repente—. La psiquiatra me mostró el dibujo de dos niñas que caminaban cogidas de la mano por el bosque. Tal vez Alice la llevó hasta allí para ponerla a salvo y luego cerró la cabaña.

—Pero, en ese caso, habría vuelto a buscarla —repuso Fleming.

—Puede que lo intentara —aventuró Lucy—. Es posible que por eso estuviera en el bosque cuando la encontré.

—Sí, tal vez —dijo Fleming con escepticismo.

Clarke se encogió de hombros.

—No sabría decirles. Pero las piezas van encajando. ¿Los trozos de tuberías, los tarros llenos de clavos, el fertilizante? La cabaña era una fábrica de explosivos.

—Es lo que sospeché cuando lo vi —dijo Fleming.

Clarke asintió.

—Descubrí trazas de Semtex en la superficie de la mesa; era antiguo, pero ahí seguían los restos. Formaba parte de la remesa que los provos trajeron al norte a principios de los noventa.

—Eso tiene sentido —convino Lucy—. Sabemos que Kent preparaba bombas para los provos. Una cabaña así, oculta en el bosque, sería el lugar perfecto.

—Hay algo más —añadió Clarke—. Una parte en concreto de ese lote se utilizó en un atentado cometido en Derry.

—¿En cuál?

—El del Strand Inn, en los muelles. La bomba que mató a la esposa de Michael McLaughlin.

Mientras la unidad de la científica trabajaba en la casa, Lucy fue al hospital con Tom Fleming. Travers le sugirió que informaran a Melanie Kent de la muerte de su exmarido antes de acudir a la comisaría de Strand Road para una reunión del CID, a las 07.30 de la mañana siguiente.

Melanie Kent estaba en el despacho de la asistente social de guardia cuando llegaron. Los Servicios Sociales estaban preocupados por las circunstancias en que se había encontrado a Alice en el bosque, y no le devolverían la custodia de la niña hasta que estuvieran convencidos de que no había actuado con negligencia.

Lucy y Fleming se sentaron en la cafetería mientras esperaban a que concluyera la

entrevista.

—Siento pena por la pequeña —dijo Fleming—. Y no por la terrible experiencia de ver a su padre muerto, sino por todo lo demás: su madre, tonteando con un hombre casado; su padre, en la cárcel, y ella de aquí para allá. No me extraña que la cría no quiera hablar. Tal vez crea que nadie va a escucharla.

Lucy lo miró inquisitivamente.

—¿Cuántos niños abandonados necesitan ayuda y se les niega? Piense en la niña del otro día, Mary Quigg. ¿Qué futuro le espera?

Fleming asintió, como si le satisficiera el comentario. Cuando levantó la cabeza, Robbie McManus estaba en la puerta de su despacho.

—Tenemos que hablar con la señora Kent —dijo Fleming—. Hemos encontrado a su exmarido.

Robbie enarcó las cejas esperando que Fleming añadiera algo más, aunque la expresión de Lucy le reveló que no se trataba de buenas noticias.

—De acuerdo. Ya pueden pasar.

Melanie Kent estaba sentada en el extremo más alejado de la mesa. Frente a ella, Sylvia bebía de una taza de café. Una tercera silla vacía junto a Sylvia era probablemente el asiento que había ocupado Robbie.

Melanie se levantó cuando entraron Lucy y Fleming.

—¿Han encontrado a ese cabrón? —les espetó—. Estoy metida en este follón por su culpa.

Fleming miró a Lucy antes de empezar.

—Tenemos malas noticias, señora Kent.

Justo cuando parecía a punto de lanzar otra invectiva, la mujer se detuvo en seco.

—¿Qué ha...? ¿Dónde está?

—Lo encontramos en su casa, señora Kent —prosiguió Fleming.

Lucy se acercó a la mujer y le puso una mano en el brazo. Puede que estuviera separada de Peter Kent, pero la noticia de su muerte la había abrumado.

—Será mejor que se siente, señora Kent —dijo Lucy.

—¿Qué le ha pasado?

—Vamos a abrir una investigación por asesinato, señora Kent —añadió Fleming entrelazando las manos.

La expresión de Melanie Kent se volvió lúgubre, y las lágrimas asomaron rápidamente a sus ojos. La mujer se volvió para sentarse, mientras Lucy se acucillaba a su lado y le ponía el brazo alrededor de los hombros.

—Es posible que ya no... pero yo todavía... ya sabe —intentó explicar la mujer mientras se enjugaba las lágrimas con la manga del abrigo.

—Lo entendemos —dijo Fleming.

Lucy se preguntó de repente si su propia madre reaccionaría del mismo modo al recibir la noticia de la muerte de su exmarido. Su madre le había preguntado por su padre cuando hablaron, aunque Lucy había dado por sentado que lo hacía por

cortesía, por cumplir con lo que se esperaba de ella. Sin embargo, su madre nunca había hecho lo que se esperaba, nunca había vacilado en saltarse las convenciones. Al hacerlo, había roto las barreras que obstaculizaban su carrera. Y no era lo único que había roto.

—Tal vez quiera estar a solas unos momentos —propuso Fleming.

Lucy se debatía entre la incomodidad que le producía comunicar tales noticias a un familiar de la víctima y el impulso de ofrecer consuelo a la mujer, de estar a su lado cuando más lo necesitaba. Al final, Melanie Kent tomó la decisión por ella. Asintió con la cabeza y se apartó de Lucy, buscando la soledad.

Fleming sugirió a Lucy que se marchara a casa para dormir unas horas antes de la reunión de las 07.30. La idea de volver a una casa vacía no la atraía, así que Lucy dijo que se quedaría en el hospital para ver cómo se encontraba su padre. Fleming comprobó la hora en el reloj del vestíbulo del hospital, que estaba a punto de marcar la 01.30 de la madrugada.

—Intente descansar un poco, Lucy —le dijo antes de marcharse.

Pese a que había dicho que pensaba pasarse a ver a su padre, Lucy se encontró sin pensarlo en la planta infantil.

Cuando entró, Alice estaba acostada y despierta en la cama y recompensó su llegada regalándole una sonrisa.

—Hola, Alice —la saludó Lucy.

La niña no respondió.

—Tu mamá está abajo —explicó Lucy—. Subirá pronto, espero.

Alice bostezó y se desperezó, emitiendo un leve gemido; después volvió a posar las manos sobre las sábanas y miró a Lucy con expectación.

—Ojalá hablaras con nosotros, Alice —dijo Lucy.

La sargento era consciente de cuánto había sufrido aquella niña, de lo que la había llevado a guardar silencio. Después de todo, ¿qué podía decir? ¿Cómo iba a verbalizar lo que había visto? No era más que una niña, se recordó Lucy. Incluso a un adulto le costaría asumir fuera lo que fuese lo que la pequeña había presenciado.

Se sentó en la cama junto a Alice y le acarició la cabeza. Su pelo era brillante y lacio; su cuero cabelludo, cálido al tacto.

—Pobrecita —dijo.

Alice le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos. Parecían haber perdido su brillo, como si alguien se lo hubiera robado.

—También se han llevado eso —susurró Lucy.

Sintió el calor del llanto en los ojos, y una gruesa lágrima le rodó por la mejilla. Lucy empezó a recordar, sin quererlo, a la niña que se había arrastrado por el suelo en el recibidor de su casa mientras unos ojos la miraban a través del buzón. Abrazó a Alice por los hombros y la atrajo hacia sí. Alice puso una mano en el pecho de Lucy y la otra alrededor de su espalda y le devolvió el abrazo.

Se quedaron así sentadas un rato, escuchando los ruidos de la planta, los

silenciosos movimientos de las enfermeras, el estrépito esporádico de las camas en las habitaciones contiguas.

Finalmente, Lucy se incorporó y recogió el libro que estaba en la silla junto a la cama, donde lo había dejado la noche anterior. Echó un vistazo al índice, tachando mentalmente los cuentos que ya había leído y los que no le apetecía leer. Finalmente, se decidió por uno.

—Érase una vez una niña llamada Caperucita Roja... —empezó.

Los chillidos de Alice atrajeron a las enfermeras. No se habían percatado de la presencia de Lucy y a Margaret le sorprendió encontrarla junto a la cama, intentando desesperadamente tranquilizar a Alice. La niña estaba encogida contra el cabecero de la cama, con el rostro oculto tras las mantas. Aun así, sus chillidos se propagaban por el pasillo como un eco, sin que el grosor de las mantas que aferraba entre los puños amortiguara su estridencia en lo más mínimo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Margaret.

—Le estaba leyendo un cuento —se disculpó Lucy, al borde de las lágrimas mientras contemplaba a una llorosa Alice.

—Ha mojado la cama —le dijo una enfermera a Margaret—. Tendremos que cambiar las sábanas.

Margaret intentó coger a Alice en brazos, pero la niña se apartó de ella y chilló con todas sus fuerzas. Sus ojos parecían inexpresivos, vacíos, como si estuvieran mirando algo más allá de las paredes, como si ni siquiera fuera consciente del espacio que la rodeaba ni de las personas que la acompañaban.

—Parece estar sufriendo un terror nocturno —dijo Margaret.

En ese momento, Melanie Kent irrumpió en la habitación.

—¡Alice! —exclamó mientras corría hacia su hija y la abrazaba.

Robbie entró tras ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿Qué le ha hecho? —gritó bruscamente Melanie Kent volviéndose hacia Lucy.

—Nada —dijo ella—. Estaba leyéndole un cuento.

Lucy hizo un gesto hacia el libro, sobre la silla junto a la cama, abierto por la página en la que se había visto forzada a interrumpirse. La imagen del lobo, ágil y risueño, enseñando los colmillos, les devolvió la mirada.

—¡La ha asustado! —le reprochó Melanie Kent—. Usted, zorra estúpida, casi la mata de miedo.

—Señora Kent... —empezó a decir Lucy.

Melanie Kent la interrumpió y se dirigió a Robbie.

—Aléjela de mi hija.

De camino a la habitación de su padre Lucy se pasó por la planta de recuperación, donde una enfermera de aspecto agobiado le explicó que habían sedado a Janet y estaba descansando. Los cirujanos habían conseguido salvarle el brazo a expensas, eso sí, de perder buena parte de la musculatura. Lucy no tenía la menor intención de molestar a la enferma; sólo quería saber cómo se encontraba por si tenía que contárselo a su padre.

Su padre estaba apático cuando entró. El frío de la noche en que había salido a la

intemperie desabrigado había agravado una infección pulmonar subyacente. Le habían colocado una pila de almohadas bajo la cabeza, lo que lo obligaba a dormir medio incorporado en la cama. Llevaba una sonda en la nariz, y, en el silencio de la habitación, se oía el siseo constante del oxígeno que fluía por el tubo.

El hombre abrió los ojos cuando ella se sentó. Llevaba varios días sin afeitarse y tenía las mejillas ásperas, cubiertas de una barba irregular y canosa. Su aliento sonaba levemente ronco cuando volvió los ojos hacia ella.

—¿Eres tú?

—Soy yo, papá —respondió.

Lucy alargó la mano para encender la lamparita que había junto a la cama y ladear la pantalla de modo que la luz lo enfocase directamente.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Me duele el pecho —dijo él, mientras la tos retumbaba en sus pulmones, agravándose hasta producir un breve ladrido. El esfuerzo pareció dejarle exhausto y echó la cabeza hacia atrás, acomodándola en el nido de almohadas.

—El doctor ha dicho que tienes una infección en los pulmones —explicó Lucy.

—Me pondré bien —dijo él.

Su padre levantó el brazo unos centímetros y lo dejó caer sobre la cama, frunciendo la sábana con los dedos.

—¿Cómo andan las cosas por casa?

—Bien —respondió Lucy como un eco, sin querer reconocer que no se había pasado por allí desde que salió a buscarlo en plena nevada—. Has estado hablando de Janet —añadió con suavidad, apoyando la mano en la de su padre mientras se inclinaba hacia la cama.

—¿Qué?

Su mirada parpadeó hacia su hija.

—Has estado hablando de Janet —repitió ella.

Él miró fijamente al frente, al punto en que se unían el techo y la pared, y farfulló algo que Lucy no llegó a entender.

—Sé que era tu confidente, papá —se arriesgó a decir, moviéndose un poco para adelantarse en el asiento y acercarse a su padre.

Él asintió en silencio. Sus dedos encontraron la mano de su hija y se la apretaron ligeramente.

—¿Quieres verla?

Un gemido estremeció su cuerpo; cuando se hubo recuperado, movió la cabeza adelante y atrás lentamente y carraspeó algo.

—¿Qué has dicho, papá? —preguntó Lucy en voz baja.

—¿Me ha perdonado? —acertó a articular él.

Lucy le soltó la mano y se apartó un poco en la silla.

Su padre se esforzó por hablar de nuevo.

—¿Ella me ha perdonado? —se esforzó en repetir.

—¿Quién tendría que haberte perdonado, papá? ¿Mamá?

Él negó con la cabeza.

—¿Janet?

—¿Quieres saber si Janet te ha perdonado?

Él asintió y tendió la mano hacia su hija otra vez.

—¿Y qué es lo que tiene que perdonarte?

Él la miró con ojos brillantes; después respiró hondo y bajó los párpados murmurando para sí, una y otra vez, sin dirigirse ya a Lucy. Finalmente, ella se levantó, se inclinó y besó a su padre en la frente. Tenía la piel seca y cálida, aunque su aliento desprendía el olor amargo de la enfermedad.

Lucy condujo tan aprisa como pudo de vuelta a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa antes de la reunión informativa de las 07.30. Se había olvidado de programar la calefacción, así que tuvo que hacerlo de prisa para no helarse. Tras tomar un desayuno rápido, volvió a salir. La calefacción del coche la amodorró mientras maniobraba para descender por la colina de Prehen, cuya carretera estaba flanqueada por la negra espesura del bosque.

Aunque habían retirado la nieve de las carreteras y, pese a las previsiones más alarmantes, no había seguido nevando, y el hielo brillaba a ambos lados de la calzada. Lucy notó que el volante se le escapaba de las manos al doblar una esquina y bajó la ventanilla con la esperanza de que el aire frío la mantuviera despierta.

El tráfico de la ciudad era escaso; los últimos taxis de madrugada recorrían lentamente las calles en busca de una postrera carrera antes de que los conductores del turno del alba empezaran a trabajar y de que los padres salieran de casa para acompañar a sus hijos a la escuela.

A Lucy le gustaba el silencio. Durante los últimos días, pese a encontrarse sola con frecuencia, había disfrutado de poco tiempo para sí misma. El silencio le sentaba bien. Las luces de las farolas se reflejaban en el río a lo largo de los muelles. Los témpanos de hielo formados alrededor de los pilares que sostenían Craigavon Bridge se habían engrosado hasta unirse y cruzaban sin interrupción de una a otra orilla del Foyle. Río abajo distinguió el contorno esquelético del nuevo puente peatonal que se estaba construyendo para enlazar simbólicamente las orillas oriental y occidental de la ciudad. El reflejo de la superficie estaba inmóvil; el río, hermoso y en calma, desmentía su ominosa reputación de ser uno de los más letales de Europa, por producirse en él más suicidios que en cualquier otro de Irlanda.

A diferencia de la ciudad, la comisaría era ya un hervidero. Dos novedades de gran trascendencia sobre el caso de Kate McLaughlin en el curso de las veinticuatro horas previas habían hecho que todos los agentes acudieran a la sede policial muy temprano. En la mesa del oficial de recepción se respiraba buen ambiente, la sensación palpable de que aquél sería el día en que se resolvería el caso.

Travers parecía haber pasado buena noche cuando entró en la sala de reuniones del CID. Llevaba el mismo traje que vestía en la conferencia de prensa y una corbata verde chillón, acaso pensando que tal vez fuera pertinente hacer una nueva aparición televisiva antes del final de la jornada. No parecía que Tony Clarke hubiera descansado tan bien como su superior cuando entró tras él.

Tom Fleming se sentó a una mesa al fondo de la sala, evitando deliberadamente cualquier contacto con los miembros del CID, actitud a la que el equipo correspondía de buena gana. El inspector alzó su taza de café a modo de saludo cuando vio entrar a Lucy, a la vez que la sargento Tara la saludaba con un asentimiento de cabeza y cambiaba de asiento para reservarle sitio. Sin saber bien a quién dirigirse, Lucy

saludó con la mano a Tara, indicándole que luego iría con ella, y se acercó a Fleming para hablar con él. El inspector se deslizó a un lado para dejar sitio a Lucy y dio una palmada en la mesa invitándola a que se sentara.

—Anítese —dijo—. Parece que no ha seguido mi consejo de anoche. Le he preparado un café.

Lucy aceptó la taza que le ofrecía y le dio las gracias, antes de volverse rápidamente hacia Tara con la esperanza de que entendiera la situación. Tara le devolvió la sonrisa y asintió antes de volver a ocupar su asiento.

Travers levantó una mano y esperó a que se hiciera el silencio. Clarke cruzó una mirada involuntaria con Lucy y sonrió algo avergonzado. En ese momento, Travers empezó a hablar.

—Buenos días a todos. Después de las emociones de anoche, es un placer ver tantas caras despejadas esta mañana.

Algunos de los oficiales más curtidos miraron a su alrededor con los ojos nublados por el agotamiento, señal inequívoca de su dedicación al trabajo.

—Los de la científica han estado trabajando toda la noche en la casa de Peter Kent. Han confirmado que Kate McLaughlin estuvo retenida en el sótano de la vivienda y en la cabaña de un cantero en el centro del bosque de Prehen. Le he pedido al oficial Clarke, aquí presente, que nos informe sobre lo que han descubierto.

Clarke se adelantó y empezó su presentación. Su voz apenas se oía entre tanta concurrencia y alguien del fondo le pidió que hablara más alto, obligándole casi a gritar para hacerse oír.

—Anoche trabajamos en dos escenarios —empezó de nuevo, modulando la voz de manera que quedara claro que estaba repitiendo lo que ya había dicho—. Por el momento, podemos afirmar que Kate pasó cierto tiempo en ambos lugares. Creo que la retenían en el sótano de la casa de la Carretera Vieja de Strabane y que la hija de Peter Kent, Alice, pudo haberla ayudado a escapar. Hemos encontrado una navaja con huellas de Alice junto a la cama a la que ataron a Kate; la utilizaron para cortar los nudos. Además, las puertas de la carbonera estaban abiertas y encontramos huellas de Alice en el candado. Creo que la niña abrió la carbonera y, al descubrir a Kate dentro, la ayudó a escapar. Después, la llevó al bosque, a la cabaña que inspeccionamos en la tarde de ayer; allí, una vez más, encontramos huellas de Alice en el candado.

Clarke miró a Lucy y prosiguió con su exposición:

—Creemos que Alice llevó a Kate a la cabaña del bosque y la encerró en ella para mantenerla a salvo. Kate debió de permanecer allí varios días, ya que encontramos latas de comida vacías con sus huellas. El hallazgo de una hoja rota de navaja dentro de la cabaña y de un agujero abierto en la pared de chapa metálica nos induce a creer que intentó escapar. Por otra parte, sospechamos que, en el pasado, la cabaña se utilizó para la fabricación de bombas; había restos de explosivos que coinciden con los del atentado cometido en los muelles en los años noventa, el cual tuvo como consecuencia la muerte de la madre de Kate McLaughlin.

Los oficiales sentados alrededor de Clarke lo observaban con atención y algunos de ellos tomaban notas mientras hablaba.

Travers se adelantó de nuevo.

—Gracias, oficial Clarke. Como ven, los forenses han descubierto información suficiente para mantenernos ocupados. También han encontrado un dije en cada uno de los escenarios; según creemos, pertenecían a una pulsera de Kate. Una civil que se puso en contacto con la sargento Black de la PPU le entregó un tercer dije en la noche previa.

Varias cabezas se volvieron para mirar a Lucy. Fleming le dio un codazo y alzó una ceja en gesto burlón.

—Entonces ¿cuál es la situación, señor? —preguntó un joven sargento sentado en primera fila.

—Creemos que Kent y Quinn secuestraron a Kate y la retuvieron en casa del primero. Al día siguiente, la exesposa de Kent le pidió que cuidara de su hija mientras ella se iba de vacaciones. Como ha explicado el oficial Clarke, la niña, Alice, debió de ayudar a Kate McLaughlin a escapar. Podemos suponer que, cuando los cómplices de Kent se presentaron en su casa y descubrieron que Kate no estaba, imaginaron que él la había dejado escapar. Dado que encontramos a Alice en pijama, creemos que Kent no les habló de ella a sus cómplices, y que, posiblemente, lo culparan de la huida de Kate. El cadáver de Kent muestra signos de tortura evidentes. Sus socios debieron de interrogarlo para averiguar qué había sido de Kate y lo golpearon con un martillo de carpintero. El hecho de que Alice siga con vida indicaría que no les contó nada de la pequeña, porque de otro modo la habrían utilizado para hacerle hablar. Las salpicaduras de sangre en la ropa de la niña apuntan a que estuvo en contacto con su padre, pero hemos de suponer que permaneció oculta cuando sus agresores lo asesinaron.

—Murió para protegerla —murmuró Lucy para sí. Fleming la miró inquisitivamente—. Y la niña debió de ver a quien lo mató.

—Alice llevó a Kate a la cabaña y alguien las encontró de nuevo, o, al menos, eso creemos.

—¿Y no podría haber escapado, señor? —apuntó alguien a la izquierda de Lucy.

—Es improbable. El agujero que abrió en la pared no era lo bastante grande para que pasara alguien de su estatura. Además, la puerta de la cabaña estaba abierta. Uno de nuestros helicópteros sobrevoló la zona el día antes y en las imágenes que tomó entonces la puerta de la cabaña está claramente cerrada.

—Lo que significa que la chica estaba dentro cuando sobrevolaron la cabaña —comentó Tara.

—Eso parece —convino Travers.

La admisión de ese dato fue recibida con gruñidos.

—Bien, como ya saben, dos de los secuestradores de Kate están muertos; uno de ellos, como consecuencia de la persecución de una de nuestras oficiales.

Alguien, cerca del fondo de la sala, dejó escapar un grito de aclamación amortiguado.

Travers sonrió.

—Lo sé. Aun así, si siguiera con vida, podríamos haberle sonsacado información útil. Tenemos que encontrar al resto de miembros de la banda y rescatar a Kate. Por suerte, la recompensa que ha ofrecido el señor McLaughlin ha hecho salir a los buitres.

Un rumor recorrió la sala mientras Travers clavaba las fotografías de dos hombres en el tablón de anuncios. A Lucy le pareció reconocer a uno de ellos, el más delgado, pero en un primer momento no supo ubicarlo. Tenía los rasgos afilados, y el cabello, lacio, le caía sobre la cara. El segundo hombre guardaba cierto parecido con el primero, aunque su rostro era más redondeado y tenía los mofletes caídos.

—Peter y Alan Cunningham —dijo Travers—. Nuestros objetivos del día.

Cuando oyó el nombre, Lucy supo de quién se trataba: era la pareja de la madre de Mary Quigg.

—Un confidente nos ha informado de que estos dos hombres están involucrados en el secuestro de Kate. Los dos tienen antecedentes: el más grueso, Peter, cumplió condena por pederastia en los años ochenta; está en el registro^[9]. El más joven, Alan, tiene antecedentes de delitos por tráfico de drogas y unas cuantas denuncias por maltrato doméstico y de menores.

—¿Y qué relación tienen con el caso? —preguntó alguien por detrás de Lucy.

—Peter aprendió fontanería mientras cumplía condena; juntos regentan una empresa de servicios de lampistería. Peter es el dueño de una furgoneta roja que se ajusta a la descripción de la que se vio aparcada en un área de descanso en el bosque de Prehen ayer.

—La mitad de la ciudad tiene una furgoneta roja —susurró Fleming a Lucy.

—Nuestros archivos confirman que el número de matrícula de la furgoneta coincide con el del vehículo de Cunningham.

Eso lo hacía más plausible, pensó Lucy.

—La sargento Black ha visto a Alan Cunningham hace poco, ¿no es cierto, sargento? —dijo Travers volviéndose hacia ella.

—Así es, señor —confirmó Lucy.

—¿Y no oyó gritos procedentes del sótano de Cunningham ni nada por el estilo?

—No, señor.

—¿Hubo algún detalle que le llamara la atención?

—No, señor —dijo Lucy—. Estábamos tratando de localizar a los padres de Alice y una falsa pista nos llevó hasta Mary Quigg —explicó—. Alan Cunningham es la pareja de su madre.

—Pese a sus antecedentes de maltrato —dijo Travers en alto para que lo escucharan en toda la sala—, Cunningham está conviviendo con una niña de once años. Nuestro objetivo hoy es detenerlos a ambos lo más limpiamente posible. Y

encontrar la furgoneta para que los de la científica la examinen, claro.

—¿Vamos a entrar en la casa? —preguntó Tara.

Travers negó con la cabeza.

—Será más fácil detenerlos en la furgoneta. Hemos instalado controles en los dos puentes para intentar atraparlos. Formaré varios equipos para que colaboren con las patrullas en las detenciones.

Algunos empezaron a levantarse, listos para salir, pero Travers no había terminado.

—Esos dos tipos son chusma, pero es improbable que vayan armados. Ándense con cuidado, aunque no debería haber motivos para que nadie resulte herido.

Entonces miró directamente a Lucy.

—Y procure no matar a nadie hoy, sargento Black.

Mientras los demás empezaban a marcharse con sus equipos, Lucy se hizo a un lado. Fleming se disculpó, aduciendo que tenía papeleo pendiente. En cuanto hubo salido, Travers se acercó a ella.

—El inspector Fleming no se ha quedado a esperarla —comentó—. Espero que mi ocurrencia no la haya molestado.

—En absoluto, señor —dijo Lucy secamente, procurando que Travers no viera que la había avergonzado.

—Todos los novatos son objeto de alguna broma. Lo suyo ha sido una minucia. Cuando yo empecé, a todos los novatos se les estampaba una marca.

Lucy intentó parecer sincera mientras compartía su sonrisa. Había oído contar esa historia: los veteranos bajaban los pantalones y los calzoncillos a los nuevos agentes y les estampaban el sello de goma de la comisaría en las nalgas. Era una ceremonia de iniciación que, curiosamente, solía reservarse a las agentes femeninas.

—En absoluto, señor —repitió.

—Se lo compensaré —dijo él—. Ahora, vaya con el equipo C.

Lucy salió al aparcamiento y buscó al equipo C. Al poco, se le acercó Tara.

—Estás en nuestro grupo —le dijo—. Ven.

Lucy la siguió hasta una hilera donde esperaban cinco coches camuflados. La mayoría estaban ya ocupados y listos para salir. Tara se dirigió hacia el último y subió al asiento de atrás. Lucy se acomodó a su lado.

El conductor se dio la vuelta y les sonrió.

—Buenas, señoras —las saludó.

Era un joven apuesto, de cara enjuta.

Tara le dio un codazo a Lucy.

—Buenas, Mickey —dijo.

La sonrisa del joven se desvaneció rápidamente.

—Mierda —dijo en voz baja volviéndose de nuevo en el asiento.

Lucy miró a través del parabrisas y vio que Travers cruzaba el aparcamiento y se dirigía hacia ellos. Abrió la portezuela del pasajero y subió.

—En marcha, oficial —ordenó—. No tenemos todo el día.

Lucy captó la mirada de Mickey en el retrovisor y vio que alzaba las cejas. Entonces cambió de marcha y el vehículo arrancó de golpe.

Recorrieron Strand Road tras los cuatro Land Rover del equipo de respuesta. Cuando llegaron al ayuntamiento, se separaron: dos vehículos siguieron hacia Craigavon Bridge, donde establecerían un control en los pisos superior e inferior; los otros dos tomaron Quay Trail hacia Foyle Bridge, en el otro extremo de la ciudad, donde uno bloquearía el carril de la carretera en sentido Derry y el otro los dos carriles que llevaban al Waterside.

El resto del convoy siguió por Culmore Road, y los demás vehículos habían reducido la velocidad a los cincuenta kilómetros por hora cuando vieron acercarse los coches del PSNI. Mickey llevaba encendida la calefacción del vehículo, con lo que la atmósfera era aún más sofocante de lo que la sola presencia de Travers la hacía. Tara y Lucy intentaron charlar un par de veces, pero se interrumpieron rápidamente cuando, en cada ocasión, Travers se volvió en su asiento retorciéndose y sonriendo, con la expectativa de intervenir en la conversación. Al final, acabaron sumiéndose en un incómodo silencio.

El convoy se separó en la rotonda de Culmore, siguiendo las órdenes que Travers transmitía por radio. El equipo C se apostaría en la zona de estacionamiento que había al final de la orilla Derry del puente, en los carriles que llevaban al Waterside. El equipo D se situaría en el aparcamiento del otro extremo de la carretera, cuyos carriles estaban separados por una valla metálica baja. Los equipos A y B ocuparían posiciones similares en el extremo Waterside del puente. Si alguno de los equipos divisaba la furgoneta, debía seguirla a corta distancia. Cuando el control le cortara el paso en el vértice del puente, podrían echárseles encima y detener a los hermanos

Cunnigham.

Llevaban media hora sentados en el coche, contemplando la circulación del tráfico, y constatando que la mayoría de los vehículos superaban el límite de velocidad. La gran manga de viento naranja sujeta al poste de una farola poco más allá del aparcamiento aleteaba esporádica y engañosamente. Algunos copos de nieve se deslizaron por el parabrisas. Lucy miró a su izquierda, hacia los campos que se extendían bajo el puente. Entre los árboles que había cerca de la orilla del río, destacaba la silueta desmoronada de la Boom Hall^[10]. Recordaba haberla visto de niña: era una mansión del siglo XVIII, erigida en el lugar donde el ejército jacobita había levantado una barrera de madera flotante entre las dos orillas del Foyle para impedir que, durante el asedio de Derry de 1689, los buques de socorro llevaran suministros corriente arriba a los orangistas de Guillermo. A pesar de su importancia histórica, el edificio había acabado en ruinas.

Al cabo de un rato, Travers, pareció hartarse del silencio que reinaba en el coche.

—Mickey, acércate a aquella furgoneta y trae unos té, si eres tan amable.

Como respuesta, Mickey miró hacia el asiento de atrás, con la visible esperanza de que encargara la tarea a alguna de las mujeres. Travers, ignorando su gesto, le dio un billete de diez libras.

—Con leche y un terrón de azúcar. ¿Y vosotras, chicas?

—Sin azúcar —dijo Tara sonriendo—. Pero con leche. Gracias, señor.

—Yo también con leche y un terrón, por favor —dijo Lucy.

Mickey cogió el dinero y, al salir del vehículo, cerró la puerta con más ímpetu del necesario.

—¿Para qué sirve ser jefe si uno no puede pedir ni un té? —dijo Travers, volviéndose en el asiento para mirarlas—. Son las ventajas del cargo.

Mickey esperó a que se interrumpiera el tráfico antes de cruzar a la carrera los dos carriles hasta la divisoria central. Trepó la valla de madera y de nuevo volvió a esperar el momento propicio para correr hasta el otro lado del puente, donde se encontraba el equipo D. En el extremo del estacionamiento había una furgoneta blanca que vendía bebidas y tentempiés. Después de que Mickey se uniera a la cola, se le sumó uno de los integrantes del equipo D que había sido enviado con la misma misión.

Mickey había vuelto a la divisoria central con los cuatro vasos de poliestireno balanceándose precariamente sobre un pedazo de cartón que hacía las veces de bandeja cuando Lucy vio que la furgoneta roja pasaba por delante de él, en dirección al Waterside. Travers también la vio.

—Es nuestra —dijo deslizándose hasta el asiento del conductor.

Mickey dejó caer los té, esquivó un coche y corrió hacia ellos. Travers le indicó que subiera al asiento del pasajero y, cuando lo hubo hecho, arrancó.

Se metieron en el carril de la izquierda y salvaron la rasante del puente hasta ver que la furgoneta aminoraba la velocidad y que las luces de freno centelleaban. Los

Cunningham habían avistado el control que había más adelante en el puente, y, aunque todavía estaban a cierta distancia, empezaron a frenar.

—Están pensando en dar la vuelta —dijo Travers.

—Pero no pueden —dijo Mickey—. La divisoria central recorre todo el puente.

La furgoneta se metió en el carril exterior; a su izquierda, el tráfico avanzaba en su mismo sentido. Para dar la vuelta tendría que cruzar la divisoria, lo cual era imposible debido a la valla de separación. Estaban atrapados, sin más alternativa que continuar por el puente hasta el control. De repente, el conductor del coche que iba detrás hizo sonar el claxon: la furgoneta se había detenido en medio de la carretera.

Por un momento, Lucy pensó que los Cunningham intentarían huir a la carrera, que abandonarían la furgoneta y escaparían a pie; sin embargo, el vehículo dio un bandazo a la izquierda.

—Va a dar la vuelta —dijo Mickey.

Ignorando los estruendosos bocinazos de los coches que se le echaban encima, la furgoneta cambió de sentido en tres maniobras y reemprendió la marcha en dirección contraria a lo largo del puente, obligando a los coches que entraban a pegarse al carril interior para dejarla pasar.

Travers encendió la sirena y las luces.

—Avisa al equipo D —le espetó a Mickey agitando el micrófono.

—Ayuda, equipo D. Los sospechosos conducen por el puente en dirección contraria hacia la rotonda de Culmore.

Lucy volvió la cabeza y, mientras la radio crepitaba a modo de respuesta, vio el coche del equipo D salir de la rotonda y dirigirse hacia Culmore desde el extremo opuesto del puente.

Los Cunningham ya habían visto el coche de Travers y serpenteaban bruscamente sobre el resbaladizo asfalto, intentando mantener el control del vehículo.

Travers cruzó la carretera en diagonal con la idea de cerrarles el paso. El conductor de la furgoneta reaccionó acelerando y subió al bordillo de la divisoria central, de manera que el lateral del vehículo rozó la valla, arrancó los postes de madera anclados con cemento a la carretera y los fue desenredando como una cinta que se arrastraba por el asfalto detrás de la furgoneta.

—¡Agarraos! —gritó Travers cuando la furgoneta se aproximaba.

El conductor esperaba rozar apenas la parte trasera del vehículo policial, pero había subestimado la anchura de la furgoneta.

Lucy sintió que el coche se deslizaba sin control sobre el asfalto; de repente, se vio lanzada contra la ventanilla del otro lado y oyó el estampido sordo que se produjo cuando la furgoneta golpeó la parte trasera del coche y le arrancó el parachoques.

La fuerza del impacto hizo que el coche girara y acabara encarando la dirección en que avanzaba la furgoneta. Carretera adelante, el coche en que se desplazaba el equipo D se había detenido en diagonal entre los carriles, muy cerca de la mediana.

La furgoneta roja se deslizó hasta detenerse. Travers cambió bruscamente de

marcha y partió tras ella.

—¿Está todo el mundo bien? —gritó mirando por el retrovisor a las dos mujeres.

Los Cunningham habían salido de la carretera para dirigirse hacia el aparcamiento donde unos minutos antes había estado el equipo C. Al instante, los dos hombres se apearon del vehículo y huyeron a pie por el terraplén que salía del aparcamiento. Lucy reconoció al más delgado como Alan Cunningham. Corría con una bolsa en la mano.

Travers estacionó detrás de la furgoneta, mientras el equipo D lo hacía en la otra entrada del aparcamiento. Los agentes salieron sin demora de los vehículos y se lanzaron a la carrera tras los fugitivos.

Desde la cima, distinguieron inmediatamente las huellas que los dos hombres habían impreso en la nieve al deslizarse hasta el fondo del terraplén. La manga de la chaqueta de Peter Cunningham había quedado prendida en una valla de alambre de espino que cercaba un campo detrás de Boom Hall, y su hermano lo había abandonado y corría hacia el viejo edificio en ruinas.

—¡Ha tirado la bolsa! —gritó Lucy.

—¡Vigilad la furgoneta! —gritó Travers antes de lanzarse terraplén abajo tras los dos hombres, deslizándose sobre las nalgas hasta llegar al fondo.

Peter Cunningham se retorció y tiró de la manga enredada en la alambrada hasta que, por fin, pudo bajarse la cremallera; tras dejar atrás la chaqueta colgada de la valla, echó a correr por la nieve vestido sólo con una camiseta.

Lucy siguió a Alan Cunningham, que corría hacia las ruinas de Boom Hall resbalando a cada paso sobre la nieve. Cuando el fugitivo alcanzó el edificio, dobló una esquina y desapareció de su vista.

La sargento aceleró tras él y aminoró el paso al llegar ante la fachada de la mansión. Las ventanas de la planta baja habían sido tapiadas para impedir que los niños del barrio entraran a jugar en la casa en ruinas. Sólo las más altas seguían abiertas, pero hacía mucho que los cristales habían desaparecido. Gruesos zarcillos de hiedra recorrían como cicatrices la fachada del edificio, retorciéndose alrededor de la mampostería y entrando a través de las rendijas de las ventanas abiertas.

En un primer momento, Lucy no vio a Alan Cunningham por ninguna parte. Luego oyó un roce y, al levantar la mirada, se percató de que había utilizado un grueso manojo de hiedra que trepaba por la pared para ayudarse a escalar el lateral del edificio. Apenas tuvo tiempo de verlo subir hasta el alféizar de una ventana, impulsarse y desaparecer dentro de la casa.

Lucy dio un paso atrás, calculó la altura de la pared y se agarró a la hiedra. Sabía que, si la enredadera había soportado el peso de Cunningham, aguantaría también el suyo, pero le preocupaba que las raíces se hubieran soltado de los ladrillos. Adelantando una mano cada vez y apoyando el peso en las piernas, trepó lentamente. En algunos puntos descubrió que el cemento se había deshecho, y los huecos entre los ladrillos le proporcionaban un punto de apoyo firme. Cuando se acercaba al alféizar,

sintió que los brazos empezaban a dolerle. Buscó un hueco para afianzar los pies y se impulsó hacia arriba con las piernas mientras tanteaba el saliente con una mano.

Antes de impulsarse para subir al alféizar, Lucy miró hacia abajo y vio a Travers, que se disponía también a trepar por la enredadera. Al cabo de un momento, estaba mirando las entrañas del edificio. A excepción de unas cuantas vigas que habían resistido, comprobó que el techo se había hundido, lo que le permitía ver las ruinas con toda claridad, incluso a la débil luz invernal. Los tabiques que separaban las habitaciones mostraban distintos grados de deterioro, y los suelos estaban cubiertos de restos de madera y escombros.

Agarrándose al saliente de la ventana, Lucy hizo oscilar las piernas y las pasó por el hueco, se dejó caer hasta la mitad de la pared interior y luego se soltó hasta el suelo. Creyó que se encontraba en lo que, en el pasado, debió de haber sido el salón principal porque los restos de una inmensa chimenea dominaban la pared del frente. El suelo bajo sus pies era irregular, cubierto por una capa de nieve que todavía no se había derretido, y el interior del edificio quedaba oculto entre las sombras que proyectaban las paredes.

Lucy se tambaleó sobre el suelo, intentando seguir el rastro de nieve removida que había dejado Cunningham. Se fijó en los numerosos tabiques, todos los cuales podían servir de escondrijo. Empezó a lamentar las prisas con las que se había lanzado a perseguir al fugitivo y durante un instante se planteó esperar a que llegara Travers, pero también sabía que el subcomisario era mayor que ella, que estaba en peores condiciones físicas y que le costaría trepar por la pared.

Desde algún punto al fondo del edificio le llegó el eco de un alboroto y un pájaro alzó el vuelo ruidosamente. Lucy siguió al ave, un cuervo de color gris cuyas alas resonaban contra el viento frío.

Se dirigió al lugar donde lo había visto aparecer. Dobló una esquina y supuso que se hallaba en el pasillo, un espacio largo y estrecho cuyas paredes se extendían a lo largo de la mansión, con varias puertas que se abrían a cada lado.

Lucy siguió avanzando hacia el fondo del edificio. Dado lo irregular del suelo, no sabía distinguir si las huellas que veía en la nieve eran realmente las de Cunningham. Con todo, le pareció ver que, más adelante, a su derecha, unas pisadas nítidas atravesaban uno de los umbrales. La sargento se acercó a la puerta, con la pistola en la mano, y se detuvo un instante, conteniendo la respiración para intentar oír cualquier ruido.

Finalmente, se asomó al marco con cautela, sin atreverse a echar más que un rápido vistazo.

Aun así, el golpe la alcanzó de lleno en la frente. Cunningham estaba al otro lado de la puerta, pegado a la pared, con una piedra aferrada en una mano. Cuando levantó el brazo y le propinó un segundo golpe, Lucy se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Le pareció que se le nublaba la vista y sintió el calor de la sangre que le goteaba por la frente.

La sargento alzó la mirada hacia el fugitivo, que la había seguido y estaba ahora en el umbral. Se dio cuenta de que el hombre parecía aterrado, como si no pretendiera nada de lo ocurrido. Cunningham la contempló un segundo con un rostro macilento y pálido, tiró la piedra a un lado y pasó corriendo junto a ella, alejándose por el pasillo que Lucy acababa de recorrer. La sargento intentó agarrarle el pie para impedirsele, pero él le propinó sin mirar una patada que la alcanzó en el hombro y la obligó a soltarlo. Se quedó tumbada en el suelo, incapaz de ponerse en pie mientras veía cómo Cunningham huía. El fugitivo se acercaba a la última puerta del fondo del pasillo cuando Travers apareció, blandiendo una porra. Con un hábil golpe, alcanzó a Cunningham en el cuello. El hombre cayó de rodillas al instante. Travers levantó la porra por segunda vez y volvió a golpearlo, esta vez por debajo de la nuca. El agudo crujido de la madera al impactar contra el hueso llegó hasta Lucy, que observó impotente cómo Cunningham se desmoronaba de bruces.

Lucy esperó dentro del edificio con Travers mientras el equipo derribaba desde el exterior los bloques de cemento con los que se había tapiado una de las ventanas de la planta baja. Travers la obligó a sentarse apoyada en la pared para que descansara, y le echó el abrigo por encima de los hombros para que entrara en calor. Ninguno de los dos prestó demasiada atención a Cunningham, quien, una vez esposado, se había quedado tumbado boca abajo en el suelo, inmóvil.

Cuando el bloque central de cemento se vino abajo, entrevieron por fin un poco de luz en la pared; el resto cedió con facilidad. Fuera, Peter Cunningham estaba sentado contra la valla al fondo del terraplén que descendía desde el aparcamiento. Tenía un ojo amoratado y un corte en la mejilla que destacaba enrojecido sobre la palidez de su cara. Seguía llevando sólo la camiseta y no parecía que ninguno de los agentes se hubiera tomado la molestia de acercarle la chaqueta.

Mickey ayudó a Lucy y a Travers a salir por la ventana. Cuando también sacaron a Cunningham, lo llevaron junto a su hermano. Lucy dirigió la mirada hacia los campos que la rodeaban y vio un Land Rover que avanzaba dificultosamente por la estrecha calzada que conducía a Boom Hall desde el puente. Mickey le acercó a Travers la bolsa que Cunningham llevaba cuando salió corriendo de la furgoneta. Dentro había varias bolsitas que contenían pequeños terrones marrones envueltos en papel, no mayores que una pastilla de caldo.

—¿Heroína?

—Eso parece, señor.

—¿Algo más?

Mickey se encogió de hombros.

—En estos momentos están registrando la furgoneta, señor.

Al cabo de un minuto, un agente bajó por el terraplén hacia ellos, llamando a Travers. Extendió la mano y le ofreció un pequeño objeto. El subcomisario lo sostuvo en alto y Lucy vio la pequeña figura dorada de una bailarina.

—Bingo —dijo Travers.

Lucy pasó el resto del día en el hospital. El corte de la frente requirió varios puntos de sutura, y luego el médico insistió en que permaneciera ingresada por si había sufrido una conmoción. La enfermera ni siquiera le dio permiso para bajar a ver a su padre, y le prohibió levantarse de la cama. Francamente, tenía que admitir que le apetecía descansar. Cuando pasó el efecto del anestésico local que le habían administrado, el corte empezó a escocerle mucho, lo que empeoraba un ya de por sí agudo dolor de cabeza.

Pidió un analgésico y se pasó la tarde dormitando. Antes de las cinco, a la hora del cambio de turno, le preguntó a la nueva enfermera si podía ver a la doctora

Matthews.

—Lo que usted tiene es un traumatismo craneal —dijo la enfermera tras consultar su historial.

—Eso es —dijo Lucy.

—Y no creo que eso requiera la visita de la psiquiatra —prosiguió la joven, impávida.

—Tenemos una amiga común. ¿Podría decirle que quiero hablar con ella sobre Alice?

Matthews llegó antes de que dieran las seis. Pese al calor que hacía en la habitación, no se quitó el abrigo con la intención de dejarle claro que había terminado su jornada.

—Quería verme —dijo.

Tras pedirle a la enfermera que la llamara, Lucy se dio cuenta de que en realidad no tenía nada que decirle.

—Me preguntaba si había vuelto a hablar con Alice.

Matthews se lo pensó antes de responder.

—La he visto una vez.

—¿Cómo está?

—¿Por qué?

—La asusté —confesó Lucy en voz baja—. La última vez que la vi. No era mi intención, pero...

La mujer dejó el bolso en el suelo y se dejó caer pesadamente en una silla junto a la cama de Lucy.

—¿Cómo?

—Le estaba leyendo un libro y empezó a chillar.

—¿Qué le leía?

Lucy se lo pensó.

—«Caperucita Roja».

Matthews esbozó una sonrisa lúgubre.

—Más cuentos infantiles.

—Sólo le leía. Me pareció que esos cuentos eran seguros.

Matthews se desabotonó el abrigo para cambiar de postura en la silla y ponerse más cómoda.

—Los cuentos tradicionales reflejan temores innatos: la separación, la oscuridad, el mal, la pérdida. Muchos de los niños que han padecido un trauma se identifican con un personaje de cuento; así pues, es posible que Alice se reconozca en la historia de Caperucita que usted le contó.

—¿Por qué?

—Todavía no estoy segura. Cada niño ve un rasgo diferente de sí mismo o de su historia en esos cuentos. Basta con que mire los dibujos que hizo Alice y verá niños

en el bosque que parecen salidos de los cuentos.

Lucy pensó en lo que acababa de decirle la doctora. Ella misma había establecido un paralelismo entre uno de los dibujos y «Hansel y Gretel».

—¿Y qué me dice del dibujo que tenía un rectángulo rojo? —preguntó.

Matthews se encogió de hombros.

—¿Cuál?

—El del rectángulo con un animal negro en el centro.

—Lo recuerdo. Basándome en su reacción al cuento de Caperucita, el animal podría ser un lobo.

—La niña vio al asesino de su padre, ¿no es cierto? —preguntó Lucy, incorporándose en la cama.

Matthews asintió.

—Es posible. Pero en este momento, lo único que ve o recuerda es un símbolo del hecho, y no tiene una idea clara de los individuos que intervinieron.

—¿Y el símbolo es el lobo? —indicó Lucy.

—Eso es lo que creo —convino Matthews.

La psiquiatra se levantó de la silla y se abotonó el abrigo para marcharse.

Lucy vio las noticias de la noche en su habitación. Entrevistaban a Travers acerca de los avances en el caso de secuestro. Dos hombres, dijo, colaboraban en la investigación de la policía. Estaba convencido de que Kate regresaría pronto a casa, sana y salva, le aseguró al reportero.

La noticia había acabado cuando sonó su móvil. Esperaba que fuera alguien del trabajo, que llamaba para interesarse por su estado. Pero, cuando respondió, al principio le costó reconocer la voz.

—Necesito su ayuda.

Era la voz entrecortada de una niña asustada.

—¿Kate? —preguntó Lucy, consciente al instante de lo absurda que era la pregunta. ¿Cómo iba a tener su número de móvil Kate McLaughlin?

—Soy Mary. Usted dijo que la llamara si necesitaba su ayuda. Pues la necesito.

Teniendo en cuenta que ya era de madrugada, Lucy encendió las luces azules del coche patrulla al cruzar Foyle Bridge y silenció la sirena. Al entrar en la urbanización donde vivía Mary, un grupo de jóvenes de camino a casa tras una noche de juerga se tambalearon en la calle delante de su vehículo. Uno de ellos gritó insultos al coche, se agarró la entrepierna y la miró maliciosamente a través del parabrisas. Ella tiró del freno de mano y abrió la puerta sin apagar el motor. Como era de esperar, el valor de borracho abandonó de golpe al chico, que se dio la vuelta y tropezó sobre la acera cuando se alejaba corriendo mientras sus amigos se dispersaban por el laberinto de

callejones.

Lucy se detuvo delante de la casa de los Quigg. La luz del salón era visible a través de las cortinas, y la sargento reparó en que había una pequeña figura mirándola desde la ventana. Una manita blanca se alzó a modo de saludo; después, las cortinas se hicieron a un lado y Mary desapareció en el interior de la sala.

Al cabo de unos segundos, la puerta principal se abrió de par en par, derramando luz sobre el camino de entrada cubierto de nieve. Lucy lo recorrió trabajosamente, atenta a los alrededores al recordar el ataque que habían sufrido en su anterior visita.

Mary estaba en el recibidor, esperándola, vestida con una camiseta que acentuaba la delgadez de su cuerpo. Tenía los hombros estrechos; los brazos, desgarrados y pálidos, y los huesos le sobresalían a través de la piel. Llevaba unos pantalones de pijama, sin calcetines ni zapatillas. Lucy sintió una punzada al reparar en que las diminutas uñas de los pies de la niña estaban pintadas con esmalte rosa, un detalle que, aunque normal, chirriaba dadas las circunstancias en que vivía la criatura.

—¿Qué ocurre, Mary, cariño? —preguntó—. ¿Alguien te ha hecho daño?

La niña negó con la cabeza, y sus dientecillos mordisquearon el labio inferior mientras se esforzaba por contener las lágrimas.

Lucy se acuclilló a su lado y extendió los brazos.

—Está bien, cariño, está bien. ¿Qué pasa?

La niña no dejaba que le cayeran las lágrimas. Tomó la mano de Lucy y tiró de ella para obligarla a levantarse y que la siguiera.

Subió las escaleras a la primera planta. Mientras lo hacían, Lucy oyó unos sollozos roncós que provenían de una de las habitaciones. Se quedaron ante la puerta, que estaba cerrada.

—Mamá no para de llorar —dijo Mary—. Necesito que usted la ayude.

La franqueza de la petición pilló a Lucy con la guardia baja.

—¿Tú te encuentras bien? —preguntó.

Mary asintió con brusquedad y señaló la puerta de la habitación de su madre.

—Mamá se ha pasado el día entero llorando, y no puedo hacer que pare. Le preparé la cena pero no quiso ni tocarla.

Lucy miró fijamente a la niña un momento pensando en cogerla en brazos, envolverla en su abrigo y llevarla lejos de aquella casa. Finalmente, se dio la vuelta y llamó secamente a la puerta con el puño enguantado.

—Señora Quigg, ¿va todo bien?

La única respuesta fueron unos sollozos más altos, un llanto más claro y un golpe junto a la puerta.

Lucy probó el pomo; se movió, pero no se abría.

—El novio de mamá puso una cerradura por dentro. Dijo que era para que yo no me metiera en su cama por la noche.

Lucy empujó la puerta con suavidad. Mientras la parte de abajo cedía levemente, notó que por arriba se resistía y dedujo que debía de haber un pestillo como el de la

habitación de Mary. Llamó de nuevo, sin contundencia, pero esta vez tampoco obtuvo respuesta.

—¿Cómo se llama tu mamá? —le preguntó a Mary.

—Catherine.

—¿Catherine? —dijo Lucy hacia el otro lado de la puerta—. ¿Catherine? —repitió una vez más.

Oyó que la mujer farfullaba algo dentro de la habitación, unas palabras ininteligibles a través de la pared. Lucy apoyó todo el peso de su cuerpo en la puerta y notó que la parte superior crujía a medida que la presión hacía ceder los tornillos que sujetaban el pestillo.

—¿Dónde está tu hermanito? —le preguntó a Mary.

—En su cuna, en mi habitación. Lo acosté.

—Claro, cariño —dijo Lucy—. Ve a ver cómo está, ¿quieres?

Cuando Mary se dio la vuelta y se marchó, Lucy volvió a cargar contra la puerta y oyó el crujido de la madera cuando se astilló alrededor del cerrojo. Aunque se había agarrado al pomo, poco faltó para que cayera dentro de la habitación.

Catherine Quigg estaba tumbada sobre la cama en ropa interior. Una botella vacía tintineó a los pies de Lucy cuando se acercó a la mujer, y supuso que era lo que había producido el golpe seco contra la puerta la primera vez que había llamado.

Catherine Quigg cambió de postura en la cama y la miró fijamente, con ojos somnolientos. El maquillaje se le había corrido y le bajaba por las mejillas en franjas negras. Tenía la cara hinchada por el llanto; las mejillas y la nariz, enrojecidas por las lágrimas y el alcohol. El hedor del vodka saturaba la atmósfera de la habitación. En un rincón había una papelera llena hasta los topes de latas de cerveza aplastadas. Sobre el armario junto a la cama había un papel de fumar desechado como una piel descamada, un filtro de cigarrillo sin usar y unas hebras de tabaco; debían de llevar ahí algún tiempo, porque Lucy no pudo distinguir el rastro de olor a marihuana.

—¡Pírese! —le espetó Catherine Quigg a la vez que intentaba propinarle una patada.

Lucy se apartó y buscó instintivamente la porra que llevaba en el cinturón.

—Catherine, ¿puede sentarse y hablar conmigo un momento?

La mujer intentó escupirle, pero el gesto careció de fuerza y el gargajo le cayó por la barbilla. Se apoyó en un codo para incorporarse y se lo limpió con el dorso de la mano.

Lucy se inclinó, recogió una camiseta blanca del suelo y se la ofreció.

—¿Podría vestirse?

La mujer le clavó una mirada de ojos entornados y desdeñosos y después se volvió hacia la puerta. Mary Quigg estaba en el umbral.

—¿Te encuentras bien, mamá? —preguntó.

—Menuda pequeña zorra estás hecha. ¡Mira que llamar a estos cerdos!

La mujer soltó un puñetazo que se perdió en el aire. No obstante, el gesto hizo

que Mary retrocediera asustada.

—Ve abajo y pon el hervidor al fuego, Mary —dijo Lucy obligándose a esbozar una sonrisa—. Yo ayudaré a tu madre a levantarse.

Pese a sus esfuerzos, la niña no pareció tranquilizarse del todo, aunque se marchó de la habitación. Lucy escuchó sus leves pasos descendiendo sin hacer ruido las escaleras y caminando por el piso de abajo.

Lucy se sentó en la cama junto a Catherine Quigg, que se apartó de ella y cogió la camiseta para cubrirse el pecho.

—Esa niña llamó a una agente de policía en plena noche porque estaba preocupada por su madre. Preparó la cena y cuidó de un bebé mientras usted estaba tumbada en la cama. Si yo fuera usted, le hablaría con un poco más de consideración.

—No me sermonee sobre mis hijos —farfulló la mujer—, qué sabrá usted.

—Sé que debería llevarme a la niña y a su hermano conmigo y dejarla sola, revolcándose en su propia mierda.

La mujer la miró fijamente, aterrada.

—No puede hablarme...

—Le hablo como me da la gana, señora Quigg. Debería avergonzarse de sí misma.

Catherine Quigg abrió la boca y gritó:

—¡Llamaré a mi abogado!

—Y yo a los Servicios Sociales. Y ahora, vístase.

Catherine Quigg le sostuvo la mirada un instante, luego agachó la cabeza y empezó a lloriquear escondiendo la cara en la camiseta que todavía sostenía entre las manos.

—Su gente detuvo a mi Alan.

Al instante, Lucy comprendió el porqué del estado de Catherine Quigg.

—Él es lo único que tengo —dijo la mujer, estremecida con la fuerza del llanto.

Mordiéndose la lengua para reprimir el impulso de recordarle que también tenía dos hijos, Lucy apoyó una mano en el hombro de la mujer. Tenía el tirante del sostén retorcido y Lucy se lo desenredó.

—Entiendo cómo se siente, señora Quigg —la consoló Lucy—. Pero hemos relacionado a Alan con el secuestro de Kate McLaughlin.

—Él no tiene nada que ver con la chica desaparecida.

Lucy se resistió a seguir por ese camino. Sabía que, dijera lo que dijese, no podría convencer a Catherine Quigg.

La mujer cambió rápidamente de postura en la cama, se incorporó y puso una mano sobre la de Lucy.

—Usted podría sacarlo.

—¿Cómo?

Lucy se irguió y se levantó.

La mujer se arrastró sobre la cama y se levantó también, tambaleándose. Lucy

tuvo que sostenerla por el hombro para que no perdiera el equilibrio.

—Usted podría sacarlo. Usted sabe que no tuvo nada que ver en eso, ¿verdad?

El tono de la mujer era de angustia, suplicante.

—Yo puedo darle una coartada. ¿Cuándo desapareció esa chica?

—La noche del miércoles.

—Alan pasó la noche entera conmigo.

—¿Desde qué hora?

—¿A qué hora desapareció la chica?

Catherine Quigg se acercó a Lucy aprovechando la misteriosa ventaja que creía tener sobre ella.

—Alan no ha salido de aquí desde entonces. Doy fe.

—Si usted puede proporcionarle una coartada a su pareja, tendrá que serenarse y acompañarme a comisaría.

Catherine Quigg entrecerró los ojos e hizo una mueca.

—Lo que usted pretende es quitarme a Mary —dijo meneando el dedo.

El tirante del sostén se le deslizó por el hombro, pero no volvió a subírselo.

—Vístase por favor, señora Quigg —le pidió Lucy—. Mary está preparando un té. Hablaremos mientras tomamos una taza.

A desgana, la mujer recogió de la cama la camiseta con la que había hecho una bola y se la puso. Lucy encontró unos vaqueros en el suelo y se los tendió.

—¿Quiere una foto o qué? —le espetó Catherine Quigg, cambiando otra vez de humor.

Lucy se agachó, recogió la botella de vodka vacía del suelo y bajó por las escaleras.

Mary estaba en la cocina, con dos tazas de té en las manos, pálida y con expresión de sentirse completamente perdida.

—Deberías acostarte, Mary —dijo Lucy—. Tienes que dormir.

—Alguien tiene que cuidar de mamá.

Sobre sus cabezas, Lucy oyó el crujido de los muelles cuando la mujer volvió a dejarse caer en la cama y miró su reloj. Eran casi las cuatro de la madrugada.

—Tu mamá dice que Alan lleva en casa desde el miércoles por la noche, Mary —dijo, cogiendo una de las tazas que sostenía la niña—. ¿Es verdad?

Mary inclinó la cabeza y cerró los ojos con fuerza, intentando recordar. Finalmente, asintió.

—Ha estado en casa desde que empezó a nevar. Mamá se pone contenta cuando él se queda.

—Eres demasiado buena, Mary —dijo Lucy—. Tu madre no sabe lo afortunada que es al tener una hija como tú.

Mary esbozó una leve sonrisa, y el gesto le iluminó los ojos.

—¿Puede traer de vuelta a casa al novio de mamá? —preguntó Mary—. Entonces ella dejará de llorar y se pondrá bien.

A la mañana siguiente, se encontró con Fleming a las ocho en Strand Road.

—¿No tendría que estar en el hospital? —preguntó Fleming.

—Pedí el alta voluntaria anoche —dijo Lucy.

—Tenía la intención de madrugar y pasarme a verla —empezó a decir Fleming.

Lucy restó importancia a la gravedad de su estado con un gesto de la mano.

—Me encontraba bien —dijo—. Además, pasé la tarde entera durmiendo —mintió.

—Me entretuve con otra cosa y se me hizo tarde —añadió Fleming a modo de explicación.

Lucy supo que Fleming también mentía. Bajo el dulce aroma de los caramelos de menta, percibió el olor cetónico del alcohol. Pese a afirmar que había encontrado a Jesús y dejado la bebida, pensó ella, no cabía duda de que había vuelto a empinar el codo.

—¿Para qué quería verme tan temprano?

—Tengo que hablar con el subcomisario Travers, señor. Me han surgido algunas dudas acerca de las detenciones de ayer. Hablé con la pareja de Cunningham anoche. Afirma que el hombre llevaba varios días sin salir de casa.

Fleming hizo una mueca.

—A Travers no le hará ninguna gracia —repuso—. Encontraron uno de los dijes de la pulsera de Kate en la furgoneta. Usted misma lo sugirió: parece que la chica ha ido dejando un rastro para que lo sigamos.

—Le prometí a Mary Quigg que averiguaría cuanto pudiera —explicó Lucy.

—Como quiera —dijo Fleming—. La acompañaré con mucho gusto. Cualquier cosa que le dispare la presión sanguínea al bueno del inspector Travers le sienta bien a mi corazón.

—Vuelva a explicármelo —le espetó Travers—. Empiece por el punto en que se suponía que debía de estar en el hospital tras recibir un golpe en la cabeza —añadió con sarcasmo.

—Lo sé, señor —dijo Lucy—. Pero la niña afirma que Cunningham no ha salido de la casa en los últimos días. Su hermano bien podría estar implicado, pero él tiene una coartada.

—La que le proporciona una niña.

—Y su madre.

—Oh, sí, es verdad. El fiable testimonio de su pareja borracha. Me alegra que me lo recuerde.

—No digo que los Cunningham sean inocentes.

—Porque no lo son. Además de la posible participación de Alan Cunningham en

el secuestro de Kate McLaughlin, traficaba con drogas. Es chusma y cumplirá condena, aunque sólo sea por eso.

—¿Y por casualidad ha mencionado en algún momento el nombre de Kate McLaughlin? —preguntó Lucy.

De inmediato, la sargento se dio cuenta de que se había pasado de la raya, porque Fleming le puso una mano sobre el brazo para que se dominara.

—Ya basta, sargento —le ordenó Fleming.

—Por cierto, inspector —dijo Travers—. ¿Sabía algo de ese interrogatorio?

Fleming vaciló por un instante, sopesando cuál era la mejor forma de responder sin perjudicar a nadie, pero ese segundo de titubeo le reveló a Travers todo lo que necesitaba saber.

—Ya veo, eso pensaba —dijo antes de volverse de nuevo hacia Lucy—. Valoro mucho el interés en volver al CID, Lucy —añadió mirando con toda la intención a Fleming—. Pero ésta no es la manera.

—Es sólo que... Creo que en todo este asunto hay algo que no encaja, señor —dijo Lucy.

A su lado, Fleming agachó la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—Me refiero a que no ha habido una petición de rescate, pero me contaron que Michael McLaughlin ha intentado conseguir diez millones de libras a través de su contable. ¿No le parece extraño que alguien secuestre a la hija de un hombre tan rico y no pida dinero? Sobre todo, teniendo en cuenta que su propio chofer y el hombre que puso la bomba que mató a su esposa formaban parte del grupo de secuestradores.

—¿Qué insinúa, sargento? —soltó Travers con impaciencia—. ¿Que McLaughlin secuestró a su propia hija?

—No, señor —respondió Lucy, esforzándose por mantener la serenidad—. Pero sí que intentaba reunir la suma de diez millones. Tal vez ya le hayan pedido un rescate y no nos lo ha comunicado. No creo que esté jugando limpio con nosotros, señor. Creo que McLaughlin sabe quién retiene a su hija.

Fleming levantó la cabeza y la miró.

—¿Quién le ha revelado esa información? —preguntó Travers.

Lucy se vio atrapada entre el deseo de revelar el nombre de su fuente y así poder justificar sus sospechas y el convencimiento de que aquel comentario había sido poco más que un simple cotilleo delante de una taza de té.

—Una fuente fiable, señor.

—Que usted se ha trabajado en el mes que lleva aquí.

—Su marido trabaja para el contable de McLaughlin.

—Sabe lo pobre que suena eso, ¿verdad, Lucy? —dijo Travers, sentándose a su escritorio.

Lucy se tragó la respuesta.

—Será mejor que se marche a casa, Lucy. Voy a fingir que todo lo que ha pasado aquí esta mañana es consecuencia del golpe en la cabeza que recibió ayer. Vuelva

cuando se haya despejado y olvidaremos esta conversación.

Fleming, a su lado, se levantó para marcharse.

—En cuanto a usted, inspector —añadió Travers cuando Fleming se disponía a salir—, debería controlar mejor a su equipo.

Mientras cruzaba el puente en dirección a casa, Lucy se avergonzó al recordar que, pese haber estado ingresada en el mismo hospital, no había ido a visitar a su padre. Optó por acercarse un momento en ese mismo instante y, de ser posible, hacer también una visita a Alice, con la esperanza de que el recuerdo que la niña guardara de ella fuera positivo.

Cuando entró en la habitación, su padre estaba sentado en la cama, desayunando. Le habían dejado un cuenco con gachas, que él intentaba llevarse a la boca sin demasiada fortuna a juzgar por los goterones de avena solidificados que salpicaban la manta.

Lucy le cogió la cuchara, le limpió con cuidado las manchas de los labios y empezó a darle de comer.

—¿Cómo te encuentras hoy, papá?

Él masticó despacio y tragó.

—Bien —dijo—. Pareces cansada, cariño. ¿No has dormido?

La normalidad del comentario la pilló desprevenida.

—He tenido una noche ajetreada —le explicó.

Se inclinó hacia delante, le besó en la mejilla y la barba plateada de varios días le raspó la piel. El aliento de su padre desprendía el olor rancio del sueño.

—Me alegro de verte, papá —dijo.

Los ojos de él centellearon, le cogió con torpeza la mano y se la apretó.

—Y yo a ti, cariño.

El ruido de la cortina al abrirse anunció la llegada del médico.

—¿Qué tal estamos hoy, señor Black? —preguntó mientras levantaba el sujetapapeles de los pies de la cama y lo hojeaba, respondiendo con un «ajá» a cada intervalo entre las respuestas del paciente.

—Un poco harto de estar aquí.

—¿Y cómo se llama el primer ministro?

Lucy contuvo una sonrisa cuando su padre le hizo un guiño.

—David Cameron. A no ser que se hayan librado de él en los últimos días.

El doctor le devolvió la sonrisa.

—No. Por el momento, sigue ahí.

Hablaba despacio y en voz alta, como si se dirigiera a un niño.

Lucy notó que su padre le apretaba la mano, esta vez más fuerte.

—Tengo que hablar unos minutos con su hija, si me lo permite —dijo el doctor apartándose de la cama.

Lucy lo siguió fuera, al pasillo.

—Su padre parece ir mejorando, señora Black. Pero nos preocupa su salud mental. Estoy seguro de que es consciente de que tiene algo más grave que la demencia senil habitual para su edad. Sospechamos que padece alzhéimer, en una fase intermedia. Va a ser cada vez más difícil cuidar de él, así que tal vez quiera empezar a buscar un centro que ofrezca atención especializada.

Lucy asintió, pues se esperaba la noticia desde el ingreso. Con todo, eso no implicaba que fuera a seguir inmediatamente el consejo del médico.

—Gracias por atenderlo —dijo.

Lucy ayudó a su padre a vestirse y, cargando con su bolsa, caminó a su lado mientras uno de los celadores lo llevaba en una silla de ruedas hasta el aparcamiento. El hombre le ayudó a subir al coche.

—No querrá resbalarse y que tengan que llevarlo otra vez de vuelta ahí dentro, ¿verdad que no? —bromeó.

El anciano lo miró inexpresivamente mientras le hablaba y, aunque compartió la sonrisa del celador, no pareció haber entendido la razón de su buen humor.

Lucy llamó a Sarah de camino a casa y le dijo que su padre había salido del hospital y que necesitaría su ayuda de nuevo. La mujer le prometió que estaría allí a la hora de comer.

Sólo cuando pasó por el bosque de Prehen, ya cerca de su casa, Lucy se acordó de que había tenido la intención de hacerle una visita a Alice.

Acababa de acomodar de nuevo a su padre en casa cuando Robbie la llamó. Los Servicios Sociales consideraban que Melanie Kent no había actuado con negligencia en el cuidado de Alice, y la doctora opinaba que lo mejor para la niña sería volver a casa con su madre; le habían dado el alta antes de las once de la mañana. Lucy le agradeció la llamada, pero tuvo que esforzarse para disimular lo dolida que se sentía. Después de todo lo que había hecho, ya no formaba parte de la vida de Alice. Le habría gustado verla una vez más, aunque sólo fuera para despedirse. Pese a su empeño en fingir, por el tono de su voz Robbie se percató de su decepción.

—Duele, ¿verdad?

—¿El qué?

—Saber lo mucho que has hecho y que nadie te lo agradezca.

Lucy tosió para ocultar su emoción.

—No lo hice para que me dieran las gracias.

—Cierto. Aun así, a veces establecemos una relación con algunos de esos niños y al poco desaparecen de nuestras vidas. Cuesta acostumbrarse.

—Me alegro de que haya vuelto a casa con su madre —añadió Lucy con sinceridad.

—No lo dudo —dijo Robbie—. ¿Ha habido suerte con Janet?

Lucy cayó en la cuenta de que no la había visto desde su ingreso en el hospital. Con el día libre por delante, tal vez podría ir a visitarla.

—La encontramos en muy mal estado. Estaba muy enferma —le explicó Lucy—. Gracias por ayudarme a dar con ella.

—No es nada. He informado del caso de la niña que mencionaste, Mary Quigg. Un asistente visitará la casa en cuanto podamos y veremos qué se puede hacer.

—Te lo agradezco, Robbie —dijo Lucy.

De repente la invadió un inesperado letargo, y se le hizo cuesta arriba explicarle que habían detenido a Cunningham.

—Ha sido un placer trabajar contigo —se despidió, sin saber qué más decir.

—Para mí también, Lucy. A lo mejor algún día te llamo para tomar ese bocado que tenemos pendiente.

—Me encantará —dijo Lucy.

Preparó un té mientras su padre se ponía cómodo en el salón. Cuando entró, él había abierto una de sus cajas y revisaba un cuaderno de notas.

—¿Qué estás haciendo, papá? —preguntó Lucy al pasarle una taza.

Él murmuró para sí, cerrando a medias el cuaderno para que Lucy no viera qué estaba leyendo.

Sarah llegó justo cuando Lucy había acabado de aclarar los platos. Saludó

efusivamente al padre de Lucy, pese a que el recibimiento del anciano fue bastante más frío. Lucy le explicó que tenía que salir a hacer una breve visita y que volvería pronto.

Cuando entró en la habitación, Janet estaba sentada en la cama. La habían peinado hacia atrás con rudeza para apartarle el pelo de la cara, aunque le seguía cayendo en mechones desordenados por encima de los hombros. La habían lavado desde la última vez que Lucy la vio y llevaba puesta una bata de hospital que se abría por un lado, dejando al descubierto la piel reseca del costado y la cadera. Una larga y gruesa cicatriz le cruzaba el pecho y acababa justo debajo del seno izquierdo. Lucy echó un vistazo rápido, pero al momento desvió la mirada y se recordó que aquella mujer debía de tener poco más de treinta años.

Su cara tenía forma de corazón, con rasgos pequeños y ojos grandes. Diminutas manchas de antiguo tejido cicatrizado brillaban en su rostro bajo la iluminación fluorescente del hospital.

Se dio la vuelta en la cama y clavó una mirada acusadora en Lucy en cuanto entró. La cánula intravenosa que llevaba en la mano limitaba sus movimientos, así como el apósito que le cubría el brazo por encima del gotero. Un fluido oscuro se había filtrado a través del vendaje y, cuando Lucy se acercó, el olor a infección le llegó hasta la garganta, obligándola a respirar por la boca.

—¿Qué? —le espetó Janet.

—Yo quería... Me llamo Lucy Black.

Esperó a ver si el nombre provocaba alguna reacción en la mujer, pero al momento se percató de que no.

—Soy la hija de Jim Black.

Si esperaba una respuesta instantánea, se vio decepcionada.

—¿Y qué?

—Tengo entendido que usted conocía a mi padre. Está enfermo y me ha hablado de usted.

Una carcajada resonó profundamente en el pecho de la mujer, en un *crescendo* ronco que le estremeció los hombros y acabó disolviéndose en un acceso de tos.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Jim Black.

La mujer entrecerró los ojos ligeramente, como si se esforzara por recordar.

—Me parece que no lo conozco —concluyó finalmente.

Lucy intentó disimular su decepción, aunque no tenía muy claro qué era lo que esperaba exactamente. Había empezado a buscar a Janet convenciéndose de que lo hacía por su padre, pero ahora se daba cuenta de que lo había hecho, sobre todo, por sí misma. Quería comprender por qué esa mujer había dejado una huella tan profunda en los pensamientos confusos de su padre cuando habían transcurrido, al menos por

lo que Lucy sabía, casi dos décadas desde la última vez que la vio.

Janet chasqueó los labios varias veces y Lucy sospechó que estaba empezando a sentir los efectos de su forzosa desintoxicación. La mujer se inclinó hacia delante para coger el vaso de agua que tenía en la mesilla junto a la cama y, al hacerlo, la bata se le abrió más, dejando al descubierto la cicatriz que Lucy había entrevisto. Medía casi veinte centímetros y se extendía sobre sus pechos. La piel estaba arrugada y había adquirido un tono rojo amoratado.

—¿Fue usted la que me trajo aquí?

Lucy asintió.

La mujer se inclinó hacia ella.

—¿No llevará algo de dinero encima, verdad, querida? Para cuando salga.

Lucy rebuscó en su bolsillo y sacó un billete de veinte libras.

—Dios la bendiga, querida.

—¿Quiere que llame a alguien? ¿Tiene parientes que puedan estar preocupados por usted? —preguntó Lucy.

—Nadie que quiera saber de mí —dijo Janet, dando un sorbo más al vaso y derramando un poco de agua.

Lucy estaba a punto de disculparse y marcharse cuando la mujer dejó el vaso y empezó a hablar.

—He visto que miraba mis cicatrices.

Lucy iba a negarlo, pero Janet prosiguió.

—Los provos me quemaron —dijo.

—¿Qué?

—Tenía dieciséis años. Una noche, tres hombres se presentaron en mi casa. Yo llevaba sólo unas semanas allí. Estaba en la planta de arriba haciendo los deberes y los oí abajo, hablando con mi padre. Oí sus pasos al subir las escaleras. Uno de ellos entró en mi habitación; yo todavía llevaba puesto el uniforme de la escuela. Me agarró por el pelo y me sacó de la cama; el otro me sujetó por las piernas y me bajaron a rastras. Mi madre y mi padre estaban en la puerta del salón, mirando. No hicieron nada.

Lucy creyó que debía decirle unas palabras de consuelo, pero no se le ocurrió nada apropiado.

—Me sacaron a la calle. Un montón de chicos del barrio rondaba por allí, riéndose. Me acercaron a una farola y, antes de atarme, me quitaron la ropa. Toda. Uno de ellos hizo un montón ordenado con ella en la acera, como si se esmerara para no ensuciarla. Me desnudaron delante de todos aquellos chavales, que se burlaban y me señalaban. Entonces me ataron las manos y no pude cubrirme nada.

Lucy se sentó junto a la cama, escuchando con atención.

—Uno de ellos llevaba unas tijeras y me cortó mechones de pelo. Por entonces tenía un pelo muy bonito, largo y rubio. «Ricitos de Oro», me llamó el tipo que me lo cortaba. El segundo escribió algo en un trozo de cartón y me lo colgó del cuello.

«Zorra que se acuesta con los británicos», ponía. Se entretuvo lo suficiente para levantarse la máscara, hasta aquí.

Janet se señaló el surco bajo la nariz. Su voz se había suavizado y hablaba en un tono más bajo.

—Entonces, el tercer hombre bajó por el callejón que había junto a nuestra casa y volvió con un cubo. Había estado calentando brea. La olí. Estaba tan caliente que tenía que sostener el cubo con dos trozos de madera. Alguien colocó una caja de leche a mi lado para que él pudiera encaramarse. Y entonces vertió la brea por encima de mi pecho. Le había prometido a mi madre que no me lo echaría en la cara, me dijo: «En vez de eso, te quemaremos las tetas. Y entonces veremos si les siguen gustando a los británicos». Después fue a buscar un segundo cubo para echarme también ahí abajo.

La mujer hizo un gesto hacia su entrepierna. Lucy, perpleja ante la dignidad que mantenía mientras describía aquella violación, guardó un momento de silencio.

—¿Por qué? —preguntó poniéndole una mano en el brazo.

La mujer la miró fijamente, una mirada lúgubre.

—Porque era una zorra que se acostaba con los británicos.

—Dios mío, Janet. Eso es espantoso. Lo siento mucho.

—Tendría que haber imaginado que alguien se enteraría. Tenían razón. Iba a los cuarteles que hay en lo alto de Bishop Street todas las semanas, y tonteaba con algunos de los soldados británicos. Y también con un poli.

El comentario hizo retroceder a Lucy.

—¿Un poli?

Janet asintió mientras tomaba otro sorbo de agua.

—¿Cuándo ocurrió?

—El 8 de junio de 1994, yo estudiaba para sacarme el certificado de secundaria.

—Y el policía... ¿Se acuerda de cómo se llamaba?

La mujer negó con la cabeza.

—Era inspector.

—¿Recuerda algo de él?

—Tenía una hija. Siempre hablaba de su hija.

Lucy sintió que se tambaleaba y tuvo que agarrarse al borde de la silla para mantenerse erguida. Le escocía la garganta y notaba un regusto cada vez más intenso a bilis.

—¿Qué edad tenía usted?

Janet la miró fijamente.

—Catorce cuando empezó —dijo—. Dieciséis cuando me quemaron.

A Lucy se le escapó un gemido y agachó la cabeza. Parecía que el suelo se movía bajo sus pies y tuvo que poner la mano sobre el frío plástico de la silla para recuperar el equilibrio.

—Había un Land Rover parado en un extremo de la calle mientras los provos me

hacían aquello —prosiguió Janet—. Se quedaron quietos, mirando.

—Lo siento —balbuceó Lucy—. Tengo que marcharme. Lo siento mucho.

Aturdida, Lucy recorrió el pasillo hacia la entrada de la planta. A su izquierda vio el lavabo de señoras y entró a toda prisa, justo antes de que se le revolviera el estómago y vomitara ruidosamente en el lavamanos. Después se arrodilló, apoyó la cabeza en el retrete y empezó a llorar.

Permaneció en esa postura un rato, hasta que alguien empezó a llamar a la puerta para utilizar el lavabo. Se enjuagó la cara con agua fría y se miró en el pequeño espejo manchado de óxido atornillado a la pared. Sus ojos se habían oscurecido por la falta de sueño, tenía la piel enrojecida e irritada.

Abrió la puerta, se disculpó y mantuvo la cabeza gacha hasta que salió al pasillo. Pulsó el botón del ascensor y esperó asomada a la ventana. La altura del hospital ofrecía una amplia panorámica de la ciudad. Desde allí, el río quedaba oculto y la separación entre las dos orillas era invisible.

El sonido metálico de la puerta del ascensor la despertó de su ensimismamiento y la obligó a plantearse qué iba a hacer a continuación. No se atrevía a volver a casa, a enfrentarse a su padre. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara? Sacó el móvil y llamó a Sarah, le explicó que la habían retenido en el trabajo y que volvería a casa en cuanto pudiera.

Tenía la necesidad de hablar con alguien, de sentir alguna forma de empatía con otro adulto. No podía hablar con su madre, ni afrontar el placer que sentiría al verse justificada. «No lo endioses sólo porque esté enfermo», le había dicho. ¿Lo había sabido desde el principio? ¿Fue ésa la causa de su separación, del final de la infancia de Lucy? Su padre empezó a beber entonces, hasta perder la conciencia de quién era.

Finalmente, dado que no tenía adonde ir, volvió a pulsar el botón del ascensor y se dirigió a la planta infantil.

—Lamento molestarte —dijo mientras Margaret llenaba la tetera y encendía la placa.

—No es ninguna molestia, querida —dijo ella—. Es un poco temprano para mi descanso, pero ésa es la ventaja de ser la jefa.

Lucy se apresuró a sonreír, se miró las manos y se las frotó con nerviosismo. Había sentido la necesidad de hablar con alguien, pero ahora se daba cuenta de que no tenía nada que decir, de que no se le ocurría por dónde empezar.

—Y bien, ¿qué te ha pasado?

—Nada —dijo.

Margaret la miró con escepticismo.

—Alice se ha ido a casa —dijo.

Lucy asintió.

—Lo hiciste muy bien con ella, ya lo sabes.

Lucy volvió a asentir.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien. Encontramos la cabaña en que estuvo Kate McLaughlin. El helicóptero de la policía la sobrevoló, pero la chica había desaparecido cuando llegamos.

Margaret chasqueó la lengua mientras vertía el té en las dos tazas.

—Dios, no tendría que habértelo contado. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? —añadió Lucy, arrepintiéndose al instante de su falta de confianza en Margaret.

—¿Y a quién se lo iba a decir? —respondió—. Además, que Dios le ayude, pero ese McLaughlin nunca ha tenido que buscar la desgracia muy lejos.

—¿Te refieres a la muerte de su esposa?

—A todo. Compró un bar y su esposa murió asesinada en él. Cuando al final obtuvo una sentencia favorable para edificar en el solar, el valor del terreno se había hundido. No tiene suerte.

—¿Por qué acabó en los tribunales?

—Los edificios estaban catalogados; por eso consiguió comprar tanto terreno a tan bajo coste. Si quería reurbanizar la zona, tenía que mantener las estructuras ya existentes y eso le habría costado una fortuna. El Departamento de Planificación Urbana no le autorizó a demoler los edificios después del atentado, aunque habían quedado muy afectados. El asunto llevaba casi una década en los tribunales, hasta que el año pasado se salió con la suya. Consiguió el permiso de urbanismo y todo lo demás, pero a esas alturas, el valor del suelo se había hundido con la recesión. Y, para colmo, su hija desaparece.

Lucy asintió, aceptó la taza de té que le ofrecía y le dio las gracias.

—Entonces ¿qué es lo que te ha traído en realidad por aquí?

—Yo... Tú... tú eres una de las pocas personas con las que puedo hablar, ¿no te parece raro?

Lucy se dio cuenta de que su franqueza había descolocado a Margaret.

—Lamento venir a molestarte de este modo. Yo... Mi padre habló de una mujer a la que conoció cuando era más joven. La he encontrado.

Margaret hizo una mueca.

—¿Y no ha sido una buena idea?

Lucy negó con la cabeza.

—Creo que he descubierto algo sobre él.

—¿Una aventura?

Lucy asintió, incapaz de mirarla directamente a los ojos temiendo que su rostro delatará que había algo más.

—¿Cuando todavía estaba casado con tu madre?

—Sí.

Margaret le puso una mano en el hombro y se lo acarició suavemente.

—Debes de sentirte muy mal.

Lucy alzó la mirada hacia ella.

—Hoy le han dado el alta. El médico dice que tiene alzhéimer. Me ha sugerido que lo ingrese en un centro. Tal como me siento ahora, lo metería esta misma noche si pudiera encontrar uno.

Margaret asintió en silencio.

—Lamento venir a desahogarme contigo —se disculpó Lucy. Dejó la taza en la mesa y se puso en pie—. Quería darte las gracias por ser tan amable conmigo durante el ingreso de Alice.

—No fue nada —dijo Margaret—. Tú nos ayudabas, la tenías vigilada. ¿Vas a ir a visitarla?

—No lo sé. Me gustaría; pero no me parece apropiado.

Margaret se apartó de la mesa y abrió un cajón.

—Se olvidó esto aquí —dijo, sacando el peluche de Alice que Lucy le había llevado al hospital—. Alguien tendría que devolvérselo.

Lucy cogió el muñeco, sintió su suavidad al tacto.

—Gracias, Margaret —acertó a decir—. Eres una buena amiga.

—Bueno, eso es un punto de partida —dijo la mujer, levantándose—. Buena suerte, decidas lo que decidas. A lo mejor volvemos a vernos.

Lucy estaba saliendo de la planta cuando notó que su móvil vibraba en el bolsillo. Era Sarah King.

—Voy de camino a casa, Sarah —respondió.

—Date prisa —dijo Sarah—. Ha ocurrido algo.

Una de las farolas que había frente a la casa había estallado, dejando toda la calle a oscuras, tenebrosa. Por eso no vio la pintada hasta que llegó al camino de entrada y los faros iluminaron el muro.

«Lucy Black. Basura del PSNI», se leía escrito en letras rojas de treinta

centímetros de alto, a lo largo del muro; debajo, estaba el número de matrícula de su coche. Las yemas coaguladas de los huevos que habían lanzado contra la fachada se escurrían hasta la mitad de la puerta de entrada.

Sarah King estaba en el vestíbulo, con el abrigo ya puesto.

—Lo han hecho mientras estábamos dentro y no he oído nada.

—¿Está todo bien? ¿Y mi padre?

—Se encuentra bien. Yo estoy más conmocionada que él.

—Siento haber regresado tan tarde, Sarah. No sabes cuánto agradezco tu ayuda. Haré que alguien venga a limpiarlo mañana.

—Tengo que pensar en esto, Lucy —dijo la mujer con voz temblorosa, mientras la papada se le estremecía levemente al hablar—. ¿Y si hubieran hecho algo peor cuando yo estaba dentro con tu padre?

Lucy asintió.

—Es comprensible, Sarah —dijo—. De verdad que aprecio lo que haces por mi padre, pero, decidas lo que decidas, seguro que será lo correcto.

La mujer asintió secamente.

—No quiero causarte problemas, Lucy. No quiero dejarte colgada. Pero, al mismo tiempo...

La idea quedó suspendida entre ambas. Lucy se sacó unos cuantos billetes arrugados del bolsillo y reunió el dinero suficiente para pagarle el jornal a la mujer.

—Esto es por hoy —dijo—. Mañana puedes decirme cuáles son tus planes.

La mujer cogió el dinero dando las gracias en voz baja y salió de la casa arrastrando los pies.

Lucy subió a la planta de arriba y fue a ver enseguida a su padre, que parecía dormido. Cerró la puerta con suavidad y entró sin hacer ruido en su propia habitación. Las cajas de los viejos cuadernos y expedientes seguían amontonadas contra la pared del fondo. Lucy había tenido que ponerlas ahí cuando se instaló en la casa y así hacer sitio para la cama. Dejó el peluche de Alice encima de una de las cajas y luego se cambió de ropa, agradeciendo la comodidad de una sudadera y unos pantalones de chándal.

Oyó un eco apagado que procedía de la habitación de su padre.

—¿Lucy, eres tú?

Ella se demoró un instante, reacia a enfrentarse a él pero consciente de que no le quedaba más remedio.

Llamó suavemente a la puerta de su padre y entró. La habitación estaba a oscuras, las cortinas corridas, ensombreciendo todavía más la débil luz que se filtraba desde las remotas farolas.

—¿Eres tú?

—Sí —dijo Lucy—. Ya estoy en casa.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, vio que su padre tendía la mano y la agitaba en el aire buscando la suya.

Lucy se acercó y se sentó en la cama; mantenía a propósito las manos dentro del largo bolsillo central de la sudadera.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó él.

Ella contempló las sombras de su rostro, los movimientos de sus labios. Sin quererlo, lo imaginó tomando por la fuerza a una niña de catorce años, imaginó la mano que ahora se agitaba en el aire buscando la suya tirando de la ropa de la jovencita. Lucy se tapó la boca y apartó la cara para no mirarlo.

—¿Dónde estabas, cariño?

—Fuera —dijo Lucy—. Estaba en el hospital.

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo?

—Sí, hay algo que me duele —dijo Lucy—. Encontré a Janet. Ella me lo contó.

Sólo el carraspeo irregular de la respiración de su padre mientras procesaba las palabras que su hija había pronunciado quebraba el silencio de la habitación.

—Tenía catorce años —afirmó Lucy—. Ella me dijo que entonces tenía sólo catorce años. ¿Es cierto?

Ahora, incluso la respiración se había interrumpido. Lucy mantuvo el dominio de sí misma mientras pudo, pero al final se dio la vuelta para mirarlo, para comprobar si seguía con ella.

Una lágrima le caía desde el rabillo de un ojo y le recorría la sien, hasta ir a posarse sobre la funda de la almohada.

Sintió que la mano de su padre se movía sobre las mantas y cogía la suya; ella la apartó bruscamente.

—No me toques —le espetó.

Lucy se levantó rápidamente y fue a su habitación, en la puerta contigua. Los sonidos del llanto de su padre eran audibles a través de la pared.

Sin embargo, esa noche no volvió a llamarla.

Lucy oyó un golpe en la puerta. Consultó la hora en el reloj: todavía no eran las siete de la mañana. La luz que se filtraba por la ventana de su habitación tenía un tono grisáceo, difuminado. De nuevo oyó un golpe seco y el estrépito del buzón.

Saltó de la cama y salió al rellano. A través del cristal esmerilado de la puerta de entrada vio una figura corpulenta. Su rostro parecía parcialmente cubierto, como si llevara una bufanda.

Bajó silenciosamente por las escaleras, manteniendo el cuerpo pegado a la pared. Había dejado su arma reglamentaria en el salón. Estaba cruzando el pasillo cuando volvió a oír el tintineo metálico del buzón. Se dio la vuelta y vio dos ojos que la miraban a través del hueco.

—Señora Black —dijo la voz—. Voy a arreglarle la pared. No quería asustarla.

Lucy cogió el abrigo y se lo puso por encima de la camiseta con la que se había acostado. Abrió la puerta tanto como le permitía la cadena.

En el peldaño de entrada había un hombre de mediana edad. Lo que a través del cristal esmerilado le había parecido una bufanda era, en realidad, una barba. Sostenía una botella de aguarrás en la mano y había una lata de cal en el suelo, a su lado.

—Me llamo Dermot. Vivo en la casa de enfrente.

Lucy miró hacia donde señalaba: la tercera casa a la izquierda, con un monovolumen en la entrada y varios juguetes infantiles esparcidos por el césped.

—Mi mujer me mandó a que le limpiara la pared. Anoche estuvimos hablando, los vecinos, ya sabe, y nos asqueó lo que escribieron. Se lo borraré antes de que más gente pueda verlo.

Lucy abrió los ojos de par en par para evitar que se le llenaran de lágrimas.

—Yo no... Es muy amable por su parte.

—No se preocupe. Entre o pillaré una pulmonía. Si no puedo borrar las letras, tendré que encalar la pared entera. ¿Le parece bien?

—Sí, sí, muy bien —dijo Lucy—. No sabe cuánto se lo agradezco.

—No me cuesta nada —dijo él—. Es para que sepa que nadie de por aquí está de acuerdo con esas tonterías. Y mi mujer me dijo que se pase por casa a tomar una taza de té cuando le apetezca.

Y con esas palabras le transmitió una sensación de pertenencia a una comunidad que no tenía desde que era niña.

Estaba preparando una taza de té para Dermot cuando oyó ruidos arriba. Su padre solía hacerlos por la mañana cuando oía que ella se había levantado y él seguía en la cama: golpeaba el suelo de la habitación con un bastón para llamarla. A pesar de comprender que era un gesto necesario, no dejaba de irritar a Lucy, y esa mañana más que nunca.

—¿Qué? —gritó hacia el piso de arriba.

Oyó los balbuceos en voz baja de la respuesta de su padre, pero no distinguió las

palabras.

—Subiré enseguida —dijo sin preocuparse de si la había oído.

Cuando acabó de preparar el té, le llevó una taza a su vecino. El hombre había renunciado a borrar la pintada y había optado por darle una primera capa de cal al muro.

—Lo siento —dijo mientras se lo explicaba.

—Más siento yo molestarle. Su esposa es muy amable. Los dos lo son —se apresuró a añadir—. Lamento no haber puesto más empeño en conocer a los vecinos.

El hombre señaló con la cabeza hacia la planta superior de la casa.

—Usted está muy ocupada. Lo entendemos perfectamente.

Dermot dejó el té en el alféizar y empapó de nuevo el rodillo.

—Además, así me libro de dar de comer al zoo que tengo en casa. Y, si me dan a elegir...

Se rio y siguió pintando.

Lucy volvió a entrar en casa y subió despacio las escaleras hasta la habitación de su padre. Temía esa mañana más que la noche anterior, sabedora de que tendría que enfrentarse a él a la luz del día, de que tendría que hacerlo siendo ambos conscientes de que ella conocía la felonía de su padre.

En cuanto abrió la puerta, reconoció el cálido olor familiar de la habitación paterna. La cruzó, descorrió las cortinas y abrió la ventana para que entrara algo de aire fresco.

—Buenos días, cariño —la saludó su padre, observándola inmóvil desde la almohada y siguiendo sus movimientos por la habitación con la mirada.

—Papá —dijo ella, concentrada en recoger su ropa y separar la limpia de la sucia.

—¿Quién había en la puerta?

—El vecino de enfrente.

Lucy vaciló sin saber si contarle lo que había sucedido la noche anterior. Aunque sabía que, si veía al hombre trabajando en la pared, querría saber por qué.

—Alguien hizo una pintada en el muro anoche. Él lo está arreglando.

—¿Quién? —preguntó en voz alta.

—Dermot no sé qué.

—¡Ah, ése! —comentó su padre frunciendo los labios.

—Está limpiándonos la pared —dijo ella, dejando lo que estaba haciendo y mirándolo por primera vez—. Deberías agradecersele.

Él la miró fijamente, con inocencia.

—No pretendía otra cosa.

De todas las respuestas que había esperado, ésa era la única con la que no había contado. Su padre se comportaba como si nada hubiera sucedido, como si ella no le hubiera dicho que sabía lo ocurrido con Janet.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó él, apartando las mantas para levantarse.

De repente, se detuvo, se ruborizó y volvió a taparse rápidamente con el edredón.

—¿Me dejas un momento, cariño?

Lucy le miró con suspicacia.

—¿Qué pasa?

—Yo... he tenido un accidente.

Lucy se acercó a él y volvió a apartar el edredón. Tenía los pantalones del pijama empapados, y la humedad de las sábanas transparentaba el colchón por debajo de ellas.

—Levántate y cambiaré la ropa —dijo Lucy.

Irritada, tiró de la esquina de la sábana para soltarla del colchón. Entonces oyó un sollozo apagado y miró a su padre. Estaba sentado, mirando el charco de la cama, con la cara manchada de lágrimas.

—Lo siento mucho, cariño —se disculpó—. Yo... lo siento.

Tironeaba de las perneras de los pantalones con las manos, como si quisiera quitárselos.

Lucy tuvo que esforzarse para no consolarlo.

—Levántate y cambiaré las sábanas.

Su padre se bajó de la cama y se quedó en pie, mirándola.

—¿Te has enfadado conmigo porque he mojado la cama? —le preguntó, apoyando suavemente la mano en su espalda.

Ella se estremeció al notar el contacto y se apartó de él con brusquedad para ir al otro lado de la cama y sacar la sábana.

—¿Crees que estoy enfadada por esto?

El hombre seguía en pie, desmoronado ante ella. La chaqueta del pijama le colgaba abierta, las finas volutas de vello gris eran visibles por encima de la camiseta y los huesos del cuello y los hombros sobresalían en la piel pálida.

—Yo... yo no lo sé.

—¿Que no lo sabes? —repitió Lucy en voz baja, consciente de que Dermot seguía fuera y de que la ventana estaba abierta.

Su padre negó con la cabeza; tenía la boca medio abierta.

—Janet —dijo ella, haciendo una bola con la sábana encima de la cama.

Lo miró, esperando percibir un sobresalto, un gesto de reconocimiento de culpa o de remordimiento.

—¿Quién es Janet?

Ella interrumpió lo que estaba haciendo y puso los brazos en jarras.

—No me vengas con ésas, papá. Anoche hablamos de ella.

La boca de él se abrió del todo y se cerró sin pronunciar palabra.

—¿Anoche? Yo... ¿anoche estuvimos hablando?

—Sí —dijo Lucy exasperada.

—¿De qué?

—De Janet.

—Oh —se limitó a decir él, con más resignación que reconocimiento.

—¿Te acuerdas de Janet?

Su padre miró fijamente al suelo y negó con la cabeza.

—¿Es una amiga tuya?

Lucy se acercó a él, sosteniéndole la mirada, intentando averiguar hasta qué punto sus respuestas eran sinceras.

—¿Quién es el primer ministro, papá? —le preguntó.

Los ojos se le vidriaron, y la luz de las ventanas brilló en sus pupilas. Finalmente, bajó la mirada.

—El primer ministro —repitió para sí mismo una y otra vez—. No puedo... No, no puedo... No.

Se sentó en la cama con los brazos colgando a los costados mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. La miró desconcertado.

—¿Dónde está Lucy? —preguntó.

El timbre sonó en la planta baja.

—Quítate el pijama —dijo Lucy—. Ahora vuelvo.

Lucy bajó y abrió la puerta, esperando que fuera Dermot para avisarla de que había terminado. En lugar de su vecino, quien aguardaba en el umbral era Sarah King.

—Lo he consultado con la almohada —dijo—. He venido a trabajar.

El tráfico de media mañana en la carretera a Strabane era fluido. Había llamado a Fleming y le había explicado que el estado de su padre había empeorado. Tenía que encontrar un centro donde pudieran cuidar de él. El inspector le había dicho que se tomara el tiempo que necesitara. Ninguno de los dos mencionó la discusión en el despacho de Travers del día anterior.

En realidad, el deterioro de su padre le producía cierto alivio. Aunque él no recordara a Janet, Lucy no podía olvidarla, ni a la chica ni lo que le había contado. De este modo, dado su empeoramiento, lo ingresaba obligada por la necesidad, y no porque no pudiera aceptar vivir bajo el mismo techo que él. Pensó en contarle a Fleming lo que había hecho; después de todo, era un pederasta. Pero si su estado esa mañana servía de referencia, sería inútil. Nunca se enfrentaría a un juicio, seguramente ni siquiera entendería lo que le estaba pasando. ¿Qué tendría eso de justicia?, se preguntó, intentando convencerse de que estaba en lo cierto.

El primer centro con el que se puso en contacto la había citado a la una en punto, lo que le daba tiempo para devolver antes el peluche de Alice.

Encendió la radio a tiempo de escuchar el inicio de las noticias de las diez. Travers daba una conferencia de prensa para informar a los medios acerca del progreso en el caso de Kate McLaughlin. Faltaba muy poco, insistía, para que la encontraran y, de hecho, ya habían localizado dos lugares donde había estado retenida. Citó a Peter y Alan Cunningham como los dos detenidos que estaban colaborando con la policía en sus investigaciones —algo que Lucy interpretó como un eufemismo para ocultar que no sabían nada—, pero los retenían para transmitir a la población la seguridad de que la policía estaba cumpliendo con su deber.

Esta vez fue capaz de dar con el camino hasta la casa de Alice sin pedir ayuda, aunque tomó algún desvío equivocado durante el trayecto. Melanie Kent le abrió la puerta vestida con una bata y el pelo colgándole en mechones húmedos como si acabara de ducharse.

—¿Sí? —preguntó, con la cabeza ladeada, sacándose el agua del oído; entonces reconoció a Lucy—. Oh, es usted.

Lucy le tendió el osito de peluche.

—La enfermera me pidió que se lo devolviera.

Melanie Kent cogió el peluche y le dio las gracias.

—Más vale que entre —dijo apartándose de la puerta para franquearle el paso.

Alice estaba sentada con las piernas cruzadas delante del televisor. La niña la miró y, por un instante, Lucy temió que guardara un mal recuerdo de ella. Sin embargo, al momento, la niña sonrió, corrió hacia ella y se le abrazó levemente a las piernas para volver enseguida a su posición en el suelo. En el televisor, un personaje azul agitaba una manta roja hacia el espectador entre chillidos y gruñidos. Alice le devolvió el saludo.

—¿Le apetece tomar un té? —preguntó Melanie Kent.

—Sólo si lo preparaba para usted —accedió Lucy—. ¿Qué tal se encuentra Alice?

—Bien.

La mujer le dio la espalda y llenó la tetera.

—Sigue sin hablar. La psiquiatra que la visita dice que el cuento que le leyó debió de despertar ciertos recuerdos de la noche en que su pa... en que Peter murió.

—Lo siento.

Melanie Kent restó importancia a la disculpa con un leve gesto de la mano.

—La psiquiatra dijo que podría ser positivo. Que tal vez la ayudara a procesar lo que había visto y enfrentarse a ello.

—Me puse furiosa conmigo misma —dijo Lucy—. Lo último que quería era hacerle daño a Lucy.

Melanie asintió, comprensiva.

—Nunca le agradecí que la salvara en el bosque —dijo con torpeza—. ¿Leche o azúcar?

—Los dos —respondió Lucy.

Volvió a mirar a Alice. El programa había terminado. El personaje azul se perdía navegando en la oscuridad a bordo de un pequeño bote.

Melanie le ofreció una taza de té y dejó una bandeja con galletas sobre la mesa.

—Resulta difícil imaginar qué sintió al descubrir a aquella chica en el sótano, ¿verdad?

Lucy asintió. Tenía la boca seca.

—Creemos que Alice liberó a Kate McLaughlin del sótano y la llevó al bosque. Me temo que su exmarido murió porque sus compinches creyeron que intentaba engañarlos. Kate había desaparecido y él no sabía dónde estaba. El único modo de salvarse habría sido delatar a Alice...

Melanie Kent dejó el té encima de la mesa.

—Y, para salvarla, él tuvo que asumir la culpa.

Lucy asintió.

—No sé si eso ayuda mucho.

La mujer sonrió con tristeza.

—Creo que me hace sentir aún peor.

Lucy estaba a punto de disculparse cuando se fijó en que la programación infantil había terminado. Las noticias emitían la conferencia de prensa y las fotografías de los Cunningham aparecieron en pantalla. Alice las miraba sin inmutarse. Teniendo en cuenta cómo se había sobresaltado con el cuento de Caperucita, a Lucy le extrañó que no mostrara la menor reacción a las imágenes de los dos hombres que, según creían, habían sido los cómplices de su padre.

—¿Conoce a esos hombres, Melanie? —preguntó.

La mujer se inclinó hacia delante en la silla para ver mejor el televisor. Negó con la cabeza.

—¿Debería?

—No eran amigos de Peter, ¿verdad que no?

Melanie Kent volvió a negar con la cabeza.

Lucy tuvo una idea y se disculpó un momento. Fue al coche, abrió la puerta del pasajero y encontró los expedientes que Fleming había estado revisando el día en que habían encontrado a Janet. Los hojeó hasta dar con una fotografía de Kevin Mullan y la llevó a casa. Melanie Kent miró a Lucy con suspicacia.

—¿Reconoce a este hombre? —preguntó, dejando la fotografía sobre la mesa.

Melanie Kent la miró una vez, y entonces se estremeció.

—Kevin Mullan —dijo—. Una mala bestia.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

Melanie no tuvo ocasión de responder. Un chillido sofocado de Alice las interrumpió. Estaba de pie a la izquierda de Lucy y miraba la fotografía, temblando.

—¿Qué ocurre, cariño? —dijo Melanie Kent, acercándose a consolarla.

Alice miraba fijamente el rostro de Mullan.

—¿Estás bien, cariño? —repitió Melanie Kent.

—¿Conoces a este hombre, Alice? —preguntó Lucy.

La niña la miró y entonces asintió, una vez.

—¿Lo viste con tu papá? ¿En la casa?

Alice volvió a asentir.

Lucy apartó la fotografía y se agachó para ponerse a la altura de Alice.

—¿Es él el lobo, Alice?

Alice miró primero la fotografía y luego a Lucy.

—¿Es él el lobo? —repitió Lucy.

Y la niña asintió de nuevo con la cabeza.

—Eso confirma casi con toda seguridad que vio a Mullan asesinar a su padre —dijo Lucy.

—En realidad, no —replicó Fleming, sentándose a su mesa—. Lo que confirma es que lo vio en algún momento durante el tiempo que pasó en casa de su padre, no que Mullan matara a Kent.

—Sabemos que vio a su padre antes de que muriera. La sangre espirada en su ropa confirma que Peter Kent seguía con vida cuando la niña estuvo a su lado —dijo Lucy.

—Sé interpretar las pruebas —comentó Fleming.

—Lo siento, señor —se disculpó Lucy—. La psiquiatra me enseñó los dibujos que había hecho Alice. En uno de ellos se ve lo que parece un umbral pintado de rojo sangre y en el centro, un animal. Un lobo.

—¿Y?

—Creo que Alice regresó a la casa después de esconder a Kate y vio lo que le

pasó a su padre. Cuando estuvimos allí, comprobé que desde el rellano de las escaleras se veía perfectamente el interior de la cocina. Creo que Alice estaba en la cama y oyó lo que pasaba. Creo que bajó y vio cómo torturaban a su padre. Estoy segura de que, si se lo pide, Tony Clarke encontrará huellas de la niña en esa parte de la escalera. Y después Alice se acercó a su padre mientras agonizaba.

—¿Y? —repitió.

—Pues que, si vio al asesino y el hombre descubre que Alice estuvo allí, irá a por ella. No reconoció a ninguno de los Cunningham. Mary Quigg le ha proporcionado una coartada a Alan Cunningham. Ellos no tienen a Kate.

—Había un dije de la chica en su furgoneta —replicó Fleming.

—Ellos no mataron a Peter Kent. Creo que lo hizo Mullan.

—Y es posible que esté en lo cierto —convino Fleming—. Pero, después de lo de ayer, Travers no hará el menor caso de nada de lo que usted le diga.

—Lo sé —dijo Lucy.

Había esperado que Fleming se ofreciera a hablar en su nombre, pero el inspector no lo hizo.

—Lo que significa que tenemos que encontrar a Mullan sin decírselo a Travers —añadió Fleming.

Lucy lo miró fijamente, sin saber si le había escuchado bien.

—Travers se arrogaría el éxito para el CID, a no ser que la PPU se le adelante. Podemos argumentar que seguíamos una pista en el caso de Alice, no en el de Kate.

—Gracias, señor —dijo Lucy—, no sabe cuánto se lo agradezco.

Fleming hizo un leve gesto quitándose importancia.

—Pero ahora tiene que desempolvar los expedientes de Mullan para saber dónde buscar.

Lo primero que hizo fue llamar a la pareja de Mullan, Gallagher. La mujer le dijo que no sabía dónde estaba, que llevaba varios días sin verlo. Después, Lucy y Fleming prepararon un café y se sentaron en el despacho de la sargento, en el edificio de la PPU de Maydown, para revisar de nuevo los antecedentes del sospechoso. Mullan había sido detenido junto con Kent acusado de poner una bomba que no había llegado a estallar. La detención se hizo al otro lado de la frontera, en Monaghan. Aun así, el PSNI, y antes la RUC, ya conocían bien a Mullan. Había sido detenido varias veces por su relación con otros atentados, entre ellos, la explosión que había derrumbado el edificio propiedad de Michael McLaughlin en los muelles. Sin embargo, en ninguno de aquellos casos se habían encontrado pruebas suficientes para incriminarlo. Incluso su detención en Monaghan había sido más una casualidad que fruto del trabajo policial. Una patrulla de la Garda irlandesa que montaba un control en la frontera había topado fortuitamente con ellos en su escondite. Llevaban los detonadores encima.

Fleming y Lucy se repartieron los informes sobre Mullan y los revisaron buscando los lugares donde podía haber preparado sus operaciones. Fue Lucy quien primero estableció la relación.

—Lo detuvieron cuatro veces en Trench Road —comentó—. Viniendo desde Donemana.

Fleming levantó la mirada de sus papeles.

—Afirmó que venía de una granja de la zona; dijo que ayudaba al propietario, John McCauley, con el ganado.

—Puede que no mintiera.

—La casa en la que vivía Kent también estaba registrada a nombre de alguien llamado McCauley.

—Lo que significa que merece la pena investigarlo más a fondo —repuso Fleming, cerrando el expediente que tenía en las manos.

—¿Avisamos a Travers? —preguntó Lucy.

—No lo considero necesario —dijo Fleming—. Sólo vamos a echar un vistazo.

La angostura de la carretera secundaria que llevaba hasta Donemana imponía un avance lento. A esas alturas, la nieve se había fundido en la mayoría de las granjas, pero los campos y la carretera, a la sombra de los setos, todavía conservaban una delgada capa de hielo.

En cualquier caso, la lentitud del trayecto les daba ocasión de examinar cada una de las fincas ante las que pasaban. En un momento dado, tuvieron que detenerse y pegarse al seto que bordeaba la carretera para dejar pasar un tractor que se les acercaba torpemente en sentido contrario. Aun así, el hueco que quedaba entre ambos

vehículos era muy estrecho.

Fleming bajó la ventanilla e hizo una señal al conductor para que se detuviera. El hombre, un anciano desdentado envuelto en una manta, lo fulminó con la mirada desde su asiento.

—¡Buscamos a John McCauley! —gritó Fleming, esforzándose para que le oyera por encima del estruendo del motor del tractor.

—¿Qué? —chilló el hombre con la mano detrás de la oreja.

—¡John McCauley! —gritó Fleming por segunda vez, articulando las palabras exageradamente con la esperanza de que, si el hombre no le oía, al menos fuera capaz de leerle los labios.

—¿Ma'Cauley? —preguntó el anciano.

Fleming asintió.

El hombre se volvió en el asiento, señaló hacia atrás y farfulló:

—Un kilómetro o dos por ahí, a la izquierda. Pero pierden el tiempo —añadió enseñando las encías al sonreír.

Fleming, en lugar de gritar de nuevo, levantó los brazos para mostrar su desconcierto.

—Murió hace ocho meses. La granja está vacía.

Fleming le dio las gracias con un gesto. El anciano bajó de golpe la ventanilla y reemprendió ruidosamente la marcha, rozando el parachoques del coche patrulla al pasar. Lucy volvió a la carretera y prosiguió camino hacia donde el hombre les había indicado.

Un kilómetro más adelante llegaron al edificio desvencijado de una granja. La valla de cinco listones que impedía el acceso estaba cerrada con un candado. Un rótulo de «En venta» oscilaba en una cadena colgada de un poste sujeto a la puerta. Lucy recordó lo que Margaret le había contado acerca de los problemas de McLaughlin para deshacerse de sus terrenos, y pensó que vender esa finca en plena recesión resultaría difícil.

La finca parecía abandonada. Había un granero con las puertas abiertas y el interior vacío. Aparcado frente a la casa vieron un viejo coche oxidado sin neumáticos ni capó, con las entrañas del motor al aire, sobresaliendo de la capa de nieve que lo cubría.

La casa se encontraba en un estado de deterioro similar: el cristal de la puerta delantera estaba roto y la ventana de la izquierda, cubierta con tablas. Era una construcción pequeña, de dos plantas, levantada a la sombra de un círculo de grandes robles cuyas espesas ramas proyectaban largas sombras sobre el patio y los ladrillos de las paredes. Lucy siguió adelante. Arriba debía de haber dos dormitorios, pensó. La mayor parte del tejado estaba cubierto de nieve, salvo un pequeño trecho en la parte delantera, a la derecha.

—Fíjese en el tejado —comentó señalándolo.

Fleming se inclinó y ella sintió la presión del cuerpo del inspector contra el suyo

cuando le acercó la mejilla al brazo para seguir la dirección que le señalaba.

—¿La zona despejada de nieve?

Lucy asintió y bajó la mano, pero Fleming no se apartó.

—El sol podría haberla derretido —comentó mirando hacia los árboles.

—Esa zona todavía está en sombras —repuso Lucy.

Fleming se recostó en el asiento.

—Siga adelante —dijo—. Como si nos marcháramos. Luego aparque a la primera ocasión que se le presente.

Lucy cumplió la orden y se detuvo en un área de descanso a un centenar de metros de la casa. Se bajaron del coche y amartillaron sus armas. La cubierta arbórea refrescaba el aire.

Fleming se dirigió a un lado de la carretera y bajó a la zanja con Lucy siguiéndolo. Más adelante subieron al otro lado, y se abrieron paso entre los árboles que flanqueaban la carretera hasta llegar al campo que había junto a la finca. Desde allí se distinguía la parte de atrás de una furgoneta roja aparcada dentro del granero, situada de tal modo que no era visible desde la carretera.

—Ahí hay alguien —comentó Fleming—. Pida ayuda.

—Travers comentó que habían recibido un soplo acerca de una furgoneta roja cerca del bosque de Prehen. Afirmó que era la de Cunningham —comentó Lucy mientras sacaba el móvil y se quitaba los guantes para pulsar las teclas.

Mientras tanto, Fleming siguió avanzando campo a través hacia la casa. No había ventanas en ese lado, con lo cual era improbable que les vieran aproximarse, a no ser que el observador estuviera fuera de la casa.

Lucy solicitó ayuda a la operadora del 999, colgó y siguió a Fleming. El inspector avanzaba agachado, manteniéndose cerca de la protección que le ofrecía la hilera de árboles que separaba la carretera del campo.

Al acercarse al granero, vieron mejor la furgoneta roja aparcada en su interior. La carrocería estaba cubierta del polvo blanco de la sal que habían echado en las carreteras, lo que indicaba que el vehículo había sido utilizado hacía poco. Si McCauley había muerto hacía ocho meses, era imposible que hubiera podido conducir la furgoneta.

Se encaminaban hacia la fachada de la casa cuando el móvil de Lucy empezó a sonar. Soltando un improperio, lo rebuscó en el bolsillo mientras Fleming maldecía. Abrió el teléfono y reconoció el número de Travers.

—Quédense donde están, ¿me ha oído? —le espetó—. Vamos de camino.

—Sí, señor —acertó a responder Lucy, aunque Fleming ya había llegado a la puerta delantera y la había abierto.

—Ha dicho que esperemos —le dijo Lucy en voz baja a Fleming mientras cerraba el teléfono.

—Si Mullan está aquí y ha oído su teléfono, Kate estará muerta antes de que la encontremos —replicó secamente—. Vaya por la puerta de atrás; yo entraré por

delante.

Fleming se pegó a la pared y esperó a que Lucy corriera hacia la parte trasera de la casa procurando no resbalar en los trechos helados que todavía salpicaban el camino.

Al pasar por delante de una ventana baja que daba a la cocina se arriesgó a echar un rápido vistazo: estaba vacía. Llegó a la puerta trasera y puso la mano en el pomo, empujó la puerta y entró en la cocina empuñando la pistola.

Estaba vacía. Había una taza sucia y unas cortezas de pan sobre una mesita de madera en una esquina. A Lucy le sorprendió el desconcertante calor de la estancia y se fijó en que la cocina del rincón estaba encendida: los fogones desprendían intensas llamas azules. Mullan debía de andar cerca.

Salió de la cocina, entró en el pasillo y vio a Fleming saliendo a su vez de la habitación que había a la izquierda, en la parte delantera de la casa. Mediante gestos, la informó de que había comprobado las dos habitaciones y de que estaban vacías. Entonces señaló escaleras arriba. Lucy asintió y apuntó con la pistola.

Fleming dio un primer paso despacio, apoyando el pie con cautela para evitar que el crujido de los peldaños delatase su presencia.

Lucy se movió detrás de él lentamente, con la pistola apuntando escaleras arriba por si alguien intentaba dispararles. Fleming avanzaba con cuidado, pisando en silencio. La gruesa alfombra floreada que cubría las escaleras amortiguaba tanto la presión como el ruido de su ascenso; Lucy iba detrás, intentando colocar los pies en el mismo sitio que el inspector.

Llegaron al punto donde las escaleras cambiaban de dirección. En el rellano superior había tres puertas, todas cerradas. Lucy reconoció el olor dulzón de una estufa de gas, y notó a la vez el calor que llegaba de arriba y el frío que subía de la planta baja de la casa. Al menos, ese calor explicaba la nieve fundida en el tejado.

—Tienen que estar en esa habitación —susurró Lucy señalando por encima del hombro de Fleming hacia la habitación situada a su izquierda, por debajo del punto en que la nieve se había derretido.

Fleming asintió y alzó el índice para indicarle que guardara silencio. Reemprendieron el ascenso al unísono, tan cerca el uno del otro que Lucy sentía cada movimiento de la espalda de Fleming cuando aspiraba.

Llegaron ante la puerta que Lucy había señalado. Fleming bajó la cabeza y estiró el cuello, intentando captar algún movimiento en su interior. Alargó la mano y aferró el pomo. Luego, articulando en silencio una cuenta atrás, abrió la puerta de un empujón e irrumpió en la habitación. Lucy le siguió apuntando con el arma por encima del hombro de Fleming.

Kate McLaughlin estaba tumbada en un colchón pegado a la pared. Le habían tapado la boca y atado las manos y los tobillos con la misma cinta adhesiva negra. Llevaba los ojos vendados con una tela negra que acentuaba la palidez de su piel. No reaccionó de ningún modo a su irrupción en la habitación, ni hizo el menor gesto de

haberlos oído. Lucy se acercó a la chica sin perder un segundo.

—Comprobaré las demás habitaciones —susurró Fleming al oído de Lucy.

El aire se había espesado con el olor que desprendía la estufa de gas del rincón, que emitía un siseo tan alto que Lucy no podía oír si Kate McLaughlin respiraba. Le buscó el pulso y, por un momento, creyó que la chica estaba muerta. Tenía la piel fría y su pulso era tan débil que tuvo que sostenerle la muñeca durante más de un minuto para asegurarse de que percibía los latidos.

Oyó el crujido de los pasos de Fleming en la habitación contigua, y luego sus pisadas de nuevo en el rellano. Lucy tiró suavemente de la cinta que cubría la boca de Kate, notó la resistencia de la piel de la chica y la escuchó gemir levemente. Luego sacó las llaves de casa y utilizó el filo de una para cortar la cinta que le ataba las piernas.

Fleming abrió la última puerta. Al instante, la habitación se estremeció con la reverberación de un disparo. Lucy oyó el golpe seco de algo que caía pesadamente, seguido del ruido de unos pasos que bajaban tambaleándose por la escalera. La sargento dejó a Kate, empuñó el arma y salió corriendo en busca de Fleming.

El inspector estaba tumbado en el rellano. La sangre le rezumaba entre los dedos de la mano con la que se presionaba una herida en el hombro, intentando contener la hemorragia. Fleming debía de haberle puesto la zancadilla a Mullan cuando se dirigía a las escaleras, porque la pistola del hombre había caído en el primer peldaño.

—Está abajo —dijo Fleming apenas sin fuerza.

El sudor le salpicaba la frente y tenía la piel del rostro pálida, fría y húmeda.

Lucy bajó los escalones de dos en dos, se agazapó en el rellano y apuntó el arma hacia abajo mientras inspeccionaba el pasillo. Oyó el golpe de la puerta trasera al cerrarse y supuso que Mullan pensaba huir en la furgoneta. Bajó las escaleras a toda prisa y recorrió silenciosamente el pasillo. Desde ese punto veía tanto la puerta delantera como la trasera y ambas estaban cerradas, de modo que Mullan seguía en la casa.

Lucy se quedó quieta, ligeramente agachada, sosteniendo la pistola con ambas manos. Se acercó a la cocina. Oyó un crujido arriba y alzó rápidamente la vista, apuntando hacia la zona de la que procedía. Fleming se había puesto de rodillas, utilizando la barandilla como apoyo. Ella acababa de volverse hacia la cocina de nuevo cuando Mullan se le echó encima y la derribó.

El hombre la sujetó contra el suelo y de un golpe la hizo soltar el arma, que se disparó inofensivamente. Tenía el rostro crispado, los ojos le brillaban por la descarga de adrenalina. Forcejeó con Lucy hasta que pudo ponerle las manos en el cuello, y luego le golpeó la cabeza contra el suelo dos veces, en rápida sucesión.

Lucy sintió que se debilitaba, que perdía la consciencia. Durante un instante, incluso creyó que la había soltado, pero cuando intentó moverse, se percató de que el peso de Mullan seguía reteniéndola.

Entonces la cocina entera reverberó con un ruido seco y Mullan cayó de lado

sobre ella. Lucy se retorció intentando quitárselo de encima. El hombre se arrastró por el suelo y alargó la mano hacia la pistola de Lucy.

Desde el peldaño más bajo de la escalera, Fleming sostenía su arma con el brazo ileso.

—Quieto o disparo —le avisó.

Mullan intentó alcanzar el arma arrastrándose un poco más, pero Fleming le disparó dos veces. Mullan estaba muerto al primer tiro.

Los periodistas empezaron a congregarse mientras Kate todavía estaba siendo atendida en una de las ambulancias que habían llegado poco después que la policía. Lucy y Fleming estaban sentados en la parte de atrás de otra de las ambulancias para que los médicos vendaran la herida del hombro del inspector.

Travers le contaba a la prensa que aquél era el resultado de un trabajo bien hecho, una operación llevada a cabo con éxito. Lucy se rio en silencio al oír la palabra «operación», que connotaba algo planeado, preciso. Aunque Travers ejercía de portavoz, los periodistas parecían más interesados en Fleming y en ella. Por el ángulo en que apuntaban las cámaras, Lucy comprobó que no estaban grabando a Travers, sino más allá. A través de la puerta abierta de la casa, se veía el cuerpo de Mullan, cubierto con una manta.

Travers se había puesto furioso con Fleming y Lucy por entrar en la casa sin esperarle. La sargento creía que se sentía molesto y que no le bastaba con que se hubiera resuelto el caso, sino que necesitaba ser él quien lo resolviera. Con todo, no podía cuestionar el hecho de que Kate McLaughlin había sido rescatada con vida.

Por su parte, la chica no había dicho gran cosa. Los médicos habían sugerido que los vapores del gas que saturaban la habitación en que estaba encerrada la habían amodorrado, estado en el que seguiría aún unas cuantas horas. Eso, sin tener en cuenta la dura experiencia que había vivido en la última semana.

La primera ambulancia se llevó a Tom Fleming. A pesar de sus protestas, los médicos no querían correr ningún riesgo.

El grupo de periodistas se alborotó de repente cuando un coche aceleró por la carretera y acabó frenando ante la valla de listones. Michael McLaughlin se bajó del vehículo y se abrió paso entre los periodistas, que se abalanzaron sobre él avasallándolo con preguntas y micrófonos.

Michael McLaughlin apoyó el pie en el listón del medio de la valla y se impulsó para saltarla, buscando desesperadamente a su hija. Cuando vio su silueta en la parte de atrás de la ambulancia, dejó escapar un grito grave y corrió hacia el vehículo.

La chica se levantó, con la manta térmica echada sobre los hombros como si fuera un chal, y abrió los brazos. Su padre la abrazó, acurrucándola en su pecho mientras empezaba a sollozar.

Lucy notó que se le saltaban las lágrimas. Pensó en su propio padre, en su decepción por lo que había descubierto sobre él.

Un segundo coche se detuvo en la carretera, y los periodistas prepararon de nuevo su línea de ataque en cuanto vieron que la puerta se abría y la comisario jefe Wilson se apeaba del vehículo. Sin hacer el menor caso a los reporteros, la oficial se acercó a la valla y esperó a que uno de los agentes uniformados de guardia se la abriera. Entró en la granja y se encaminó directamente hacia la ambulancia donde estaba Lucy.

—Lucy —empezó—, ¿cómo estás?

—Estoy bien, mamá —dijo Lucy.

Si su madre oyó la última palabra, no reaccionó.

—Disparaste al sospechoso, ¿es así?

Lucy negó con la cabeza.

—La pistola se disparó durante el forcejeo, pero fue el inspector Fleming el que de hecho lo abatió.

Su madre levantó la mano.

—Más vale que fuera él. ¿Cómo te sientes?

Lucy notó que la voz le temblaba levemente.

—Bien.

Su madre la miró fijamente, escrutándola.

—Van a suspenderte durante la investigación de los disparos. Necesito que redactes el informe ahora, mientras lo sucedido sigue fresco en tu memoria. Deberás entregar tu arma cuando vuelvas a comisaría.

—No he hecho nada malo, ¿no?

Su madre negó con la cabeza.

—No es más que una formalidad, Lucy, el procedimiento habitual en cualquier tiroteo. Ya lo sabes. Volverás a la calle dentro de un par de días si puedo acelerar la investigación. Deja que hable primero con el subcomisario, y luego te llevaré de vuelta a comisaría.

La comisario jefe se volvió para alejarse, pero se lo pensó mejor y se detuvo un momento para mirarla.

—Y mis felicitaciones por el rescate de Kate McLaughlin.

Lucy se sentó en su despacho a resumir su versión de los hechos. Redactó el informe con sencillez, sin adornos. Se preguntaba si Kate McLaughlin habría hablado, si habría contado algo sobre Alice y el papel que la niña había desempeñado en su fuga de la casa de Kent. También sentía la necesidad de volver a ver a Alice, de explicarle que el lobo estaba muerto, que ya no debía tenerle miedo.

La noticia se había emitido ya por televisión. Se había visto a sí misma en una grabación granulosa, sentada en la parte de atrás de la ambulancia. La prensa había decidido desde qué perspectiva iba a enfocar la noticia, y a Fleming y a ella los calificaban de héroes. Fleming, en especial, recibía grandes elogios por haber resultado herido en el rescate de la chica.

Lucy estaba terminando su informe cuando sonó el teléfono. Era el sargento de recepción de Strand Road. El subcomisario Travers quería verla para que lo informara sobre los acontecimientos.

A pesar de la resolución del caso y de la positiva atención que la prensa le había

prestado posteriormente, Travers seguía irritado por lo sucedido.

—No la estoy culpando a usted, Lucy —dijo—. Pero Tom Fleming tendría que pensar las cosas dos veces. La hizo entrar en una casa sin el apoyo apropiado. Si hubieran matado o herido gravemente al inspector, usted se habría encontrado sola.

—El inspector Fleming temía que Mullan matara a Kate si descubría que estaba rodeado, porque entonces no hubiera tenido nada que perder.

—Me parece admirable que dé la cara por él, Lucy —comentó.

Lucy bajó la mirada a sus manos, entrelazadas sobre el regazo.

—Aun así, yo diría que usted se ha ganado la vuelta al CID, si lo desea. No creo que nadie vaya a discutirlo.

—Gracias, señor —dijo.

—Aunque, obviamente, eso será cuando termine su suspensión. Tómese unos días, dedique tiempo a su padre —añadió generosamente, como si le regalara unas vacaciones.

—Sí, señor —respondió ella.

El hospital estaba en silencio. La hora de visita había terminado hacía mucho. Se dirigió primero a la planta de postoperatorio para ver a Tom Fleming, aunque le comunicaron que acababa de salir de quirófano. El médico le sugirió que volviera al cabo de una hora y, en cualquier caso, sólo para una breve visita. Sin pretenderlo, cinco minutos más tarde estaba de nuevo en la planta de Janet. La enfermera se habría negado a dejarla pasar si no fuera porque la paciente estaba causando muchas molestias, así que se alegró de que algo la distrajera. Y su alegría fue mayor al enterarse de que Lucy era agente de policía.

—¡Quiero irme! —gritó Janet cuando Lucy entró en la habitación—. ¡Esas zorras no dejan que me vaya!

—El doctor quiere visitarla antes —dijo la enfermera—. Para comprobar que todo marcha bien.

Lucy la miró e imaginó los gusanos que se retorcían bajo su piel mientras soportaba otro día de sobriedad.

—Janet, puede irse cuando quiera —insistió—. Lo sabe. No es una prisionera. Pero el médico quiere asegurarse antes de que se encuentra bien. Si él cree que su brazo se está curando como es debido, dejará que se marche.

Janet le clavó la mirada, intentando discernir si sus palabras ocultaban una segunda intención.

—¿A qué ha venido?

Lucy miró a la enfermera, esperando que comprendiera que quería cierta intimidad. Por su parte, la mujer pareció agradecer el descanso y se disculpó antes de dejarlas a solas.

Lucy se acercó a Janet.

—Quería verla antes de que se marchara —dijo—. Quería disculparme.

—¿Por qué?

—Por mi padre. Por lo que le pasó a usted.

—¿Por qué?

Lucy tragó saliva.

—Creo... Estoy convencida de que mi padre era el policía al que conocía.

—¿Por qué?

—Usted era su confidente.

La mujer la miró con frialdad.

—¿Sabe de quién le estoy hablando? —preguntó Lucy.

—¡Sí! —replicó gritando Janet.

—Él quiere su perdón. Creo que lamenta sinceramente lo que pasó.

—¿Que lo lamenta?

Lucy asintió, avergonzada.

—Kevin Mullan —dijo Janet de repente.

El giro de la conversación desconcertó a Lucy, que se puso inmediatamente en guardia.

—¿Qué?

—La vi en las noticias —explicó Janet señalando hacia el televisor del rincón—. Usted estaba allí con Kevin Mullan. ¿Cómo murió?

—No puedo revelarle esa información —respondió Lucy, removiéndose en la silla para apartarse de la mujer.

—Usted me ha preguntado qué podía hacer por mí. Pues yo quiero saber quién mató a Kevin Mullan.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—¿Vio su cara? ¿Las quemaduras?

Lucy asintió, vacilante.

—Yo no fui la única que se quemó entonces.

El comentario sorprendió a Lucy. Había supuesto que Mullan se había quemado al poner una bomba.

—Mullan voló por los aires el Strand Inn —prosiguió Janet—. El local en el que murió una mujer.

—¿La esposa de Michael McLaughlin?

Janet asintió.

—¿Cómo lo sabe?

Se rio desdeñosamente.

—Todo el mundo lo sabía. La ciudad entera, todos. Se rumoreaba que se trataba de un fraude a la aseguradora; que McLaughlin estaba al tanto. Pero ignoraba que su mujer estaría allí aquella noche.

—¿Y no serían más que simples habladurías? —sugirió Lucy en voz baja.

—Mi primo estaba involucrado. Él me lo contó.

—¿Quién era su primo? —preguntó Lucy.

—Billy Quinn —dijo Janet, alzando levemente la barbilla.

—¿Y por qué me cuenta esto ahora?

—También lo conté entonces. En realidad, por eso me quemaron —dijo señalando la cicatriz que asomaba por el escote desbocado de la bata—. Dijeron que era por mi amistad con los soldados británicos, pero Billy me confesó que lo habían hecho porque sabían que yo era una chivata. Mullan lo sabía. Él fue quien me desnudó.

Lucy sintió que se ruborizaba, que aspiraban el aire a su alrededor.

—¿Por qué no lo explicó? ¿Por qué no se lo contó a nadie?

—¿Contarlo? Por eso fue por lo que me castigaron.

—¿Y a quién le explicó que Mullan había puesto la bomba en el Strand Inn? —preguntó por fin, sabiendo ya cuál iba a ser la respuesta.

—A mi contacto, su padre. Por eso quiere que le perdone. Por lo que me pasó. Porque él permitió que pasara.

La queja sonaba absurda, aunque a Janet le seguía doliendo. Lucy no podía ofrecerle razones, no podía justificar las acciones de su padre ni explicarle por qué la había abandonado.

—Y bien. ¿Quién mató a Kevin Mullan? ¿Fue usted?

Lucy se irguió.

—Lamento mucho lo que le pasó, Janet. Sobre todo el papel que desempeñó mi padre. Y comprendo lo que siente. Kevin Mullan está muerto. No le diré más.

Lucy se volvió y recorrió el pasillo hacia la salida, mientras los gritos de Janet reverberaban como un eco a su espalda.

Fleming estaba recostado sobre un montón de almohadas cuando Lucy entró en la habitación. Tenía el hombro cubierto de vendajes y el brazo en cabestrillo, pese a que en su opinión la herida era sólo superficial.

—Según parece alcanzó el hueso —admitió tímidamente, levantando el otro brazo a modo de saludo—. Lo hizo añicos.

Lucy dejó la botella de limonada que había comprado sobre la mesilla que había junto a la cama.

—Gracias por salvarme la vida, señor —dijo.

—No es nada, Lucy —respondió Fleming.

El inspector intentó encogerse de hombros, lo que le hizo esbozar una mueca de dolor.

—¿Cómo ha ido todo?

—Kate está de vuelta en casa, sana y salva. Los secuestradores han muerto. Travers se alegra del resultado, creo.

—¿Y usted?

—Suspendida hasta que concluya la investigación del tiroteo.

Fleming asintió.

—Una formalidad. Yo le maté.

—Fui a ver a Janet. Y mencionó a Mullan —dijo—. Me contó que estuvo involucrado en el atentado del Strand Inn en el que murió la madre de Kate. Y que McLaughlin lo había organizado todo para cobrar del seguro. La muerte de su esposa fue un accidente.

—Pues yo no lo sabía —repuso Fleming—. Y eso que investigué el maldito caso. Janet le ha dado la información con veinte años de retraso.

—Dijo que se lo había contado a mi padre. ¿Es eso cierto?

Fleming alzó la mirada al techo, como si revisara sus recuerdos.

—A mí nadie me dijo nunca nada, seguro. Nunca investigamos a McLaughlin.

—¿Y por qué mi padre no se lo contó a nadie?

Fleming empezó a encogerse de hombros otra vez, pero se detuvo a tiempo.

—Tal vez consideró que Janet no era una fuente digna de confianza, no lo sé.

Cuando llegó a casa, su padre se había acurrucado en el sofá del salón con el abrigo sobre los hombros, según parecía tras haber decidido no subir las escaleras.

Lucy fue a por mantas y lo cubrió hasta la barbilla, reunió sus notas y se sentó a la mesa a trabajar. Repasó la historia de Janet, la fecha en que la vejaron. Descubrió que ocurrió al día siguiente del ataque contra el hogar de su propia familia, en junio de 1994. El matrimonio de su padre y, hasta cierto punto, su infancia, se habían ido al traste en la Navidad de aquel año.

Tenía que corroborar la veracidad de la afirmación de Janet. Pensó en despertar a su padre y preguntarle por qué no había transmitido la información acerca de Kevin Mullan, pero sabía que, dado su estado, cualquier respuesta que le diera sería poco fiable. Entonces se acordó de las cajas de cuadernos que cubrían la pared de su habitación, ordenadas en una vana tentativa de su padre por contener el avance de la senilidad.

Preparó una taza de té y se dispuso a echar un vistazo a las carpetas. Algunas de las cajas parecían descoloridas por el sol y las etiquetas que las identificaban estaban amarillentas y medio despegadas. Supuso que los cuadernos que había al fondo de esas cajas eran los más antiguos, los que se remontaban a mediados de los años setenta.

Empezó a revisar las cajas, una por una. Lucy reconoció algunos de los nombres de los lugares, casos que recordaba de su infancia. Coshquinn, Greysteel, The Rising Sun. Los años transcurridos se identificaban sólo por los distintos nombres de los fallecidos.

La última caja de cuadernos llegaba hasta mediados de 1992. No había encontrado mención alguna de Janet en ninguno de los cuadernos que había revisado, pese a que la chica había sido confidente de su padre. Lucy se preguntó si habría pasado por alto alguna caja, de modo que las comprobó por segunda vez sin mejores resultados. Pensó que su padre tal vez hubiera destruido los cuadernos que hablaban de Janet.

Volvió a colocar las cajas en el rincón, recogió la taza de té ya frío y bajó. Las puntas de los dedos se le habían enrojecido de tanto hojear las páginas, y tenía las manos cubiertas del polvo que habían acumulado los cuadernos guardados. Al pasar por el salón miró hacia la figura dormida de su padre. Sólo había empezado a hablar de Janet la semana anterior. ¿Había despertado el recuerdo al repasar los cuadernos? El hombre había estado revisando una caja en el salón. Se acercó y la buscó. Tal y como esperaba, una solapa de cartón asomaba por debajo del sofá en el que su padre estaba tumbado.

Sacó la caja sin despertarlo y la llevó a la mesa. Al instante, se dio cuenta de que era distinta. Contenía más cuadernos que las otras, notas que abarcaban de 1992 a 1994.

Abrió el primero y empezó a pasar las páginas lentamente, examinando las notas línea por línea, buscando alguna mención de Janet. El nombre apareció por primera vez en la décima hoja del primer cuaderno. Se la mencionaba esporádicamente a lo largo de unas semanas. Luego aparecía cada pocas páginas. A partir de ahí, y cada vez más, su padre había utilizado una especie de escritura taquigráfica y el nombre de Janet se señalaba con una solitaria J. En ocasiones, había anotado recordatorios para sí mismo: «Preguntar a J si sabe algo» aparecía varias veces.

A tres páginas del final del cuaderno, vio una mención del nombre de Kevin Mullan. Estaba enmarcada en un círculo rojo, bajo una J escrita con tinta negra en el

margen superior de la página. Debajo del nombre de Mullan se leía: «Strand Inn. Intencionado. ¿Fraude al seguro de McLaughlin?».

—¿Qué estás haciendo?

Lucy levantó la vista del cuaderno. Su padre se había incorporado en el sofá, y la manta que le había echado por encima estaba arrugada en el suelo.

—Son míos —dijo él—. Déjalos donde estaban.

—Tengo que verlos, papá —se defendió Lucy, avergonzada de que la hubiera descubierto leyendo sus cuadernos.

El hombre se puso en pie con mucho esfuerzo, aferrándose al brazo del sofá para mantener el equilibrio.

—¡Déjalos donde estaban! —chilló.

Lucy volvió a mirar la página.

—Ya casi he terminado. Tengo que saber qué pasó con Janet y Kevin Mullan.

Entonces su padre se abalanzó sobre ella y la agarró de los brazos.

—¡Devuélveme mis putos cuadernos! —gritó levantando la mano.

Lucy intentó quitárselo de encima y el cuaderno se le cayó al suelo.

—Mira lo que has hecho. Recógelo.

Lucy se levantó.

—Papá, yo...

Su padre lanzó la mano contra ella con la palma abierta, abofeteándola con fuerza en una mejilla. Lucy notó que los dientes le cortaban el labio, y percibió el sabor metálico de la sangre en la boca.

Su padre se quedó inmóvil, desconcertado, y miró a Lucy como si estuviera viendo a su hija por primera vez.

—Oh, Dios mío, cariño, lo siento.

Las lágrimas asomaban ya a sus ojos. El hombre se llevó los dedos, delgados y femeninos, a los labios, y extendió la otra mano hacia su hija. Resuelta a no llorar, Lucy se la apartó.

—No eres mi padre —le espetó—. Ya no te conozco.

Lucy pasó por su lado, salió de la habitación y se encerró en el baño. Bajo el resplandor del fluorescente, su reflejo en el espejo se veía pálido, salvo por el rojo del labio. Abrió el grifo y se quedó mirando el agua mientras de la boca caía una gota de sangre tras otra, diluyéndose en anillos concéntricos cada vez más amplios.

Sólo cuando se convenció de que el correr del agua ocultaría sus sollozos, se permitió llorar. Se sentó al borde de la bañera, se abrazó a sí misma y llamó a su madre, como una niña.

Permaneció así hasta que oyó el ruido de los pasos de su padre al otro lado de la puerta. Él llamó suavemente, y susurró su nombre en voz tan baja que pareció poco más que un murmullo apagado a través de la madera. Cuando Lucy no le respondió, se encaminó silenciosamente a su habitación.

Tras esperar otros veinte minutos, abrió la puerta sin hacer ruido y bajó las

escaleras. Sentía el impulso de hacer la maleta y marcharse, pero no tenía adónde ir.

En el salón, el cuaderno que había estado leyendo cuando su padre la abofeteó seguía en el suelo. Lo recogió y lo dejó en la mesa. Entonces, al final de la página, vio las palabras: «Transmitido al OI».

Sabía que las siglas OI significaban «oficial a cargo de la investigación». Dio por supuesto que se referían a Tom Fleming. Él había investigado el caso. Si estaba en lo cierto, le había mentido cuando le dijo que no sabía nada al respecto.

Llamó a la comisaría de Strand Road y le preguntó al sargento de recepción si sería posible comprobar quién era el OI en el caso del Strand Inn. Por el tono de la respuesta, Lucy supo que al sargento le desagradaba la tarea; no obstante, le dijo que la llamaría en cuanto lo averiguara.

Diez minutos más tarde sonó su móvil. Reconoció el número de la comisaría de Strand Road en la pantalla.

—Sargento Black —dijo.

—Soy Travers.

Al principio, Lucy supuso que la llamaba para saber cómo estaba, pero el subcomisario prosiguió:

—Ha estado haciendo preguntas sobre el caso del Strand Inn, ¿por qué?

—Estoy revisando unos datos, señor —respondió ella intentando no dar más que vagos detalles.

—¿Por qué? Se supone que está usted suspendida.

—Una antigua confidente de mi padre ha mencionado ese caso relacionándolo con sucesos recientes.

—¿Qué sucesos, Lucy?

—El secuestro de Kate McLaughlin, señor. Mullan. La confidente le contó a mi padre que Mullan estuvo involucrado en el caso del Strand Inn. En las notas de mi padre se lee que él transmitió la información al OI que llevaba el caso. Creo que era el inspector Fleming, señor.

—¿Cómo consiguió las notas de su padre?

—Yo... Las guarda en casa —confesó Lucy, maldiciéndose al instante por revelárselo.

—El caso McLaughlin está cerrado, Lucy. Mullan está muerto. Disfrute de sus días de descanso.

—Gracias, señor —dijo—. Pero, sólo por curiosidad, ¿quién era el OI del caso?

Siguió una brevísima pausa en el otro extremo de la línea.

—Era yo, sargento Black. Y su padre nunca mencionó a Mullan.

La comisario jefe entreabrió la puerta delantera y se asomó a través del hueco que dejaba la gruesa cadena de seguridad. Lucy se preguntó por qué se tomaba la molestia, cuando ya se había identificado ante el portero automático.

Por encima de ellas, el estruendo de un avión a reacción volando bajo en dirección al aeropuerto estremeció las ventanas de la casa.

—¿Todo bien? —preguntó su madre.

Soltó el extremo de la cadena y la invitó a entrar. Se había puesto una bata por encima del camisón.

—Siento presentarme tan tarde —se disculpó Lucy—. Pero no tengo a nadie más a quien recurrir.

Su madre la miró.

—¿Qué te ha pasado en el labio?

Lucy se mordió la herida.

—Me ha pegado.

—¿Quién?

—Papá.

La expresión de su madre se suavizó.

—Oh, Lucy —dijo.

Lucy notó que su madre sentía el impulso de abrazarla, de consolarla, pero se limitó a apoyar levemente una mano sobre su hombro.

Oyó el crujido de los tablones del suelo y, al darse la vuelta, vio a un hombre que la miraba desde lo alto de las escaleras.

—¿Todo bien? —preguntó desde el rellano.

—Sí. Vuelve a la cama —dijo su madre, levantando las cejas con exasperación y conduciendo a Lucy por el pasillo hasta la cocina.

Lucy dejó que la llevara hasta una silla y esperó mientras su madre servía dos copas de vino. Las copas eran grandes, de cristal grueso, y las llenó hasta el borde.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estaba hojeando sus viejos cuadernos —dijo Lucy—. Y él perdió los nervios.

Su madre la miró asombrada.

—Eso no es propio de tu padre.

—Ya no lo reconozco —admitió—. Encontré a Janet.

Los rasgos de su madre se afilaron, y apretó los labios hasta formar una línea blanca.

—¿Por qué?

—Hablabas de ella. Y yo tenía la necesidad de saber.

Mientras Lucy hablaba, su madre negaba con la cabeza, cada vez con más contundencia.

—No. No tenías que saberlo. Yo no te conté nada a propósito. ¿Para qué hubiera

servido?

Lucy bebió media copa de un trago y saboreó el intenso regusto del vino en la boca.

—¿Sabías que era una niña?

Su madre miró su propia copa y tomó un largo trago antes de asentir.

—Y tú me dejaste con él. Yo también era una niña.

—No fue así, Lucy —dijo—. Tu padre te quería, independientemente de todo lo demás. Lo hablamos. En cualquier caso, después de que lo amenazaran, tenía que marcharse. De haberse sabido, tu padre estaría acabado. Yo... yo había trabajado mucho para llegar adonde había llegado. No era justo que yo renunciara a todo cuanto había conseguido por algo que él había hecho. Y no podría haber trabajado como lo hice con la carga de una hija.

Miró a Lucy, dejando escapar una nota de súplica en su voz.

—En aquel entonces, las cosas eran distintas para las mujeres. No fue fácil para mí, Lucy.

—Ni para mí —replicó—. Ni para esa chica, Janet. La embrearon y la emplumaron cuando nosotros nos marchamos de Derry.

Su madre gruñó en voz baja.

—No deberías haber removido esa historia, Lucy. El pasado, pasado está.

—No, no lo está —repuso Lucy—. Sigue infectando el presente. Janet dice que Kevin Mullan fue el hombre que la embreó. Por ser una chivata. Le contó a papá que Mullan puso la bomba en el Strand Inn.

—¿El bar de McLaughlin?

Lucy asintió.

—Según ella, se trataba de un fraude al seguro. Papá pasó la información, pero nunca se investigó. Ahora, veinte años más tarde, Mullan y Kent están involucrados en el secuestro de la hija de McLaughlin. El Semtex que se encontró en la cabaña de Kent era de la misma remesa que el que se utilizó para volar el bar.

—Eso fue un atentado terrorista, Lucy, lo recuerdo.

—Era un edificio catalogado. McLaughlin lo compró a un precio irrisorio porque el solar no podía urbanizarse. La bomba le despejaba el camino. Una vez acabaran las disputas en los tribunales, el terreno valdría una fortuna. Tenía una oferta de cuarenta y cinco millones por él. Pero entonces, justo cuando ya podía venderlo, llegó la recesión y el precio se hundió en el mercado. Ahora, el terreno no vale más de lo que él pagó.

A esas alturas, su madre había dejado de llevarle la contraria y se tomaba en serio sus palabras.

—Los terroristas que pusieron la bomba fueron detenidos por otros delitos. Cuando salen de la cárcel, secuestran a la hija de McLaughlin... ¿Y no piden rescate? Aun así, él intentaba conseguir diez millones el día antes de ofrecer la recompensa.

—¿Cómo sabes todo eso?

Su tono había cambiado, había adoptado el distanciamiento más propio de su cargo.

—Hablé con la esposa del ayudante de su contable. Intentaba deshacerse del terreno en secreto, en vano. Filtró noticias sobre un falso acuerdo de veinticinco millones de libras para intentar subir el precio. Pero a quien atrajo fue a sus antiguos compinches, que reclamaban su parte.

—¿Estás diciendo que McLaughlin tenía un acuerdo con los que pusieron la bomba? ¿Que les pagaría una parte de los beneficios que sacara por la venta del terreno si ellos se ocupaban de eliminar las restricciones legales sobre el edificio catalogado?

Lucy asintió.

—Pero, cuando salieron de la cárcel, el terreno no valía lo que les habían prometido. Entonces se enteraron de que McLaughlin estaba a punto de firmar esa supuesta gran venta. Y todavía estaban esperando cobrar lo que les debía.

—Kate McLaughlin nos contó que uno de los secuestradores dijo que eso era lo que querían: «Lo que se nos debe».

—¿Y qué más contó la chica?

Su madre sacudió la cabeza.

—La retuvieron en casa de Kent, atada y con los ojos vendados. A oscuras. Oyó a la niña llegar a la casa, dijo que también escuchó una discusión entre Kent y una mujer sobre su hija. En aquel momento, no había nadie más. Supuso que los compinches de Kent no sabían que la niña estaba en casa. Tal vez Kent temía que le hicieran daño. La niña, Alice, encontró a Kate en el sótano. Había estado jugando fuera y entró por la carbonera para explorar. Kate la convenció de que le cortara las ataduras. La pequeña la llevó al bosque. Empezó a nevar, y se ocultó en la cabaña que descubriste.

—Pero Mullan la encontró antes de que pudiera escapar.

Su madre asintió.

—¿Sabía que habían asesinado a Kent? —preguntó Lucy.

—No.

—¿Vio a alguno de los secuestradores?

Su madre vació su copa de vino y volvió a llenar las dos para acabar la botella.

—No. Oyó voces. Cuatro voces masculinas.

—Pero sólo tenemos a tres. Quinn, Mullan y Kent.

—Ella está convencida de que oyó cuatro.

—Papá escribió en su cuaderno que había pasado el soplo sobre Mullan a Bill Travers.

Los labios de su madre se crisparon.

—Él fue quien te habló de Janet, ¿verdad?

Su madre asintió.

—Papá le menciona lo de Mullan a Travers, nuestra casa es atacada y Janet es

víctima de un comando de castigo. Y el día en que yo le menciono a Travers mis sospechas sobre la implicación de McLaughlin, pintarrajean una amenaza en el muro de casa.

—Tienes que andarte con cuidado con esas insinuaciones, Lucy.

—Travers se encargó de la investigación del Strand Inn. Ahora dirige la investigación del secuestro. Una posición muy conveniente para que la banda tuviese la garantía de que nunca los detendrían: uno de sus miembros pertenecía al cuerpo de policía.

Su madre asintió despacio, mientras reseguía con el índice la circunferencia que la base de la copa de vino había impreso en la mesa. Al cabo se levantó, llevó su copa al fregadero, la enjuagó y la dejó boca abajo en el escurridero.

—¿Qué quieres que haga, Lucy? ¿Que detenga a Travers y a McLaughlin?

Lucy cambió de postura en la silla para mirar a su madre. La mujer estaba sopesando las posibilidades, buscando una forma de minimizar los daños. Era la comisario jefe. Su comisaría, su distrito. Un escándalo con el que tendría que lidiar.

—Si hicieron todo eso...

—Ese «si» son palabras mayores, Lucy —dijo.

De repente, hablaba en el tono uniforme y razonable que Lucy reconoció de tantas discusiones que había mantenido con ella.

—Ya sabes lo que se siente cuando descubres algo sobre tu padre que no tenías por qué saber. ¿Te agradecerá Kate McLaughlin que le arrebates a su padre? Su madre está muerta. ¿Te parece que sería un buen modo de poner fin a esto?

—Ese hombre tiene que pagar por lo que ha hecho.

—Dios, Lucy, ¿no crees que ha pagado ya? ¿No crees que lo que ha sucedido en estas últimas semanas es suficiente? Su esposa murió hace años, su hija ha estado secuestrada; según tú misma dices, su propiedad carece de valor. Si lo detenemos, Kate quedará huérfana.

—Esa chica merece saber la verdad.

Su madre volvió a sentarse delante de ella.

—¿Ahora? A ti no te hizo falta saber la verdad cuando eras niña. No le hubiera hecho ningún bien a nadie.

—¿Y Travers? ¿Y si es el cuarto miembro de la banda? ¿Y si cree que Alice lo vio en la casa? Con el tiempo, la niña recuperará el habla. Él no se sentirá a salvo mientras la niña siga con vida. Y la niña no estará a salvo mientras él siga libre.

Su madre le recogió la copa sin preguntarle si había acabado.

—Ve a ver a la niña por la mañana. Lleva fotografías. Si identifica a Travers, ya me encargaré yo. Hasta entonces, no hay más que pruebas circunstanciales, Lucy. No tienes nada concreto contra él.

La comisario jefe volvió a levantarse.

—Me voy a la cama. Hay un cuarto de invitados al fondo, o puedes dormir en el sofá si lo prefieres. Te sacaré mantas y un pijama. Mi amigo se llama Mark, por si te

lo encuentras en el desayuno por la mañana.

Lucy la observó mientras caminaba en silencio hacia la puerta. Su madre se detuvo en el umbral y se volvió para mirarla.

—Sabes que la bofetada de tu padre es consecuencia de la enfermedad, ¿verdad? No era él. Él nunca te haría daño, Lucy. Yo le odié por lo que le hizo a aquella chica, pero también sabía que te quería demasiado para hacerte daño.

Lucy la miró fijamente, pero no dijo nada.

—¿Qué vas a hacer con él?

—No lo sé —respondió Lucy.

Lucy acababa de tumbarse en el sofá y se había echado la manta por encima cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Lucy, dónde está?

Era Travers. Su voz sonaba controlada, tranquilizadora.

—Eh, en casa, señor. Acostada.

—No, no es verdad.

Lucy sintió que se le ponía la carne de gallina. Se estremeció mientras se frotaba el brazo para librarse de la sensación.

—¿Cómo ha dicho?

—Aquí sólo estamos su padre y yo —prosiguió Travers.

Lucy sintió que se le revolvían las entrañas. Su instinto la empujaba a subir a la habitación de su madre, pero no quería encontrarse con el extraño que había en su cama.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo en mi casa?

—No, nada en absoluto —respondió él—. Me he pasado para echar un vistazo a esos cuadernos que conserva su padre, a ver si puedo averiguar a quién le dio el nombre de Mullan hace tantos años.

—Mi padre no se encuentra bien, señor —dijo Lucy, levantándose y cogiendo su chaqueta.

—Ya me he dado cuenta. De hecho, me parece que acaba de salir a buscarla por el bosque, pero no podría asegurárselo.

Lucy cortó la comunicación y salió corriendo, cerrando de un portazo.

Tardó veinte minutos en llegar hasta su casa. La puerta delantera estaba abierta. Aparcó descuidadamente en el camino de entrada y corrió dentro, llamando a su padre a voces. Todo estaba a oscuras y sus gritos sólo tuvieron el eco del silencio como respuesta.

Revisó rápidamente las habitaciones, pero no había rastro de su padre ni de Travers. Corrió al armario que había bajo el fregadero para coger el arma de su padre, ya que la suya estaría en comisaría hasta que redactaran las conclusiones de la investigación acerca del tiroteo. Se había quedado con la llave después de guardar la pistola la noche en que él se había caído en la nieve; sin embargo, la puerta del armario estaba abierta y la pistola había desaparecido. Su padre debía de tener más de una llave. De la caja de munición se habían caído algunas balas, que estaban esparcidas por el suelo del armario.

Corrió al pasillo. De repente, una figura apareció tambaleándose en la puerta y se movió con torpeza hacia ella. Lucy se tensó, dispuesta a hacerle frente. Era Dermot, el vecino.

—¡Dios, me ha asustado! —exclamó Lucy.

—La he visto llegar —explicó Dermot—. Su padre salió a la calle hace unos minutos. Su visitante le siguió. No han regresado.

Lucy asintió.

—¿Hacia dónde se dirigían?

Dermot señaló hacia el extremo más alejado de la calzada, donde las lindes oscuras del bosque discurrían en paralelo a la calle.

—Creo que se internaron en el bosque —dijo—. ¿Quiere que le eche una mano? Traeré una linterna.

Dermot volvió corriendo a su casa mientras Lucy se apresuraba hacia el final de la calle. Llegó a la linde del bosque y miró a través de la espesura. La nieve se había fundido lo que, de hecho, oscurecía más si cabe el bosque. El aire era frío y cortante.

Se adentró en el bosque y se detuvo un instante, con los ojos cerrados, para acostumbrarse a la oscuridad reinante bajo los antiguos robles.

Finalmente, respirando hondo y despacio, abrió los ojos y empezó a moverse entre los árboles utilizando la luz de la pantalla del móvil como linterna, mirando sin descanso a izquierda y derecha, alerta por si distinguía el destello de la camisa blanca de su padre a través de los troncos negros.

Por encima de su cabeza, algo se movió entre las ramas, sobresaltándola, y un pájaro alzó el vuelo.

Mientras caminaba, mantenía la cabeza gacha, mirando el suelo para evitar las raíces y las ramas que salpicaban el camino. A esa hora, la floresta estaba viva, llena de movimiento; las criaturas se deslizaban entre las hojas marchitas del suelo boscoso, manteniéndose fuera del débil anillo de luz que proyectaba el móvil.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que se acercaba al borde de la cantera. Inclino el teléfono para hacerse una idea de la distancia que la separaba del precipicio, pero en ese mismo momento el bosque se sumió en la más completa oscuridad: la batería de su móvil se había agotado.

De repente oyó un crujido a su espalda, seguido de un movimiento pesado. Antes de que pudiera darse la vuelta, una mano la agarró por el hombro y ella se encogió, asustada.

—Hola, Lucy —la saludó Travers.

—Señor —respondió ella, incapaz de controlar el tartamudeo de su voz al darse la vuelta para mirarle a la cara—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Buscando a su padre —dijo él.

Iba vestido de negro y llevaba una mano metida en el bolsillo, en el que, imaginó Lucy, sujetaba un arma.

—Algunos de los vecinos están de camino, señor —dijo.

—En ese caso, más vale que nos demos prisa.

Al tiempo que Travers se le acercaba, Lucy recordó que el borde de la cantera estaba a sólo unos metros a su espalda y tuvo que resistirse al impulso de retroceder para alejarse del subcomisario.

—Y bien, ¿quién es esa chivata a la que su padre sonsacó la información?

—No sé cómo se llama, señor.

—Se trata de aquella colegiala, ¿verdad?

—No estoy segura —insistió Lucy.

—¿A quién más se lo ha contado usted?

—A mi madre —se apresuró a decir—. Estaba en su casa cuando usted llamó.

Él asintió, como si le confirmara algo que había sospechado desde el principio.

—Bien, muy bien. En cualquier caso, su madre no querrá que esto se haga público —dijo Travers—. Nunca admitirá que su marido abusó de una colegiala y ella no hizo nada para impedirlo. Y pensar que la dejó a usted con él cuando no era más que una niña...

Travers negó con la cabeza y añadió:

—Eso no dice mucho de la preocupación que sentía su madre por su bienestar, ¿verdad que no, Lucy?

—No, señor —convino Lucy, aunque sólo fuera para que siguiera hablando.

El subcomisario se le acercó, y ambos se aproximaron al borde del abismo. Travers extendió la mano libre y le acarició la mejilla.

—Pero usted no se quedará callada, ¿verdad que no?

Lucy miró a un lado, intentando desesperadamente saber lo cerca que estaba del precipicio.

—Podría, señor.

—Lo ha hecho muy bien en el CID, Lucy —la felicitó Travers—. Es una oficial muy prometedora.

Lucy se sentía incapaz de hablar. Travers avanzó otro paso hacia ella, que se aproximó un poco más al borde del precipicio.

—No será capaz de matarme, señor —dijo Lucy, buscando llena de angustia alguna señal del vecino que la había seguido.

—Fue muy valiente al entrar en el bosque a oscuras en busca de su padre. Pero los accidentes ocurren. Tal vez se acercó demasiado al borde de la cantera y perdió el equilibrio.

—Nadie le creerá.

Travers se rio y se le acercó aún más.

—Todos me creerán, Lucy. Precisamente de eso se trata.

—¡Janet!

Lucy miró rápidamente a su derecha y vio la figura espectral de su padre moviéndose entre los árboles.

—Corre, papá, ¡pide ayuda! —gritó.

Sin embargo, al oír su voz, su padre caminó hacia ellos sosteniendo su arma en una mano. Travers debió de verlo a la vez que Lucy y se movió bruscamente, se abalanzó sobre el hombre, lo agarró por la pechera de la camisa y lo empujó mientras intentaba arrebatarle el arma y le arañaba el brazo.

El anciano forcejeaba y se resistía, pero Travers consiguió derribarlo y que soltara el arma. Lucy se arrastró hacia los matorrales y palpó los arbustos con las manos hasta que percibió la fría solidez del metal.

Se irguió y apuntó con la pistola. Travers, que se había puesto en pie, se cernía sobre su padre y lo utilizaba como escudo, intentando levantar del suelo al anciano para protegerse mejor.

—Suéltelo, señor.

—¿Lucy?

De repente, Travers se quedó inmóvil y alzó las manos.

—Voy desarmado. ¿Qué va a hacer? ¿Dispararme?

—Te conozco.

El anciano miraba a Travers con los ojos entrecerrados, en un esfuerzo desesperado por situarlo.

—Reconozco tu voz.

—La ayuda está a punto de llegar —dijo Lucy—. Está detenido.

Travers se rio sin ganas.

—¿Por qué?

—Por el asesinato de Peter Kent. Por el secuestro de Kate McLaughlin.

—Tendrá que probarlo.

—Alice vio cómo asesinaban a su padre. Debía de estar acostada en la cama. ¿Por qué mató a Kent?

Travers se acercó un paso a Lucy, haciendo que ésta levantara más el arma a modo de advertencia para que retrocediera.

—Creímos que había hecho un trato con McLaughlin. La chica había desaparecido y él no quería decirnos dónde estaba.

—Murió para proteger a su hija.

Travers no dejaba de reír.

—Hace que parezca un acto caballeroso. Kent era un animal. Y Quinn también. Pero usted acabó con él, ¿verdad?

—¿Estuvo involucrado desde el principio? ¿Desde 1994? Janet le contó a papá que Mullan había puesto la bomba en los muelles, y él se lo transmitió a usted. ¿Formaba ya parte de la banda o acaso McLaughlin compró su silencio después del atentado?

Travers empezó a moverse de nuevo hacia ella.

—No lo haga —le ordenó Lucy en voz baja—. Retroceda.

—Te conozco —dijo su padre con voz ahora más firme—. Te conozco.

—¿Hizo que Mullan fuera a por Janet? ¿Y el ataque a nuestra casa? ¿También fue obra suya?

—Son demasiadas preguntas, Lucy.

Su padre intentaba ponerse en pie, sin conseguirlo.

—Me acuerdo de ti —dijo mirando a Travers.

Travers le devolvió la mirada.

—Se estaba tirando a una colegiala —le espetó—. La chica no era mucho mayor que usted. ¿Eso no le da que pensar?

—Cállese —dijo Lucy—. Usted no me quería en el CID. Ordenó que me ocupara del caso de la niña encontrada en el bosque junto a la cabaña de Kent porque quería estar al tanto de lo que descubría.

—Era una niña de catorce años —añadió él, avanzando de nuevo.

—No se acerque —dijo Lucy—. Usted creyó que podría controlarme.

Travers negó con la cabeza.

—¿Por eso sigue todavía viviendo con él?

—No se acerque —repitió Lucy en voz baja, intentando dominarse.

—¿Para que todo quede en familia? Eso explica muchas cosas —añadió Travers, dando otro paso intencionado hacia ella.

—Dispararé —dijo Lucy apuntando con mano firme.

—No, no dispararé.

Travers se abalanzó sobre ella y su mano aferró el cañón.

Lucy apretó el gatillo. El eco del disparo reverberó por la fachada de piedra de la cantera que se extendía a sus pies.

Travers se quedó inmóvil, con una expresión pasmada de sorpresa. Bajó la mirada al punto en que su mano presionaba el estómago y gimió cuando, al apartarla, la vio empapada de sangre.

—Hija de puta —le espetó abalanzándose de nuevo contra ella.

A esas alturas, su padre había conseguido levantarse. De repente, se echó sobre Travers agarrándolo por el abrigo.

—Me acuerdo de ti —dijo, empujando a Travers por un costado hacia el borde de la cantera.

El subcomisario se tambaleó y agitó los brazos para no caer. Durante un segundo pareció quedar suspendido en el aire, pero luego se volvió inesperadamente hacia la izquierda y desapareció en el vacío.

Lucy agarró a su padre antes de que el impulso de su propio movimiento lo arrastrara al fondo del precipicio y se desmoronó en el suelo junto con él. Aferrada a su cuerpo, vio las luces de las linternas que oscilaban entre los árboles a lo lejos y oyó la voz de su vecino llamándola.

El alba había desgarrado un tajo rojizo en el horizonte, hacia el este. Dermot la ayudó a llevar a su padre de vuelta a casa; luego, tras enchufar el móvil, Lucy pidió ayuda. Había pensado en descender al fondo de la cantera para comprobar si Travers había sobrevivido a la caída, pero un rápido vistazo le descubrió que no hacía falta. La postura en la que había quedado era toda la confirmación que necesitaba: el cuerpo del subcomisario se había quebrado sin remedio.

Los equipos de respuesta tardaron casi una hora en llegar. Lucy había regresado a la entrada del bosque y estaba esperándolos cuando oyó que se acercaban las sirenas. La sargento guio al primer equipo a través de la espesura, un trayecto que ahora facilitaba el alba cada vez más luminosa.

—Ha habido un incendio en la ciudad —le comentó uno de los agentes a modo de explicación por la tardanza, mientras se abrían paso entre los árboles.

Lucy observó el descenso de los agentes desde el borde del precipicio. Todavía estaban levantando la tienda de la policía científica sobre el cadáver de Travers cuando llegó la madre de Lucy.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndole la mano en el brazo.

Lucy asintió.

—Trajo a papá al bosque. Yo le perseguí.

—¿Qué quería?

—Buscaba los cuadernos de notas de papá y el nombre de su confidente. Intentaba borrar su propio rastro, creo.

—¿Qué encontrarán los de la científica?

—Le disparé. Una vez. Luego forcejeó con papá y cayó al vacío.

—¿Iba armado?

Lucy negó con la cabeza.

—No lo sé. Creía que sí, pero no llegué a ver ningún arma.

La boca de su madre se crispó.

—Has disparado a un subcomisario desarmado —dijo en voz baja.

Lucy tragó saliva y asintió.

—¿De dónde sacaste el arma?

Lucy sacudió la cabeza.

—Es la de papá.

—¿Dónde la has dejado?

La sargento se la sacó del bolsillo. Su madre miró alrededor y la cogió.

—Vete a casa —le ordenó—. Iré a hablar contigo en cuanto pueda.

Lucy regresó a casa cuando el alba irrumpía entre los árboles, suavizando los contornos de las sombras.

Su padre estaba sentado en el salón, revisando la última caja de cuadernos. Levantó la cabeza y sonrió al verla.

—Casi he terminado —dijo.

El teléfono sonó en la cocina, donde lo había dejado cargando. El nombre de Robbie apareció en la pantalla y comprobó que tenía otras tres llamadas perdidas también suyas.

La voz de Robbie sonó muy débil cuando respondió.

—¿Lucy? He estado intentando ponerte en contacto contigo.

—Robbie, ¿puedo llamarte más tarde? Éste no es un buen momento para hablar.

Robbie la interrumpió bruscamente.

—Ha ocurrido algo —dijo—. Paso a recogerte dentro de diez minutos.

Cuando Lucy y Robbie aparcaron en Foyle Springs, la brigada de bomberos había conseguido controlar el incendio, pero la casa ya no era más que una carcasa ennegrecida cuyas paredes brillaban a la luz cada vez más intensa.

Uno de los bomberos estaba sentado en el bordillo a un lado de la carretera, y las manchas de sudor destacaban como riachuelos sobre la suciedad de su cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lucy.

El bombero levantó la mirada hacia ella sospechando, tal vez, que era periodista.

—Es una agente de la PPU —aclaró Robbie.

—Incendio provocado —dijo el hombre—. El olor a gasolina ahí dentro es asfixiante.

Uno de los bomberos salió de la casa, se quitó el respirador y se dirigió a uno de los laterales del edificio. Se quedó de pie, cara a la pared, con la cabeza apoyada en el antebrazo sobre los ladrillos. Uno de sus colegas le dio unas palmadas en la espalda.

—En esa casa vivían dos niños —acertó a decir Lucy.

El regusto acre del humo le quemó en la garganta y le dificultó la respiración.

El hombre sacudió la cabeza, abatido.

—¿Dónde están?

—Los encontramos juntos en el dormitorio, abrazados el uno al otro. La niña había envuelto al bebé en toallas húmedas. Las utilizó todas para proteger al bebé. De otro modo, el pequeño no habría sobrevivido.

—¿Dónde están ahora?

—El bebé en el hospital. Se intoxicó con el humo. La niña... No pudimos hacer nada por ella. Ya había...

El bombero dejó caer la cabeza y miró fijamente entre sus rodillas, al suelo:

—Utilizó todas las toallas para proteger al bebé —repitió.

Lucy sintió que un sollozo le recorría el cuerpo.

—¿Y qué ha sido de la madre y de su compañero? —preguntó Robbie.

—Encontramos a la madre. Estaba en el salón. No hay nadie más.

—¿Fue la madre quien provocó el incendio?

—No lo sabemos todavía. El patólogo tendrá que examinarla primero.

—Su compañero salió ayer bajo fianza —dijo Robbie—. Uno de nuestros asistentes estaba aquí con ellos cuando él llegó. Ha pasado la noche en la casa.

Lucy sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Se sentó en el bordillo junto al bombero.

—Encontramos un teléfono apagado en la mano de la niña. Debí de intentar llamar pidiendo ayuda —dijo el hombre—. ¿Se lo imagina?

Lucy sintió que se le revolvían las entrañas. Le entraron arcadas y tuvo que apartar la cabeza.

Con dedos temblorosos, sacó su teléfono. Marcó el número del buzón de voz y

recuperó el mensaje que habría recibido cuando estaba en el bosque con Travers y su padre si no se hubiera quedado sin batería.

La voz de Mary Quigg sonó muy baja; sus palabras eran apenas inteligibles, como si estuviera llorando.

—Necesito ayuda. Usted dijo que me ayudaría. Él le ha hecho daño a mamá. Va a hacernos daño a nosotros. Estoy en mi habitación con Joe. Por favor, venga y sáqueme de aquí.

Lucy estalló en lágrimas y se apartó el teléfono de la oreja. Todavía se oía la voz de Mary. Robbie se sentó a su lado y escuchó, abrazándola.

—Va a matarnos. ¡Mamá, mamá!

La palabra era un chillido suplicante, desesperado.

Robbie intentó arrebatárle el teléfono, pero Lucy no se lo permitió. Tenía que escuchar el mensaje hasta el final.

Y así se quedaron sentados, escuchando. El habla de Mary se fue entrecortando a lo largo de los dos minutos siguientes, sus palabras se volvieron más confusas, interrumpidas por sus propios gritos. Al fondo, oían el llanto cada vez más tenue del bebé, y la voz de Mary intentando tranquilizarlo. Una y otra vez, la niña repetía:

—¿Hay alguien ahí?

Tras esos pocos minutos, no oyeron más que la respiración jadeante de la pequeña. Después, los jadeos se interrumpieron.

Al llegar a casa, se la encontró vacía. Encima de la mesa, una nota de su madre le decía que pasara por comisaría en cuanto estuviera lista. Robbie la acercó hasta allí, y le prometió que volvería más tarde para ver cómo iba todo.

Cuando entró en la sala de interrogatorios de la PPU, la comisario jefe y Tom Fleming estaban hablando con Kate McLaughlin. Michael McLaughlin, sentado junto a su hija en el sofá, la cogía de la mano. En ese momento, la chica les estaba contando cómo había intentado ayudarla Alice.

—La niña me explicó que conocía un sitio seguro, en el bosque. Una cabaña que su padre utilizaba en sus excursiones —decía Kate—. Me condujo hasta allí a través de la nieve y luego me dijo que tenía que volver, por si su padre descubría que me había dejado escapar.

La madre de Lucy alzó la mirada y, al verla, se disculpó y abandonó el interrogatorio.

—Creía que ya habíais hablado con Kate —comentó Lucy.

—Estamos ablandando al padre; voy a dejarle caer algunas de tus acusaciones y ver qué tiene que decir.

—Le estás obligando a escuchar lo mal que lo ha pasado Kate para que se sienta culpable —adivinó Lucy.

Su madre esbozó una breve sonrisa.

—Algo así —dijo—. Quiero que sepas que tu padre ha sido acusado del asesinato de Bill Travers.

—¿Qué?

—Hablé con él en casa. Le enseñé el arma que se utilizó y afirmó que era la suya. Dice que Travers intentó atacarte y que por eso le disparó. Forcejaron y lo arrojó por el borde de la cantera.

—Pero eso no es cierto —dijo Lucy—. No puede cargar con la culpa. Él no lo hizo.

Su madre la miró fija y firmemente.

—Él dice que sí.

—¡Está senil! —le espetó Lucy.

—Esta mañana parecía bastante cuerdo. Alegará incapacidad mental como atenuante y lo mandarán a un pabellón de seguridad en el hospital Gransha.

—Eso no es justo, mamá —protestó Lucy—. No puedo permitir que asuma la culpa.

—Es lo mejor, Lucy. Ya ha firmado una declaración. El caso está cerrado.

—Lo estás castigando por lo que sucedió con Janet —repuso Lucy con irritación.

—Es él quien se castiga —replicó ella—. Yo simplemente se lo permito. Tendría que haberlo hecho hace años.

Lucy conocía lo bastante bien a su madre para saber que no la haría cambiar de

opinión.

—Me han informado de lo sucedido en casa de los Quigg —dijo su madre—. Lo siento. Tom me ha contado que la niña se llevaba muy bien contigo.

Lucy tuvo que esforzarse para no perder la compostura.

—Para lo que le sirvió...

—Te llamó, ¿verdad? Mientras agonizaba.

Lucy asintió, incapaz de pronunciar palabra.

—Tienes que causar una gran impresión en alguien para que piense en ti en el momento de su muerte.

—Le fallé —dijo Lucy—. Me llamó y yo no estaba.

—No fue culpa tuya, Lucy. No puedes responsabilizarte de eso.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo Lucy.

—Si quieres culpar a alguien, encuentra a Alan Cunningham. El caso está abierto. Según parece, Cunningham ha cruzado la frontera. Estoy segura de que quien ocupe el puesto de Travers en el CID se alegrará de contar con las aportaciones de la PPU. Sobre todo de alguien que siente tanta afinidad hacia los vulnerables, Lucy. No desperdicies ese don.

—¿Lo dices como madre?

—Y como tu oficial al mando. He dejado las notas preliminares del caso sobre tu mesa.

Lucy miró a su madre y luego la abrazó rápidamente. La mujer pareció sorprendida ante el gesto.

—¿Estamos de acuerdo?

Lucy esbozó una breve sonrisa.

—Sí, señora.

Su madre asintió, luego se dio la vuelta y regresó a la sala de interrogatorios.

—Hablemos de negocios inmobiliarios, señor McLaughlin —la oyó decir Lucy de camino a su propio despacho.

A través de la ventana de su oficina vio que el sol brillaba ya por encima de la valla oxidada del otro lado; la luz se refractaba a través de las gotas de agua que pendían de las púas de la alambrada. En su mesa había una delgada carpeta que contenía los informes preliminares sobre el incendio en casa de los Quigg. Las fotografías de Catherine y Mary estaban sujetas a la cubierta.

Lucy se sentó y miró fijamente la fotografía de Mary.

—Lo siento, Mary —susurró, pasando el dedo por la mejilla de la niña.

Después cogió la fotografía, se acercó al viejo tablón de anuncios y despegó el cartel donde se recomendaba arrancar la hierba de Santiago. Colgó la fotografía de Mary en el centro, de manera que, cada vez que se sentara a la mesa, vería el rostro de la niña, obligándose a recordarla.

Durante el resto de la tarde, a medida que el sol recorría el cielo, el cuadrado de luz de la ventana fue desplazándose paulatinamente por la pared del fondo hasta que

a Lucy le pareció que, justo antes del crepúsculo, se detenía en la fotografía de Mary, enmarcándola en su luz agonizante.

McLaughlin no tardó en confesar. A la mañana siguiente, la noticia aparecía ya en primera plana de todos los periódicos. Fleming la informó acerca de los detalles del interrogatorio mientras tomaban un café en la cocina de la PPU.

McLaughlin había comprado el terreno con la idea de reurbanizarlo, pese a que sabía que tendría que demoler los edificios catalogados si quería obtener beneficios. En aquel entonces, Billy Quinn trabajaba para él y le insinuó que conocía a alguien que podría echarle una mano a cambio de un porcentaje de los beneficios. Cuando pusieron la bomba no sabían que la esposa de McLaughlin, ajena al fraude, se hallaba en el edificio.

Travers era el agente a cargo del caso. Cuando el padre de Lucy le informó de lo que sabía, Travers acorraló a McLaughlin. El hombre le confesó que le quitaba un peso de encima haciéndolo público y que aceptaba de buen grado el castigo por lo que había hecho. Pero entonces Travers le ofreció una alternativa. Él también se llevaría un pedazo del pastel y, a cambio, se encargaría de la fuente y del oficial de contacto.

McLaughlin no volvió a saber nada más de todo aquel asunto hasta que filtró a los medios la falsa oferta de veinticinco millones por los terrenos. Ni siquiera pensó en que Kent y Mullan habían salido ya de prisión. Había ido compensando a Billy Quinn con cuentagotas, pagándole un salario por hacerle de chofer un par de veces al mes. Fue Billy quien le contó que habían secuestrado a Kate. Cuando Travers se hizo cargo del caso, McLaughlin supo que nunca recuperaría a su hija. A esas alturas, estaba tan involucrado en los asuntos de la banda que no podía contárselo a nadie.

Los periódicos publicaron una versión abreviada del relato, centrándose en la tragedia que habían provocado las actividades de McLaughlin y que habían desembocado en la muerte de su propia esposa, y llegaron a establecer incluso comparaciones con las tragedias de la Grecia clásica. El jefe de la fiscalía estaba preparando la acusación. McLaughlin podía terminar en la cárcel. Y su hija, pensó Lucy, volvería a quedarse sola.

En primera plana aparecían también otras dos noticias. Una de ellas se refería al incendio que había acabado con las vidas de Catherine y Mary Quigg. La policía confirmaba que había sido provocado. Según la investigación en curso, se estaba buscando a la pareja de Catherine Quigg. Las últimas informaciones indicaban que había cruzado la frontera y se ocultaba en Donegal. Un portavoz del hospital declaró que la salud del bebé rescatado estaba mejorando considerablemente.

La segunda, una noticia en una columna lateral, mencionaba casi de pasada los sucesos de Prehen. Un oficial del PSNI había muerto en trágicas circunstancias tras entrar en el bosque en busca de un oficial de la RUC jubilado que se había perdido. El nombre de Travers tampoco se citaba en la noticia de McLaughlin. El subcomisario había tenido razón en una cosa: la madre de Lucy no iba a permitir que

su propia reputación se viera empañada y no pensaba permitir que la verdad acerca de lo que su padre le había hecho a Janet saliera a la luz. En consecuencia, la reputación de Travers, al menos públicamente, quedó sin tacha.

Tras dejar a Fleming, Lucy fue a visitar a su padre al hospital Gransha. Una enfermera de psiquiatría la condujo por el pasillo hasta la habitación de seguridad donde lo retenían. Era un espacio despojado: una cama con armazón de metal, una silla dura, un lavabo.

Su padre le pareció más viejo que nunca. Estaba sentado al borde de la cama, con un brazo atado al armazón. Tenía los ojos vidriosos, como si le costara enfocar la mirada. Había agachado la cabeza y la boca le colgaba ligeramente abierta.

—¿Papá?

El hombre hizo un esfuerzo para alzar la mirada hacia su hija y luego volvió a bajar la cabeza.

—Soy yo, papá. Lucy.

Él asintió débilmente.

—Mamá me contó lo que declaraste. Tendrías que haber dicho la verdad.

Él inclinó la cabeza a un lado y se frotó la mejilla con el dorso de la mano.

—Tendrías que haberles contado lo que realmente pasó en el bosque.

—El bosque —repitió.

—Te acuerdas de que estuvimos en el bosque, ¿verdad?

Lucy se sentó a su lado en la cama y le puso una mano en la espalda, percibiendo los débiles movimientos de sus costillas al respirar.

—Encontré la tumba.

—¿Qué tumba?

Esbozó una sonrisa posiblemente inducida por los narcóticos.

—Donde estaba enterrado el elefante. ¿Recuerdas que te lo conté?

Lucy puso la mano encima de la suya.

—Te hablo de Bill Travers, papá. ¿Te acuerdas?

Su padre sostuvo la mano de Lucy sin fuerza.

—No pude encontrarla durante años, aunque sabía que estaba allí. Pero anoche di con ella de nuevo.

—Travers, papá —dijo Lucy, desesperada—. ¿Te acuerdas?

Su padre negó con la cabeza.

—Te acuerdas, te acuerdas —repitió—. Las cosas se pierden y se encuentran —murmuró balanceándose levemente, siguiendo un ritmo que sólo él oía.

Lucy siguió sentada unos minutos más, y luego se levantó para marcharse.

—He quedado para comer, papá. Tengo que irme.

Cuando estaba en la puerta, él le habló por última vez.

—Lo siento, Lucy. Por todo. Por todo lo que perdiste por mi culpa.

El día era luminoso, y el aire venía cargado con el calor recién llegado del sol de principios de primavera. Robbie la esperaba en el coche.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —dijo ella—. Ha ido bien.

—¿Qué tal estás?

Lucy respiró hondo, contuvo el aliento y luego soltó el aire sintiendo cómo se relajaba.

—Estoy bien.

Robbie cambió de marcha.

—De acuerdo. ¿Dónde te apetece ir a comer?

—Donde tú quieras. Después quiero visitar al hermanito de Mary. Ver cómo está. ¿Te importaría?

—Así que sales de visitar un hospital psiquiátrico, vas a comer un bocado y luego te vas de excursión a la planta infantil de otro hospital. ¿Te han dicho alguna vez que eres la cita perfecta, Lucy Black?

—Entonces, es que crees que esto es una cita, ¿verdad? —dijo Lucy.

—O no —replicó Robbie, levantando las manos como si se rindiera—. Tú eliges.

—Ya lo he hecho —dijo Lucy con una sonrisa.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que ayudaron a que *La niña del bosque* viera la luz. Gracias a mis amigos y colegas en St. Columb's por su apoyo. Gracias, también, a Bob McKimm por su ayuda y colaboración.

Varias personas me ofrecieron consejos muy útiles acerca de diversos detalles de esta historia, en particular Alex Mullan, Jody Kirby, Susan Montgomery, Tara Vance y James Johnston.

Gracias a Peter Straus y a Jennifer Hewson de RCW y a Emily Hickman de The Agency por su excepcional estímulo, sus consejos y su apoyo.

Mi agradecimiento especial a todo el equipo de Pan Macmillan: Cormac, Liz, Jon, Sophie, Ellen, David, Helen y, sobre todo, Will.

Mi familia sigue apoyando con convencimiento mis desvelos como escritor; gracias a todos los McGilloway, los Doherty, los O'Neill y los Kerlin. Mi agradecimiento particular, y mi cariño, a Carmel, Joe y Dermot, y a mis padres, Laurence y Katrina, por todo lo que han hecho y continúan haciendo.

Finalmente, no podría escribir sin la ayuda y el amor de mi esposa, Tanya, y de nuestros hijos, Ben, Tom, David y Lucy. Por eso, y también por todo lo demás, les estoy sumamente agradecido.



BRIAN MCGILLOWAY (Derry, Irlanda del Norte, 1974). Estudió Lengua y Literatura inglesas en la Queen University Belfast, donde participó activamente en el grupo de teatro estudiantil y ganó un premio en 1999 por su diseño de iluminación. En 2007 escribió la que sería la primera de una serie de novelas policíacas protagonizadas por el inspector Devlin, *Borderlands*, a la que siguieron otras como *Gallows Lane* (2008) o *The Rising* (2010).

La niña del bosque (2011) es la primera de una serie con la sargento Lucy Black como protagonista, a la que seguiría en 2013 *Hurt*, y *Preserve the dead* en 2015.

En la actualidad, McGilloway es jefe del departamento de Lengua inglesa del St Columb's College, en Derry, y vive cerca de la frontera con Irlanda con su mujer y sus cuatro hijos.

Notas

[1] Los rangos de la policía británica se reproducen en castellano en versiones similares a los originales dadas las dificultades para establecer equivalencias precisas. Así, la «sargento» Black es *Detective Sargeant* y el «subcomisario» Travers, *Chief Superintendent*. (Todas las notas son del traductor) <<

[2] Siglas del *Criminal Investigation Department*. Las siglas de los cuerpos y unidades de policía propios de Gran Bretaña o Irlanda del Norte se reflejan como en el original, salvo las excepciones genéricas internacionales (vgr.: la *TSU* es la UAT, Unidad de Apoyo Táctico). <<

[3] *Scene of Crime Officer* o SOCO, en sus siglas en inglés, experto en recoger indicios en los lugares donde se comenten delitos y realizar las pertinentes investigaciones forenses. Algo parecido a los CSI televisivos. En España, la mayoría de sus funciones las realiza la Policía Científica. <<

[4] La ciudad de Derry se divide en el Cityside (al oeste del río, de población mayoritariamente católica) y el Waterside (al este del río, básicamente protestante, que en los últimos tiempos ha experimentado una notable pérdida de habitantes). Del mismo modo, las aficiones futbolísticas también se repartían entre católicos nacionalistas proirlandeses (seguidores del Celtic) y lealistas protestantes probritánicos (de los Rangers). <<

[5] Con ese eufemismo («Los Problemas») es como suele aludirse al conflicto armado que en Irlanda del Norte, durante las últimas décadas del siglo xx, enfrentó a católicos nacionalistas y protestantes unionistas, con la poca neutral participación del ejército británico. Pese a no pocas dificultades, la paz parece haberse asentado a medida que avanza el siglo xxi. <<

[6] *Royal Ulster Constabulary*. El antiguo cuerpo policial británico en Irlanda, compuesto mayoritariamente por protestantes y activo partidario de éstos frente a los nacionalistas católicos. Fue uno de los principales objetivos del IRA. Tras los Acuerdos de Paz del Viernes Santo fue sustituido en 2001 por el Police Service of Northern Ireland (PSNI), organización que se pretende no sectaria. <<

[7] El origen religioso de la profesión de enfermera pervive en el inglés en términos como *Sister* («hermana») referido a lo que en castellano se denominaría «supervisora o coordinadora de planta». <<

[8] «Provo» era el nombre coloquial de los miembros del IRA Provisional (*Provisional Irish Republican Army*), escisión del IRA Oficial de 1969, que acabó convirtiéndose en el grupo mayoritario del nacionalismo católico partidario de la lucha armada. <<

[9] En el Reino Unido existe un *Sex Offenders Register* donde constan todos los que han sido condenados por delitos sexuales desde 1997. <<

[10] El término *boom* hace referencia a la «barrera defensiva flotante» con la que los católicos de Jacobo II pretendían impedir el paso por el Foyle a las fuerzas de Guillermo de Orange. No lo consiguieron y éstas acabaron con el asedio a la ciudad. La conmemoración de la victoria se celebraba con desfiles orangistas (probritánicos) que a su vez darían lugar a la llamada Batalla del Bogside de 1969 en Derry, que marca el inicio de los *Troubles*. Tres años después, el mismo barrio sería el escenario del «Domingo Sangriento», en el que tropas británicas asesinarían a catorce manifestantes desarmados. <<